

JUAN MARICHAL

LA VOCACIÓN DE MANUEL AZAÑA*

* *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1968, 279 pp.

*Para Solita, Carlos
y
Miguel
este libro
a
ellos debido*

Índice

Prólogo

Introducción

El linaje liberal de los Azaña

Madrid era el comienzo de la vida (1898-1909)

La crisis de identidad española

Apología *pro Gallia sua*

La obligación de la inteligencia

El equilibrio de la libertad

La intransigencia liberal

Apelación a la República

La tradición retórica parlamentaria

La vocación oratoria de Manuel Azaña

Los designios españoles de Manuel Azaña

La recuperación del ideal republicano

El tránsito de un mundo histórico

Los españoles en guerra

La presencia real de España

PRÓLOGO

«Hombres de España,
ni el pasado ha
muerto, ni está el
mañana —ni el ayer—
escrito.»

ANTONIO MACHADO

El libro que tiene el lector en sus manos es sustancialmente el texto de los prólogos a los tres primeros volúmenes de mi edición de las *Obras completas* de Manuel Azaña (Ediciones Oasis, México, 1966-1968): no he utilizado el del cuarto tomo por ser un breve prefacio auxiliar de las *Memorias políticas y de guerra*. Debo apresurarme a advertir que espero ofrecer algún día no muy lejano a los lectores españoles una biografía de don Manuel mucho más extensa —y con todo el andamiaje documental que ahora he preferido desmontar para dejar al descubierto los rasgos centrales de una figura española casi totalmente velada para las nuevas generaciones—, pero he estimado que mi libro futuro debería apoyarse también en sus lectores españoles actuales. Porque la materia de este libro no es, para su autor, nada «libresca»: es, sencillamente, «materia de España». Y cuando Pedro Altares, en nombre de la editorial que regenta, me pidió que agrupara los tres prólogos aludidos accedí inmediatamente, ya que —como casi todos mis trabajos de dos décadas de docencia universitaria fuera de España —estaban escritos *hacia* España, estaban pensados *para* españoles. Quizá la concatenación entre estilo y auditorio establecida por Virginia Woolf («To know whom to write for is to know how to write»: «Saber escribir es saber para quién escribir») no refleje siempre la disposición anímica del creador lírico o del inventor de ficciones; pero me aventuro a mantener que el historiador ha de contar, aunque sea hipotéticamente, con un oyente colectivo si aspira a dejar obra perdurable.

Porque la historia no es tarea para espíritus tristes ni para hombres carentes de fe en el porvenir de su comunidad nacional o cultural: la gran reconstrucción del ayer de un país predica forzosamente un mañana. Un noble y desesperado historiador centroeuropeo escribió en los años sombríos del predominio de los bárbaros un libro cuyo título (*Adiós a la historia europea*) era una negación de sí mismo: el historiador en cuanto toma la pluma excluye el gesto del adiós. Y así, aunque este libro se ocupe de un pretérito español aparentemente muy concluso, se sustenta en una fe entera en la España que viene.

Por supuesto, el historiador de la España contemporánea —una de las épocas más universales y más genuinamente historiables de la nación española— ha de imponerse una rigurosa honestidad intelectual y un máximo de comprensión objetiva. Este imperativo, «normal» diríase, de toda labor de reconstrucción histórica, cobra mayor fuerza ética en el caso de la historia de la España contemporánea por la cuantía misma de la sangre derramada: y al deber de la ecuanimidad se añaden el de la humildad y el de la compasión. La historia española moderna —tan habitualmente maltratada por sus propios «moradores», que parecen limpiarse de culpas al practicar dolorida y cotidianamente la autodifamación nacional— sólo podrá ser reconstruida por hombres de paz, con esperanza constante y con voluntad de entender al prójimo.

No quisiera terminar estas líneas previas sin manifestar mi agradecimiento a las Ediciones Oasis de México —y muy particularmente a su director, don José Virgili Andorra— por haberme autorizado a reproducir aquí el texto de los prólogos a las *Obras completas* de Manuel Azaña: y más aún por haberme concedido el privilegio de preparar aquella edición.

Me es también particularmente grato el dejar aquí constancia de la oportuna ayuda de investigación que me concedió la Fundación Guggenheim, de Nueva York, al iniciar las tareas preparadoras de este libro: a Gordon N. Ray y a James F. Mathias, presidente y secretario,

respectivamente, de esa legendaria institución, renuevo aquí la seguridad de mi gratitud.

El primero de mis acreedores bibliográficos es Rafael Pérez de la Dehesa: sin su pericia y desprendimiento no habrían llegado a estas páginas numerosos datos y textos.

Tampoco quisiera omitir ahora la expresión de mi agradecimiento a los siguientes amigos, sin cuya ayuda no se habrían escrito muchas de estas páginas: José María Ferrater Mora, José Luis L. Aranguren, Francisco Ayala, Juan López-Morillas, León Sánchez Cuesta, Antonio Rodríguez-Moñino, Vicente Llorens e Inman Fox. A las demás personas que han facilitado mi trabajo con datos o consejos —la lista nominal sería muy considerable— les ruego se vean englobados en esta expresión «anónima» de mi agradecimiento. Y, como se suele decir en inglés, *last but not least*, reitero mi agradecimiento a don Jorge Guillén, que un día de junio, hace dos décadas, me animó a escribir un libro sobre don Manuel Azaña.

Ha de indicarse, finalmente, que los textos de Azaña citados en este libro se localizarán fácilmente en los cuatro volúmenes de las *Obras completas* publicadas por Ediciones Oasis (Oaxaca 28, México 7, D.F.). A esta casa editorial doy también las gracias por autorizar la utilización de los textos citados de Azaña.

Harvard University

Cambridge, Mass. 02138

INTRODUCCIÓN

Pocas figuras hay en la Europa contemporánea tan originales y tan reveladoras del drama histórico del medio siglo 1898-1939 como la de Manuel Azaña. Intelectual de raza, fue también hombre de notables aptitudes ejecutivas, combinándose en él nuevamente las «armas» —la capacidad para el mando y el gobierno— y las letras. Escritor de orientación introspectiva, fue asimismo poderoso orador en el Parlamento y ante inmensas multitudes. Con intensa devoción por las creaciones culturales de su patria, por «el genio de España», no temió afirmar que sólo podía continuarse la historia nacional si se rechazaban tradiciones aparentemente fundamentales. Castellano por nacimiento y por arraigo espiritual, fue, no obstante, el defensor principal de las autonomías regionales, y muy particularmente de la catalana, en los años iniciales de la Segunda República. Revelación del nuevo régimen en 1931 —para muchos españoles Manuel Azaña encarnó todas las esperanzas de aquella gloriosa primavera— vivió desde entonces con conciencia de emplazado. Entregado a la acción política, tendió muchas veces a la duda y a la abstención. Presidente de la República en los años de la guerra civil española (1936-1939), escribió en plena contienda, situándose en «un punto de vista intemporal», el testimonio de *La velada en Benicarló*. Soñador de una nueva España, supo aliar «lo quimérico» con la facultad del «pormenor», el impulso quijotesco con la destreza del realizador. Desconocido para muchos, surgió en 1931 como la personalidad más vigorosa de su tiempo. Fue visto como el esperado «cirujano de hierro» por ciertos jefes de la izquierda revolucionaria (e incluso de la derecha extremista) y se opuso a la violencia y a la venganza. Hombre público entre los intelectuales, hombre recatado entre los políticos, símbolo del orden para unos, de la demolición para otros, Manuel Azaña fue un enigma para

casi todos. Lo cual resulta sumamente paradójico si se tiene presente que quizá haya sido Azaña el hombre público español que ha ofrecido más claves explicativas de sus actos políticos y de su misma personalidad histórica. Uno de los rasgos más originales de Azaña fue, precisamente, el cultivo de lo que podría denominarse el aparte autobiográfico: en medio de un discurso, de un debate parlamentario, de una conferencia, de una entrevista de prensa, Azaña suele intercalar una referencia a algún aspecto de su biografía intelectual. Claro está, este mismo cultivo del aparte autobiográfico contribuía también a hacer de Azaña una figura hartamente compleja dentro del simple teatro de la política española. Es muy lógico, así, que uno de sus amigos y colaboradores políticos se preguntara todavía en 1946: «¿Quién era Azaña? ¿Cómo era?» Porque ni siquiera la muerte —en aquel terrible otoño de 1940— cumplió en su caso la supuesta función perfiladora. El dolor de la derrota en unos españoles, el orgullo del triunfo en otros, la existencia de innumerables bandos políticos en la España del exilio, eran algunos de los obstáculos que impedían la aproximación a Azaña. Ni tampoco el paso del tiempo ha contribuido a hacer más clara su figura: las dos últimas décadas han velado hechos y personas de la historia contemporánea. La exclamación dolorida de Azaña en 1935 («¿Es, pues, imposible darse a conocer a otro?») parece seguir en pie: Azaña es todavía en 1968 un español y una España por descubrir.

Los dos horizontes de una biografía

Pero la biografía intelectual de Manuel Azaña es más que una etapa entera de la historia española: es un drama humano de significación permanente, el del intelectual liberal y la acción política. En 1931 se había realizado el sueño juvenil de Azaña y de sus coetáneos españoles, «la gobernación intelectual de España»: la proclamación de la Segunda República le situó en el puesto ejecutivo más importante del nuevo régimen y dio el poder en

todas sus modalidades a los hombres de la generación de Azaña, la de 1914. Las correspondencias tradicionales entre el ámbito intelectual y el centro del poder parecieron restablecerse gloriosamente: el presidente del Ateneo madrileño en 1930, Manuel Azaña, pasó a ser el jefe del gobierno en 1931. Era así casi imposible deslindar en aquella España de 1931 las dos Repúblicas, la Segunda y la de las Letras. Todo parecía indicar que los españoles iban a disfrutar los beneficios de un régimen parlamentario casi modelo: en las Cortes Constituyentes de 1931 se habían congregado las mejores cabezas del país. Mas los sucesos asturianos de 1934 y la sublevación militar de 1936 rompieron las formas de convivencia política en España. La guerra civil de 1936-1939, con todas sus complejidades internacionales, no era solamente una nueva lucha entre el sable y la palabra (empleando los términos de los liberales de 1836), entre los intelectuales y los espadones: habían aparecido nuevas fuerzas esencialmente antiliberales entre los mismos defensores de la Segunda República. Manuel Azaña, jefe del Estado republicano, vive esos tres años de guerra en una situación política marcadamente ambigua y se considera a sí mismo como prisionero de su gobierno y de sus funciones presidenciales.

«Que una biografía personal mire a dos horizontes, que el declinar apesarado de un hombre, de una generación, y la clausura de un movimiento histórico coincidan, no puede menos de ser raro»: no podía sospechar Azaña que estas palabras suyas de 1930, aquel año tan cargado de indicios aurorales para él y para España, caracterizarían también la singularidad de su propia biografía (y no sólo la de Cervantes). Porque la tragedia de Azaña y de la generación de 1914 se origina en la doble vertiente política y social que les toca vivir: la Europa de su mocedad ofrecía todavía múltiples vías a la acción individual y ciertos ámbitos intelectuales llegaban a veces a ejercer presiones inapelables en los centros del poder efectivo, mientras que en la Europa de su madurez —sobre todo a partir de 1933— operan enormes fuerzas anónimas y los

intelectuales se apartan (no siempre voluntariamente) del centro ejecutivo y moral de la civilización occidental. Este proceso histórico es quizá más perceptible en España que en otras zonas europeas: la España de la mocedad de Azaña es un país «subdesarrollado» (para decirlo con términos actuales) y los grupos intelectuales disponen aún de efectivos medios de acción. La España de la guerra civil de 1936-1939 vio, en cambio, desencadenarse sobre su suelo siniestros combates *muy siglo XX*.

Paradigma de hispanidad

Cuando en 1933 John Gunther entrevista a Azaña —entonces primer ministro de la joven Segunda República española— y le pide una definición de sí mismo, la respuesta es tajante y precisa: «Soy un intelectual, un liberal y un burgués.» A ningún gobernante transpirenaico, observa Gunther, se le habría ocurrido entonces escoger simultáneamente esos tres términos: porque en la Europa de 1933 llamarse «burgués» era punto menos que declararse difunto, llamarse «liberal» era también declararse cosa antigua, y finalmente enorgullecerse de la condición de intelectual no ha sido nunca un gesto prudente o aconsejable en un político. Sin embargo, Azaña se definía exactamente a sí mismo en su respuesta a Gunther: Azaña es —empleando los tres términos en su rigurosa acepción histórica— un intelectual liberal burgués, o quizá con mayor precisión un burgués intelectual liberal. A lo cual habría que añadir que Azaña es un español, un burgués español liberal. En la entrevista mencionada el periodista norteamericano pidió también al gobernante español que le explicara su interés en la obra de George Borrow, *The Bible in Spain* (*La Biblia en España*, traducida por Azaña pocos años antes). La respuesta de Azaña fue también en este caso rápida y terminante: buscaba siempre libros que trataran de España. Su traducción del texto de Borrow y el estudio que la precede respondían, evidentemente, en Azaña al deseo constante suyo de conocer la España del siglo XIX. En un discurso de 1932

afirmaba orgullosamente que él era «el español más tradicionalista» de toda la Península: y sin duda pocos políticos españoles modernos se habrán sentido tan íntimamente ligados a su país como Manuel Azaña. No creemos, por ello, que el profesor Jiménez de Asúa sobrepase el elogio debido a Azaña cuando sostiene que es éste «paradigma de hispanidad». Es más, aparte del intenso sentimiento patriótico de Azaña, su biografía revela también al político de peculiar estilo español. Un ilustre periodista italiano, Aldo Garosci, ha publicado un importante libro sobre los intelectuales españoles contemporáneos, en el cual dedica un largo capítulo a Manuel Azaña. Y al hablar de su discurso de enero de 1937, Garosci observa que en otro país de Europa se hubiera juzgado como «intrusión del yo en la cosa pública» la sinceridad personal de Azaña en esta ocasión. Garosci, aunque conoce la obra de Américo Castro (a la cual dedica también un capítulo de su libro), no menciona en esa página sobre el discurso de Azaña que la «intrusión del yo» es una constante histórica de la vida española, que la persona de Azaña actuaba en ese discurso —y en tantas otras ocasiones anteriores (recuérdese lo que se señalaba antes respecto a los apartes autobiográficos)— siguiendo los «impulsos irrevocables» de una forma de vida nacional. Azaña, según ha de verse más adelante, no podía disociar su personalidad íntima de su función política, no quería sacrificar su esencialidad individual a una máscara pública. Sobre esto —que es cuestión importantísima en su pensamiento— baste decir ahora que en ese españolísimo afán por personalizar la conducta política está la originalidad más profunda de Azaña, su singularidad histórica dentro del liberalismo europeo.

La tristeza de un español

Mas no ha de olvidarse que Manuel Azaña, que se sentía «español en los huesos y en la sangre», sabía que la forma de vida española no había sido propicia al desarrollo del liberalismo, a la libertad y al pleno

desenvolvimiento de la persona. Desde que toma el mando del gobierno en 1931 teme la irrupción de ciertas fuerzas «castizas». Así en febrero de 1933 anotaba en su diario:

Yo me temo que este esfuerzo de dos años venga a ser uno de tantos intentos como se encuentran en la historia española y que después vuelva todo a la torpe rutina. De ahí mi tristeza.

Aquí aparece la conciencia trágica de Azaña —y lo que hace de él, y del drama del liberalismo español, sujeto de la más alta historia—, la angustia del hombre que aspira a transformar una forma de vida nacional sabiendo que ha de luchar con «fatalidades» bien visibles y quizá definitivamente incoercibles: «Otra vez la hinchazón, el arrebató sin seso — escribía Azaña en 1934—, la impericia, el aldeanismo cerril.» Azaña se incorporaba así a la tradición española de intelectuales rebeldes, a ese linaje de grandes españoles que tan bien ha estudiado Américo Castro (él mismo uno de ellos). Su vida, como la de tantos otros liberales españoles, concluyó en el destierro y en el dolor incontenible de ver a su patria dominada de nuevo por muy reconocibles fuerzas antiliberales. Pero, como ha señalado Lionel Trilling, en la historia como en la literatura, la dimensión trágica de un hombre no depende del éxito o del fracaso de su acción: el héroe trágico de una cultura, el paradigma de una tradición nacional, es el hombre que encarna el conflicto entre la persona y la sociedad.

Al esbozar en las páginas siguientes la biografía intelectual de Manuel Azaña, vamos a mostrar cómo a factores generales europeos —que se cifran en el enlace terminológico antes mencionado (intelectual, liberal, burgués)— se unen elementos históricos españoles más peculiarmente causativos. Aunque, como ha de exponerse luego, la disposición anímica originaria de Azaña y de su generación intelectual española no es reducible sin más a la tradicional voluntad reformadora del español «preocupado».

Sobre su trayectoria de intelectuales liberales, de burgueses europeos, opera forzosamente la forma de vida española. Pero, a su vez, la precisa hora de Europa que les toca vivir afecta considerablemente su estilo nacional de intelectuales disidentes.

Paréntesis metodológico

Conviene ahora abrir un breve paréntesis metodológico para referirnos a una página sobre Taine en los *Estudios de política francesa contemporánea*, muy reveladora de la personalidad intelectual de Manuel Azaña: y particularmente útil para la organización de su propia biografía. Señala Azaña que el historiador debe tratar de captar la originalidad humana evitando cuidadosamente el caer en la tentación del método encasillador del aludido historiador francés: «este hombre de sistema mutiló más de una vez, sin darse cuenta de ello, la realidad de la vida moral pasada, para hacerla entrar en la rígida armazón de sus clasificaciones.» En sus semblanzas históricas, añade Azaña, Taine tiende a acentuar las fuerzas de modelación genérica y así se olvida con frecuencia «de la *persona* para disertar únicamente del *tipo*». De ahí que los grandes personajes históricos sean, para Taine, más bien ilustraciones descolantes de tendencias colectivas que protagonistas innovadores: *Ecrire des généralités* —declaraba Taine resumiendo sus principios metodológicos— *et les particulariser par des grands hommes*. Mas el historiador francés no parece percibir, advierte Azaña, que «la acción personal para evadirse del imperio de las circunstancias crea sin cesar valores nuevos que se añaden a los preexistentes y modifican su influencia relativa». Complejidad creciente del proceso histórico que es hartamente visible, según Azaña, en las biografías individuales: «la cinta fugitiva y brillante de la conciencia personal, donde tantos hilos se urden —escribe Azaña afirmando explícitamente su propia voluntad de individuación personal e historiográfica— es cada vez más delicada, más sensible, más difícil de

reducir a una forma escueta». Quien intente restaurar vidas pretéritas ha de esforzarse, por lo tanto, en ser fiel a la totalidad biográfica individual: «Excluír de ella cualquier rasgo —decía Azaña en 1919, adelantándose a defender enérgicamente sus fueros de biografiado— es una mutilación preñada de inexactitudes y de injusticias.» El historiador que siga a Taine o que practique las exclusiones aludidas tendrá forzosamente vedado el acceso a esa zona central de la vida individual que el mismo Azaña llamaba acertadamente «la esfera de la motivación»: esa zona donde se transparentan los tanteos de la vocación, los despliegues y repliegues de la persona, los gestos impulsores y los momentos inhibitorios, los designios resolutos y las crisis del ánimo.

Observaba Henry James, tras la muerte de un amigo, que en la figura desaparecida se acusaban de pronto nítidamente sus rasgos singulares y que, al desvanecerse sombras y matices accesorios, aquélla se cifraba más en unos pocos gestos y obras que en «un enjambre de posibilidades». Esta función perfiladora de la muerte ha sido muy útil para muchos historiadores: así, la respuesta de Guglielmo Ferrero a una pregunta de un colega sobre cómo trazar la semblanza de algún coetáneo —*dammelo morto*— era la expresión humorística de un secular principio profesional. Mas los métodos reconstructores del historiador contemporáneo consisten fundamentalmente en resistir las simplificaciones ofrecidas por los que podríamos llamar «quevedos de la muerte»: o sea, debemos aspirar ante todo a restaurar el «enjambre de posibilidades» que es siempre toda vida humana.

Cinco jornadas: 1880-1940

En la trayectoria biográfica de Manuel Azaña se distinguen claramente, como en una tragedia clásica, cinco jornadas: 1880-1898, 1898-1911, 1911-1920, 1920-1930, 1930-1940. A cada una de ellas corresponden distintos paisajes geográficos e históricos, aunque entre las fechas

dolorosamente simbólicas de 1898 y 1936 el escenario casi único es la capital de España: la trama es también una, mas el papel del actor principal varía según la jornada. En la primera la acción transcurre en dos lugares *esenciales* (como decía Gracián al hablar de Toledo) de la historia hispana, Alcalá de Henares y El Escorial. En la jornada que se inicia en 1898 y termina en 1911, el telón de fondo representa aquel pequeño Madrid, «todavía cortesano», donde se destacan considerablemente el Congreso, la Academia de Jurisprudencia y el Ateneo. París abre y cierra la tercera jornada, con una rápida perspectiva italiana en 1917 y la constante presencia de la Francia herida y luchadora de la guerra. La década 1920-1930 transcurre casi totalmente en un Madrid a la vez provincianamente crepuscular y levemente cosmopolita: reaparecen en las tablas políticas actores y modos pre-canovistas, pero en los altos del Hipódromo está la Residencia de Estudiantes y más allá en el horizonte empiezan a elevarse los edificios de la Ciudad Universitaria. De 1930 a 1940 la acción se dilata y acelera vertiginosamente: Madrid se torna símbolo universal de la enorme tragedia de la Europa contemporánea. Mas los frecuentes cambios de telón dejan sobre las tablas terribles sombras agoreras de desastres muy conocidos. El cuadro final tiene, como el inicial, un marco provinciano: en tierra francesa, postergada por la barbarie, y en el momento más oscuro de la Europa moderna, concluye la vida de don Manuel Azaña.

EL LINAJE LIBERAL DE LOS AZAÑA

Sin llegar a ser una de las llamadas familias parlamentarias, la alcaláina de los Azaña era, no obstante, muy representativa de la trayectoria liberal castellana del siglo XIX. Un Azaña —el bisabuelo de don Manuel, el notario público Esteban Azaña Hernández— fue el secretario del primer ayuntamiento constitucional de Alcalá en 1813-1814 (y a él correspondió también proclamar la constitución doceañista en 1820). Otro Azaña, Gregorio, hijo del anterior e igualmente notario, capitaneó el batallón de la milicia nacional complutense en 1854-55. Y cuando nació su hijo Manuel —el 10 de enero de 1880, a las once y media de la mañana, en el número tres de la calle de la Imagen—, Esteban Azaña Catarineau era alcalde constitucional de Alcalá de Henares. La de Azaña era, en suma, una familia que había vivido toda la experiencia liberal española y cuyo ascenso político —visible en los diferentes niveles de las funciones municipales del primer y segundo Esteban— reflejaba asimismo una evidente elevación económica y social: observable ésta también en el rompimiento de la continuidad profesional. Por su origen, Esteban Azaña Hernández (hijo y nieto de notarios) era, en la Alcalá del ochocientos, un claro ejemplo de las raíces y de la tonalidad burocrática del temprano liberalismo castellano. Su nieto y homónimo, terrateniente e historiador local, marcaba, en cambio, la posición *acomodada* (en más de una acepción) de la burguesía liberal de la Restauración canovista. No deja, por otra parte, de ser particularmente significativo que en Manuel Azaña se reanudara en un alto nivel burocrático la actividad profesional de sus abuelos: recordemos que de 1909 a 1930 fue funcionario estatal en la

Dirección General de los Registros y del Notariado del Ministerio de Gracia y justicia. Me atrevería incluso a proponer que en Manuel Azaña operó muy decisivamente un impulso a la vez emocional e intelectual de «retorno hacia el bisabuelo» y de recuperación efectiva de los principios del doceañismo. Aunque no puede cifrarse en un solo rasgo —como hacía el marqués de Valmar al hablar de «la obstinada estirpe doceañista»— el patrimonio político de las familias liberales: como todo linaje, el de los Azaña transmitía a sus descendientes un complejo legado psicológico que resumía muy distintas fases de una experiencia histórica, en la cual entraba tanto el arrojo como el temor, la reciedumbre como el desengaño. Nacer y criarse en la casona alcaláina fue, así, para Manuel Azaña, incorporarse a un ámbito familiar cargado de sentimientos y recuerdos no desprovistos de alcance histórico general.

La noche de San Lorenzo (1823)

Los doceañistas alcaláinos sabían que en el profesorado de la Complutense dominaban ideologías y actitudes tradicionalistas —en contraste, por ejemplo, con Salamanca, foco esencialmente reformador—, pero estimaban que la realización de un proyecto de traslado de la universidad a Madrid determinaría inmediatamente el empobrecimiento de su ciudad. De ahí que el primer ayuntamiento constitucional lanzara un manifiesto (redactado por Esteban Azaña) en abril de 1814 encareciendo las ventajas académicas de la pequeña población: «El juicioso escolar preferirá los encantos de esta vida inocente al ruidoso movimiento de la corte, donde por lo común se agitan espíritus vanos y pueriles.» La eliminación por Fernando VII ese mismo año de la constitución de 1812 pareció sellar definitivamente el destino de la Complutense: además, la visita del rey en agosto de 1816 identificó visiblemente entre los alcaláinos la permanencia de su universidad con la continuidad del régimen absolutista. Los liberales, los «negros» —depuestos o perseguidos entre 1814 y 1820—

presentían que la victoria constitucional haría de Alcalá uno de los baluartes castellanos del absolutismo; y, efectivamente, al iniciarse en 1822 (tras la restauración liberal de 1820) la actividad universitaria en Madrid —cerrada ya la Complutense—, en Alcalá se intensificó considerablemente el odio a los liberales. Menos de un año más tarde, en agosto de 1823—tras la ocupación de casi todo el centro y sur de España por el ejército del duque de Angoulême—, los numerosos «blancos» de Alcalá vengaron en las familias liberales la reciente pérdida de su universidad (que retornó a su morada secular por orden real en octubre de 1823).

Esteban Azaña Catarineu relata, en su *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares*, que el 6 de agosto de 1823 —día de la festividad de los patronos de Alcalá, los santos niños Justo y Pastor —el predicador en la iglesia del Espíritu Santo, el canónigo doctor José Laso, señala a los liberales presentes en el templo, exclamando: «¡Los veis, no los creáis!» Según los testimonios de «personas antiguas»—Esteban Azaña Catarineu recogía sin duda relatos familiares—, la imprecación del doctor Laso fue la causa determinante de los «sangrientos sucesos que llenaron de luto la ciudad en la tristemente (memorable) noche de San Lorenzo». En esa fecha, el 10 de agosto de 1823, recorrieron las calles de Alcalá «desalmadas turbas» que, encabezadas por un fraile —«entonando con estentórea voz la siguiente copla: *Toquemos a degüello, / no se les dé cuartel, / que han sido traidores / a su patria y a su rey*»—, arrancan la lápida de la constitución, derriban el monumento al Empecinado y talan los árboles plantados por el municipio liberal en un nuevo paseo y en una de las plazas. Durante la noche son asaltadas las casas de los liberales más conocidos, lanzándose por las ventanas y balcones muebles y otros objetos que alimentarán numerosas hogueras. Esteban Azaña alude repetidamente a las consecuencias psicológicas de esa noche de agosto de 1823 entre los liberales complutenses: la compara a la noche del 22 de abril de 1813, cuando una división francesa saquea la ciudad en castigo a

su ayuda al Empecinado —«noche pavorosa y de horror que había de ser imitada diez años más tarde»— y señala que en las familias liberales de Alcalá «aquella hecatombe» de 1823 era un siniestro recuerdo, personal todavía en 1880 en unos pocos ancianos, heredado en los demás.

Tampoco fue olvidada por Manuel Azaña esa noche triste de los liberales alcaláinos. En los meses de su ocultación madrileña del invierno de 1930-1931, escribe gran parte de una novela, *Fresdeval*, centrada en dos familias complutenses, la liberal de los Anguix —trasunto bastante fiel en muchos rasgos biográficos de los Azaña— y la tradicionalista de los Budia: «Ambas casas, sin hostilidad abierta, asumieron una figuración simbólica y en su derredor giraban y se arremolinaron las pasiones políticas del siglo.» El Anguix de 1823, *Don Bernardo*, era uno de «los pocos *negros* de nuestra ciudad» —apuntemos que Azaña lo casa, como su bisabuelo, con catalana de Arenys de Mar— y su casona es asaltada al conocerse en Alcalá la caída del régimen liberal. Azaña limita las acciones violentas del fervor realista alcaláino concentrándolas en el ataque a la morada de los Anguix, sin especificar fecha:

Una turba se adensó ante la casa de Anguix y le puso sitio. Bajo las teas, flamantes caras enrojecidas se contraían en la furia de insultos y canciones. ¡Muera el pícaro negro! Dentro, una familia copiosa —la gente menuda se había acostado— miró por su salvación. Los asaltantes hallaron a un sirviente, solo. Gritos, culatazos, cascadas de cristalería en añicos. ¿Dónde están tus amos? ¡Si están las camas calientes!, decían palpando los lechos. ¡Han huido... por las guardillas... por la puerta falsa... no sé! Mentía. La familia se refugió en un aposento recóndito, sin otro acceso que el ojo de buey abierto a media altura en la pared, disimulado por un cuadro de Cristo camino del Calvario. El bastardo de Anguix recuerda de su niñez una lamparilla parpadeante en el cuarto de Cristo, que las mujeres mantuvieron encendida ochenta y tantos años.

Hemos de descontar, por supuesto, la parte novelesca de la fantasía literaria de Azaña en el relato citado; pero debemos retener la importancia de la angustia de esa noche en lo que podríamos llamar el legado psicológico de las familias liberales. El niño Manuel Azaña creció en una casona otrora asaltada por la turba antiliberal, y en él quedará siempre el recuerdo de esa herida histórica. Pero también había en el recuerdo familiar otro importante episodio, de signo opuesto: un recuerdo de reciedumbre y firmeza liberal.

El miliciano de 1855

El abuelo paterno de Azaña, «liberal como se era en 1860» (dice en su *Diario*), había sido miliciano nacional en 1854 y su nieto jugó un día con el casi mítico morrión de los hombres de Espartero. En la novela inacabada, *Fresdeval*, relata Azaña cómo Espartero pernoctó en Alcalá camino de la Corte y a la mañana, al despedirse de su huésped —«Anguix», muy probablemente el mismo abuelo de Azaña—, exclamó en muy alta voz: «¡Anguix, es usted un espejo de ciudadanos!» Veremos más adelante que Azaña, en gran medida, concebirá su acción política también como una recuperación de los móviles del liberalismo de 1854, como un retorno a la España de los milicianos liberales. Un retorno que el niño Azaña ha realizado al descubrir «cuando exploraba desvanes, cámaras y almacenes del caserón paterno» el legendario «morrión con carrilleras» del abuelo. Gregorio Azaña fue comandante del batallón de infantería de la milicia nacional complutense en 1854-1855, y su gesto del día del Corpus de 1855 dio a su figura significación legendaria entre los liberales alcaláinos. Los milicianos nacionales, que acompañaban la procesión religiosa, se vieron insultados y agredidos por grupos de absolutistas y carlista, pero la voz de mando del comandante Azaña —«¡Milicianos, firmes!»— contuvo a sus hombres y evitó el derramamiento de sangre.

Destellos de bayonetas, la carroza en medio, guiada por sacerdotes que, vistiendo dalmáticas de oro, incensan con nubecillas azules. Sobre el palio, ramilletes de húmeda flor, que lanzan las señoras arracimadas en los balcones. La música —chasquido de platillos y cavernoso flato del trombón— marca un ritmo solemne; los milicianos, en filas impecables, terciado el fusil, a la espalda el morrión pendiente del barboquejo, el busto echado atrás, alzan y bajan alternadamente, una y otra pierna, tiasas, retiasas, como de palo, pegando en el suelo a compás un talonazo solo. Grupos de carlistas numerosos, al mando del tío Culoancho, antiguo soldado de Palillos, obstruyendo los soportales de la plaza de Abajo, comenzaron a rociar de insultos a los milicianos, tarareaban canciones procaces y les decían palabrotas enderezadas personalmente a las mujeres de sus familias. Se reían del paso que iban haciendo. Manos escondidas en lo espeso de los grupos arrojaron a Nicolás tal cual guijarro. Los milicianos, perdido el paso, cuarteadas las filas, querían cargar el arma, cuando se oyó, tonante, la voz de Anguix: ¡Milicianos, firmes! La disciplina se impuso, y tal debió de ser la amenazadora prestancia de la compañía que los grupos de carlistas se disolvieron. El suceso, resonante en la crónica local, graduó la fama de Nicolás.

Gregorio Azaña se destacó también en los primeros meses del nuevo régimen de 1868-1869, mas optó finalmente por apartarse de la política, quizá motivado por un sentimiento de oposición a las tendencias transaccionales de los jefes liberales. Así, cuando Esteban Azaña —que era alcalde en 1886 y que como tal prestó ayuda muy importante al gobierno de la Regencia en el apresamiento de las fuerzas militares que participaron en la sublevación republicana del general Villacampa— iba a ser premiado con el título de Conde de Zulema, Gregorio Azaña consiguió que su hijo rehusara la propuesta distinción nobiliaria de la Monarquía.

Don Esteban Azaña, caballero liberal

El 25 de julio de 1889 murió la madre de Manuel Azaña. A los pocos meses murió el abuelo paterno, el notario don Gregorio. Y el 10 de enero de 1890, el día del cumpleaños del niño Manuel, murió el padre, don Esteban Azaña Catarineu. Se ha dicho, hasta la saciedad, en nuestros días, que la relación de un muchacho con su padre tiene una importancia decisiva en la formación de la personalidad. En el caso de Manuel Azaña esta relación cesa a los diez años; pero Esteban Azaña dejó una imagen pública y un libro que es fiel reflejo del hombre. En 1875 había sido nombrado concejal por real orden y en 1878 pasó a ser alcalde. Esteban Azaña (cuya memoria honró su ciudad dando su nombre al de la antigua Calle nueva) era, en contraste con su padre, un liberal transaccional que estimaba que la Restauración había sido beneficiosa para España, «no fuese más que por haber apagado el incendio de la guerra civil». El afán conciliador de Esteban Azaña se manifestó también en su afán por hacer que los alcalaínos se identificaran tanto con su pasado liberal —obtuvo en 1879 que se alzara de nuevo un monumento al Empecinado (destruido en 1823)— como con su historial católico: y así critica al ayuntamiento por sus repetidas ausencias en las solemnidades religiosas dado que Alcalá «todo lo debe a la religión». Señalemos que este afán de don Esteban Azaña, por mantenerse con igual fidelidad dentro de la creencia católica y de la ideología liberal, representará para su hijo una ingenua autodecepción. En dos artículos de 1924 en la revista *España*, entonces dirigida por él, observaba Manuel Azaña que «el descenso de las ideas liberales en las familias que habían gobernado a España durante los últimos treinta años» se debía sobre todo a un «miedo terrible»: el burgués liberal español había abandonado la lucha por la libertad de conciencia para preservar la paz doméstica y para no perjudicarse políticamente. Sería quizás arbitrario afirmar que Manuel Azaña reaccionaba así contra la actitud —e incluso contra la imagen— de su padre: mas el Esteban

Azaña que se «desprende» de las páginas de su historia complutense es, sin duda, el ejemplo mismo de la ambigüedad liberal. Al referirse al traslado de la universidad a Madrid, y tras justificarlo al señalar el excesivo predominio de los absolutistas entre los profesores complutenses, añadía que el verdadero motivo del establecimiento de la universidad de Madrid se debía sobre todo al «espíritu de revolución» que aspiraba a reducir «la libertad de la iglesia», concluyendo que al siglo XIX le importaba «mucho borrar las doctrinas de Jesucristo porque al mirarse en ellas cual fiel espejo le muestran su desnudez». En el texto novelesco ya citado, *Fresdeval*, se dice que la «férrea condición del linaje ya no afloraba en el carácter de Nicolás»; y aunque Azaña menciona en el mismo párrafo un gesto de «Nicolás de Anguix», que corresponde estrictamente a la biografía de su abuelo Gregorio —téngase presente que Azaña funde con frecuencia en uno de los «Anguix» nombres, rasgos y hechos de dos o más antepasados directos: así en este caso da al aludido «Anguix» el nombre de pila de Nicolás Azaña, que fue notario en Alcalá de 1785 a 1805—, propongo que la caracterización citada aludía específicamente a Esteban Azaña. Es más, me atrevería a ofrecer la siguiente hipótesis histórico-psicológica: Manuel Azaña, como muchos hombres, quería simultáneamente ser y no-ser como su padre.

Hagamos ahora un inciso para corregir errores biográficos muy considerables en un artículo de Vicente Sánchez -Ocaña en el semanario *Estampa* (octubre de 1931), «Cuando yo era chico: los recuerdos de niñez del ministro de la Guerra». Se relata en ese artículo el efecto en don Esteban Azaña de la muerte de su mujer, y el fantasioso periodista transforma a un muchachito de nueve años en un «bebé rechonchete» que no comprende lo que ha sucedido:

La mirada del padre se detuvo en aquel bebé rechonchete que estaba como impasible, plantado allí en medio de la habitación.

Y ante la supuesta cólera del padre por la indiferencia del «bebé», comenta Sánchez-Ocaña: «¿Qué iba a responder el pobre bebé si no comprendía nada?» Añade el periodista:

Esa escena del padre echándole en cara su impasibilidad se le quedó para siempre en la memoria al bebé. Aquel bebé de 1889, que es ahora el ministro de la Guerra de la República.

Las consecuencias son evidentes, según Sánchez-Ocaña: Azaña habría sentido intenso remordimiento al recordar esa escena. La incuria biográfica, tan frecuente desgraciadamente en los países de lengua castellana —a pesar del dizque interés en el hombre concreto de «carne y hueso»— se ha dado quizá más de lo habitual en el caso de Manuel Azaña.

Volveremos más adelante al tema de la relación de Manuel Azaña con la tradición liberal de su familia. Señalemos ahora que esta tradición podría resumirse como el paulatino reblandecimiento de la ideología liberal. Porque entre el primer y el segundo Esteban Azaña hay distancias no sólo cronológicas: el padre de Manuel Azaña fue, en gran medida, el típico hidalgo liberal castellano cansado de las luchas del siglo. Había en él cierta energía, pero aplicada, como hemos señalado, a tareas restauradoras del pasado complutense: diríamos que su «posibilismo» consistía sobre todo en preservar los monumentos de la ciudad. Su hijo dirá (repitiendo a Voltaire) que «de los estados sólo quedan los monumentos»: y en cierta medida podría decirse que en esta actitud seguía el ejemplo de su padre.

«Lóbrega orfandad en casa»

A partir de 1890 en la casona alcalaína de los Azaña, «ensombrecida por tantas muertes», no hay apenas presencia masculina «mayor» y domina la tradicional religiosidad femenina española, esa vigorosa creencia que

somete a tantos cabezas de familia y que es (según el Azaña de 1924) la verdadera causa de la paz religiosa. Y, en gran medida, la juventud de Azaña será un rechazo, una consistente negación, de todo lo que significaba (en su «fachada» femenina) aquella casona matriarcal sin madre: me arriesgaré incluso a afirmar que en Azaña actuó siempre el temor a la mujer-matrona española, el temor a la fuerza de doblegación representada tan frecuentemente por la mujer española. Podría así decirse que la infancia de Azaña tiene algo de compresión ontogenética del proceso transformador de la burguesía liberal española del siglo XIX. Azaña señalaba también en 1924 que ese abandono había tenido consecuencias educativas:

En 1868, hacía más de treinta años que los frailes no enseñaban a los jóvenes filosofía ni historia; pero ya hace más de cuarenta que la flor y nata de la burguesía española —vivero de parlamentarios— recibe los elementos de su cultura de labios proselitistas.

Las familias liberales no tenían reparo, observa Azaña, en entregar a sus hijos a los maestros eclesiásticos de El Escorial y de Deusto, ya que éstos habían tenido la habilidad de presentar la «pugna laicista» como una trasnochada imitación del anticlericalismo transpirenaico. Azaña hablaba, en este caso, de su experiencia personal directa: en 1893 ingresó como alumno becario en el Real Colegio de Estudios Superiores, la universidad agustina de El Escorial. Cuando el muchachito alcalaíno marcha hacia aquel colegio uno de sus parientes (recuerda Azaña en el *Jardín de los frailes*) exclama: «¡Si tu abuelo levantara la cabeza!

Religión y paisaje: El Escorial

A la edad de trece años Manuel Azaña ingresó en la llamada Universidad María Cristina (en realidad, legalmente: Real Colegio de Estudios

Superiores) fundada ese mismo año por los agustinos de El Escorial. Allí permaneció cuatro cursos (1893-1897) recibiendo buenas calificaciones en los exámenes oficiales de todas las asignaturas. Los alumnos de la institución agustina se examinaron en la Universidad de Valladolid en 1894 y en la de Zaragoza los años siguientes. Azaña obtuvo en esos cuatro años, cinco «sobresalientes» y un número igual de «notables». Entre sus profesores debemos mencionar al padre Valdés (luego obispo de Salamanca) y al padre Jerónimo Montes. Sus maestros le recordaron siempre (según testimonio de uno de los agustinos más ancianos de El Escorial) como «alumno excelente y religioso». Y es patente que en el *Jardín* no se encuentran las frases despectivas o la actitud hostil del antiguo alumno características de la novela de Pérez de Ayala, *A.M.D.G.*, y de otros textos de coetáneos suyos: es más, Azaña se refiere exaltadamente al jardín de los frailes del Monasterio llamándolo «uno de los lugares deleitables del mundo». No olvidemos tampoco que Azaña asistió en El Escorial en 1906 a la consagración obispal del padre Valdés. Añadamos que tras una visita en 1931 escribió en su diario: «Siempre en perfecta comunión con este lugar.» Por otra parte, es indudable que Azaña rompió con todo lo que El Escorial representaba: aunque debemos indicar que hasta los primeros años del siglo (como se verá más adelante) no se apartó de la vía usual de los muchachos escurialenses que aspiraban a incorporarse al «Establecimiento» post-canovista de la Monarquía. Anotemos también que el nombre de Azaña no figura en los registros del curso 1897-1898, aunque es probable que haya dejado la universidad agustina en la primavera de 1898, como parece desprenderse del *Jardín*: se examinó en Zaragoza con sus ex compañeros y recibió el 4 de junio como alumno libre la licenciatura de derecho con la nota de sobresaliente.

Los cuatro años de estancia y estudios en El Escorial no fueron penosos para el muchacho alcaláino. Añadamos que allí estaba también uno de sus mejores amigos complutenses, Joaquín Creagh. Puede así afirmarse, sin arbitrariedad, que para Azaña pasar de la casona de la calle

de la Imagen al colegio fue en gran medida una liberación. La estancia en El Escorial debió significar un paulatino despliegue de fuerzas interiores. La soledad triste y cerrada del niño alcalaíno se tornó «posesión tranquila de sí mismo» en el recogimiento de la celda de El Escorial: «Encerrarse entre las cuatro paredes era salir a otro mundo... se alejaba infinitamente aquél en que uno solía estar, como si el alma agigantada de súbito, lo perdiese de vista.» De la ventana de su celda, que daba a los Alamillos, el adolescente Azaña contempla el campo: «Por esos portillos empecé a salir de mí mismo —escribe en *El jardín de los frailes*— y tal es la deuda más grave que tengo con El Escorial... en la edad de ordenar por vez primera las emociones bellas, me sobrecogió el paisaje.»

Mas la «deuda» de Azaña con los años agustinos de El Escorial es quizá mayor de lo que él decía en el *Jardín de los frailes*. En el texto de 1931 que he citado antes escribía Azaña:

Oigo cada quince minutos el reloj del monasterio que me contó muchas horas. El metal me suena muy bien... El antiguo manantial de la tristeza parece cerrado. ¿Pero no hay una parte profunda de mi vida que se remueve a estos acordes? Como se removió hasta los poros cuando escribí el Jardín; o más bien, cuando para escribirlo lo resentí... Considero cómo me he despegado de cuanto amaba en estos sitios... Hay infinito número de gentes que no sabrán los que se han quedado del lado de allá, ni los que sólo han conocido ni van a conocer más que el de acá de la ruptura.

Las últimas líneas muestran claramente que Azaña daba a su estancia en El Escorial una particular importancia: el «eso» a que alude no es sólo el descubrimiento de la belleza del campo castellano, no es tampoco únicamente la gozosa soledad de la celda. Es también lo que él llama su «conversión precoz». En los capítulos X y XI del *Jardín de los frailes* Azaña refiere cómo al llegar a El Escorial se encontraba en una fase

de agudísima exaltación religiosa —motivada por el sermón de un misionero jesuita en Alcalá— y cómo sus maestros le «volvieron a la razón» y le «habituaron a la religión reconciliada con la vida».

«*Brisas del Henares*» (1897-1898)

Manuel Azaña abandonó el colegio universitario agustino en el transcurso del año académico 1897-1898. Quizá no fue motivada su marcha por el episodio relatado en el *Jardín de los frailes* (conclusión del capítulo XVII) mas consta su ausencia en los registros de aquella institución: aunque se examinó junto con sus ex compañeros escurialenses en la Universidad de Zaragoza como en años anteriores (véase el capítulo XVIII de la novela aludida). Pero si el retorno a Alcalá no podía ser una feliz vuelta al hogar —la casona de la calle de la Imagen y muchos aspectos de la vida complutense eran algunas de las causas de lo que Azaña años más tarde llamaría «la antigua tristeza»— representó en la biografía del joven Azaña la iniciación gozosa de su aprendizaje literario y el afianzamiento de importantes amistades juveniles. Entre el otoño de 1897 y la primavera de 1898 se publicó en Alcalá una revista decenal, *Brisas del Henares*, en cuyas páginas aparecieron los primeros escritos «públicos» de Manuel Azaña. Como los otros redactores principales —sus amigos José María Vicario y Joaquín Creagh: «El Vicario de Durón» y «Colorín Colorao» respectivamente— Azaña utilizó un pseudónimo, «Salvador Rodrigo», con el cual firmará también sus artículos y narraciones de *Gente vieja* (1901-1903). Podría verse en ese pseudónimo una fusión nominal muy del ambiente del 98: «Pío Cid» y «Salvador Rodrigo» podrían *a priori* parecer estar en el mismo dominio nominal. Pero creo que Azaña tendía más bien a aludir irónicamente a los autobautizos mesiánicos de algunos noventayochistas. Por supuesto los escritos de Azaña en *Brisas del Henares* tienen sobre todo un valor histórico-sentimental: aunque

también son una muy evidente prueba de la potencialidad literaria de su autor. Me atrevería incluso a afirmar que muy pocos muchachos de esa edad (y más aún en nuestros días) de los países de lengua española llegarían a manejar la pluma con tanta soltura y con igual rigor «castizo». Apuntemos que Azaña tuvo entonces el apoyo literario de su tío Félix Díaz Gallo (hermano de su madre), que también le llevará más tarde a las páginas de *Gente vieja*.

Un ya casi olvidado escritor español contemporáneo (E. Giménez Caballero) aludió a *Brisas del Henares* en su libro sobre Azaña —donde junto a interpretaciones caprichosas se hallan abundantes y agudas observaciones no desprovistas de validez histórica— señalando cómo en uno de los artículos de «Salvador Rodrigo» se encuentra la actitud de rebeldía ante las autoridades propia del Azaña mayor. No debemos, por supuesto, dar tanta importancia «profética» a los artículos de *Brisas del Henares*: «Salvador Rodrigo» tiende sin duda al comentario satírico pero no está éste sustentado (como el Azaña «tardío») por una ideología política. De todos modos, sí acierta el aludido escritor al apuntar a la raíz emocional de la rebeldía de Azaña. El «señorito indomable» que él era, según propia declaración de Azaña, está, en gran medida, tras la pluma levemente mordaz de «Salvador Rodrigo». Mas la nota general de los escritos del aprendiz complutense es, sin duda, la jovialidad provinciana de su grupo de buenos fieles amigos. Entre éstos se destacará en la fidelidad (aunque hubiera entre ellos una radical disparidad en ideas políticas) don José María Vicario: y hagamos constar aquí que gracias a su pasión por la historia local y a su cuidado en preservar documentos y cartas, hemos podido nosotros encontrar textos y datos que hubieran sido muy probablemente de casi imposible localización.

II

MADRID ERA EL COMIENZO DE LA VIDA (1898-1909)

En el otoño tan simbólicamente melancólico del 98 Manuel Azaña inició los estudios del doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. Y aunque el Desastre dejó en él como en tantos muchachos españoles de su generación la huella «terrible» a que se refería en el discurso del 18 de julio de 1938, no puede descontarse el efecto vitalizador en su ánimo de la iniciación de su aprendizaje madrileño. La villa y corte ofrecía al jovencito alcalaíno—que en el internado escurialense miraba hacia el horizonte madrileño soñando que allí «era el comienzo de la vida» (*Jardín*, XVII) —amplias y contrarias posibilidades de expansión personal: la universitaria y la sensual. En la universidad encontró sobre todo Manuel Azaña —dejando ahora de lado los aspectos negativos que él mismo señalaría en un artículo de 1911 y la estimable labor de algunos catedráticos de corte docente tradicional— el ejemplo austero y el rigor intelectual de Giner de los Ríos. No sólo en la clase del maestro rondeño sino también en conversaciones callejeras con él, oye Azaña hablar de libros, de temas profesionales y de métodos de trabajo hasta entonces desconocidos: y quizá nunca perderá la impresión dolorosa de haber carecido de una orientación educativa semejante a la institucionista en los años de la temprana mocedad. Giner de los Ríos (y señalemos que uno de los amigos más queridos y constantes de Azaña en su juventud fue el «institucionista» Guillermo Pedregal) representaba en el fin del siglo la negación de la abulia y del pesimismo justificadores de la llamada «decadencia española». Cuando Azaña, como veremos más adelante, acuse a su generación de haber adoptado la actitud más cómoda ante el Desastre —«como aquí nadie sirve para nada, como todo está perdido, ¿qué me va a

pedir usted a mí?»— estará seguramente rememorando la lección viril de Giner. Pero en el Madrid del post-98 abundaban también alicientes muy opuestos a las normas éticas (e higiénicas) de aquel maestro. El joven Azaña se entregó entonces a «aquellas frecuentaciones» a las que su «lozana juventud debió las más violentas efusiones sensuales» (citando sus propios términos): su aprendizaje madrileño fue en este aspecto exactamente igual al de infinitos estudiantes provincianos de la clase acomodada española. Debe tenerse presente que las exigencias puritanas de la Institución Libre de Enseñanza (y la desafiante monogamia de Unamuno o la pulcritud erótica de Ortega) buscaban contrarrestar las consecuencias moral e intelectualmente destructoras —aparte de los más obvios males físicos: recuérdese que el gran suicida de 1898, Ángel Ganivet, fue como numerosísimos intelectuales españoles de su tiempo víctima de la sífilis— de la laxitud sexual de los estudiantes y de los jóvenes burgueses. De ahí muy probablemente que Manuel Azaña, que no dejó nunca de admirar a Giner y en cuya ideología política hay indudables raíces krausistas, no haya sentido afinidad por el ascetismo de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Giner y sus compañeros y discípulos marcaban la pauta de la liberación intelectual, pero el joven Azaña aspiraba, como tantos otros muchachos españoles, a realizar también la que ellos estimaban «liberación sensual». La ausencia, por otra parte, de adecuadas residencias universitarias en aquel Madrid del post-98 facilitaba considerablemente la relajación de las costumbres estudiantiles. Aquí vemos también cómo la generación de Ortega (la generación de 1914, la del fundador de la *Residencia de Estudiantes*, Alberto Jiménez) fue también en ese aspecto decisivamente innovadora en la España del novecientos. Mas no todos los integrantes de esa generación de 1914 se identificaron con los principios puritanos de Giner o con el afán de pulcritud de Ortega: porque es manifiesto que el personaje central de algunas novelas de Pérez de Ayala, «Alberto Díaz de Guzmán», reflejaba fielmente el tipo de vida juvenil en el Madrid del novecientos de muchos

españoles de la generación aludida. Diríamos así que el aprendizaje madrileño de Azaña consistió en gran parte, finalmente, en la aleación de los goces físicos y de los placeres intelectuales, para emplear los mismos términos del héroe novelesco de *Troteras y danzaderas*. Aunque convendría añadir al carácter «ayalino» del aprendizaje madrileño del joven Azaña una modalidad madrileña casi «atrasada» de la generación anterior.

Elogio del señorito benaventino

En un discurso de 1935 declaraba Azaña con no poco orgullo que «la actitud docente y profesoral» era totalmente contraria a su temperamento, a su gusto y a su capacidad. Y en su libro de 1919 *Estudios de política francesa* —preparado de acuerdo con las normas más rigurosas de la investigación histórica contemporánea— abre un paréntesis humorístico, al considerar los cambios de la relación entre jefes y tropa en Francia, para hacer un elogio de la frivolidad ya que «es a veces una manera amable que tiene el talento de no darse importancia a sí mismo». Estas referencias alusivas a su antipatía a lo «profesoral» se concretizan y precisan en el artículo sobre Benavente que publicó en 1923 en la revista parisina *Europe* (abril y mayo) con motivo de la concesión a aquél del Premio Nobel de literatura. Señala Azaña que la originalidad social más notoria del dramaturgo era su rechazo de la «suficiencia profesoral» que se había puesto de moda en España, quizá como reacción frente a la antigua y excesiva familiaridad: Benavente, como hombre naturalmente distinguido, eludía la pedantería *toute pose, tout air solennel*. Rasgos individuales que corresponden a los genéricos del burgués madrileño «puro», del «pequeño Madrid *cortesano* de hace cuatro lustros», decía Azaña en 1923. La semblanza de ese burgués es tan sumamente autorreveladora que me parece indispensable citarla en su versión francesa (dado que hasta ahora no ha aparecido el texto original español): «La capitale de l'Espagne produit, dans les couches les plus cultivées et les plus fines de sa

bourgeoisie, un type d'homme sceptique, moqueur, aimable, empressé sans obséquiosité, sans aucune tendance á l'enthousiasme et exempt de présomption et de pédanterie.» Añadamos que de esta exaltación del madrileño benaventino —sin que deba olvidarse el papel que en ella juega incluso la simpatía de Azaña por el constante noctámbulo y el fumador empedernido que era Benavente— no se desprende una admiración literaria sin atenuantes: el dramaturgo madrileño no llegó, según Azaña, a dar en el teatro universal de su tiempo «una modalidad española verdaderamente original».

La responsabilidad de las multitudes (1900)

El 20 de junio de 1900 presentó Manuel Azaña la memoria doctoral que concluía sus estudios de Derecho: *La responsabilidad de las multitudes*. Fue su consejero y ponente el catedrático de Derecho Internacional Privado y Público don Rafael Conde Luque. Pero por enfermedad de éste, Azaña leyó su memoria el 26 de junio ante un tribunal presidido por un ponente sustituto, el catedrático de «Literatura y bibliografía jurídicas», don Rafael Ureña, en cuyo curso doctoral de 1898-1899 recibió la misma calificación («Sobresaliente») que le fue concedida al concluir la defensa de su tesis. La memoria tiene 133 páginas manuscritas (de mano de amanuense, aunque lleva la firma ya inconfundible de su autor) y se conserva en el expediente de Azaña guardado en los archivos universitarios de Madrid: quisiera dejar constancia ahora de mi agradecimiento a mi amigo Víctor Sánchez-Mesas, cónsul general de España en Boston, por su eficaz ayuda en la obtención de una micropelícula de la tesis doctoral de Azaña. Y quizá sea ésta también la ocasión indicada para dar públicas gracias tanto a los antiguos azañistas como a algunos adversarios políticos de don Manuel que nos han ayudado generosamente en la búsqueda de textos y datos. Todos ellos han sentido, como el autor de estas páginas, que la

reconstrucción histórica de una España de manifiesta significación universal, exige la colaboración desinteresada de todos los españoles de buena voluntad.

La memoria doctoral de Azaña, como casi todas las de aquellos años en la Universidad Central, es apenas equiparable a un trabajo actual de seminario en cualquier Facultad de Derecho. El mismo preámbulo lo muestra:

...no estará de más advertir que no se ha pretendido hallar soluciones nuevas ni plantear el asunto de diverso modo que el hasta aquí acostumbrado... Poco entusiasta de las innovaciones peligrosas, no han llegado a convencerme... las nuevas escuelas... por esto, he partido siempre de doctrinas ya rancias y que alguien considerará impropias de los pocos años, que es cuando tienen lugar los mayores atrevimientos...

Azaña había sido, como se ha indicado, un alumno estudioso en el curso de don Rafael Ureña y su memoria doctoral es, sobre todo, una exposición de la bibliografía más importante en torno al tema por él tratado. Hay, sin embargo, algunas notas de carácter personal —en particular las referencias a las acciones violentas de las multitudes: recuérdese lo señalado anteriormente sobre el temor de las familias liberales complutenses— y luego hemos de referirnos a la extraordinaria proximidad conceptual de ciertos pasajes de esta memoria con textos del gobernante Azaña treinta años más tarde. Baste citar ahora un fragmento que revela la actitud del joven Azaña ante un problema social de su tiempo:

Muy triste es en la actualidad la condición de gran número de hombres colocados en situación verdaderamente miserable por la poca retribución que a veces tiene su trabajo y que viven vejados por

patronos sin conciencia que en su afán de lucro, sólo atienden a la prosperidad de su negocio... no es mucho que de improviso... ocurran esos temidos sacudimientos en las masas trabajadoras que ponen en peligro el orden de la sociedad entera.

En su novela autobiográfica *El jardín de los frailes*, aludirá Azaña a cómo el joven español recién doctorado que aspire a incorporarse a la oligarquía parlamentaria, ha de publicar algún folleto sobre la *Necesidad de mejorar la aflictiva situación de las clases trabajadoras*. Azaña no estaba, sin embargo, dando nada más que uno de los que él llamaba «pasos seguros» hacia el centro del poder social y político español al referirse en el párrafo citado a la situación de muchos obreros: su amistad con Antonio Fernández Quer y otros socialistas de la Casa del Pueblo de Alcalá indica que Azaña expresaba un sentimiento no exclusivamente «retórico». Adelantemos ya que el primer discurso político de Azaña fue pronunciado precisamente en el local de los socialistas complutenses (*El problema nacional*, 1911).

«Gente vieja»: una revista «ortodoxa»

En el otoño de 1900 Manuel Azaña se incorporó como pasante a uno de los bufetes más importantes de Madrid el de don Luis Díaz Cobeña: emprendía, pues, el camino de lo que él mismo llamaría más tarde una carrera «de lo más ortodoxo». Mas no sólo en esa vía, propia de un descendiente de notarios, fue el comienzo profesional de Manuel Azaña marcadamente «ortodoxo». En el terreno literario también cursó un aprendizaje similar. Gracias a un epistolario del joven Azaña recientemente hallado hemos podido encontrar en la revista *Gente vieja* numerosos artículos de «Salvador Rodrigo» (o sea el pseudónimo empleado por Manuel Azaña en *Brisas del Henares*) entre 1901 y 1903. Para colaborar en *Gente vieja* había que haber alcanzado el medio siglo. En 1903 en la

portada de la revista se confiere al joven Azaña el título de «viejo honorario». Además su incorporación a esa revista fue seguramente resultado del apoyo de su tío don Félix Díaz Gallo, colaborador asiduo de la misma. Azaña se daba a conocer así en forma «ortodoxa», bajo el amparo de su familia, y dentro de un ámbito bastante ajeno a las tendencias desafiadamente «juveniles» del novecientos madrileño. *Gente vieja* había sido fundada en 1899 por don Juan Valero de Tornos (cuya importancia periodística databa de 1868) y respondía a una reacción entre escritores y periodistas de cierta edad contra el supuesto decadentismo político y estético del post-98. No era manifiestamente la revista que correspondía a lo que Manuel Azaña empezaba a ser: y sorprende, en cierta medida, que «Salvador Rodrigo» no acudiera a ninguna de las varias revistas juveniles de principios del siglo. De ahí que un historiador español contemporáneo (de la generación siguiente a la de Azaña) me mostrara su extrañeza al saber «que un joven escritor como don Manuel, impetuoso y revisionista, colaborase en *Gente vieja*». Tengamos presente, por otra parte, que Azaña mantendrá siempre un acusado desdén por las actitudes intelectuales de los jóvenes del novecientos: veremos, más adelante, cómo juzgará negativamente la primera fase de su propia generación española. Debe asimismo señalarse que en Azaña operaba también una evidente simpatía por lo que podríamos llamar el tradicional tono «zumbón» del madrileño fino, el tono que fundía, diríase, la ironía de un don Juan Valer a con el comentario mordaz del joven Benavente. No conviene tampoco soslayar la voluntad de continuidad —fundada en un conocimiento de lo mejor español del siglo pasado— de Manuel Azaña. Quizá no exageraba del todo cuando treinta años más tarde decía a John Gunther que él era el «español más tradicionalista de la península». Podría también sugerirse que el joven Manuel Azaña no quería romper con un siglo que era la raíz misma de todo liberal español y que contaba con numerosos ejemplos de equilibrada hombría.

Pero, con todo, los artículos publicados en *Gente vieja*, entre 1901 y 1903, o sea cuando Manuel Azaña ha alcanzado la mayoría de edad legal, no contienen ninguna de las actitudes de la madurez de su autor aunque sean en su conjunto un relativo anticipo de los temas de *La Pluma*. Mas evidentemente el costumbrismo levemente satírico —y resulta muy significativo que Manuel Azaña participara en el número de homenaje a Mesonero Romanos de *Gente vieja* en 1901— refleja sólo la personalidad «superficial» del escritor Manuel Azaña: esto es, los escritos costumbristas muestran sin duda lo que él hereda (la afición casticista de su padre y de su tío) y lo que el joven Azaña es en ese principio del novecientos, pero apenas revelan *lo que quiere ser*. Según un filósofo contemporáneo los individuos verdaderamente originales se organizan para *no ser* lo que son, para no dejarse llevar por la faz fácil de su personalidad. Y no es quizá inoportuno el reiterar el contraste marcado por Proust entre el «yo de la conversación» y el «yo profundo», el «yo» personal esencial y creador. El escritor que deja hablar únicamente al yo de la conversación es a la vez superficial y poco auténtico: para tener acceso al nivel hondo de la belleza literaria y de la autenticidad individual es necesario alejarse del «yo de la conversación».

Salvador Rodrigo: espectador madrileño

Diríamos que en el joven Manuel Azaña de *Gente vieja* actúa casi exclusivamente el «yo de la conversación», el tono «superficial» del festivo espectador complutense. Así entre el «Salvador Rodrigo» de *Brisas del Henares* y de *Gente joven* no hay casi más distancia que la cronológica, como entre «Salvador Rodrigo» y los artículos satíricos o costumbristas de *La Pluma*. Sobre esto hemos de volver más adelante, puesto que no sería injusto, biográficamente hablando, afirmar que en gran medida una tragedia de Manuel Azaña fue la pervivencia literaria en los tardíos textos aludidos de su personalidad «superficial»: sin que pueda negarse por otra

parte que en él, como en su admirado don Francisco de Quevedo, las dos plumas, la profunda y la superficial, eran expresión de un mismo impulso verbal. Porque Manuel Azaña era escritor de raza y sabía que para llegar a los altos niveles de la creación literaria había que recorrer previamente largos caminos aparentemente triviales; la literatura se hace ante todo con palabras, digamos así, parafraseando la celebérrima contestación de Mallarmé a Degas. Tanto el mocito Manuel Azaña de *Brisas del Henares* como el flamante doctorcito de *Gente vieja* cursaban muy normalmente su aprendizaje literario utilizando la única pluma con que entonces contaban. Tengamos presente, además, que Manuel Azaña se oculta tras un pseudónimo: o sea que en cierta medida su aprendizaje es relativamente «secreto».

El Azaña «que vendrá» deja, sin embargo, constancia de su actitud en el artículo del 30 de marzo de 1901, «Voto de calidad», dedicado a don Eusebio Blasco (1884-1903), el prolífico periodista festivo, a quien Azaña llama «maestro» más para expresar su respeto a la figura del escritor independiente que para establecer una filiación estilística. Azaña señala que en España no abunda «la independencia de criterio». Añade: «nos hemos forjado una libertad tan asustadiza que en hablando de ciertas cosas se esconde amedrentada y se bambolea todo el tinglado de *nuestras* conquistas gloriosas». Recordemos que Blasco, creador del llamado «género bufo» —cuyas obras completas, publicadas entre 1903 y 1906, suman veintisiete volúmenes—, era probablemente uno de los españoles de su tiempo más representativos del «arte zumbón» a que se ha aludido antes: el volumen último de sus obras completas lleva por título *Los curas en camisa*. El Azaña escritor satírico estará en la tradición literaria mencionada y mostrará también en este caso su adhesión a los modos expresivos de sus mayores. Mas hay en este artículo un párrafo muy «de Azaña», muy propio del hombre que empezaba a dejar de ser «Salvador Rodrigo»:

Muy grande es, efectivamente, el mal y muy generales las quejas; pero que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido hasta ahora buscar remedio. Ocurre con esto lo que con tantas otras plagas que afligen a los españoles; todo el mundo habla contra ellas y desea extirparlas, pero nada más; hartos estamos, por ejemplo de malos gobiernos, de la desastrosa política que a tan lastimosos extremos nos ha traído, y sin embargo no se han encontrado hombres capaces de dar al traste con lo que tanto molesta.

Este texto de 1901 (cuando Manuel Azaña acaba de cumplir veintiún años) apunta ya a la originalidad de su autor en la historia intelectual española: ahí está ya el afán realizador del político, el ánimo «voluntarioso» del hombre de 1931.

Debemos señalar también que en *Gente vieja* Azaña publicó dos cuentos, «Esbozo» (30 de octubre de 1901) y «En el ventorro del Tuerto» (30 de enero de 1902). De las cartas a su amigo alcalaíno a que nos hemos referido se desprende que aspiraba entonces a escribir una novela y quizá algunas piezas teatrales. En los cajones de papeles personales que permanecen aún cerrados en Francia habrá sin duda manuscritos inéditos, completos o inacabados, de obras de «ficción» de esos años. Los dos cuentos citados no admiten, desde luego, comparación con la prosa de *El jardín de los frailes*: son, simplemente, como los textos costumbristas, ejercicios de un muy adelantado aprendiz de narrador. Azaña, al menos públicamente, abandonó poco después esa ambición y orientó su actividad expresiva hacia el periodismo ideológico y el pensamiento político. Los años de su colaboración en *Gente vieja* corresponden también a su frecuentación de la Academia de Jurisprudencia: y, como hemos de ver inmediatamente, en 1902 pronunció su primer discurso verdaderamente público, «La libertad de asociación», en la mencionada institución madrileña. Luego abandonará la Academia, y el bufete de Díaz Cobeña, apartándose de la vía «ortodoxa»

que le ofrecía la España de la oligarquía parlamentaria: podemos decir también que su apartamiento de *Gente vieja* fue también un rechazo de esa misma vía de incorporación al «Establecimiento» canovista, puesto que dicha revista era en gran medida una publicación «ortodoxa». Azaña, después de 1903 y hasta 1909, se mantendrá en una especie de paréntesis de espera y dedicará una parte considerable de su tiempo y de sus energías a los negocios industriales y propiedades agrícolas de su familia en Alcalá.

Ese paréntesis representa un aparente corte biográfico importante, pero su documentación ha de esperar mejores tiempos. En 1905 publicó, junto con su amigo el albañil socialista Antonio Fernández Quer (diputado en 1931 en las Cortes Constituyentes), el semanario complutense *La Avispa*, del cual sólo existe una colección completa cuya propietaria no ha accedido hasta ahora a permitir su consulta.

Libertad de asociación: 1902

Ya hemos indicado que en junio de 1900 Manuel Azaña presentó su memoria doctoral sobre «La responsabilidad de las multitudes». El otoño siguiente empezó a frecuentar la Academia de Jurisprudencias —«la Academia, siendo yo un chico de veinte años, me imponía con su remedo de parlamento», escribe en el *Diario* treinta años más tarde— y en enero de 1902 leyó su discurso, publicado ese mismo mes, *La libertad de asociación*. O sea que el joven Azaña siguió entre 1900 y 1902 la vía «ortodoxa» de incorporación a la oligarquía parlamentaria española. Él mismo apunta en su *Diario*:

Cuando yo ingresé en ella (la Academia) estaba en la calle de Colmenares y allí me hice amigo de Piniés, de Goicoechea, de Ródenas y otros que también han ocupado altos puestos en lo más

conservador de la política monárquica; allí también oí hablar por vez primera a Ossorio... La carrera con que allí se soñaba era de lo más ortodoxo: gran bufete, acta de diputado, ministro, etcétera, por los pasos seguros de la protección de un personaje. Allí más que nada se aprendía *a ser pasante*.

Cotejemos esta rememoración con un texto estrictamente coetáneo de sus días en la Academia de Jurisprudencia y veremos cómo el joven Azaña disfruta de su «triunfo» de 1902 y se resiste a dar el paso definitivo que le puede acercar al centro del poder de la monarquía española del novecientos. Escribe a un amigo de Alcalá el 3 de febrero de 1902:

Supongo que habrás recibido mi discurso, esa obra magna de mis 21 años llamada a producir una verdadera revolución en las ideas políticas. Sin (bromas), debo decirte que ha sido una revelación; ya sabes lo poco amigo que soy de exhibiciones, así que no había aparecido por la Academia desde que presenté eso en septiembre hasta dos o tres días antes de la lectura. Produjo un excelente efecto... he recibido multitud de cartas de personajes conspicuos prometiéndome su intervención y héteme aquí pasando de un salto desde la masa anónima al cogollo, a las tertulias de Secretaría *donde se forja el rayo*.

Mas a su corresponsal indica que no ha cambiado y que no piensa alterar sus costumbres —en las cuales desempeñaban entonces un papel muy principal sus intensas relaciones amorosas con una cierta Piedad— ni planea aprovechar la ayuda ofrecida por los poderosos. Azaña aludía, sin duda, a las sesiones de la Academia de Jurisprudencia dedicadas a debatir las cuestiones planteadas por él: así en *El Imparcial* se reseñan debates semanales en torno a la *Memoria* de Azaña desde febrero a junio de 1902. Pero siguió frecuentando la Academia y así escribe a su amigo, invitándole a asistir a una de las reuniones en «la que tomarán parte estimables

oradores y de donde sacarás sin duda alguna, grandísimo provecho». Y añadía: «ahora *estamos resolviendo* el problema del clericalismo y de la reacción y todas las noches se pide carne de cura.» La atmósfera intelectual de la Academia no era, pues, tan sosegada como parecía deducirse de la referencia hecha por Azaña en su *Diario*: aunque, como hemos de ver ahora, al comentar su discurso de 1902, tampoco era precisamente una asamblea truculenta. Es evidente que Azaña quería escandalizar a su buen amigo de Alcalá, ya que éste era un católico de acendrado tradicionalismo.

El discurso de Azaña, como tantos textos similares de jóvenes españoles de su generación no podía aportar manifiestamente ninguna novedad conceptual. Es un discurso «escolar» que resume y coordina ideas corrientes en ese momento de la historia intelectual europea. Hay, sin embargo, una nota original, quizá no muy perceptible para los lectores de hoy por falta de familiaridad con todos los matices del llamado «problema del clericalismo» en la España del novecientos. Azaña, según hemos de apuntar luego, se sitúa en la posición que podríamos denominar «intermedia» representada por algunos de sus maestros relacionados con la Institución Libre de Enseñanza. Pero es preciso que esboce, aunque sea muy esquemáticamente, la argumentación general del discurso.

Azaña indica que el problema central del siglo XIX ha sido el de la relación entre el individuo y el estado —casi treinta años más tarde, en su discurso del Ateneo en 1930, volverá a ocuparse del problema de la relación entre la persona y la sociedad— y que debe hallarse una «fórmula de armonía» que concilie el espíritu de solidaridad con el individualismo. Azaña apoya su exposición en dos nombres muy simbólicos del liberalismo solidario español, Gumersindo de Azcárate y Concepción Arenal. Observa que en la vida humana el aislamiento es en general nocivo para el individuo, pues éste entonces «se entrega a una indiferencia y apatía mil veces más funesta que todos los inconvenientes que de la cooperación pudieran derivarse». La solución está, por lo tanto, en el desarrollo paralelo

de la libertad individual y de las formas; de vida solidarias. Toda esta argumentación conciliadora del individualismo y del solidarismo apenas podía suscitar discusión en la Academia madrileña. Pero Azaña entra, tras exponer la argumentación que acabamos de resumir, en el terreno harto espinoso de las instituciones que acentúan su carácter colectivo, o sea las asociaciones religiosas, y en el relativamente nuevo del «problema obrero».

Azaña y los institucionistas

Tengamos presente que en la España del novecientos había tres posiciones, ideológicas y políticas, respecto a la relación entre la Iglesia y el Estado. La posición que podríamos llamar «liberal tradicional» pedía que se coartaran considerablemente las actividades de la Iglesia y en particular de las asociaciones religiosas docentes. Los conservadores se oponían lógicamente a los liberales y defendían los derechos de las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza. Mas un pequeño grupo dentro del campo liberal, el de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, se oponía también a la limitación de los derechos docentes. Giner y sus amigos y colegas sostenían que el Estado debía afirmar y defender la más absoluta libertad de enseñanza: poner trabas a las asociaciones religiosas sería negar los principios mismos de la libertad política. Azaña se sitúa en esta posición de los institucionistas. Así escribe:

La libertad de enseñanza, más que un principio filosófico, es una garantía, una prenda de paz, en la que se afianzan la libertad de conciencia y la dignidad de los ciudadanos. Contra ellas se trabaja cuando para mantener una unidad moral y de doctrina ilusorias se coarta el ejercicio de esa libertad aunque las persecuciones vayan solamente dirigidas contra las asociaciones religiosas, porque aparte de que la injusticia es mayor por ser la excepción más notoria, el perjuicio redundará en daño de todos cuando se sustituye la

infallibilidad de la Iglesia por la del Poder Civil y se uniforman por decreto los entendimientos y las creencias; cuando se fomenta el antagonismo entre el individuo y el Estado, huyendo de la cooperación que debe mediar entre ambos.

Manuel Azaña dirá más tarde (en 1924) que la cuestión fundamental en la educación de los españoles era el problema planteado por la expansión desmedida de las órdenes religiosas: y sin duda las asociaciones religiosas docentes habían aumentado considerablemente su extensión geográfica y su poder social en los treinta primeros años del siglo. Mas en 1902 Azaña estimaba como su maestro Giner de los Ríos —en contraste, por ejemplo, con la posición «liberal tradicional» de don Miguel de Unamuno, estatista a ultranza— que el predominio de las ideas liberales había conseguido atenuar sustancialmente la importancia de las dos fuerzas opresoras del individuo en la Europa occidental: la casta guerrera y la casta sacerdotal. De ahí que el Estado velara por el mantenimiento de su soberanía pero manteniendo buenas relaciones con la Iglesia: «no debemos impedirle (a la Iglesia) que disfrute de una parte de las comunes libertades».

La parte final del discurso de Azaña versa sobre el otro problema del novecientos, el llamado «problema obrero». Azaña supone que todos los hombres de buena voluntad desean «sacar a las clases trabajadoras de la abyección en que se encuentran por la miseria, por la ignorancia, por la inmoralidad». Se apoya de nuevo en textos de Concepción Arenal y juzga que la solución del problema se encuentra en la fundación y expansión de las cooperativas obreras. Estas tendrían por objeto facilitar ante todo el mejoramiento material de la vida de las clases trabajadoras. Azaña aconseja olvidarse de los partidarios del socialismo ascético: «si el voto de pobreza se tiene por sublime sacrificio en los individuos aislados, irremisiblemente es mortal cuando lo hace un pueblo».

Todavía dentro del camino «ortodoxo»

El discurso de Azaña estaba, por lo que acabamos de notar, dentro de la que podríamos llamar «tónica ortodoxa» de la Academia de Jurisprudencia: él mismo lo mencionará, sin hacer alusión concreta, en el *Jardín de los frailes* al enumerar los «pasos seguros» de la incorporación a la oligarquía parlamentaria: «Un joven de provecho triunfa en la vida si, apenas salido de la universidad, promulga sendos folletos sobre el *Estado social de la mujer* y la *Necesidad de mejorar la aflictiva situación de las clases trabajadoras.*» No había en él nada de rebelde (de haberlo sido no hubiera pronunciado un discurso en la Academia de Jurisprudencia) ni de abierto inconformismo. El joven Azaña decidió, sin embargo, cortar esa vía y se dedicó literalmente a cultivar su jardín, sus tierras del campo complutense durante casi diez años. Observemos de paso que la relación de Azaña con el socialista Antonio Fernández Quer (que se prolongará políticamente hasta 1918 por lo menos) era en él, aparte de una posible afinidad personal, la consecuencia de su actitud de liberal solidario. Debemos tener presente también que Alcalá de Henares había pasado a ser en las últimas décadas del siglo XIX una villa industrial (en el modesto sentido castellano del vocablo) con fuerte población obrera. Añadamos también que ya don Esteban Azaña Catarineu había organizado una escuela nocturna para obreros. El liberalismo solidario de Manuel Azaña no dejaba, pues, de actuar en él al entrar en ese paréntesis de propietario agrícola y de industrial (finalmente fracasado) que fue el sexenio 1903-1909. En este último año vuelve a su actividad propiamente profesional y reanuda el «hilo notarial» de sus mayores: el camino de la vocación le lleva nuevamente al terreno de la jurisprudencia. El joven orador de 1902 reaparecerá en el colaborador de *La Correspondencia de España* en 1911-1912.

III

LA CRISIS DE IDENTIDAD ESPAÑOLA

Ortega ha señalado que la tarea del biógrafo debe consistir ante todo en determinar la vocación del biografado y comprobar si éste ha ejercido su propia vocación o si le ha sido infiel. La vocación es, según Ortega, un «programa individual de existencia». Nuestro «yo» es, en esencia, nuestra vocación: y el drama del hombre se reduce finalmente a poder ser o no su propio «yo». Ortega mantiene también que cada hombre tiene un amplio horizonte para su vocación, o sea, para la realización de su «yo»: tengamos presente, por otra parte, que Ortega nació dentro de un ámbito social y económico europeo—el de la burguesía de la *belle époque*: y en España, pese a lo que Ortega dijera contra la Restauración canovista, también se daban condiciones sociales favorables para el desarrollo del «yo burgués»—y que no siempre el hombre cuenta con los medios adecuados para la realización de su vocación. No sucedió así, sin embargo, en el caso de Azaña: hemos visto ya que tenía abiertas ante sí todas las puertas de la oligarquía parlamentaria de la España post-canovista. Hubo en él por lo tanto un manifiesto problema de vocación, esa «afanosa búsqueda de la vocación» a que se refiere él mismo hablando de Ganivet. Volvamos a acudir a las páginas del *Jardín de los frailes* (mucho más autobiográficas de lo que hasta ahora han parecido ser, como indicaremos más adelante). En el capítulo VI, tras describir el comienzo de la carrera «ortodoxa» apunta: «me senté en el comienzo del camino.» Y añadía:

...a mí me habían puesto desde jovencillo en el carril de los triunfos. Ciertamente: les (los maestros de El Escorial) volví la espalda; desmentí los

vaticinios más claros... Lo digo sin amargura, sin furor, no obstante el peligro en que estuve, pues ahora sólo me place recordar que me salvé. Salvarme fue, más que cordura, virtud de la indolencia....

No podemos entrar ahora en todo lo que este párrafo implica en profundidad biográfica, por así decir: baste apuntar que en Azaña la llamada crisis de identidad propia de la adolescencia debió prolongarse hasta muy cercana la madurez.

Quizá por eso no haya en la historia española del medio siglo 1890-1940 un hombre tan plenamente representativo del drama de su generación como Manuel Azaña. Otras figuras históricas coetáneas suyas —recuérdese que Azaña pertenece a una gran generación, la de 1914: Ortega, Juan Ramón Jiménez, Picasso, Américo Castro, Marañón y tantos otros españoles destacados— presentan rasgos más acabados, trayectorias biográficas más rectilíneas. En muchos de ellos las vocaciones se afirman precozmente y las abstenciones suelen ser tajantes, decisivas: han querido ser *esto*, han desechado y olvidado los *otros* caminos. Pero, por ello mismo, sus biografías intelectuales transparentan mucho menos que la de Manuel Azaña el drama histórico español contemporáneo: de muchos de ellos quedan sus obras como sobresalientes bultos redondos, aisladas en el campo visual de su tiempo histórico por su misma sustancia compacta, por la opacidad propia de la creación «objetiva», estética o científica. El contemplador apunta a ellas su mirada y no se interesa necesariamente por el «entre bastidores» del autor. Un hombre como Manuel Azaña es, en cambio, apenas desvenable de su trasfondo histórico: y no sólo porque al fijar la atención en él se entra en esa rica zona para la observación intelectual de la penumbra histórica —esa zona donde son visibles los tanteos de la vocación, los despliegues y repliegues de la persona, donde coexiste el afán creador con, la voluntad de abstención—sino también porque en Azaña se manifiesta nítidamente la fusión del problema español y del problema personal, la íntima angustia individual y el «dolor de

España». Otros españoles del siglo XX —Unamuno y Ortega, por ejemplo, para citar sólo los nombres más obligados— iluminan y explican aspectos esenciales de la crisis española moderna, pero no *son* esa crisis: porque tanto Unamuno como Ortega, eran hombres hechos, tenían la reciedumbre del hombre plenamente maduro que ha resuelto en la temprana mocedad su propia crisis de identidad personal. De ahí que al hablar de la crisis colectiva española, *por más que les duela*, siempre están en su fuero interno allende aquella crisis. Mas en Manuel Azaña (como también en los dos suicidas Larra y Ganivet) vemos la crisis española *in the flesh*: así cuando se refiere a la tragedia de la España moderna habla por la herida de su crisis personal. Recordemos, igualmente, que ciertos admiradores de Azaña en el primer bienio de su jefatura gubernamental (1931-1933) le reprocharon su tendencia a hacer «política biográfica». Para el historiador de la España moderna, en cambio, la tendencia introspectiva de Azaña, su «biografismo», confiere a su figura la categoría humana que Ortega niega a la inmensa mayoría de los políticos: en Azaña el «hombre interior» y el hombre de acción son inseparables, el uno se transparenta constantemente en el otro. Es más, Azaña veía su destino personal íntimamente ligado al de la sociedad española: y por lo tanto la actividad política había de ser, simultáneamente, realización de la persona y transformación de la vida nacional. No, por otra parte, que Manuel Azaña se sintiera, desde joven, en posesión de una clara y proyectable imagen de sí mismo. En 1918, en el prólogo a su primer libro, señalaba que él y algunos españoles de su generación habían buscado en vano desde su mocedad —recordemos que Azaña tiene entonces treinta y ocho años— un cierto «equilibrio». Este equilibrio, añadía, sería «la condición inexcusable para que el nuevo estado que se intente organizar no sea una forma vacía».

La búsqueda de este equilibrio equivalía a la organización de un porvenir individual y nacional. El filósofo francés Emmanuel Mounier, en su libro *Traité du caractère*, da una definición de la vocación que nos parece más acertada que la de Ortega y más adecuada al caso de Azaña.

Según Mounier, una vocación es *le maintien et l'organisation d'un avenir à travers un rythme de poussées, de périodes étales et de crises*. Tras lo que hemos expuesto de la trayectoria biográfica de Azaña se desprende un proceso humano al cual se puede aplicar enteramente la caracterización de la vocación dada por Mounier. Porque en Azaña, aunque él mismo lo negara más tarde, había una decidida voluntad de mantener y organizar un porvenir: el suyo y el de los españoles. Desde sus dieciocho años Azaña sueña con una mejor España. Esto lo confirma un dato importante de la biografía intelectual de Manuel Azaña: en enero de 1911 pronunció en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares una conferencia con un significativo título y tema, «El problema nacional». Fue recogida en folleto por la mencionada institución socialista complutense, pero no ha podido localizarse todavía ningún ejemplar. Al comentar más adelante la conferencia *Los motivos de la germanofilia* (1917) haremos de nuevo una referencia al folleto de 1911: sospechamos que en este último están expresados ya algunos de los conceptos de 1917. Es también probable que en el folleto de 1911 expusiera algunas de sus ideas sobre el que Azaña llamaba «problema interior de una generación».

El problema interior de una generación

No cabía duda para Manuel Azaña que el Desastre español por antonomasia, la derrota de 1898, había sido la experiencia decisivamente formada de los hombres de su generación, de los españoles nacidos hacia 1880. Todavía en 1938, en su discurso del 18 de julio, aludía a aquella huella terrible», a aquella herida profundamente alienadora que había dominado toda la vida pública de su generación. Cinco años antes, en 1933, en Bilbao, recordaba también el dolor de la mocedad española, «la tragedia de la disociación de la vida íntima respecto a la vida nacional». Y Azaña anhelaba que las nuevas generaciones españolas no tuvieran que conocer la repetición de su experiencia dolorosa:

Y lo que yo quisiera es que la generación que nos suceda no se encuentre nunca delante de este terrible problema: sentirse español en los huesos y en la sangre, y decir: «Esta España yo no la quiero, queremos otra mejor.»

Este estado de ánimo, esta conciencia alienada del joven intelectual español no era una novedad en la historia de la España moderna. El mismo Azaña sabía que el problema interior de su generación se había dado, repetidamente y desgraciadamente, antes de 1898. Eran esos jóvenes españoles un nuevo eslabón en «la cadena de disidentes españoles», según decía en un artículo de 1923. Mas en la generación de Azaña se observan características originales de orden psicológico. La crisis del 98 coincidió en ellos con la crisis de la adolescencia. En uno de los artículos que en 1923 Azaña dedicó a la generación de 1898 señalaba esta coincidencia, pero refiriéndola a la generación de sus antecesores inmediatos, a la del mismo 98:

Poetas y escritores, la rareza de su crisis juvenil depende de una coincidencia de fechas: al conflicto de la vocación, que es eterno, se juntaron el desconsuelo, el desengaño ante la derrota; incorporaron momentáneamente a su vida sentimental lo que se ha llamado «problema de España».

Si nos fijamos en las fechas biográficas —y en las realizaciones literarias y científicas— de la generación de 1898 es obvio que la coincidencia del conflicto de la vocación y el desengaño ante la derrota no se manifiesta en dicha generación. Los escritores de la generación de 1898 y los hombres de ciencia que a ella pertenecían también, pudieron amparar su dolor con las obras propias de sus espíritus creadores. Se consideraban totalmente ajenos a la España oficial, a los gobernantes de

la Restauración. Eran, en suma, hombres *hechos* para los cuales el Desastre no podía constituir una profunda alienación: eran ya *otra* España, psicológicamente inviolable. Pero para los jóvenes, para los adolescentes de la generación de Azaña, el Desastre había coincidido con la primera fase de su incorporación a la vida adulta. Al escribir el texto citado y al marcar la coincidencia de las dos crisis, la personal de la adolescencia y la nacional, Azaña apuntaba indudablemente a su propia generación. Los jóvenes del 900 que idolatraban a Ganivet, por ejemplo, coincidían con él «más que en la sustancia ideal de sus escritos» en el problema de la vocación: porque, para Azaña, «Ganivet es un afanoso tanteo de la vocación». Verdad es que aquellos adolescentes podían contar con los hombres que representaban la nueva España. Azaña lo reconoce:

...gracias a ellos podemos decir hoy que no se interrumpió en España el ejercicio de la inteligencia; pero su acción sobre el curso de los sucesos fue, como puede suponerse, nula.

Uno de estos hombres, dice Azaña en el artículo de 1923, era Unamuno: y la novedad de su papel histórico entonces consistía en que los españoles escuchaban por vez primera a un disidente. Y aunque Azaña estaba, en 1923, aludiendo al Unamuno del momento, al Unamuno más rebelde, podía también sostener con bastante legitimidad histórica que en los años posteriores al 98 la palabra de Unamuno había sido muy respetada: «El español más escuchado dentro y fuera de su patria es precisamente un español no conformista.»

Examen de conciencia generacional

La generación de Azaña no tenía, por lo tanto, que hacerse la pregunta de Larra —«¿Dónde está la España?»—, la pregunta romántica que no demandaba respuesta alguna, porque aquellos mozos del 900 sabían

dónde estaba su España. Sin embargo, Azaña señala en el texto antes citado que si bien algunos intelectuales españoles habían sido escuchados, y habían podido ejercer el poder crítico de la inteligencia, su acción sobre los acontecimientos posteriores al 98 había sido nula. Aquí aparece la función histórica de la generación de Azaña, la función que él mismo quiere desempeñar: «En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar.» Aquellos magníficos escritores no supieron «morder nunca en la acción». Ni tampoco supieron ser verdaderos hombres de acción los llamados «regeneradores», aquellos ingenuos españoles que «atronaban la plaza pública al finalizar el siglo». Azaña estimaba que un español como Costa vacilaba ante la acción porque temía a las fuerzas populares a las cuales era indispensable organizar si se quería de veras alcanzar los puestos de mando y de gobierno. Pero veamos ahora cómo el joven Azaña, el Azaña de 1911, afirma también que su propia generación —la generación que hoy podemos denominar de 1914— no se prepara debidamente para realizar esa acción necesaria, para dirigir el curso efectivo de los acontecimientos.

Uno de los primeros artículos periodísticos de Manuel Azaña —«Vistazo a la obra de una juventud», 25 de septiembre de 1911, *La Correspondencia de España*— constituye un verdadero examen de conciencia generacional. No es, manifiestamente, un texto objetivo, puesto que Azaña transforma en agigantados molinos algunos de los rasgos morales y psicológicos de sus coetáneos: Manuel Azaña, que tenía entonces treinta años, agrandaba el blanco de su crítica para realzar su propio programa. Por otra parte, como ha de verse en seguida, el texto de Azaña no está desprovisto de una noble sinceridad. Recuérdese, además, que Azaña era prácticamente un desconocido (será secretario del Ateneo a partir de 1913) y que su artículo aparecía bajo el pseudónimo de «Martín Pinol». Escribe Azaña:

Con razón o sin ella, surgió a la vida pública en España, después de las guerras, y como un cuerpo organizado, lo que se llamó la juventud. Los pocos años eran el mejor título a la consideración del público... Fue la edad de las extravagancias políticas y literarias... Resucitó la lírica en prosa y verso. Un aluvión de *Confesiones*, *Intimidaciones* y *Dietarios* cayó sobre los más aperechados; quieras que no, hubimos de enterarnos de las mórbidas reconditeces de toda alma desolada. Egotría y exhibicionismo: he ahí los grandes móviles de una generación.

Azaña alude aquí al tipo de escritor del post-98, al grupo más o menos modernista o más o menos decadente, y marca una posición francamente anti-egotista, semejante al anti-subjetivismo de Ortega y Gasset en sus años mozos. Posición que recordará más tarde con satisfacción: «Estoy contento de no haberme desolado nunca en público» (1923). Aunque quizá muchos de sus lectores y admiradores se sorprendieran entonces —o se sorprenderán hoy— al contrastar la declaración citada con el patente autobiografismo de Azaña. Pero el egotismo de Azaña tenía que rechazar completamente la egolatría de los modernistas y decadentes. Si cotejamos el texto anterior con la referencia que hace a la influencia de Barrès en España en su primer libro, *Estudios de política francesa* (1918), se precisa la oposición de Azaña al egotismo del 98 y de los modernistas decadentes de su propia generación.

El egotismo, el diletantismo escéptico, la interior desolación producida por el análisis, son comunes a los comienzos de la carrera de Barrès, y a los de la generación literaria española (posterior a él) que ahora está en la madurez.

El reproche que Azaña hacía a su propia generación era, en consecuencia, muy semejante al juicio condenatorio de la generación del 98: la tendencia introspectiva y el exhibicionismo ególatra les impedían

también «morder en la acción». Dejemos, por ahora, entre paréntesis la referencia a Barrès, a quien Azaña debe mucho como todos los intelectuales de su generación española y transpirenaica. Obsérvese además en la cita anterior que Azaña coteja al primer Barrès con los años primeros de su generación española: porque era manifiesto en 1918 que el barresismo no podía identificarse con la inacción, sino con su contrario, el *engagement* un tanto aparatoso.

La formación interior del hombre nuevo

Volvamos al artículo firmado por «Martín Pinol» en 1911. Azaña constata que su generación ha fracasado y que está a punto de dejar un peligroso vacío en la vida española: «¿Quiénes van a ocupar los huecos que la muerte hace en los antiguos rangos?» No entremos tampoco ahora en la cuestión de la mayor o menor objetividad histórica de esta afirmación. Lo que perseguimos, al hilo de estos textos, es el esbozo de un programa vital. Las razones del fracaso para Azaña son patentes: «No se toma la dirección moral e intelectual de un país por mero antojo de la vanidad, sin prestigios y sin méritos.» Los jóvenes intelectuales no han sabido ser suficientemente desinteresados, y sus pretendidos triunfos no revelan creación o pensamiento auténticos. Y Azaña concluye negativa y tristemente

La endeble contextura moral de las generaciones que están para llegar a la cúspide explica ese fracaso. Se aducen razones especiosas para disculpar los vicios antiguos; pero la renovación interior no se ha hecho todavía.

Sin duda, Manuel Azaña sustentaba en ese diagnóstico una posición ética muy próxima a la de educadores como Giner de los Ríos: España necesitaba una transformación moral antes de iniciar un cambio fundamental político y social. En realidad, la posición de Azaña es quizá

más explícita, por más pública en su exposición, que la de Giner de los Ríos. En 1921, o sea, diez años después del artículo que comentamos de *La Correspondencia de España*, cuando Azaña ha tenido ya actividades políticas y se ha dado a conocer como secretario del Ateneo de Madrid (1913-1920), reseña en la revista por él fundada y dirigida, *La Pluma*, el libro de Luis Araquistáin, *España en el crisol*. Azaña se asocia a la actitud ante los problemas de España expuesta por Araquistáin porque éste se siente unido a los españoles que «consagraron heroicamente la vida a la formación interior del hombre nuevo». Para esos españoles, y Azaña es manifiestamente uno de ellos, en España no se puede ni debe intentar la revolución constitucional o la reforma política: dadas ciertas características psicológicas de los españoles, lo que es urgente es «la transformación moral del individuo». Los hombres que han querido cambiar algunas de las modalidades de la vida política e institucional española han fracasado, declara Azaña, «no tanto por ser estúpidos como por ser frívolos o pueriles o por tener en el corazón una cloaca». Es decir, que para Azaña los españoles que aspiren a gobernar la nación deberían someterse a una disciplina moral e intelectual que hiciera de ellos hombres, o más precisamente, españoles nuevos.

Podría, entonces, decirse que Azaña es un moralista más y que su prédica carece de originalidad: abundan en el planeta los «reformadores morales», y es bien visible que ningún país ha podido realizar cambios sociales importantes sin abandonar el mito de la «transformación moral del individuo». Mas, para Azaña, la formación interior del hombre nuevo no es un programa ético extensible a la generalidad de los españoles. Como Giner de los Ríos, él creía que se debe, ante todo, crear una minoría directora, un grupo escogido que rijan con su acción y con su ejemplo la vida española: un grupo reclutado, desde luego, entre los españoles más capacitados intelectualmente. Sin embargo, Azaña se aparta de Giner en un aspecto muy concreto y muy fundamental: el fundador de la Institución Libre de Enseñanza no pretendía formar hombres de acción,

políticos de nuevo espíritu. Su esfuerzo se centraba —y tenía de su lado amplias justificaciones históricas— en fomentar nuevas zonas de autoridad, nuevos poderes fuera del ámbito estatal. Para Azaña, en cambio, lo que importa sobre todo es capacitarse para «ganar las instituciones», los organismos del poder gubernamental. La formación *interior* del hombre nuevo tiene en su caso una finalidad *exterior*: las nuevas instituciones gubernamentales serán el espejo fiel de lo que «se ha labrado en la conciencia». O sea, que los hombres nuevos serán aquellos españoles que se hayan transformado interiormente a sí mismos pensando en las necesidades nacionales.

La generación española de 1914

La originalidad de Azaña resalta mucho más si se sitúa su figura dentro del marco de su generación española, la de 1914.

Hasta 1947 no se había hablado en trabajos históricos españoles de *una* generación de 1914, de la generación intelectual de 1914. Ese año, en una reseña de la edición de las *Obras completas* de Ortega en la revista argentina *Realidad*, el pedagogo español Lorenzo Luzuriaga proponía la denominación de «generación de 1914» para designar a la generación de Ortega. Y aunque Luzuriaga no expone en detalle las razones que le llevan a escoger la fecha indicada —sólo indica que en su opinión «el punto de partida» de esa generación fue la publicación del libro de Ortega *Meditaciones del Quijote*— ni da tampoco los nombres de sus componentes más significativos, creo que acierta al hacer de 1914 el año bautismal de la generación de Ortega. Verdad es que el propio Ortega en su sistemática clasificación de las generaciones históricas emplea las fechas de nacimiento: de ahí que su discípulo Julián Marías llame a la generación de Ortega, «generación de 1886». Mas los inconvenientes de esta designación son patentes: si decimos, como Julián Marías, que la generación de Galdós es la de 1841, la de Menéndez Pelayo la de 1856, la

de Unamuno (o sea la llamada corrientemente de 1898) la de 1871, la de Ortega la de 1886, enlazamos forzosamente los nombres de niños recién nacidos o por nacer con las características históricas de las fechas citadas. Si escogemos, en cambio, como año bautismal la fecha del nacimiento histórico de una generación —como sucedió con la de 1898— el enlace mental de nombres y acontecimientos es casi espontáneo. En el caso de la generación de Ortega— la de los intelectuales españoles nacidos en la penúltima década del siglo XIX— es manifiesto que el año de 1914 fue el de su nacimiento histórico, ya que en marzo de ese año Ortega pronunció la famosa conferencia *Vieja y nueva política*, patrocinada por la *Liga de educación política española* (fundada por Ortega y Azaña en 1913). Entre el centenar de socios de ésta se encuentran los siguientes nombres: Manuel Azaña, Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Manuel García Morente, Lorenzo Luzuriaga, Salvador de Madariaga, Ramiro de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos. Quizá no haya, en la historia española moderna, una nómina intelectual tan cabalmente representativa: junto al periodista el pedagogo, junto al crítico literario el especialista universitario, junto al novelista el jurisconsulto. Y si tenemos presente la formación académica de los nombrados antes —y de una gran parte de los socios de la *Liga*— se destaca un rasgo común: han hecho o han ampliado sus estudios en la Europa transpirenaica. Esto da a los componentes de la generación de 1914 un primer parecido histórico mucho más marcado que el inicialmente observable en los hombres de la generación anterior, la de 1898. Pero la novedad de la generación de 1914 en la historia intelectual española procede, sobre todo, de su actitud ante la política y ante los políticos.

El escritor del siglo XIX había con frecuencia participado en la vida política del país —e incluso había ocupado los puestos de mando en algunos momentos decisivos: por ejemplo, Martínez de la Rosa en 1834, Cánovas del Castillo a partir de 1874. Para estos dos escritores la actividad literaria no era un obstáculo para la acción política, puesto que

en las monarquías constitucionales la elocuencia abría las puertas del poder gubernamental. Sin embargo, el escritor español del siglo XIX sabe también que ciertos géneros de actividad intelectual cierran esas mismas puertas. Recuérdese la lamentación del joven Valera cuando pretendía ser diputado: «Si los electores saben que me ocupo de filosofía, seguro que no me elegirán.» O piénsese en el personaje de Galdós, «Máximo Manso», en contraste con su hermano «José María» o con su discípulo «Manolito Peña»: el profesor de filosofía vuelve a los dominios etéreos del pensamiento al comprender que sus enseñanzas y consejos caen en saco roto. Es decir, que en España se observa un proceso muy semejante al de otros países europeos, y que podría resumirse así: a medida que los escritores se hacen más intelectuales y que los intelectuales se hacen más profesionales, éstos se alejan más y más de la actividad política, se sienten más y más ajenos a los modos y a las finalidades de la acción política. Casi podría establecerse este proceso histórico en forma de tajante ecuación, formulable en los siguientes términos: a más capacidad para la filosofía, menos capacidad para la política.

Una generación de grandes universitarios

Ahora bien, la generación de 1814 es quizá la primera generación española plenamente universitaria: que se halla, para decirlo orteguianamente, a la altura de los tiempos de la civilización occidental de 1914. Y, particularmente, es la primera generación española en toda la historia intelectual de la España moderna que cuenta con un auténtico filósofo, José Ortega y Gasset. Es la primera generación española moderna, como ha dicho Pedro Laín Entralgo en *España como problema*, que tiene como norma la precisión intelectual. Ortega había dicho a los jóvenes españoles de su propia generación, quizá un poco soberbiamente, un poco petulantemente, que debían escoger entre lo que él llamaba «hacer precisión» (esto es, pensamiento riguroso) o «hacer literatura» (en su nivel

más alto, el de la poesía) o «callarse». Ortega quería, en una palabra, que su generación marcara en España la línea de separación entre el verdadero trabajador universitario y el convencional «hombre de letras». Pero, por otra parte, para Ortega esos mismos hombres decididos a «hacer precisión» debían también «hacer política». Y, en verdad, la generación de 1914, que es la primera generación de grandes universitarios españoles —esa generación coloca a algunas Facultades de Filosofía y Letras de España en un nivel universitario equiparable a los de la Europa continental—, esa generación de 1914 es también la primera generación intelectual española *deliberadamente política*. Hasta tal punto que en 1931, cuando el primer gobierno de la Segunda República española toma el poder, varios de sus ministros son algunos de los socios fundadores de la *Liga de educación política española*; y en el otoño de 1931 es primer ministro y símbolo popular del nuevo régimen Manuel Azaña, que por razones alfabéticas —y en este caso curiosamente proféticas— figura a la cabeza de los socios de la *Liga* orteguista en el folleto de 1914. Luzuriaga dice, en el artículo antes citado, que, aunque la conferencia de Ortega en el teatro de la Comedia en marzo de 1914 traía «una nueva visión de la política española», ésta «no llegó a arraigar en la realidad social por causa de la primera guerra europea». Pero el Azaña de 1931 representó, sin duda, la continuidad de la «nueva visión política» de los intelectuales españoles de la generación de 1914. Porque Azaña es el hombre más representativo de su generación española en el dominio de la política: fue el intelectual que quiere «hacer precisión» dentro del pensamiento político, del mismo modo que otros compañeros suyos de generación «hacen precisión» en biología o en filología.

Egoísmo liberal y solidarismo

Justamente el primer libro publicado por Azaña, en 1919, el volumen inicial de unos *Estudios de política francesa contemporánea*, es una

clara muestra de la nueva actitud política de la generación española de 1914. Azaña dedica el volumen primero de sus *Estudios* a la política militar francesa; el segundo iba a tratar de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y el tercero, de la organización del sufragio. No hace mucho, un gran poeta español, amigo personal de Azaña, me decía que no había comprendido nunca cómo un hombre tan de letras podía haber dedicado su atención a un tema tan sumamente árido como la política militar. Pero, para Azaña, la cuestión militar es un tema que exige rigor intelectual y que atañe directamente al problema político central de las democracias modernas: «la dificultad de armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional». El servicio militar obligatorio encierra una antinomia, y Azaña estima que Francia —recordemos que habla, sobre todo, de la Francia de la primera década del siglo xx— ha logrado establecer un justo equilibrio entre los dos imperativos, el personal y el colectivo. Que esto haya sucedido se debe quizá, según Azaña, a que existe en Francia entre la política y la inteligencia «más que proximidad, una contaminación que ya la quisiéramos para nosotros en España»: más adelante nos ocupamos de éste y otros textos sobre Francia. Y al hablar de su método de investigación histórica señala que él busca «la conexión de los hechos notorios con los impulsos inteligentes que aspiran a dirigirlos o a crearlos». Es patente en estos breves textos que al acentuar la función política de la inteligencia en Francia reclama Azaña un papel semejante para la inteligencia española. O, mejor dicho, un papel de mucho más alcance, porque en España hay mucho que cambiar. En el prólogo a los *Estudios*, fechado en octubre de 1918, se refiere Azaña a una conversación con un profesor universitario, y la resume así:

En el curso de nuestro diálogo lamenté que en esta España fuera la vida áspera, fría como el granito, y de iguales impenetrabilidad y dureza. Disolver este ambiente, cambiarlo por otro más conforme a

nuestra sensibilidad, parecíame el único móvil personal admisible para injerirse en los asuntos públicos. Díjele... que, no habiendo existido en España una revolución, ni menos una vida revolucionaria, habrían de buscarse los medios de ampliar la libertad y de asegurar el predominio de la inteligencia...

Azaña amplía ahí considerablemente la función política de la inteligencia en España. La acción de la inteligencia en Francia se centra en la defensa de los derechos de la persona, pero esa misma inteligencia se «siente a gusto» en su país, en la vida colectiva francesa. La inteligencia francesa se ha esforzado por situarse estratégicamente en los ámbitos del poder para hacerse oír: es la cabeza de un cuerpo moral cuyos brazos quiere dirigir —particularmente el «brazo de la milicia»—; pero esa cabeza se sabe en íntima afinidad emocional con el cuerpo nacional que la sustenta. En España, en cambio, la inteligencia se ve inmersa en un ambiente que ella rechaza, y su función política ha de ser, por lo tanto, mucho más amplia, mucho más ambiciosa.

Inteligencia y sensibilidad

Obsérvese que Azaña enlaza en el texto que acabamos de citar «inteligencia» y «sensibilidad». Se trata no sólo de «asegurar el predominio de la inteligencia», sino también de modificar sustancialmente muchos aspectos de la vida española, de hacer que en ésta opere una nueva sensibilidad. Se podría mantener que esta ambición es también discernible en otras generaciones anteriores españolas. Los hombres de 1830, de 1868, de 1898, habían querido proyectar también sus respectivas sensibilidades sobre la sociedad de su tiempo. Mas en ninguno de ellos se da esta afirmación explícita, pública, del enlace entre sensibilidad y acción ni tampoco proclaman los derechos superiores de la inteligencia. Ciertamente es que la última generación de los ilustrados dieciochistas —y dentro de ésta

muy en especial Jovellanos— estimaba que el monarca debía escoger sus ministros entre los hombres «desinteresados», es decir, entre los hombres dedicados a tareas puramente intelectuales. Mas los hombres del fin del setecientos no expresaron tampoco abiertamente su pensamiento, y, por tanto, no actuaba en ellos el impulso seguro de sí mismo, consciente de sus móviles y de sus fines.

Por eso puede afirmarse que en Azaña aparece por vez primera en la historia intelectual española el concepto de la acción política como «un movimiento defensivo de la inteligencia». En la conferencia que pronuncia en 1930 al tomar posesión de la Presidencia del Ateneo de Madrid —texto muy importante en la biografía intelectual de Azaña y en la historia de la España contemporánea— dice: «Nada es más urgente en España que el concurso de la inteligencia pura en las contiendas civiles.» Debe advertirse en seguida que Azaña no se refiere exclusivamente a los intelectuales al hablar de inteligencia. En una anotación de su *Diario* escribe: «Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales.» Y aunque en los ensayos y discursos no aparece nunca una distinción tan explícita, abundan en aquéllos las definiciones implícitas de la «inteligencia».

Así, en una serie de artículos en que Azaña en 1923 estudia el libro del general Berenguer sobre la situación militar en Marruecos, escribe:

Inercia del entendimiento español aplicado a los menesteres de la política: no ha sabido especular sobre los datos de la realidad dada, ni acerar la sagacidad para penetrarlos y disgregarlos como cumple a la razón vigorosa y activa.

De este texto se desprende que para Azaña «inteligencia» equivale a la capacidad analítica del pensamiento ante una «realidad dada». Observemos de paso que Azaña se refiere, al hablar de «los menesteres de la política», al gobernante, al político *en el poder*, más que al político en

su acepción corriente. El desprecio de Azaña por los políticos profesionales y por las formas habituales de la actividad política era muy evidente: «Ni soy politicastro ni estoy adscrito a mentidero alguno», le dice a Unamuno en 1923. Cuando Azaña comenta el *Idearium* de Ganivet —comentario que revela su extraordinaria capacidad analítica— y llega a cierto episodio de la historia de España anota dolorido: «La causa nacional pendiente de quien no sabe el oficio.»

La desgracia de España es no haber tenido políticos que sepan su oficio. Y aquí vemos cómo para Azaña «inteligencia» equivale también a capacidad técnica, a saber especializado. En ese mismo ensayo sobre Ganivet —*contra* Ganivet habría que decir— *Azaña*, al considerar la construcción de El Escorial, concluye que en toda gran empresa humana se necesita «destreza pericial», «sabiduría profesional». Y resume con sentencia de clara filiación quevediana: «Fundador es el esfuerzo atinado, no el rey que lo promete.» O sea, que para Azaña inteligencia política es evidentemente destreza pericial, esfuerzo atinado. El auténtico político, esto es, el gobernante creador, ha de tener, dirá en su discurso del Ateneo en 1930, «el hábito y la técnica de discurrir con tino». La destreza pericial, el esfuerzo atinado del político, según Azaña, corresponden al «hacer precisión» de Ortega, al afán de saber técnico de la generación de 1914. Azaña quiere que en España haya técnicos de la acción gubernamental, hombres de Estado eficaces.

En el discurso antes mencionado, el de 1930 en el Ateneo, Azaña, tras hablar de la necesidad de la inteligencia en la política española, añadía: «La sensibilidad política, como yo la pongo, es rara.» En 1924, en un artículo publicado sin firma en la revista argentina *Nosotros*, escribía Azaña, haciendo el resumen del primer año del gobierno dictatorial del general Primo de Rivera: «La cultura política y el pensamiento político son en España muy bajos y rudimentarios... con tal de que el tendero no defraude en el peso, el hombre del café está contento y no le importa lo demás.» Mas al decir Azaña, en 1930, que en España muy escasas gentes

tienen «sensibilidad política», no está reiterando sin más su afirmación de 1924.

Porque con el acoplamiento de «sensibilidad» y «política» modifica el segundo término, y precisa su concepción de la política. A fines de 1934, en uno de los momentos más penosos de la vida política de Azaña, expresa su temor de que el gobierno de España siga en manos de gente «sin mundo ni tacto, cuya sensibilidad política no [es] una fase de la sensibilidad personal cultivada, sino astrosa indumentaria corcusida con barreduras de redacción y aculotada con chabacanerías de comité suburbano». Azaña —con pluma nuevamente quevedesca— marca tajantemente el contraste entre lo que él y su generación representan y el tipo de político de barriada populachera, el cacique urbano. Para Azaña la «sensibilidad política» es el «punto más alto de la cultura personal». La nueva política española no puede proceder, según Azaña, de sectores sociales de cultura inferior: el comité suburbano —y Azaña, claro está, emplea aquí «suburbano» en su sentido hispánico de entonces— o la redacción de un periódico no son los lugares donde se hacen los políticos nuevos que necesita España. Al establecer este requisito formativo del nuevo político, Azaña no es una excepción en su generación. Hay en Ortega textos muy semejantes. Un artículo de 1927 en *El Sol*, «La política por excelencia», observa que «son muy contados los españoles que poseen una noción» adecuada de los problemas políticos de España. También en 1927 dice que España está en un momento histórico «en el cual sólo puede salvarla políticamente la seria colaboración de los intelectuales». Ortega observa que en esa hora de España se precisa en la actividad política «técnica de invención» y «preparación de intelecto». Los grandes creadores políticos, según Ortega, han sido hombres de mente «previamente aguzada por otras formas de inteligencia ajenas por completo a la política». Y concluye su ensayo de 1927 sobre Mirabeau diciendo que en el gran político «a la acción tiene que preceder una prodigiosa contemplación». Ortega y Azaña coinciden, obviamente, en considerar que la política es una técnica, una «destreza

pericial», y que a ésta se asciende por el camino de la cultura personal. Hay, por supuesto, muchas diferencias de matiz entre los dos, pero no podemos ahora detenernos más que en una de ellas: en la significación de «sensibilidad» en Azaña. Tengamos presente que en un artículo del joven Ortega se emplea la misma expresión, «sensibilidad política». Pero Ortega no vuelve a emplearla, y nunca la define. Es incluso muy probable que en el léxico político se haya empleado también con frecuencia en España. Pero la fuente principal del acoplamiento de «sensibilidad» y «política» está fuera de España.

El barresismo de Azaña

La fuente está en Maurice Barrès, en lo que podríamos llamar el barresismo. No es posible ahora ni siquiera esbozar levemente todas las características del barresismo. Pero si se acude a un libro de 1912 que Azaña ha visto seguramente cuando ampliaba sus estudios ese año en la Sorbona, *Essai sur l'art et la psychologie de Maurice Barrès*, de Jacques Jary, encontramos la siguiente definición muy barresista: *l'action, chez M. Barrès, sera inspirée par la sensibilité, d'une part, et de l'autre par la raison*. Precepto que orientó la actividad política y reformadora de la generación española de 1914: su sueño de una nueva España estaba inspirado por los dos móviles barresistas, por la sensibilidad y por la razón. Claro está, añadamos en seguida, por una determinada sensibilidad y por una muy particular razón. Porque la razón que mueve a la generación de 1914 es algo muy distinto a la «raison» de Barrès: es la razón «europeísta», la razón instrumental del científico, la razón estatal del buen administrador. En cuanto a la sensibilidad, es la que resulta de la acentuación de algunas derivaciones del modernismo literario. Esta conjunción de sensibilidad y razón se puede incluso encarnar en dos hombres muy representativos del 900 español, en dos

padres de una muy amplia patria, Santiago Ramón y Cajal y Rubén Darío. Porque la generación española de 1914 quiere a la vez «hacer precisión» —siguiendo en campos muy diversos el ejemplo científico de Cajal— y hacer literatura. Y en este caso no tanto siguiendo el ejemplo de Darío como prosiguiendo por las vías de comunicación verbal abiertas por él. No podemos ahora justificar con datos y análisis concretos esta afirmación. Pero no creemos que se puede hacer la biografía intelectual de Ortega, digamos, sin tener muy presente el clima literario del modernismo. Azaña, en su libro más cercano a las renovaciones estéticas del 900, en *El jardín de los frailes*, escribía: «Tal poeta en una página me descubre de España más cosas que pudiera yo aprender en todo Simancas si polvorientemente lo leyese.» A la singular sensibilidad política que Azaña busca se llega, pues, por la vía de la poesía: así diríase que aquellos nobles españoles de la generación de 1914 querían realizar un proyecto vital quizá quimérico, pues quisieron ser simultáneamente «lengua» y «manos» de una nueva España.

IV

APOLOGÍA PRO GALLIA SUA

«No es ninguna casualidad que sea Manuel Azaña el príncipe de nuestros francófilos», decía en 1940 un universitario español en su prólogo al libro de Hans Juretschke, *España ante Francia*. Tras enlazar la figura de Azaña con «aquel Feijoo que quería borrar los Pirineos», el prologuista concluía: «Azaña es el último episodio de lo que comenzó en 1700.» O sea, que Azaña era la culminación, y a la vez la conclusión, del afrancesamiento hispánico iniciado por la dinastía borbónica en el siglo XVIII: porque, evidentemente, *lo que comenzó en 1700* era (según el aludido prologuista) un proceso continuo y uniforme, un constante despliegue de una misma Francia, la Francia del racionalismo dieciochista, por las tierras y las sucesivas generaciones de la España intelectual. El prologuista de 1940 quería, sin duda —y señalemos de paso que hoy está muy lejos de su pasión partidista de fiero germanófilo—, englobar a todos los intelectuales españoles de signo más o menos racionalista en un conjunto de miméticos afrancesados. Pero todos sabemos que englobar es lo opuesto de historiar. Claro está, el prologuista de 1940 no se proponía estudiar el pasado español, sino, todo lo contrario, condenarlo. Y acudía al convencional método condenatorio, al método que podríamos llamar «conglobatorio», al simple procedimiento de verter en un mismo saco múltiples hombres e ideas. El historiador debe tener siempre, en cambio, por norma de trabajo el principio tan bien expresado por Unamuno al hablar de los intelectuales españoles que siglo tras siglo sufren del dolor que él conocía tan bien, el «dolor de España». Conviene considerar, decía Unamuno, «en cómo se quejan unos y en cómo se quejan otros». Hay que fijar, al estudiar una tradición ideológica, los matices espirituales que

especifican las actividades individuales. Es más, el historiador de la España moderna (o de cualquier otro país) debe manejar con suma cautela el concepto mismo de «tradición»: ya expusimos al principio de este libro cómo es mucho más preciso el término «linaje» al referirse a la continuidad liberal española. Por otra parte, el prologuista de 1940 acertaba al situar a Manuel Azaña en la bicentenario francofilia peninsular y al conferirle dentro de ésta un primer rango. Porque Azaña indudablemente —como se desprende del número de escritos que dedica a Francia— sentía que en la vida del país vecino podían encontrar los españoles ejemplos utilizables para la solución de algunos fundamentales problemas peninsulares. No, por supuesto, que se «importara» un estilo vital creyendo que así cambiaría radicalmente España: Azaña se sentía «español en la sangre y en los huesos» —y sabía que había distancias «internas» insalvables entre las dos formas de vida, la gala y la hispánica—, más creía también que en cualquier país hay problemas que admiten soluciones *institucionales*, diríamos que «geométricas», y éstas sí son importables o exportables. Hoy es esto evidente incluso para el ciudadano corriente: ciertos problemas económicos, por ejemplo, requieren forzosamente soluciones abstractas, genéricas, «econométricas», para emplear el lenguaje técnico del día. Azaña no era, pues, un *afrancesado*, en el usual sentido histórico del término; quería simplemente que España, el objeto de su pasión cotidiana, adoptara algunas de las formas de convivencia y los métodos de trabajo practicados en Francia.

Añadamos que Azaña no temía probablemente que España se desvirtuara, en su «esencia nacional», al importar los «instrumentos» franceses aludidos: en el novecientos España era suficientemente «fuerte», intelectualmente hablando, para poder asimilarse ideas y métodos ajenos. En un artículo de 1893, «El pensamiento español», el gran poeta catalán Maragall señalaba que la España de mediados del siglo XIX no había tenido las fuerzas internas que se necesitan para poder «extranjerizarse». Añadía, aplicándolo a su propio tiempo:

España ha llegado a tal punto de debilidad y decaimiento que ni siquiera le restan fuerzas para mantener despierto su instinto de conservación; ni siquiera puede extranjerizarse. (*Obres completes*, XVII, 73-4.)

No creo que se pueda negar la validez del aserto de Maragall en cuanto al 1854, pero es manifiesto que en la España de Cajal y de Giner, de Menéndez Pelayo y de Hinojosa, de Galdós y Cánovas, había considerables recursos propios que permitían la adopción de ideas y métodos transpirenaicos. Lo que Galdós había llamado en su discurso de la Academia Española en 1897 «querencia del sentir y pensar de otras razas» era en sí mismo expresión patente de la fuerza de aquella España: «Era la ineludible ocasión histórica en que una raza —escribía don Benito— se ve impulsada con irresistible sed interna a buscar en las esferas amplísimas de los países más avanzados en la civilización ideas y formas nuevas.» Esta es también la tesis de Azaña en uno de sus primeros artículos de tema francés, en *La Correspondencia de España*, de 1911.

Las arriesgadas proposiciones de Pío Baroja

En la generación de 1898 había dos notorios galófobos: el «moderado», don Miguel de Unamuno, y el «exaltado», Pío Baroja. En 1911 este último escribió un artículo reclamando una alianza militar de España y Alemania. Ortega y Gasset contestó desde Alemania a Baroja observando que la propuesta alianza de España con aquel país sería absurda, dada la discrepancia en fuerza militar y política de las dos naciones, pero afirmando que convenía mantener estrechas relaciones con la cultura germánica. Ortega decía años más tarde que sólo él se había opuesto al «disparate» de Baroja; pero el artículo de Azaña (con el pseudónimo de «Martín Pinol») del 11 de septiembre de 1911 en *La Correspondencia de*

España, «Las arriesgadas proposiciones de Pío Baroja», fue también una respuesta al artículo germanófilo del escritor vasco. Azaña afronta directamente la cuestión planteada por Baroja y declara paladina y tajantemente que cuando un pueblo es pobre en recursos culturales propios debe buscarlos en otros países:

Si Francia es todavía un hogar civilizado, fautor del progreso; si España (como Baroja reconoce) necesita de otros pueblos que la adoctrinen y la guíen, no hay por qué maldecir del genio francés ni de su prestigio entre nosotros, porque el influjo de un país superiormente culto sobre otro que lo es menos nunca puede ser funesto para los intereses de la cultura misma, que es, en definitiva, lo que nos interesa.

Según Azaña, desde que hay civilización francesa —refiriéndose probablemente sólo a los siglos XVIII y XIX— los españoles han «sufrido (o gozado) su influencia». Del mismo modo que anteriormente habían aprendido mucho en Italia, «cuando todo el mundo tenía algo que aprender de Italia». Azaña observa que cuando hay diferencias de nivel cultural entre dos pueblos vecinos o cercanos, «el que está más bajo recibirá el caudal del que esté más alto, y si no lo recibe, él será quien vaya perdiendo». Rechazar, o tratar de rechazar, el influjo de Francia como si fuera «una humillación que afrenta» a los españoles equivale a cerrarse a un posible progreso humano. A los hombres del siglo XVIII no se les puede reprochar, en buena lógica, su afrancesamiento:

Los españoles... han tomado los guías que necesitaban donde han podido encontrarlos... ¿No es la misma Francia, es decir, ideas, procedimientos y hasta personas francesas, la que en el siglo XVIII promueve en España un ligero movimiento progresivo, fracasado por la pobreza y la inercia del pueblo? ¿Y no fue el espectáculo de esta miseria popular, de la barbarie y fanatismo de las masas, lo que

llevó en 1808 a muchos hombres de buena voluntad al grupo de los afrancesados?... Si los legisladores de Cádiz construyeron un Código liberal, creo que fue por la expansión de las ideas francesas... ¿Dónde podían encontrar los doceañistas otros maestros?

Claro está, para Azaña el dejarse influir por una cultura superior no es necesariamente fecundo: si, por ejemplo, los escritores de un país se limitan a imitar mecánicamente a los de la nación de más alto nivel cultural. Menciona que en Galdós es visible la presencia de Dickens, «sin que nadie diga que le copia». Y concluye, no sin cierto orgullo autodefensivo:

Un espíritu se forma por influencias de muchas clases... Quien tiene «algo dentro» suelta pronto los andadores y elabora según su propio entender los materiales de extraña procedencia.

Las tres Francias de Manuel Azaña

De 1912 a 1920 casi todos los escritos publicados por Manuel Azaña versan sobre Francia. En 1912, del 16 de enero al 14 de julio, colabora en *La Correspondencia de España* con unas «Notas de París», firmadas con el seudónimo «Martín Pinol». En el otoño de 1916 visita los frentes de guerra franceses y a su regreso a España da una conferencia en el Ateneo de Madrid con el título *Reims y Verdún* (25 de enero de 1917). El 25 de mayo del mismo año pronuncia también en el Ateneo otra conferencia, *Los motivos de la germanofilia*, y en diciembre aparecen tres artículos sobre Francia en *El Imparcial*. Al año siguiente publica en el *Bulletin Hispanique* un artículo relatando la visita del otoño de 1916: «Nuestra misión en Francia.» Ese año de 1918 es también el de sus conferencias en el Ateneo sobre la política militar francesa, recogidas y ampliadas considerablemente en su libro del mismo título. En noviembre de 1919

marcha de nuevo a Francia y colabora en el periódico madrileño, fundado en 1918, *El Fígaro*. Publica once artículos, pero concluye su colaboración en dicho periódico, y en diciembre la inicia de nuevo en *El Imparcial*: en este periódico publicará catorce artículos, entre diciembre de 1919 y abril de 1920. Al regresar a Madrid publica en *España* (mayo y junio) dos artículos sobre la crítica de la guerra en Francia, y en junio de 1920 inicia la publicación de su revista *La Pluma*, en cuyo segundo número aparece el importante artículo «El espíritu público en Francia durante el armisticio». El 15 de diciembre de 1923, tras la muerte de Barrès, aparece en *España* el último artículo de Azaña sobre tema francés. O sea, que entre 1912 y 1920 la meditación y la pluma de Azaña se centran casi exclusivamente sobre Francia. Pero no es un «afrancesado» sin más. Hay en él una apología de lo francés que tiende a ser una teoría de una España posible. Un artículo clave es el del 17 de diciembre de 1919 en *El Imparcial*, «Diversos modos de hablar de Francia». Escribe Azaña:

Habrà que explorar antes de decidirse, y explorar sin prevenci3n. Este pueblo es tan complejo, que es muy fàcil juzgarle con error, en bien o en mal. Lo màs urgente es no dejarnos engañar por nuestros propios sentimientos; no podemos ahora contemplar a Francia con los mismos ojos de estudiante con que la veíamos años hace, cuando olvidàbamos en los cafés del barrio de las escuelas nuestros cuadernos de clase en blanco; tampoco podemos ver a Francia lo mismo que en la guerra, cuando lo urgente y lo justo era que se salvara, y habìa que aceptarla en bloque. Ninguno de esos puntos de vista tendrìa hoy valor para mí, y menos para el lector, porque no se trata de terciar en una contienda política ni de escribir un capítulo de historia sentimental; lo que màs importa a quien lee cosas de Francia son los caracteres de la crisis provocada por la guerra y los sntomas que anuncian el porvenir.

Para nosotros hoy, evidentemente, lo que nos importa más es justamente la relación de Azaña con Francia, todo lo que es parte de su biografía intelectual. De menos importancia es todo lo relativo a la guerra misma, aunque, como veremos, hay en esos artículos algo también fundamental para la biografía intelectual. Diríamos que hay tres Francias, que corresponden a las etapas señaladas: la de la pre-guerra (la de 1912), la de la guerra y la del examen de conciencia, por así decir, de 1919-1920.

Vivir en París es vivir libre

La tercera jornada de la biografía intelectual de Manuel Azaña tuvo un comienzo muy de su generación universitaria, muy genérico español de su tiempo: en el otoño de 1911 se trasladó a París con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. La «querencia del sentir y pensar de otras razas», a que se refería Galdós, cobró forma institucional al establecerse la mencionada Junta. Señalemos de paso que la simple nómina de los becarios de la Junta explica muchos aspectos del renacer intelectual y político de la España contemporánea: recordemos que la Junta otorgaba becas no sólo a investigadores universitarios o a funcionarios del Estado. Un grupo muy importante era el de los dirigentes sindicales. Así, en 1913 recibieron becas Manuel Cordero (panadero), Ramón Lamonedá (tipógrafo) y Agustín Marcos (escultor y secretario de la Casa del Pueblo de Madrid). Puede así decirse, sin exageración, que pocas veces en la historia tan poco dinero (las becas eran sumamente modestas) ha producido resultados tan beneficiosos: puede afirmarse, también sin arbitrariedad histórica, que a pocos hombres ha debido tanto un país como España a don José Castillejo, guía y defensor de la Junta para Ampliación de Estudios.

Por real orden del 21 de noviembre de 1911 se otorgaba a Manuel Azaña una beca de seis meses para estudiar Derecho Civil en París. La

Memoria de la Junta para Ampliación de Estudios correspondiente a 1911 dice así:

Don Manuel Azaña Díaz. Real orden de 25-IX-1911. Seis meses. París. Derecho Civil. Hace investigaciones sobre el Derecho Civil francés de la Edad Media en la Ecole Nationale des Chartes que dirige Mr. Lelong y estudia principalmente las formas de transmisión de la propiedad inmueble en las provincias de derecho consuetudinario. Ha enviado una memoria titulada «Ensayo de un plan de estudios de historia del Derecho francés».

En la *Memoria* correspondiente a los años 1912 y 1913 (publicada en 1914) se menciona que le fue prorrogada la beca a Manuel Azaña por «cuatro meses y veintitrés días», añadiéndose: «Terminó el curso comenzado en el otoño de 1911, asistiendo a una clase de Historia del Derecho en la Ecole Nationale des Chartes, a otra complementaria de Biografía Jurídica y en la Facultad de Derecho a un curso de estudios superiores de Derecho Civil, dado por el profesor Saleilles.» Señalemos que la Ecole Nationale des Chartes estaba instalada desde 1897 en la Sorbona y que además de su función primordial (la preparación de archiveros paleógrafos) se concentraba en la historia del Derecho francés. Conviene tener presente, como ya se señaló, que Manuel Azaña trabajaba en el Ministerio de Justicia en una sección que requería justamente conocimientos legales especializados, y sus estudios en París eran literalmente «ampliación» de su capacidad profesional. No debe soslayarse, por supuesto, la importancia intelectual de ese curso de 1911-1912 en el afianzamiento del rigor analítico en Manuel Azaña. Sus estudios de la política militar francesa, su extensísima reseña del libro del general Berenguer (dejando de lado ahora sus intervenciones parlamentarias) o su ensayo sobre Ganivet son escritos muy propios de un antiguo «chartiste».

Añadamos que Azaña asistió con regularidad al curso de Morel-Fatio en el Colegio de Francia sobre la historiografía de Carlos V: sus lecturas de entonces en los cronistas de la guerra de las Comunidades fueron utilizadas en el ensayo contra «el mito Ganivet».

Pero ese año parisiense no fue para Manuel Azaña sólo «chartisme»: fue, también y quizá sobre todo, una explayación de su sensibilidad. Él dirá treinta años más tarde en su *Diario* que las raíces de su sensibilidad estaban en Alcalá y en El Escorial, y que se habían afinado en París. No hay duda, por lo que vamos a ver, que Azaña se resistía a regresar a Madrid, y que hasta cierto punto la llegada a la capital española en el otoño de 1912 fue para él muy penosa, llevándole a un estado psíquico casi neurasténico. Contamos con un texto muy revelador, una carta dirigida al ya aludido amigo alcalaíno, desde París, que merece ser citada ampliamente. La carta del 11 de enero de 1912, fechada en París, dice así:

Yo estoy bien y contento, dicho sea sin agraviar a nadie; cada vez más contento y con más aire fresco en los pulmones. ¿Sabes por qué? ¡Porque vivir en París como yo vivo es vivir «libre», sin ley ni rey, o, si lo prefieres, sin más ley que mi capricho de cada momento! ¡Y sobre cuántas cosas puede abatirse el capricho de un hombre bien intencionado en este paraíso de los caprichosos! ¡Qué lindo es todo esto, oh José! París no es para visto, sino para gozado, «a sorbitos», con la «delectación morosa» de un pecador que pretende eternizar su pecado. Este es el gran fruto que espero sacar de mi viaje: no conocimientos nuevos, no libros, no estadísticas, no «orientaciones» modernas, sino aguzar y afinar un poco la sensibilidad, descascarillarme... ¡para reformar «en su día» la ley hipotecaria! Es decir, bromas aparte, un resultado puramente personal y que no podré consignar en mi «Memoria».

No te figures por eso que ando por aquí hecho un místico o un babieca ambulando por los jardines del atardecer. ¡Oh no! En mi divisa está escrito aquello de «todo lo miró y notó y puso en su

punto» del personaje de Cervantes; yo todo lo miro y todo lo noto; no respondo de acertar también en la última parte. En fin, cuando regrese, ojalá sea tarde, pienso ir cargado, no de laureles, como dices, sino de impresiones y recuerdos de todo género y color, «así de los sentidos como del ánimo» y que podrán dar materia de amenos coloquios.

Este texto del joven Azaña recuerda el entusiasmo de otro español, medio siglo antes: Mariano José de Larra sentía que en París los hombres eran verdaderamente libres porque eran «libres en las costumbres». Recordemos también que cuando algún personaje político reprochaba a la Junta para Ampliación de Estudios que los becarios residentes en París no hacían más que pasearse por los «quais» y comprar libros en los «bouquinistes», don Francisco Giner (o quizá el señor Cossío) contestó no sin razón: «¿Le parece a usted poco?» Porque Giner sentía que al regresar muchos jóvenes españoles con algo más impalpable que las «orientaciones modernas» a que se refería Azaña afectaban también la forma de vida española. Por otra parte, Azaña no dedicó su tiempo simplemente al paseo o a «afinar la sensibilidad». En una carta del 2 de marzo de 1912 escribía:

Yo estoy vivo y de buen talante. La vida se desliza como sobre carriles enjabonados. Ya tres meses corridos desde que llegué y me parece, a pesar de tan numerosas impresiones, que llegué ayer tarde. Ahora hago menos el «touriste» que al principio. La facultad de ver y de adivinar se cansa como cualquiera otra y aun antes que otras.

Y, tras describir el movimiento y ruido de la ciudad, añade: «Por esto y algo más llevo como un mes entregado al trabajo, si se puede llamar trabajo a ir a la biblioteca a leer unos libros que no me importan.» De nuevo, pues, aparece el gesto de duda respecto a la actividad profesional; aunque, sin duda, Azaña aprendió mucho y bien en esos meses de estudio

«forzado». Tengamos presente, además, que Azaña escribía artículos para *La Correspondencia de España* (la serie «Notas de París»); es más, desde 1901-1903, cuando escribía en *Gente vieja*, no había trabajado «para el público» tan continuamente. Añadamos también que es muy probable que hacia finales del verano conociera en la tertulia de becarios españoles al que había de ser su gran admirador e «impulsor» político, Enrique Martí Jara. Sabemos que dio entonces a algunos de sus compañeros su folleto de 1911 *El problema nacional*, y podemos suponer que quizá la firme creencia de Martí Jara años más tarde en la potencialidad política de Azaña tuviera su punto de partida en esa tertulia de café parisiense y en su conocimiento del folleto aludido.

La estancia en París le permitió también conocer el campo de la región parisiense, «la dulce Francia», y ante ese paisaje, tan opuesto al de Castilla (aunque en la vega del Henares también hay lugares equiparables), la sensibilidad de Azaña «apunta y nota»:

Cuando hace sol, los alrededores de París son un poco más bonitos que la Alvega; en el Sena y sus afluentes hay paisajes que no ceden ni al de la presa de «los Garcías». La otra semana hice la primera excursión. Nos embarcamos en un vaporcillo y aguas arriba fuimos hasta Charenton; allí tomamos tierra y anduvimos a la aventura por un camino desconocido. Seguíamos a lo largo de un canal, prudente y callado como todos los canales. Una barca enorme remolcada por un caballo iba delante de nosotros. El sol pasaba por entre los troncos verdinegros de los árboles. A la derecha corría un río de verdad, sin muelles ni barcos ni atracaderos. Los árboles llegaban hasta la orilla; pescadores de caña aguardaban pacientemente su fortuna. Un gran molino dejaba oír el fragor de sus máquinas; más lejos, praderas verdes, casas de campo, humaredas vagas. A nuestra izquierda un monte y entre el monte y el canal una hilera inacabable de casas sombrías, medio ocultas por los árboles; éste es el gran

secreto: nunca sabes en Francia dónde se acaba la ciudad y empieza el campo...

Un aspecto del arte literario de Azaña que no podemos desarrollar ahora, pero que ha de tenerse muy presente, es su «paisajismo». Está, sin duda, en este aspecto muy dentro de su generación española: como hemos de mostrar más adelante, al referirnos al *Jardín de los frailes*, Azaña pertenece a la que podría llamarse «escuela del 14», que incluye, entre otros, a Pérez de Ayala, Ortega y Gabriel Miró. El *paisaje* que acabamos de citar no está aún compuesto según las normas de esta escuela, o más bien corresponde a la obligada fase azoriniana de muchos de ellos. De todos modos, deja constancia del ánimo «sereno» del joven alcalaíno en aquel París del fango que tanto le gustaba. Y conviene también asociar esa descripción con una anotación de Azaña en su diario italiano de 1917. Tras describir algunos de los paisajes italianos vistos en su visita (junto con otros españoles) al frente de guerra confiesa que le gusta particularmente el paisaje de llanura con árboles y explica así su preferencia:

... tal vez es la impresión de algo que se desenvuelve, que marcha dentro de normas fijas, según cierto principio invisible de ordenación interna. En fin, es la lógica aplicada a la ornamentación rural.

Y observa que al expresarle al viejo ateneísta, el amigo de Unamuno, Soltura, su preferencia por el paisaje de llanura aludido, el vasco le dijo que era el paisaje que gustaba a los oradores. Y Azaña anota: «Entonces tuve yo el primer atisbo que mi verdadera vocación podría ser muy bien la elocuencia.»

«Notas de París»: 1912

Del 16 de enero de 1912 al 14 de julio, fechas de la primera y de la última, aparecieron en *La Correspondencia de España* sus «Notas de París». No son artículos reveladores de un descubrimiento: Azaña, como sucede continuamente en la historia intelectual ibérica (y no ibérica), encontraba en la capital francesa la corroboración de la imagen prevista, soñada desde Madrid. El mismo tono de las notas parisienses de «Martín Pinol» muy irónicamente consciente de que se dirige «a gente avispada», y de que siempre velan las baterías satíricas de las tertulias madrileñas, tiende a atenuar humorísticamente la propia persona del autor («mi humilde personalidad piñolesca») y a disolver en alusiones casi perdidas el caudal de su entusiasmo. Pero con mucha frecuencia «Martín Pinol» deja que éste se desborde y también su dolor, porque la dulce Francia se contrapone a la triste España:

Cuanto hay aquí, bajo esta nave de cristal, es trabajo, riqueza, amor al campo y a sus dones; cuanto hay aquí nos habla de un esfuerzo inteligente, libre y bien recompensado. Es la obra de una raza que idolatra su terruño, porque de él mana su bienestar y en él ha puesto la base más honda de su democracia... Para los que hemos nacido en la tierra hosca, víctima del cielo azul, madre de la triste incuria; para los hijos de la tierra esclava, el contraste no puede pasar inadvertido. En las cuatro quintas partes de España, tierra quiere decir pobreza, soledad, esclavitud, desamparo. ¿Cuándo será prenda de paz, manantial de bienes, garantía de la igualdad futura? ¡Échense ustedes a pensar!

El texto citado parece condensar todos los lamentos de los pensadores reformistas españoles desde Jovellanos hasta Costa: es el secular llanto por el descuido de España. Pero, como veremos también

más adelante, al considerar el libro de 1918 sobre la política militar francesa, para Azaña la clave de la prosperidad francesa y de la solidez del régimen republicano está en el «esfuerzo inteligente», en el acoplamiento de pensamiento y voluntad. No olvidemos, por otra parte, que Azaña tenía propiedades agrícolas y que conocía muy directamente las condiciones del campo castellano: sabía, como muchos otros «labradores», que a veces la pobreza de la tierra es simplemente desidia del propietario. Azaña apuntaba aquí a la actitud de cierto tipo de español ante la realidad exterior. No hace mucho un terrateniente castellano que vive en sus propiedades, pero que las mantiene en el estado estepario de muchas tierras de la meseta central española, decía a un amigo y vecino, que había transformado en un verdadero oasis su finca, utilizando sencillamente el agua de un pequeño río cercano: «¡El regadío no es de señores!» Esta frase refleja en su comprensión lapidaria la triste tradición de desidia hispánica a que se refería Azaña. Desidia que para Azaña está muy relacionada con lo que, según él, más tarde, en 1918, está en la raíz de muchos males españoles: «Aquel ponzoñoso rencor contra todos y contra sí mismos que los incapacita para entender la historia y ennegrece su propia vida.» O sea, que la proverbial *joie de vivre* podría ser exportada de Francia a España con frutos infinitos para el país y sus hombres. Pero Azaña no se contenta con apuntar la patente existencia de esa «dulce Francia». Busca tras ella los factores humanos que se «encarnan» en el paisaje que lo han hecho ser «un estado de alma».

La voluntad, la energía, son el primer factor; pero a su vez esta energía es un elemento aglutinante de la sociedad francesa, pues ésta se caracteriza, sobre todo, por la intensa vida colectiva, la cual genera en los individuos actitudes difíciles de comprender por los españoles. Así, escribe en el artículo del 29 de enero de 1912, «Las letras: su templo y su culto»:

Para nosotros, españoles del siglo XX, hombres picarillos «a quien no se la da nadie», es difícil entender el cariño, el respeto o el furor que

el pueblo francés guarda para ciertos nombres o ciertas instituciones. Los benéficos resultados de una intensa vida colectiva lo mismo se advierte en la política que en la literatura.

Esta intensidad de la vida colectiva hace que la política francesa atraiga a los mejores hombres de Francia. Porque el político francés se ve ligado en forma muy personal al destino de su país. Comenta Azaña, en tono no desprovisto hoy de resonancias casi proféticas: «¿Quién no lucha con bríos cuando el interés personal y el de la cosa pública están de acuerdo?» Cinco años más tarde, al hablar de Caillaux en un artículo de *El Imparcial*, el 28 de diciembre de 1917, señalará que en París «la carrera personal se inserta en la trama de problemas universales». En esta conexión de la persona y la historia siente también Azaña que Francia ofrece muchos ejemplos útiles a los españoles, y nuevamente se proyecta la sombra de Larra (el contraste entre escribir en París y en Madrid). La importancia de esta conexión para el desarrollo del individuo queda muy precisamente expresada en uno de los textos más importantes, ya aludidos, de la serie de escritos franceses de Azaña, el artículo de 1920 en el número 2 de *La Pluma*. Dice así Azaña:

Al comparar la sociedad española con cualquier sociedad europea robusta... lo que se descubre es el tardo paso de nuestro pueblo... y el contraste entre el destino normal de un español y el de otro europeo, nos enseña que la prerrogativa que gozamos o el permiso que nos tomamos para zigzaguear, dispersándonos sin esfuerzo por entre las mallas de una sociedad sin cohesión ni disciplina, no es compensación suficiente del fracaso cierto de nuestras vidas.

Observemos de nuevo cómo Azaña (al menos el de 1920) se siente prisionero de una forma de vida colectiva que impide el desarrollo de la individualidad humana. Para Azaña la sociedad francesa —que en tantos

sentidos parece justamente poco orientada hacia el despliegue de las potencialidades individuales— tiene los elementos que no existen en España: cohesión y disciplina. Mas ¿no habría en esta visión de la vida francesa un espejismo que resultaría de una proyección de la crisis personal a que hemos aludido antes? Dejemos aquí simplemente el interrogante. Y hagamos dos breves incisos para dejar constancia de dos importantes «afinidades electivas» de Azaña en su tan esencial año parisiense.

«J'ai rêvé à de grandes choses»

En uno de esos libros que se suelen descubrir por su proximidad, en los anaqueles de la biblioteca norteamericana, al que uno busca —descubrimientos facilitados justamente por el libre acceso a los libros que suele ofrecer la biblioteca universitaria norteamericana al investigador y al estudiante— he hallado una referencia a Manuel Azaña que seguramente ninguna exploración bibliográfica sistemática me hubiera permitido encontrar. Se trata del libro del empresario y crítico teatral francés Gérard Bauer, *L'Europe sentimentale*, Ventadour, París, 1954. Este hizo un viaje a España al principio de la República y fue a visitar a Azaña. Después de contestar a varias preguntas del visitante, Azaña relata cómo hacía cola en 1912 para conseguir boleto para la Comedia Francesa. Admiraba sobre todo entonces a la actriz Bartet, y Bauer transcribe las siguientes palabras de Azaña:

Las noches de la Comedia Francesa me quedaba sin cenar, me tomaba un bocadillo, de pie, leyendo un periódico, reclinado sobre la valla que colocaban para mantenernos en buen orden. Vi a la Bartet en todos sus papeles. ¡Qué prodigio! Ella me enseñó a gustar del sonido de la lengua francesa.

Y añadía: *En l'écoutant dans Racine, j'ai rêvé à de grandes choses*. Cerremos este breve paréntesis. Tengamos presente, descontando lo que haya en el relato de composición *a posteriori*, ese sencillo cuadro del joven español que «sueña grandes cosas» en 1912 en la Comedia Francesa.

Azaña y Rousseau

En «Un amigo de Rousseau» (*Notas de París*, 14-VII-1912), sobre Altuna, el amigo español de Rousseau, Azaña se refiere a su encuentro de adolescente con la obra de Rousseau: «...la primera y decisiva batalla de nuestra vida, el primer encuentro de un corazón sensible y juvenil con el espectáculo de la belleza natural y con la frenética legión de las pasiones». Añade: «¡Ya están un poco lejos aquellos años de la primera mocedad en que el fuego de los períodos rusonianos nos abrasaba la sangre de las venas y sus lágrimas eran nuestras lágrimas y su turbación la nuestra!» ¿Correspondían estas afirmaciones a hechos reales de la mocedad de Azaña o eran elaboraciones literarias, autorretrato ficticio? De todos modos, en la Francia de 1912 Rousseau estaba «en baja», y no deja de ser significativo que Manuel Azaña aludiera a la obligada fase rusoniana de su aprendizaje adolescente. Más tarde en 1918, en su libro sobre la política militar, al hablar de Rousseau aludirá al «Cardenio» cervantino de tanta importancia en el caso de Azaña puesto que será en *La Pluma* uno de sus seudónimos:

...guardó desde entonces [Rousseau] su espíritu un ritmo igual, dilatándose o si se puede decir así abriéndose al mundo exterior por la contemplación del paisaje para cerrarse otra vez sobre sí mismo y enternecerse con sus dolores, con sus amores, con su egoísmo maltrecho, y atizar como un rescoldo la voluptuosidad del desamparo voluntario y de la privación... así habían hecho nuestro

Cardenio y otros personajes de Cervantes que eran ya románticos sin haber leído a Rousseau.

El tono intensamente personal de esta caracterización de Rousseau muestra cómo Azaña ha hecho *suyo* al Rousseau de *Les rêveries du promeneur solitaire*. Citemos dos textos que son en cierta medida (muchos otros podrían aducirse) la «fuente» de la cita de Azaña: «Ces heures de solitude et de méditation sont les seules de la journée où je sois pleinement moi et à moi sans diversion, sans obstacle, et où je puisse véritablement dire être ce que la nature a voulu» (*Deuxième promenade*, principio). Y el siguiente, texto clave en muchos sentidos en la historia intelectual europea moderna:

De quoi jouit-on dans une pareille situation? De rien extérieur à soi, de rien sinon de soi-même et de sa propre existence, tant que cet état dure on se suffit à soi-même comme Dieu. (*Cinquième promenade*).

No podemos ahora entrar en el tema tan esencial sin embargo del «rousseauismo» de Azaña. Baste señalar que la originalidad intelectual y política de Azaña consiste también en su aleación del egotismo «inventado» por Rousseau con la mentalidad «estatista» del reformador liberal. Es decir, que las dos tendencias del liberalismo moderno —la egotista y la solidaria: esta última acompañada también desde mediados del siglo por el estatismo— aparecen fundidas en Azaña. De ahí que algunos críticos antiliberales hayan podido reprochar a Azaña (sin saber bien de qué hablaban) su tendencia al egotismo. Pero como ya se apuntó, el liberalismo ha de acentuar el solidarismo sin rechazar su otra raíz, la egotista, pues el «egotismo» es simplemente una afirmación de la primacía de la conciencia. Podría incluso decirse que en gran medida la tragedia del liberalismo español ha sido (como lo vio claramente Unamuno) la falta de una

verdadera tradición «egotista». Mas, dejemos también en semiinterrogante un vasto problema de la historia intelectual española moderna.

LA OBLIGACIÓN DE LA INTELIGENCIA

El año 1913 es particularmente importante en la biografía de Manuel Azaña: podrían resumirse los hechos biográficos de ese año como el primer intento de Azaña por incorporarse políticamente a la oligarquía parlamentaria y de una manera general al «Establecimiento». En febrero fue propuesto para el cargo de secretario primero del Ateneo y triunfó en la elección. La candidatura era la siguiente: el conde de Romanones para presidente, José Rodríguez Carracido y Adolfo Bonilla para vicepresidentes, Augusto Barcia y Antonio Dubois para vocales, Juan Spottorno, para depositario, José López Campello para contador, Ramón Pérez de Ayala para bibliotecario, Manuel Azaña, Javier Cabezas y Rafael Sánchez-Ocaña para secretarios primero, segundo y tercero, respectivamente. La votación se verificó el 6 de febrero de 1913. Azaña se encargó de pedir a sus amigos alcalaínos que fueran a votarle. Escribía a su mejor amigo de Alcalá: «no dejes de ir al Ateneo a votar la adjunta candidatura... aunque borres al conde no se perderá nada.» Azaña recuerda en el *Diario*, no sin satisfacción retrospectiva, que muchos socios de aquella sociedad intelectual madrileña mostraron su sorpresa ante su nombramiento con la pregunta: «¿Quién es Azaña?» Su elección para aquel puesto —en el cual se dio a conocer por su eficacia administrativa y un temperamento más bien autoritario— fue determinada por la recomendación del propio jefe burocrático de Azaña. No tardó en presentarse la ocasión para Azaña de mostrar su capacidad para la argumentación polémica y sus dotes oratorias. Un ateneísta muy constante en su oposición a la directiva del Ateneo, Sandalio Tendero,

atacó en una asamblea de los socios la gestión del recientemente difunto ex presidente, el político liberal don Segismundo Moret. Lo cual motivó el primer discurso ateneísta, aunque no el primer discurso político, de Azaña. A algunos oyentes sorprendió la elocuencia del casi desconocido secretario: y Azaña, recordando el hecho, apunta que él sabía que en su semiculto aprendizaje de escritor estaba la fuente de su elocuencia.

Azaña se entregó con verdadero interés a su función administrativa en el Ateneo y esto llevó a algunos amigos a inquietarse por el exceso de su dedicación a una tarea manifiestamente inferior a él. A estos amigos contesta diciéndoles que él se interesa «por las cosas que caen» en sus manos, y puesto que el Ateneo estaba a su cargo él iba a mejorarlo en todo lo que pudiera. En los apuntes de sus memorias se quejaba Azaña de cómo sus biógrafos periodísticos de la primera hora de la República o de 1936 habían presentado una falsa imagen de su actividad ateneísta, insistiendo en cómo en aquel ambiente se preparaba a tomar el poder gubernamental. E insiste en que él era entonces un hombre sin ambición alguna. Esta imagen de Azaña, la que él mismo esboza implícitamente, aparece en algunas de las memorias publicadas por españoles coetáneos suyos. En particular, José María de Sagarra, el poeta catalán, le recuerda como *home simpàtic i senzill que no tenia enemics, perquè en realitat no es proposava fer la competència a ningú*. Es cierto también que frecuentó entonces el Centro de Estudios Históricos, participando en los trabajos de la sección de derecho comparado, y que inició también su meticulosa investigación de la política militar francesa contemporánea.

O sea que aparentemente se acercaba Azaña de nuevo a la actividad universitaria, a los grupos identificados con sus ex maestros de la Facultad de Derecho madrileña. Es posible incluso que se viera entonces a sí mismo como uno de los españoles a quienes se refiere en su ensayo sobre Ganivet: los que descubren con dolor en la madurez que no se han preparado suficientemente para las altas empresas de la cultura. Sin duda Azaña quiso entonces deshacerse completamente de sus hábitos de

«señorito divagador» (citando su misma terminología). Pero, al mismo tiempo, Azaña sentía vagamente que las técnicas universitarias, que los métodos profesoriales, podían cerrarle los caminos de la acción política. Y no hay duda que desde 1913 en Azaña —a pesar de todas sus negaciones de 1939-1940, a pesar de lo recordado por amigos ateneístas como Sagarra— operaba una fuerte ambición política. Hemos de ponerlo de manifiesto más tarde acudiendo a pruebas que nunca engañan: las que ofrece el estilo literario. Veremos entonces que Azaña está haciendo su prosa en función de un ideal político, que ejercita su pluma apuntando a su utilización política. Por ello también se mantiene en esa zona intermedia entre la total orientación política y la actividad específicamente intelectual: de ahí que se afiliara desde 1913 al Partido Reformista (fundado el año antes) de Melquíades Álvarez. En la adhesión al reformismo fue Azaña, por supuesto, muy «ortodoxo» respecto a su propia generación intelectual: en el banquete ofrecido a Melquíades Álvarez, en octubre de 1913, estaban presentes todos los jóvenes ateneístas y muchísimos maestros universitarios (Ortega, García Morente, Américo Castro, Fernando de los Ríos).

Ese año de 1913, que varios historiadores han considerado como el final del sistema político canovista —«la disolución de los partidos históricos» estaba ya consumada escribe el duque de Maura—, el Partido Reformista tomó la ofensiva, atacando a don Antonio Maura en un mitin de la Casa del Pueblo, en enero, y acercándose a la Monarquía en la famosa visita a Palacio de Azcárate, Cossío y Cajal. El primero era el presidente del Partido y los hombres de la Institución se sentían muy ligados al reformismo. Ramón y Cajal era el único «independiente». El 11 de febrero de 1913 —la fecha simbólica del republicanismo español hasta 1931— se celebró un también famoso banquete (dos mil comensales) de los reformistas con el propósito de «acortar la distancia que [les] separaba de la monarquía». Este intento, que correspondía estrictamente a un abandono por parte de los grupos intelectuales de la posición republicana

tradicional, debe asociarse también con la organización de la Liga de Educación Política por unos cuantos jóvenes intelectuales.

Ortega y Azaña: la Liga de Educación Política

Aquí hemos de señalar que la fecha dada usualmente para la iniciación de la mencionada Liga —primavera de 1914, tras el famoso discurso de Ortega en el Teatro de la Comedia— no es exacta: el manifiesto de la *Liga*, que se encuentra como apéndice en el folleto del discurso de Ortega (Renacimiento, Madrid, 1914), fue publicado anteriormente, en octubre de 1913, suscrito por los siguientes españoles: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, el marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, C. Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. No deja, pues, de ser marcadamente significativo el ver en esa breve lista como primeros firmantes a Ortega y Azaña: más tarde se distanciarán y se mostrarán mutua hostilidad. De este importante capítulo de la historia contemporánea española, intelectual y política, la relación entre Ortega y Azaña, me ocuparé extensamente en otro lugar: indiquemos nada más ahora que Azaña estimará que Ortega había mostrado poca consistencia al retirarse finalmente de la política concreta. En un artículo del 23 de febrero de 1924 (cuando Azaña estaba ya en la dirección del semanario *España*), «Santos y señas», quizá escrito por el propio Azaña, se decía: «Don José Ortega y Gasset pretendía entonces, o tal [vez] se engañaban sus primeros adeptos, hallar si no la piedra filosofal, la fórmula reestructora al menos de una identidad nacional salvada del desastre elegíacamente contemplado por los profetas del *finis Hispanae*.» Respecto a la *Liga de Educación* el comentario es muy revelador:

No mucho después [de los sucesos y consecuencias de la semana trágica de 1909] cierta Liga de Educación Política, náufraga muy

luego en el puerto engañoso de la abstención, parecía querer encauzar las vagas aspiraciones de unos cuantos jóvenes intelectuales deseosos de afirmarse sobre el nihil de sus inmediatos antecesores. El propio Ortega y Gasset había sellado antes todas las negaciones, en una famosa conferencia del Ateneo de Madrid, protestando contra la política represiva del gobierno de Maura en 1909.

El artículo seguía, con un tono y unas alusiones que parecen muy relacionadas con la actitud política de Azaña, después de 1914:

No es ésta ocasión de señalar la trayectoria seguida en su desviación de aquel intento por el joven en quien anhelaba reconocer un guía la juventud ateneísta de hace quince años. El ensayo no pasó de conato; se adscribieron a los partidos históricos, o a los que aspiraban a serlo, los pocos hombres cuyo temperamento político necesitaba de la lucha electoral, más o menos franca, y siguieron al margen, en actitud severamente crítica o escépticamente frívola, los arbitristas más o menos literarios y los aficionados a ver los toros desde la barrera, sin gusto por bajar al redondel ni aun con los embolados de otros tiempos.

Conviene ahora considerar brevemente el problema planteado por la relación entre Ortega y Azaña en su plano «abstracto»: o sea el de la relación entre el intelectual y el político, puesto que Azaña tiene una posición marcadamente original en la España de su tiempo.

Política y poesía: Vigny y Lamartine

Desde el momento histórico en que el intelectual europeo empezó a sentir la tentación, la atracción si se prefiere, de la acción política, se empezó a debatir en la República de las Letras el problema de persona y acción, o

para expresarlo en los términos de Azaña, «la dificultad de armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional». Dos posiciones fundamentales en este debate —en el cual han participado casi todos los intelectuales de importancia en el último siglo y medio— se encuentran en los escritores Alfred de Vigny y Lamartine. Vigny proclama la imposibilidad de conciliar acción y vida interior, política y poesía. La posición de Vigny en *Stello* (1832) es terminante:

Séparer la vie poétique de la vie politique... Un poète donne sa mesure par son oeuvre; un homme attaché au Pouvoir ne peut la donner que par les fonction qu'il remplit.

Nos interesa sobre todo, subrayar la disparidad apuntada por Vigny entre «obra» del poeta —en la cual éste se crea a sí mismo— y «función» del gobernante: el segundo no puede, según Vigny, realizarse completamente, no puede llegar a colmar la medida de su desarrollo personal. Esta disparidad es esencial en el caso de Azaña, puesto que en él hay un escritor que quiere realizarse en su obra y un político que también quiere realizarse en sus funciones ejecutivas y parlamentarias.

Lamartine, en cambio, consideró que había llegado lo que él llamaba «el tiempo de los partidos», y que el intelectual tenía que participar en las tareas colectivas: *si l'on ne veut pas être moins qu'un homme, on doit descendre*. El poeta francés que acabamos de citar realizaba así las obligaciones solidarias del intelectual mostrándole que su aislamiento en lo alto de la proverbial torre podía reducirle a una manquedad humana. Lamartine y Vigny representan, en la Europa del siglo XIX, las dos tendencias principales respecto al problema de la acción y la poesía, del intelectual y la política. Un texto de Azaña publicado en julio de 1920 expresa con marcada precisión su actitud ante ese problema:

De las diferentes vocaciones que pueden ofrecerse en la vida, yo preferiría siempre aquélla que más en derechura me llevase a ser con plenitud hombre de mi tiempo, es decir, a incorporar a mi vida personal todos los problemas que agitan el medio social en que me muevo... Si la romería pasa por el llano, prefiero ir en la romería a epilogar sobre ella desde un otero; prefiero ir en la procesión a repicar en la torre... La confluencia de la vida intelectual, puramente interior, con la vida social y exterior, hecha entre todos, es el torbellino donde uno quisiera estar siempre, como en el foco donde se condensan todas las actividades.

Es manifiesto que debemos situar a Azaña en la tradición lamartiniana, en la corriente histórica que predica la participación del intelectual. Hay incluso, como es visible al cotejar el texto de Azaña, con el de Lamartine, imágenes semejantes. Pero los móviles de Azaña y la finalidad de su participación difieren de los de Lamartine. En el mismo «descendamos» del poeta francés, hay un gesto de condescendencia: el escritor baja a la plaza pública, pero todos los presentes saben que se trata de un escritor conocido, de un gran poeta. En el caso de Azaña el citado texto debe verse con otra y muy distinta perspectiva: Azaña es entonces (1920) un español poco conocido que presenta ahí la teoría de la participación. Lamartine habla, por ejemplo, de la necesidad de pertenecer a un partido: pero claro está que el poeta tendrá un puesto importante en ese partido. Lamartine, en una palabra, justifica su actividad política, pero no ve en la política una fuerza negadora de su persona: es más bien un elemento de realce. Es el intelectual romántico, que hace algo parecido a lo de Vigny, pareciendo hacer lo contrario: acentuar la singularidad del escritor, del poeta.

Confundirse y dejarse confundir

En el mismo texto de la revista *La Pluma* (que Azaña publicó entre 1920 y 1923) del cual procede el párrafo que acabamos de citar, decía Azaña, hablando de la aspiración a integrar vida interior y vida exterior:

Es más difícil de lo que parece conseguirlo. El desdén, la timidez pueden despistarnos. Hay que confundirse y dejarse confundir; hay que aceptar de antemano las limitaciones que esa sumisión impone.

Azaña, secretario del Ateneo de 1913 a 1920, hacía en ese párrafo una defensa —ante sí mismo ante todo— de su sumisión a un ambiente: es claro que el párrafo mismo denota la plena lucidez —y por tanto la independencia— del sumiso. Azaña apuntaba ahí, indirectamente, al problema de su generación, y quizá de muchas otras anteriores en la vida española: «no acertar a realizarse plenamente dentro de los límites escogidos». Ramón Gómez de la Serna, defendiendo su propia posición apolítica, ha dicho que él no ha sido como tantos escritores españoles «que han querido serlo todo». Conviene tener presente que la ambición plural del intelectual español respondía naturalmente a unas condiciones sociales elementales: en la vida española escaseaban los hombres preparados, y en particular los especialistas. Ahora bien, la generación de Azaña es quizá como ya indicamos una de las primeras generaciones de intelectuales especializados en la historia española moderna: Azaña no podía referirse profesionalmente a ellos, dado que los más conocidos —los más realizados— habían sabido mantenerse dentro de sus límites. Se trata, en el párrafo citado, más bien de marcar su discrepancia respecto a la conducta política de muchos intelectuales españoles y en particular de Ortega y Gasset.

Ya en 1911, en el artículo de *La Correspondencia de España* citado, Azaña había terminado su examen de conciencia generacional insistiendo en que se había de empezar de nuevo, en la tarea de la reforma moral de España, poniendo «como cimientos el sacrificio y la modestia». Esto es, Azaña creía que los jóvenes intelectuales que aspiraran a fundar «otra España» tenían que abandonar las prácticas exhibicionistas de sus inmediatos antecesores y aun de algunos coetáneos. El intelectual tiene que «confundirse y dejarse confundir», debe comprender que la actividad política exige de él una nueva capacidad de relación con los demás, una nueva situación estratégica. Así cuando Unamuno, después de una muy continua actividad política, tiene gestos que para muchos españoles equivalían a una claudicación, escribe Azaña:

El intelectual que abandona la especulación pura y, cediendo al tentador, echa por caminos tan frágiles, debe advertir que no se disminuye (esa es su generosidad, su sacrificio) pero que su comercio con el público es ya distinto, otra la disciplina. Su principal deber con los secuaces es la fidelidad al convenio que los juntó.

Pero Azaña no pide a Ortega o a Unamuno que abdique de su condición de intelectual. Sabía que las formas de la vida política son casi imposibles para un intelectual y él mismo no entra tan de lleno en la vida política. Escogió un partido muy próximo a los grupos intelectuales. Se trata más bien de situarse en una posición estratégica: no por casualidad Manuel Azaña liga su vida —entre 1913 y 1920 particularmente: los años más decisivos de su formación— al Ateneo de Madrid, a la institución en la cual coincidían políticos e intelectuales, que representaba todavía en el siglo XX la unidad del poder. Conviene advertir aquí que la aspiración totalista de Azaña sólo era posible en un país como España donde no se había producido el rompimiento interno del grupo dominante, donde los

políticos profesionales y los escritores procedían con frecuencia del estrato social que Cánovas llamaba «las familias parlamentarias». Y aunque decir que Azaña marcaba una continuidad en la vida española pueda parecer arbitrario, estimamos que es un hecho patente: la oposición, el contraste, entre Azaña y los políticos propiamente profesionales (ejemplificados por el máximo cacique urbano, Lerroux) venía a marcar las diferencias esenciales entre los cenáculos del siglo XIX y las organizaciones del siglo XX. Azaña se sabía dentro de una continuidad, se sabía respaldado por todo lo que el Ateneo representaba. Gracias al Ateneo había podido *estar* en la política sin *hacer* política, o mejor dicho sin hacer *carrera* política. En una declaración íntima suya decía Azaña en 1932:

No puede llegarse normalmente a la cumbre del poder político y conservar la integridad y entereza del propio ser... Yo no he hecho carrera y estoy interiormente tan recio y tan en mi ser como hace veinte años... Esta es una ventaja que raramente puede disfrutarse cuando no hay revolución.

El reproche que en los textos anteriormente citados hace Azaña a Ortega cobra, visto con amplia perspectiva histórica, una significación impersonal muy precisa. Debió intervenir, por supuesto, en la oposición de Azaña a Ortega, un potente factor temperamental: el mismo Ortega, en su elogio de las reformas militares de Azaña, dirá en 1931 que éste «desde siempre» le había mostrado «escogida antipatía» y «permanente hostilidad». No es ocasión ahora de entrar en este asunto de complejísimo carácter biográfico, ni siquiera de indicar si Ortega estaba o no justificado en acentuar así la supuesta actitud de Azaña. Como en el caso de su relación con Unamuno es manifiesto que había entre él y Azaña diferencias naturales, que llevaban a dos grandes españoles a adoptar posiciones necesariamente opuestas. Lo que debe retener aquí la atención del historiador es más bien el contraste genérico entre Azaña y Ortega: porque

el reproche de Azaña a Ortega podría extenderse a toda una generación intelectual europea. Y es bastante similar al que ciertos jóvenes intelectuales franceses de la generación de la post-guerra mundial de 1914-1918 harán a André Gide. No hay un estricto paralelismo en las trayectorias intelectuales de Ortega y del escritor francés, pero sí puede afirmarse que en la desviación orteguiana aludida por Azaña se refleja la prédica del apartamiento de Gide después de 1918. Recordemos que al iniciarse las hostilidades en Europa se inició lo que se denominó entonces «la movilización de la inteligencia», la participación de intelectuales destacados en tareas de propaganda bélica. Gide en un famoso artículo, publicado en la entonces tan leída *Nouvelle revue française*, pedía la desmovilización de la inteligencia, el retorno a las actividades propiamente intelectuales y literarias. La década siguiente, 1918-1928, realizó plenamente esa desmovilización: fueron los años de la literatura pura y de las nuevas tendencias irresponsables. El escritor europeo pareció entonces concentrarse en la exploración de los dominios profundos del individuo humano y en dar de nuevo a la literatura una función lúdica: no por casualidad fue casi simultánea la obra de Marcel Proust y el entusiasmo por todo lo deportivo. La revolución soviética, la aparición del fascismo italiano, la desintegración de muchos viejos partidos históricos (en particular los de tendencia liberal), la creciente «rebelión de las masas» en sus muy diversas formas, fragmentaban internamente la comunidad europea: el campo de acción intelectual se restringía considerablemente, surgían de nuevo teorías justificadoras del «puro» hombre de letras. Así Ortega escribía en la revista *España* en 1922: «El intelectual sólo puede ser útil como intelectual.» Esta conciencia agudamente profesional del intelectual europeo determinó la reunificación de la república de las letras occidental: quizá desde el siglo XVIII no se habían sentido tan ligados los intelectuales europeos. Algunos incluso creían que del autoamurallamiento de la vida intelectual se desprenderían muy beneficiosas consecuencias para Europa y para los intelectuales: éstos,

desde el coto cerrado de sus trabajos especializados, desde su imparcial apartamiento, serían una autoridad efectiva en la Europa dividida.

Manuel Azaña pertenecía a la exigua minoría dentro de esa nueva república de las letras. A la que creía que el intelectual entonces más que nunca tenía una obligación política, que el escritor no podía perder su voz más general, más pertinente para toda la comunidad europea. Entre 1918, fecha de la publicación de su primer libro, y 1926, año de la fundación de su grupo político, *Acción Republicana*, Azaña afirma reiteradamente que el intelectual debe aplicar su capacidad de ideación a la realidad nacional. En un artículo de 1924, en polémica con Araquistáin (que veía en el carácter español un obstáculo a las reformas liberales), escribía:

La inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción política, rajando y cortando a su antojo en ese mundo, es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional. Un pueblo en marcha, gobernados con buen discurso, se me presenta de este modo: una herencia histórica corregida por la razón.

El tono de Azaña, al articular tan sucinta y precisamente una actitud intelectual, es el del hombre que ha alcanzado la meta propuesta. En Azaña no había dudas respecto a la eficacia política de la inteligencia, respecto a las posibilidades de renovación de España. Ser intelectual es, incluso, un requisito para toda nueva acción política eficaz: al disolverse las viejas ideologías políticas españolas se impone un nuevo teorizar. La España intelectual había de rehacerse a sí misma y el intelectual, por su capacidad articuladora, era el tipo de hombre más indicado para esa tarea de reedificación teórica. Mas volvamos a 1913, y prosigamos la narración de la trayectoria biográfica de Manuel Azaña.

1913: Primer intento electoral

Señalemos también que en septiembre de 1913 (o sea cuando Azaña probablemente discutía con Ortega y los demás firmantes el manifiesto antes citado) exploró la posibilidad en Alcalá de ser diputado. No podemos asegurar que estuviera ya inscrito en el Partido Reformista y es muy posible que Azaña hiciera valer justamente su condición de «independiente». Los datos de este intento de Azaña proceden de un epistolario ya antes utilizado en estas páginas.

No podemos ahora entrar en los detalles de la situación política alcalaína en esos años: el marqués de Ibarra (Manuel de Ibarra), durante muchos representó a Alcalá en el Congreso, después fue nombrado senador vitalicio y murió el 29 de junio de 1913. Le había sucedido en el Congreso, don Lucas del Campo, conservador maurista «moderado»: y en ese verano de 1913 se encontraba bastante delicado de salud (murió en el mes de diciembre siguiente). Dada esta situación se empezó a hablar en Alcalá de las aspiraciones políticas de Azaña, que visitó a amigos y consultó a los «expertos» locales. Uno de ellos contestó en los términos siguientes, en una carta fechada el 2 de septiembre de 1913, indicando que ante todo era indispensable contar con la venia de don Lucas del Campo, si éste no se presentaba a las elecciones:

...me entero de los planes y aspiraciones de nuestro buen amigo Manolo Azaña, cuya candidatura para diputado a Cortes me parece excelente y la mejor para Alcalá. Soy un admirador de sus brillantes condiciones de inteligencia y palabra y sin ofensa para nadie reconozco que en Alcalá no hay ninguno que le iguale. Me parecen muy bien esos trabajos de exploración y contando como yo creo que debe contar con el apoyo de todos los elementos sanos y de valía de Alcalá no podía ofrecerse al gobierno, fuera de la derecha o de la izquierda, mejor candidato. Comprendo que dada su manera de

pensar lo mejor que puede hacer es presentarse de ese modo que dice, sin matiz político y sólo como alcaláino.

Añadía el experto:

Claro es que si viniese otra situación liberal y consiguiese Azaña, como dices, hasta ser encasillado, en ese caso poco o nada habría que hacer y su elección sería fácil y segura.

Pero Azaña desistió finalmente, debido probablemente a que don Lucas del Campo persistió en ser de nuevo diputado. Mas volvió a intentarlo al año siguiente cuando ya se había organizado un comité reformista en Alcalá que propuso su candidatura en un manifiesto el 11 de enero de 1914. Los otros candidatos eran el conservador Atilano Casado y el liberal-romanista Pedro Vicente Buendía. Azaña retiró finalmente su candidatura por estimar que iban a producirse muy serias y permanentes divisiones entre sus amigos. Anselmo Reymundo Tornero, en su historia de Alcalá, cita una carta de Melquíades Álvarez que explica la abstención final de Azaña: «Queda usted en libertad de hacer lo que estime más conveniente para la paz de su pueblo y para su satisfacción personal.» No es preciso entrar ahora en esta cuestión de los temores de Azaña —ya que ello requeriría narrar muy detalladamente la historia alcaláina de los primeros diez años del siglo—, pero sin duda esa experiencia de 1914 fue decisiva para sus futuros planes políticos. Azaña ya no intentó más presentar su candidatura en su propia ciudad natal. Indiquemos, por otra parte, que en el distrito electoral de Alcalá (como en tantos otros entonces) se compraban numerosos votos. El citado Raymundo Tornero menciona que «una gran parte de los miembros incluidos en el censo electoral vendían indignamente su voto habiéndose pagado alguna vez, por uno solamente, el importe de la compra de una mula».

Entre los ateneístas e intelectuales adheridos a la *Liga* fue Azaña uno de los contados que actuaron directamente en política: será candidato reformista en las elecciones nacionales de 1918 y de 1923. Aunque él dice en su «diario» que pasó los cuatro años de la guerra mundial en lo que llamaba «interinidad expectante», es evidente que fue uno de los más fervientes aliadófilos y que en sus conferencias de 1917 sobre «Los motivos de la germanofilia» y «Reims y Verdún» se reveló tanto su capacidad elocuente como su preocupación política. De ahí que Luis Araquistáin, director de *España* —el semanario fundado por Ortega en 1915 y que Araquistáin empieza a dirigir poco después—, prologara un fragmento de la conferencia de Azaña en el Ateneo en 1917 sobre el esfuerzo de guerra francés, señalando que aquél es «uno de los hombres jóvenes de más talento que se asoman al horizonte de nuestra política». Parecía, pues, que Azaña quería finalmente hacer una carrera «ortodoxa».

EL EQUILIBRIO DE LA LIBERTAD

La conferencia pronunciada por Manuel Azaña el 25 de mayo de 1917 en el Ateneo de Madrid, «Los motivos de la germanofilia», debe ser considerada como su primera «oración» política en la capital española: trasciende, evidentemente, los temas y la tonalidad de la propaganda aliadófila. No podemos todavía, por otra parte, determinar en qué medida las ideas expuestas por Azaña en esta conferencia reiteran las de su primera conferencia propiamente política, la antes mencionada de 1911 en la Casa del Pueblo complutense sobre «El problema nacional». Entre el invierno de 1911 y la primavera de 1917 mediaban los tremendos acontecimientos de la historia europea y sus dos estancias en Francia: es verosímil, por lo tanto, que la conferencia de 1917 responda a las experiencias aludidas y a la maduración del pensamiento de 1911. Mas mientras no aparezca el folleto de 1911, publicado por la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, el cotejo de los dos textos permanece en el dominio de la hipótesis aventurada: digamos así que dada la marcada consistencia del pensamiento político de Manuel Azaña podemos hipotéticamente calcular que la conferencia de 1917 reiteraría, acentuándolos y ampliándolos, los conceptos centrales del texto de 1911. Se observa, desde luego (como en tantos otros textos de Azaña), el arraigo emocional de la ideación: Azaña ha convivido, diríase, muchos años con algunas de esas ideas. Veinticinco años más tarde dirá en las Cortes Constituyentes, ante un elogio de su elocuencia, que en la vida no se improvisa nunca nada. Y los lectores que desconozcan los discursos parlamentarios y electorales de don Manuel en el quinquenio 1931-1936 comprobarán en sus *Obras*

completas cómo serán reiteradas algunas de las ideas de 1917: y aquellos que estén familiarizados con su oratoria de los años republicanos, reconocerán en «Los motivos de la germanofilia» algunos conceptos-claves del pensamiento político de Azaña.

Azaña expone cómo los españoles que se oponen a la renovación de la vida española suelen ser galófobos: «Contra esta clase de gentes —añade tajantemente— viene haciéndose desde hace siglo y medio la historia de España.» Los reformadores de la segunda mitad del siglo XVIII, y las sucesivas generaciones liberales del siglo XIX habrían aspirado, según Azaña, a dar a España una organización política y social que fomentara, en primer lugar, la eficacia administrativa y que «hiciese amable la vida». Diríamos que para Azaña la civilización «a la francesa» podría resumirse en una variante del lema positivista, «Orden y gozo». Lo característico de la vida española es, por una parte, la imprevisión, el desbarajuste, y la holganza de los ministerios: y su lógica consecuencia, «muchos años de mal gobierno». Por otra parte, los españoles parecen llevar sobre sí el peso de una ancestral sentencia que les condenó «al descontento y a la tristeza». Azaña, como en textos anteriores a esta fecha y muchos posteriores, insiste en dar carácter político general a ese supuesto obstáculo psíquico moral: ¿vendría él a sentir que mientras los españoles continúen practicando su secular masoquismo no hay posibilidad verdaderamente liberal para España? Pero Azaña quiere sobre todo insistir en esa conferencia en la necesidad de desarrollar en los españoles el sentimiento de la justicia. Porque para Azaña la que él considera grave incultura del pueblo español es su falta de amor a la justicia. La civilización es «una reunión de hombres libres organizados para obtener y aplicar la justicia»: y para conseguir ese amor es absolutamente necesario el hacer que los españoles piensen en sí mismos como «hombres» en abstracto. Esto es, Azaña mantiene muy tajantemente que el futuro de España debe presentar las siguientes condiciones políticas:

La España venidera debe estar organizada en forma tal que nada pueda poner en conflicto dentro de nuestra conciencia lo que debemos a nuestra calidad de españoles con lo que nos exige la condición de hombres.

Azaña, que no tenía ninguna simpatía por Unamuno, mantenía así una posición relativamente semejante a la del rector salmantino («El hombre es lo que hemos de buscar dentro de nosotros»): los dos sentían que el sentimiento de la responsabilidad humana demanda esa actitud aparentemente abstracta. Sólo que Unamuno aspiraba a que el español se viera así como un ser de trascendencia vital y Azaña apuntaba sobre todo a que el español adquiriera el sentido de la justicia: había que afirmar simplemente, sin temor a las burlas de los «inteligentes», los derechos del hombre, *les droits de l'homme*.

Las elecciones de 1918

Consideremos ahora un año particularmente clave en la trayectoria biográfica de Azaña, el de 1918. Fue un año de gran importancia en la historia política española contemporánea: los llamados partidos históricos habían perdido verdadera significación —excepto como fuerzas de resistencia al cambio— tras la huelga general de 1917 y sus consecuencias. El Partido Reformista vio ese año como el de su posible acceso al poder de la Monarquía. Ya en las elecciones de 1914 habían obtenido 11 actas y pensaban que en las de febrero de 1918 alcanzarían un número de verdadera importancia parlamentaria. Azaña, como otros reformistas, desplegó considerable actividad política. En enero dio tres conferencias en el Ateneo (que serán la materia central de su libro sobre la política militar francesa), y en febrero fue candidato del Partido Reformista en el distrito toledano de Puente del Arzobispo (la villa más importante del distrito era Oropesa). Una carta a un amigo de Alcalá, fechada el 3 de

febrero de 1918, solicitaba la ayuda de su antiguo compañero de *La Avispa*, el dirigente sindical Antonio Fernández Quer:

Estoy metido en la refriega electoral. Haz el favor de ver a Antonio Fernández Quer y le preguntas de mi parte si querría venir a este distrito a hacer propaganda en favor mío; la base de mi elección aquí son las sociedades obreras. Si Antonio quiere, vendría por mi cuenta y se le indemnizará de todos los perjuicios que por ello tenga.

Meses más tarde, al enviar a su amigo doscientas pesetas para compensar a Fernández Quer escribía: «que me excuse la insignificancia de la indemnización, pero me han *sangrado* tanto que he volcado lo que me quedaba en la bolsa para estos compromisos.» Y añadía: «Después de todo, lo que Antonio ha hecho en favor mío no se puede pagar con dinero, ni yo quiero que tome como *pago* este envío de dinero.» Pero, pese a la ayuda de su amigo socialista, Azaña perdió las elecciones, que en las zonas rurales fueron una operación totalmente venal.

En el otoño de 1918 fundó con otros aliadófilos la Unión Democrática Española. El manifiesto definidor aparece en el semanario *España*, el 7 de noviembre de 1918, firmado por Unamuno, Simarro, Menéndez Pidal, Marañón, Luis de Zulueta, Américo Castro, Pérez de Ayala y otros intelectuales. Al pie del manifiesto se indicaba que las adhesiones deberían dirigirse a Azaña. A principios de diciembre se reunieron en el Ateneo los iniciadores de la Unión Democrática Española para precisar el carácter de la organización «que, a diferencia de un partido político», tenía una «finalidad limitada»: «la democratización suficiente de España para que pueda pertenecer a la Sociedad de Naciones que habrá de crearse después de la paz.» Se decidió asimismo preparar un programa que recogiera e intensificara los principios democráticos «comunes a todos los partidos de la izquierda». A fines del mismo mes se

reunieron muchos de los adheridos a la Unión Democrática Española en el teatro Benavente, y tras un discurso del doctor Simarro, Azaña leyó los estatutos de la nueva organización. Pero por las palabras de Simarro, que propuso otra reunión en enero de 1919 para que estuvieran presentes «todos los adheridos de Madrid» y los del resto de la península, se deduce que el número no debió ser muy alto. La Unión Democrática Española, continuación en cierta medida de la Liga de Educación Política, fracasa por falta de empuje organizador. Azaña (como lo observa más tarde) siente que es muy difícil movilizar políticamente a los españoles. Y sigue actuando en el Partido Reformista —pensando que es quizá la única vía posible de acción democrática «dentro de la constitución»— hasta el golpe militar de 1923. En noviembre de 1918, a finales del mes, tras la victoria aliada, el reformismo pudo pensar que tenía posibilidades de ocupar el poder: y en su congreso nacional, donde abundaron las ponencias y proyectos de reforma, Azaña presentó la ponencia sobre la reforma del ejército. En *España* del 14 de noviembre, decía Araquistáin que el único partido que podía salvar la monarquía en España era el reformista y que, como era manifiesto que la monarquía no iba a apoyarse en el reformismo, éste debía salvarse a sí mismo volviendo a su condición republicana originaria. Pero el reformismo continuó apoyando a la monarquía y Azaña seguirá en el reformismo.

1918: La política militar francesa

En el mes de enero de 1918 dio Manuel Azaña tres conferencias sobre la política militar de la Tercera República francesa, y en 1919 apareció el volumen primero (y único) de una proyectada serie de tres, con el título general *Estudios de Política Francesa Contemporánea: I. La Política Militar*. El tomo segundo habría sido dedicado al laicismo y el tercero a la organización del sufragio. Tres problemas, que como veremos, son fundamentales para Azaña: la relación del estado con su ejército, con una

iglesia mayoritaria, y con las masas, si se puede decir así. Es un libro que ofrece muchísimo más que política militar, pues en cierta medida es una historia intelectual de la Francia contemporánea. Es también un libro español «raro» puesto que se ocupa de otro país: ya que, sin duda, son escasísimos los libros españoles (al menos hasta hace poco) con tema no español, como lo ha señalado Américo Castro. Pero, sobre todo, como ya apuntamos, es una teoría de la forma de vida democrática francesa hecha «con vistas» a España.

Francia, para Azaña, en primer lugar —y aquí se corrobora lo dicho por él anteriormente— es la fuerza del discurso racional:

Ese principio activo, propulsor, voluntario, que se empeña en corregir la realidad y modelarla según ciertas normas obtenidas por el discurso racional, es la tradición política republicana.

En una hora de Francia y de Europa en que empezaban a triunfar las ideologías antirracionalistas, negadoras del cartesianismo, Azaña hace una defensa del «discurso racional». Pero obsérvese que para Azaña «razón» equivale a «voluntad»: «Francia o la voluntad», así habría podido resumir su interpretación del carácter histórico del país vecino. Su apología racionalista no es, por lo tanto, la exaltación de la «razón razonante» sino más bien de la «razón actuante». Azaña acentúa en el texto citado, y en otros del mismo libro o en los artículos periodísticos sobre Francia, la expresión «propósito impulsor», la fuerza realizadora de las ideas.

Aunque Azaña sabe que la presencia del constante factor «voluntático» en la vida francesa no significa que siempre triunfa el «discurso racional»: muy al contrario, y ahí radica el elemento trágico de la historia política francesa:

Ese propósito impulsor, con sus triunfos y fracasos, esa marcha tortuosa que sigue la voluntad al servicio de una idea, abriéndose penosamente camino a través del mundo moral, como la vena de agua en la roca, constituye el elemento humano, libre, de aquella tragedia en que ya otra vez he querido figurar la política francesa.

Para Azaña dicha tragedia se inició con la Revolución francesa, ya que ésta quiso verdaderamente cambiar al hombre mediante la educación. La revolución sabía que debía establecer fundamentos interiores sólidos dentro de cada hombre, mediante la educación. La afirmación del valor esencial del individuo era la finalidad moral de la acción revolucionaria. Y esa exaltación de los valores individuales había sido continuada por la Tercera República. Para Azaña la república francesa, o como él dice, «la civilización fin de siglo de la Francia republicana», no tiene nada de decadente, puesto que en la vida diaria se observa constantemente el respeto a la conciencia individual. La Tercera República no era simplemente un nuevo régimen político y administrativo: «era, sobre todo, un traslado de la base moral del gobierno». Barrès, escritor tan importante en la biografía intelectual de Azaña y de su generación como ya indicamos, había dicho que los ideales de la Tercera República se oponían al desarrollo de la individualidad humana, y sobre todo de lo que él llamaba *la grande personnalité*. Azaña estimaba que sólo en un ámbito político y social como el de la Tercera República se podía justamente dar «la gran personalidad».

La República, además, había conseguido dos victorias indispensables en el mundo moderno: en primer lugar, la República francesa había establecido un sistema institucional de predominio civil. Y, en segundo lugar, había luchado «contra la situación privilegiada que aún conservaba la Iglesia católica en Francia». Recordemos nuevamente que Azaña planeaba un segundo volumen de sus estudios de política francesa dedicado al problema del laicismo. El haberse ocupado exclusivamente de

la política militar francesa debe relacionarse, por supuesto, con su propia actividad política del año 1918: en el congreso del Partido Reformista presentó la ponencia de política militar (que luego utilizará en parte en las reformas gubernamentales de 1931). Azaña, por otra parte, no se consideraba enemigo de todo ejército. Las condiciones de la civilización moderna imponían el mantenimiento de un ejército y había precisamente que resolver el problema planteado por los dos polos opuestos de la seguridad y de la autonomía personal. Ahí estaba la originalidad de Francia, ya que la Tercera República había podido preservar los intereses morales de los individuos y mantener un ejército eficaz: «La originalidad del caso de Francia no consiste en que allí se haya descubierto la oposición entre la libertad, la autonomía individual y los postulados de la seguridad colectiva, o propalado la posibilidad de un desacuerdo entre el deber cívico nacional y el deber de conciencia humano.» La originalidad francesa consiste en que el Estado establece esa armonía mediante un sistema técnico, mediante un esfuerzo organizador que estudia todos los detalles. Francia llega a saber organizar un ejército eficaz, que no sacrifica al individuo. Francia «prueba que sólo en la libertad llegan los hombres a equilibrar su ánimo de tal suerte que afrontan el sacrificio supremo sin que la coacción exterior los hostigue». Azaña cree en la necesidad de la cohesión social y la disciplina del grupo. Pero aquí se plantea el problema general político del mantenimiento de la libertad: hallar, como dice él, una *manera de ejército* que rinda la mayor eficacia defensiva sin atentar a la libertad individual ni poner en peligro la soberanía. En este sentido el caso de España es apenas creíble. Azaña estimaba que el aparato estatal español post-canovista no se había esforzado por dar a la nación verdaderos recursos defensivos, aunque en el capítulo correspondiente de los presupuestos gubernamentales figuraran sumas cuantiosas. En suma, el ejército de una democracia había de ser una institución eficaz y al mismo tiempo una garantía de libertad. Para conseguirlo era preciso alcanzar un cierto desarrollo técnico. Porque Azaña veía que la falta de

verdadera libertad política obedecía en gran parte a la falta de técnicas que hicieran posible esa armonía de la persona y la sociedad que él veía en Francia. El gobierno intelectual de España no sería, pues, un nuevo despotismo ilustrado sino la democracia que encuentra los instrumentos técnicos necesarios para garantizar la libertad: ésa era la lección de la política militar francesa.

Aunque para Azaña quizá la lección que Francia podía dar a España era finalmente el ejemplo de energía, la acción del «principio impulsor». Los españoles necesitaban saber arriesgarse —sin asustarse ante las probabilidades de un fracaso— para poder tener confianza en sí mismos: Francia venía a ser una «profesora de energía». Cuando empezó la guerra europea, Francia supo encontrar de nuevo «el arrojo para ensayar»: y desgraciadamente, según Azaña, ese arrojo ha estado casi totalmente ausente de la historia española moderna.

1919, París: una cura de silencio

Las elecciones del 24 de febrero de 1918 dieron el triunfo a los republicanos y socialistas en los grandes centros urbanos: «Partido digno de ese nombre no quedaba en pie sino uno —escribía el duque de Maura—, el socialista.» Fue lo que se llamó «la hora de las izquierdas». Los reformistas perdieron, como los liberales y conservadores, en las grandes capitales. Melquíades Álvarez fue derrotado no sólo en Madrid, sino incluso en sus feudos de Gijón y Castropol (recordemos que el reformismo era un partido con fuerte «base» en Asturias). Sin embargo, los reformistas pensaban que una victoria aliada les situaría literalmente dentro del gobierno, dado que la monarquía no podía mantener los viejos equipos, si quería salvarse, ni podía tampoco apelar a los partidos de la izquierda. En el verano de 1918 decidieron convocar una asamblea nacional y empezaron a preparar soluciones concretas para todos los problemas españoles. La asamblea se celebró el 30 de noviembre de 1918, en los días

mismos del triunfo de los aliados. Manuel Azaña presentó la ponencia de reformas militares, las reformas que realizó en 1931: todo parecía indicar en ese momento que los reformistas serían llamados a ocupar el poder. Azaña pensaba, sin duda, que incluso había para él «probabilidades ministrables». Pero la monarquía, como decía Luis Araquistáin en un artículo sobre el reformismo del 14 de noviembre de 1918 en *España*, no quería aceptar «el último cable que podía, si no salvarla, hacer pacífico y legal su tránsito a mejor vida». Azaña, muy desengañado, decidió marcharse a Francia, donde pasó poco más de un año, de enero de 1919 a abril de 1920. Al principio de su estancia se dedicó simplemente a descansar y a leer. Resumiendo su vida en París escribe al antiguo amigo de Alcalá el 24 de octubre de 1919:

La principal ventaja que para mí tiene vivir aquí es que no hago nada: ni escribo ni leo casi nunca ni hago política ni me trato apenas con nadie; es una cura de silencio en medio de tanto estruendo; además se encuentra uno más joven; y andar sin rumbo por las calles, pararse en un puente a mirar el río, sentarse en la terraza de un café, son hechos que adquieren en esta vida plácida una verdadera importancia trascendental y salen del injusto menosprecio en que de ordinario, por pura pedantería y tristeza, los tenemos.

Señalemos que muy poco después, el 4 de noviembre, apareció en el nuevo periódico madrileño, liberal y aliadófilo, *El Fígaro*, el primer artículo de una serie de once que escribió Manuel Azaña. O sea, que en esos días del otoño trabajaba muchísimo más de lo que afirmaba la carta citada. Pero es probable que los meses anteriores fueran, como él mismo indica, una «cura de silencio», necesaria para atenuar su desengaño de la política española. En una carta amargamente reveladora del 26 de noviembre de 1919 escribía a su amigo complutense:

Como ves no había aguardado a tu consejo para hacerme ropa; pero yo estoy ya curado de espanto porque varias veces me he quedado en política con la ropita hecha.

Azaña aludía, evidentemente, a la costumbre monárquica española de encargarse los políticos «ministrables» el uniforme que podrían usar para la presentación de un nuevo gobierno ante el rey. Y añadía:

De tarde en tarde leo en algún periódico noticias políticas de Madrid; lo que sé y lo que adivino me produce una irritación y un asco como para no volver a pisar la Carrera de San Jerónimo. Siempre he tenido el presentimiento de que no podré entenderme con mis correligionarios y que el desprecio que siento por los adversarios me impedirá ser hombre sereno; la obtusidad y la pedantería de que están atacados los españoles de nuestro tiempo se mezclan en los políticos con la baja astucia que ponen en la defensa de sus posiciones. Hoy por hoy, lo que yo quisiera hacer, en caso de verme obligado a residir en Madrid, sería fundar un periódico titulado el *Anti-Todo*, que se publicase cada media hora para recoger los latidos de la aversión universal.

Este mismo estado de ánimo respecto a las condiciones de la vida española se expresaba también en una carta del 27 de enero de 1920 al fiel amigo de Alcalá:

No sé cuándo volveré, a no ser que me llamen para formar gobierno; me he dado de baja en todas las sociedades y he enviado al presidente del Ateneo mi dimisión de secretario. Si organizara aquí mi producción en forma regular aún iba a tardar en volver.

Por otra parte, en una de las últimas cartas de esta segunda estancia en París alude a su cansancio y a que espera mejorar de aspecto físico al volver a España: «Ya verás cómo en tomando el sol en el Chorrillo o en la Moncloa y viajando en el tranvía 6 en lugar de viajar en el Metro infernal recobro mi rozagante aspecto.» No debemos, por otra parte, dar la misma importancia a un escrito epistolar que a un texto público. Es manifiesto que muchas veces Azaña, como cualquier ser humano, utiliza la correspondencia íntima, como la conversación (o más aún que ésta) para el desahogo y el ex abrupto. Aunque, sin duda, el estado de ánimo que se expresaba en los párrafos citados explica también que Azaña, al regresar a Madrid, dedicara sus energías preferentemente a la literatura, fundando la revista *La Pluma* y escribiendo *El jardín de los frailes*.

Artículos de El Fígaro (1919)

Conviene ahora citar algunos textos públicos de Azaña escritos en los mismos meses que las cartas citadas. Ya aludimos a algunos de esos textos al hablar de su francofilia y del papel general de la cultura francesa en su biografía intelectual. Azaña, como se indicó antes, colaboró en el nuevo periódico, establecido en 1918 (probablemente en parte con fondos franceses), *El Fígaro*. El artículo del 11 de noviembre de 1919, «La posición electoral de los socialistas», está firmado en París el 5 de noviembre. Azaña analiza cómo los dos campos opuestos de la alta burguesía, representados por Millerand y por Barrès, se unen frente a la amenaza del socialismo revolucionario. Azaña señala que hasta entonces la alta burguesía republicana había estado dividida por el problema de la enseñanza laica. La historia de la Tercera República era en realidad una constante lucha para instaurar el «laicismo» docente. En esos combates se habían producido divisiones tajantes, motivadas no por los intereses o las creencias transitorias, sino por algo más esencial: «según la íntima e invariable estructura personal de cada uno». Azaña esboza entonces las

características espirituales de los partidarios de la enseñanza laica, tras observar que «no hay quizá pasión más violenta que la pasión por la verdad». Eran, sin duda, hombres sectarios, pero su actitud estaba también determinada por su sensibilidad: «No podían sufrir con paciencia las deformidades que en la vida social de su época repugnaban a su razón.» El tono personal de estas palabras se afirma aún más en las siguientes, del artículo «El retraso del tren de Metz», en el mismo periódico, el 18 de noviembre de 1919:

No conozco en este mundo nada tan aborrecible como la estupidez, que en múltiples manifestaciones, disfrazada o no, amarga nuestra vida, ni hay cosa más irritante que una vejación, sobre todo cuando nace de la ciega desconsideración de un poderoso.

Podrían, por supuesto, utilizarse los textos que acabamos de citar para mantener, como se ha hecho, que en Azaña operaba un agudo resentimiento: el del hombre que sabe lo que vale y que se ve postergado. Sí, sin duda, en Azaña operó un resentimiento: negarlo sería, simplemente, faltar a la verdad. Pero Azaña no es, evidentemente, un «resentido» sin más: hay en la historia abundantes y fecundos resentimientos y el de Azaña es uno de éstos. En su mismo *Diario* escribía Azaña en 1931: «Me he educado en veinticinco años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén.» Aunque los datos que hemos apuntado, y los que hemos de aducir más tarde, muestran que la afirmación de Azaña no es enteramente exacta: su «apartamiento» no fue tan total como él quiere hacer ver. Mas, sin embargo, es manifiesto que en Azaña operó un vaivén entre el deseo de participación y el «apartamiento», vaivén que reflejaba una larga crisis de identidad personal. Azaña quería manifiestamente realizar su personalidad en la política: no había en él dudas *reales* en cuanto a la finalidad de sus aspiraciones. Pero para realizarse en la política hay que contar con los demás, *se depende de los demás*: y Azaña

sentía que «los demás» en España eran un obstáculo no sólo para el simple triunfo electoral, sino también para la realización de su personalidad. La política era en gran medida un proceso de despersonalización: «[es una] profesión que implica el sometimiento de la persona en su fuero más íntimo al placer o al deseo de la masa humana», se decía en un artículo de 1923 en *España*, seguramente de la pluma de Azaña. Añadiéndose: «[Es un] comercio de sí propio con servidumbre de todo lo íntimo inalienable.» O sea, que Azaña indica aquí que la participación en la política no es nada fácil y que la acción acarrea siempre consecuencias peligrosas para la autonomía personal, para la integridad del yo. Azaña sabe que se trata de un problema ya muy antiguo y que tuvo una particular importancia en el siglo XIX, después de la Revolución francesa, cuando aparece el liberalismo. Muchos intelectuales se niegan entonces a la acción política. Uno de ellos, un gran liberal, Ernest Renan, concluye: *Pour agir dans le monde il faut mourir à soi-même*; el principio fundamental del liberalismo ético, del liberalismo en que se sitúa Azaña es *vivre à soimême*, si puede decirse así. De ahí que Azaña tendiera a la inhibición. En su *Diario* anota también en 1931:

Siento los antiguos impulsos de inhibirme y de renunciar con mucha fuerza y veo claramente cómo he renunciado y me he inhibido muchas veces en la vida, desdeñando ocasiones que otros se hubieran apresurado a prender por un pelo.

Claro está, hoy es fácil señalar que, gracias a esas inhibiciones, Azaña llegó a ser el que fue en la historia española. Porque se podría aplicar, en su caso, lo que él mismo decía humorísticamente de Larra: si el romántico no se hubiera suicidado habría terminado en acomodado consejero de Estado y no nos ocuparíamos probablemente de él ni de su obra. Azaña, como hemos visto, estuvo varias veces en la misma entrada del «Establecimiento» post-canovista, en el primer escalón de la oligarquía

parlamentaria. Su «apartamiento» de 1914 en Alcalá, su derrota en 1918 (y la de 1923, a que luego nos hemos de referir) le permitieron finalmente ser él mismo. Añadamos que la estancia en París de 1919-1920 fue en gran medida como una acumulación de energías de oposición a los que él estimaba males españoles.

Así, en septiembre de 1920, publicó en el semanario (que luego él mismo dirigirá, a partir de 1923) *España* dos artículos a propósito de ciertas declaraciones periodísticas del conde de Romanones sobre temas militares, «El conde de Romanones juega a los soldados» (número 280, 11 de septiembre de 1920) y «El conde de Romanones no está por la guardia roja» (número 281, 18 de septiembre de 1920). Al caracterizar a éste como «coheredero dentro del liberalismo histórico del sistema de contemplaciones y de verdades convenidas», expresa Azaña su creencia en el imperativo liberal, digamos así, de la intransigencia ético-política. Resume así las consecuencias de la sumisión de Romanones a las famosas Juntas militares:

El liberalismo histórico, administrado en aquella sazón por el señor conde de Romanones, sucumbió ante la oficialidad; primero, por lealtad a la corona, simpatizante con las Juntas, y segundo por defender el orden social. Resultaba que el Ejército, aunque pisoteara los principios del liberalismo constitucional, era el más eficaz protector de sus intereses, y el mismo ministro que se tapaba el rostro con las manos, escandalizado, por no ver la Constitución maltrecha, solicitaba a escondidas el apoyo de sus transgresores para sofocar cualquier movimiento obrero que pareciese amenazador. La liga entre los poderes efectivos del país quedó sellada a cambio de concesiones mutuas, y a costa de la ideología liberal que el señor conde de Romanones dice ser la suya.

Aquí está el punto de partida de la posición política que Azaña va a adoptar y exponer desde entonces hasta 1930: que los liberales deben

mantener en todo momento los principios constitucionales y los valores morales. Veremos luego cómo en *España* en 1923 y 1924 Azaña dará nueva fuerza a la ideología liberal.

VII

LA INTRANSIGENCIA LIBERAL

La cuarta jornada de la trayectoria biográfica de Manuel Azaña se inicia en 1920 al regresar de París a Madrid y fundar la revista *La Pluma* con su amigo Cipriano Rivas Cherif: Amós Salvador (hijo) les cedió sus dietas de diputado a Cortes para abonar los gastos de impresión. En junio de 1920 salió el primer número y en las palabras de presentación se declaraba que *La Pluma* sería un refugio «donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia». Parecía, pues, que al principiar el verano de 1920, Azaña se «refugiaba» en la literatura. Muy pronto, por otra parte, *La Pluma* se situó en el centro mismo de la vida literaria española: Pérez de Ayala hará más tarde, al fallecer *La Pluma*, un elogio de su función dignificadora de la literatura en el ambiente hostil de aquellos años. *La Pluma* no tuvo el aire combativo de otras revistas literarias, aunque en el número tercero se saludaba la incorporación de la nueva revista *Grecia* «a la batalla contra las fósiles fortalezas» de las letras españolas de la época: era visiblemente una publicación de autores jóvenes o noveles, pero de muy seria vocación artística (Alfonso Reyes, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Adolfo Salazar, J. Moreno Villa, E. Díez-Canedo). Azaña no rompía, pues, completamente con los hábitos «serios» del pensador político. Además su empleo del seudónimo («Cardenio», «El paseante en Corte») constituía a la vez un refugio en el sentido antes indicado y una salvaguardia política.

No puede, pues, considerarse la fase de *La Pluma* como un paréntesis puramente literario en la biografía de Azaña. La década 1920-1930 fue además más activa literaria y políticamente en la biografía de Azaña que las dos anteriores: y en cierta medida su etapa de *La Pluma* fue

como una vela de las «armas». Por otra parte, la redacción final del *Jardín de los frailes* —iniciada probablemente mucho antes: sólo el hallazgo de los manuscritos originales podría algún día verificar esta suposición— fue también un acto de alcance político dentro de su propia biografía.

El jardín de los frailes: poesía y verdad

Si Manuel Azaña no hubiera llegado a alcanzar la magnitud pública que tuvo en la Segunda República, su libro de 1927, *El jardín de los frailes*, sería exclusivamente un texto literario. Bastaría situarlo, para hacer resaltar su originalidad, dentro de una amplia tradición genérica (la de la narración novelesca autobiográfica) y más específicamente dentro de una rama de ésta, la de la novela autobiográfica de colegio. O habría que cotejar la obra de Azaña con la de sus compañeros de generación española —la de 1914: Miró, Ortega, Pérez de Ayala, citando sólo los nombres más representativos de la prosa artística de aquella generación— o incluso con las de los escritores más jóvenes, cuyas primeras novelas coinciden cronológicamente con *El jardín de los frailes*. Estas varias perspectivas, genéricas y generacionales, serían suficientes si Manuel Azaña se hubiera realizado sólo como escritor, si su personalidad histórica estuviera únicamente en sus escritos literarios: mas los trece años que mediaron entre *El jardín de los frailes* y la muerte de Azaña (noviembre de 1940) transformaron *a posteriori* ésa y otras obras suyas, las descasillaron. Podría así decirse que *El jardín de los frailes* pasó a ser autobiografía de su autor tras haber sido novela autobiográfica. De este cambio sustancial han dejado constancia algunos testimonios del propio Azaña. En 1926, en el prólogo al *Jardín* (fechado en diciembre de ese año), declaraba que no se reconocía en el colegial de su libro: «Repaso indiferente el soliloquio de un ser desconocido prisionero en este libro.» Cinco años más tarde, en 1931, afirmaba en cambio: «[Una parte profunda de mi vida] se removió hasta los poros cuando escribí el *Jardín* o más bien cuando para

escribirlo lo re-sentí» (*Diario*). Entre estas dos declaraciones, parcialmente contradictorias, hay, evidentemente, la distancia biográfica que separa el Azaña casi desconocido de 1926 del casi héroe nacional de 1931. Es, desde luego, muy lógico que el Azaña de 1926 marcara la ausencia de parecido entre él mismo y su aparente doble novelístico: los fueros de la ficción autobiográfica le permitieron conservar su libertad artística respecto a sí mismo en cuanto criatura literaria. El profesor inglés Roy Pascal, en un breve y agudo estudio («The autobiographical novel and the autobiography», *Essays in criticism*, IX, 1959), observa que en la novela autobiográfica el autor se suele desprender de las ataduras propias de la autobiografía. No hay, pues, que acusar al Azaña de 1926 de falta de sinceridad: él era entonces —o más exactamente en 1921-22, años de publicación de gran parte del *Jardín* en la revista *La Pluma*— un escritor que, al desdoblarse en autor y personaje, aspiraba sobre todo a captar el proceso de incorporación al mundo de la España finisecular de un mocito burgués. Ni tampoco debe reprocharse al Azaña de 1931 de haber retocado teórica y retrospectivamente su autorretrato literario de *El jardín de los frailes*; porque, a medida que Azaña se convertía en prominente hombre público español, se acortaba en su novela autobiográfica la distancia entre el autor y su criatura. O en otras palabras: Azaña-escritor perdía paulatinamente su condición de creador libre mientras Azaña-personaje ganaba en veracidad histórica.

Quizá sea Eduardo Mallea el único lector del *Jardín* que haya señalado la peculiaridad literaria de la obra de Azaña. Tras expresar su admiración—«un texto espléndido..., libro admirable» (*Notas de un novelista*, Emecé, Buenos Aires, 1954, pág. 64) —, escribía Mallea en 1948: «Y ese libro, yo no sé, no *quedará* como un clásico, no está *estabilizado* en lo que atañe a sus medios.» Mallea ve, por supuesto, el *Jardín* como libro que está *ahí*, desprendido de una totalidad biográfica, tal como lo había escrito su autor: y Mallea acierta al observar el carácter «inestable» del *Jardín*. Porque como Azaña no disponía, entre 1921 y

1926, de su propia imagen futura no podía proyectarla sobre la rememoración de su infancia y mocedad. Hay, en ese aspecto, un marcado contraste entre la habitual tarea memorialista y la de Azaña como lo señala él mismo en su prólogo de 1926: «En vez de relegar al ocaso el componer mis memorias habría empezado por escribirlas.» Otros autores «memorialistas», al reconstruir su infancia y mocedad, cuentan con un principio coordinador, con un eje aglutinante de las cosas y personas rememoradas: el de la imagen pública, escultórica diríase, de su personalidad. La exploración retrospectiva se facilita, se canaliza, por la misma selección que la vida ha realizado «pragmáticamente» en la biografía del autorretrato; de ahí que con tanta frecuencia el hombre público, al tender la mirada hacia sus años de niñez y mocedad, vea en el muchachito al «padre» del hombre maduro. Pero Azaña no ha llegado en 1921 al nivel público de la «estampa», del «papel» histórico: es más, Azaña se hallaba todavía en 1921 en una situación «vocacional» de relativa ambigüedad. Por ello estimo que el *Jardín* respondía tanto a un profundo gesto anímico como a un meditado designio estilístico. Georges Gusdorf ha hablado («Conditions et limites de l'autobiographie», volumen de homenaje a Fritz Beubert, *Formen der Selbstdarstellung*, Berlín, 1956) de cómo una autobiografía es con frecuencia un factor decisivo en la misma vida que se autonarra y a la cual da sentido «par une sorte de choc en retour». Esta conexión dinámica de literatura y vida es, sin duda quizá, más perceptible en las tierras de lengua castellana que en otras zonas del planeta; y, por supuesto, el *Jardín* es un «trozo» de un muy hispánico «discurso de una vida». La inestabilidad a que aludía tan acertadamente Mallea es, justamente, la consecuencia literaria de esa fluidez sustancial de la autobiografía «al hispánico modo»: el «discurso» opera sobre la «vida» y ésta a su vez sobre aquél. El *Jardín* ha de verse, por lo tanto, desde esta doble perspectiva, más vital que genérica: así dentro del «todo» biográfico de Manuel Azaña es visible su poesía y su verdad.

No, por otra parte, que el *Jardín* sea uno de esos hispánicos «borradores inclasificables» a que se ha referido Ramón Gómez de la Serna: las obras a las que el madrileño alude dejan ver la vida en bruto, mientras que en Azaña actúa constantemente el tallado de la pluma. Mas esos borradores inclasificables —tengamos presente que Azaña dejó escritos que son casi borradores (su mismo *Diario*)— y las obras de Azaña están en la zona histórica donde el contemplador percibe la conexión de la intimidad individual con la exterioridad política o social. Otros escritores españoles contemporáneos han dejado obras más compactas, más *estabilizadas* (empleando el término de Mallea), pero por ello mismo menos transparentes, históricamente hablando.

La dirección de España (1923-1924)

Una nota al pie de la página 4 del número 351 de *España*, del 6 de enero de 1923, anunciaba que desde el primer día del año se había encargado de la gerencia del semanario político Manuel Azaña. No podemos ahora comparar las tres etapas de *España* —la inicial dirigida por Ortega, la época de Araquistáin, la más larga de todas, y la final, regida por Azaña—, mas conviene señalar que el semanario cobró aire más literario y se orientó hacia un público indudablemente más reducido. Sin cerrarse a ninguna de las distintas tendencias ideológicas de la izquierda española que habían encontrado allí hasta entonces su tribuna más adecuada, pasó a ser sobre todo el dominio expresivo del pensamiento político de Manuel Azaña. Porque en esos catorce meses, de enero de 1923 a marzo de 1924, Azaña, al contar por vez primera con medios autónomos de expansión política, se esforzó en definir los métodos y las finalidades de un nuevo liberalismo.

Recordemos que cuando Azaña asumió la dirección de *España* se hallaba en el poder gubernamental la llamada «Concentración liberal» —o

sea, la alianza de los liberales «históricos» y los reformistas— y se preparaban elecciones de diputados. Algunos reformistas estimaban incluso que se acercaba la hora del poder: aunque la dimisión de don José Manuel Pedregal el 3 de abril de 1923 —motivada por la oposición eclesiástica a la reforma del artículo 11 de la Constitución canovista— mostró que persistían algunos de los famosos «obstáculos tradicionales». Los reformistas participaron, sin embargo, con numerosos candidatos, en las elecciones de fines de abril. Azaña fue uno de ellos, haciendo una enérgica campaña electoral en el mismo distrito toledano que en 1918. Mas de nuevo los manejos caciquiles de sus adversarios le derrotaron, aunque los reformistas obtuvieron el mayor número de actas de su historia parlamentaria (20). Señalemos también que las elecciones en el distrito de Puente del Arzobispo (Cipriano Rivas Cherif relató en *España* cómo se impidió la victoria de Azaña) fueron quizá particularmente representativas de lo sucedido en toda la España rural: por ejemplo, unos ciento cuarenta diputados fueron «proclamados», sin lucha, mediante acuerdos de repartición de distritos entre el gobierno y los partidos. El 24 de mayo de 1923 Melquíades Álvarez, el jefe reformista, fue elegido presidente de las nuevas Cortes. Parecía haber, pues, todavía alguna posibilidad de realizar el programa reformista de cambios institucionales importantes «dentro de la Monarquía». Pero la guerra de Marruecos continuaba y constituía un gravísimo problema de indudables resonancias políticas. Amenaza que se proyecta directamente sobre España al dar el general Primo de Rivera el golpe de Estado del 13 de septiembre, que concluye la historia constitucional de la monarquía canovista. El 17 de septiembre Azaña escribe a Melquíades Álvarez dándose de baja en el partido reformista. Los artículos de Azaña en *España*, desde enero de 1923 hasta marzo de 1924, deben, pues, proyectarse sobre el trasfondo histórico y político que acabamos de esbozar abreviando hechos muy conocidos: aunque forman, visiblemente, dos series, la anterior y la posterior al golpe militar.

De julio a septiembre de 1923 publica Manuel Azaña en *España* una serie de artículos sobre el libro del general Dámaso Berenguer, *Campañas en el Rif y Yebala (1921-1922): Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, 1923. Es, junto con el ensayo acerca del *Idearium* de Ganivet (aparecido parcialmente en *La Pluma*), su texto más largo de los escritos de tema español: es también el de tono más grave. Azaña se incorporaba, por supuesto, a la polémica periodística en torno a la guerra de Marruecos, mas aspiraba evidentemente a dar al análisis de los desastres militares su adecuada proyección política general. Téngase presente que en el verano de 1923 se preparaba una investigación parlamentaria de los aludidos desastres militares. Azaña, sin duda, aspiraba a fortalecer, intelectual y políticamente, la posición de los críticos de la política gubernamental y de los altos mandos del Ejército. Acude, como es frecuente en sus escritos, a la historia española, dando así a su requisitoria caracterización crítica de los males permanentes de España: «Cabalmente lo que se ventila en nuestro problema marroquí es la subsistencia o la caducidad de los valores creados hace siglos por los dueños de España, que administran su historia.» El general Berenguer y su «memorial de guerra» facilitan así a Azaña el ejercicio de su mejor pluma: la que combina (como en el ensayo sobre Ganivet) la destreza analítica con la pasión por España. Porque se nota, en las páginas de estos artículos, cómo Azaña ha frecuentado los dos volúmenes de *Historiadores de sucesos particulares* de la Biblioteca de Autores Españoles para conocer a algunos notables «españoles antiguos». Su entusiasmo se expansiona con resonancias cervantino-quijotescas en el párrafo siguiente:

Del tiempo en que armas y letras no vivían divorciadas nos quedan en castellano bastantes narraciones de guerra, escritas por testigos y actores principales de las campañas, que son, para mi gusto al menos, una de las lecturas más sabrosas e instructivas, más sugerentes que pueden hacerse en nuestro panteón literario.

Aunque añada de inmediato que su preferencia no es sólo estética; en esas obras «vemos en acción, pieza por pieza, el resorte más poderoso del Estado, el Ejército.» Las antiguas narraciones muestran «la permanencia de ciertos rasgos psicológicos en los directores de la política española». Los fracasos de hogaño son simplemente una repetición de los de antaño y todos se deben a una causa primaria: «la modorra mental».

Azaña apunta entonces cómo la mediocridad estilística y narrativa del general Berenguer es un claro indicio de su incapacidad para el alto mando militar: «Si el general Berenguer hubiese sido capaz de concebir una obra maestra, como la de Mendoza, no habría fracasado en África.» Hay una distancia enorme, según Azaña, entre los militares contemporáneos españoles y los antiguos, «capaces de conducir una guerra y de reducir a escrito con palabras significantes y bien acuñadas su experiencia personal». El poder disponer de una buena pluma es contar con un eficaz instrumento de acción: las letras imponen «en las confusas impresiones personales del guerrero la disciplina en que consiste el estilo». Azaña marca acertadamente la relación que ha existido en muchos grandes capitanes entre las artes retóricas y la capacidad para el mando. Pero, sobre todo, la importancia de este texto radica en su significación «proyectiva» dentro de la biografía intelectual de Manuel Azaña. En efecto, al hablar de las condiciones que debe reunir un hombre de gobierno, y tras indicar que mandar es «pensar en todo, pensar por todos», escribía:

Trepando por una escala cerrada o al amparo de la nombradía profesional se asaltan los puestos que precisamente requieren cierta universalidad de miras y de medios para servirlos con grandeza. El pueblo, viva o no en régimen democrático, necesita preparar esas capacidades universales, para situarlas en la cima.

Aquí vemos cómo Azaña había temido el especializarse (dejando de lado su forzosa, y oculta diríase, especialización en cuanto funcionario del Estado), dado que en él había una clara aspiración al ejercicio del poder gubernamental. Azaña sentía, como Benjamín Constant, que la mentalidad del experto no suele estar preparada para la tarea creadora del estadista. De ahí que Azaña fuera quizá el único intelectual importante de su generación española —la de 1914: justamente una gran generación de «expertos»— que quiso reservarse para las «ideas generales». Aunque, por supuesto, Azaña sabía que el aspirante a gobernante debería tener también una sólida preparación en algunas de las cuestiones públicas fundamentales de un país (en su caso escogió el problema militar). Gambetta había dicho que el jefe de un partido cuando está en el poder gobierna con sus correligionarios, pero «administra con hombres capaces» (*On gouverne avec son parti, on administre avec des capacités*). Diríamos que Azaña, tras su trabajo sobre los problemas militares franceses y tras su análisis del libro del general Berenguer, se sabía capacitado para el mando, en cuanto «especialista» (*capacité*), pero al mismo tiempo se sentía libre de las limitaciones del «experto».

Del liberalismo como intransigencia (1923-1924)

Tras el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, Manuel Azaña dedicó sus artículos del semanario *España* a elaborar una nueva teoría del liberalismo español: era manifiesto para él que el político futuro de su patria iba a depender de unas pocas «cabezas valientes» (para emplear de nuevo la expresión de Larra). Recordemos que algunos universitarios importantes, ciertos jefes socialistas y numerosos técnicos y hombres de negocios vieron en el general Primo de Rivera al «cirujano de hierro» de las ensoñaciones mesiánicas de Joaquín Costa; añadamos que el propio general se veía, por supuesto, como auténtico «costista». Esta visión de los problemas de España se reducía en esencia a lo siguiente: el país necesita

que las «cosas» marchen— o sea, que los trenes y los ministerios funcionen puntualmente— y que se emprendan las reformas «materiales» pendientes casi desde el siglo XVIII. En suma, la aplicación del viejo lema de algunos positivistas hispanoamericanos: «poca política y mucha administración». O en términos de personajes sociales concretos españoles: que manden los supuestamente lacónicos ingenieros de caminos, canales y puertos en vez de los «picos de oro» post-canovistas. Porque para muchos españoles el general Primo de Rivera representaba, sin duda, tanto el fin de las «miasmas del caciquismo» rural como la desaparición del verbalismo parlamentario; y no es esta la ocasión, evidentemente, de determinar en qué medida fueron o no defraudadas esas ilusiones «tecnicistas» de algunos españoles admiradores de Primo de Rivera en 1923. Para Manuel Azaña el error de los hombres bien intencionados que hablaban de las posibles reformas aludidas era bien patente: «Todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales», escribía el 20 de octubre de 1923 en *España*. El aumento del número de carreteras y el mejoramiento de los servicios públicos no facilitaban necesariamente el desarrollo de la libertad o la justicia. Se trata, según Azaña, de afirmar ante todo los derechos del hombre y los valores éticos tradicionales del liberalismo: y recalquemos que su posición tiene una especial validez en esta hora «occidental» de eficacia administrativa y de insensibilidad moral.

Afirmación que ha de empezar por definir lo que podría llamarse «metodología liberal»: porque Azaña siente (sin decirlo explícitamente) que las *finalidades* liberales excluyen forzosamente el empleo de los *medios* usuales en la política española (o de otros países). Para Azaña la tragedia del liberalismo español, desde sus principios en el siglo XIX, pero sobre todo desde 1854, ha sido su tendencia a la transacción y al compromiso. De ahí que, finalmente, el «liberalismo» se hubiera visto reducido a los modos maniobreros del romanonismo. La misma aceptación de la dictadura por muchos españoles que se llamaban «liberales» era, para

Azaña, una consecuencia directa de esos hábitos de transigencia y «componenda». El deber de los verdaderos liberales es, pues, muy claro: la que él llama intransigencia. Escribía el 29 de diciembre de 1923 en *España*:

El deber de los liberales españoles es mucho más severo, más estricto y tan arduo de cumplir que algunos (bastantes) retrocederán... Han fracasado también, y sobre todo ciertos métodos, hijos naturales de los consejos turbios y de las amalgamas imposibles..., habrá que restaurar en su pureza las doctrinas y acorazarse contra la transigencia. La intransigencia será el síntoma de la honradez.

Quien, llegada la hora, no lo practique así, podrá ser un buen padre de familia, un administrador diligente de sus caudales, pero no será, si persiste en llamarse liberal, un hombre honrado.

Azaña aparece aquí con una actitud muy afín a la de lord Acton cuando éste mantiene que el liberal ha de afirmar ante todo el ideal moral sin tomar en cuenta «lo que existe» (*Liberalism wishes for what ought to be, irrespective of what is*). Para Azaña la intransigencia liberal es particularmente indispensable en España, ya que muchísimos españoles (por ejemplo, su amigo el socialista Luis Araquistáin) estiman que el carácter de sus compatriotas, y de una manera general «la realidad española», ofrecen notables obstáculos a los imperativos del liberalismo. En un artículo anterior (pero cuyos conceptos volverá a exponer más tarde), el del 20 de octubre de 1923, señala que sólo Unamuno ha sabido plantear en España un problema fundamental: «no el de ser español o no serlo, ni el de cómo se ha de ser español, sino el de ser o no ser *hombre*». Es patente que Azaña, cuya simpatía por Unamuno era muy relativa, no alude aquí al decir «hombre» al ser trascendente y agónico unamuniano. Se refiere simplemente al «hombre», como ya apuntamos, de los «derechos

del hombre». Porque Azaña cree que sólo viéndose el español en cuanto «hombre» puede cobrar confianza en sí mismo para emprender la necesaria transformación del país. En un artículo del 22 de diciembre de 1923 («Balance de una empresa de reconstrucciones») escribía:

La generación republicana de la segunda mitad del siglo último sabía de las deformidades del Estado español tanto como supieron Costa, Picavea, Mallada y los demás. Probablemente aquéllos habían observado menos la realidad española, pero la sabían mejor en el fondo... ¿Es paradoja decir que en Michelet y en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses, en ciertos arquetipos clásicos, aprendieron para la reforma de España mucho más que hubieran aprendido pescando cangrejos en el Duero?

Al predicar así el cultivo de la «intransigencia» liberal, Azaña afirma implícitamente la capacidad del hombre en general, y del español en particular, para el perfeccionamiento moral, para el ejercicio de la voluntad creadora. Azaña tiene presente que desde 1898 se había hablado hasta la saciedad del «ser español» y se había hecho de éste «una excusa de la impotencia». Volver a la intransigencia era, por lo tanto, no sólo sacar al liberalismo de los dominios caciquiles del romanonismo: era también una afirmación del libre albedrío nacional. El 9 de febrero, al comentar en *España* la significación política de la muerte del presidente Wilson, escribía:

Es fácil refutar las esperanzas oponiéndoles como argumento las lecciones del pasado. Mas, lo que nunca ha sido, ¿no puede ya empezar a ser?... Lo que nosotros apreciamos [en la actitud de Wilson] es, sobremanera, su fuerza estimulante para el perfeccionamiento moral... La paz [al ser una invención humana ofrecería] a la voluntad un campo ilimitado para la creación, lejos

del signo de la necesidad. Es uno de esos valores pragmáticos que para salir verdaderos sólo requieren que se empiece a creer en ellos.

Azaña se situaba así de nuevo en la línea «voluntática», iniciada en el siglo XVIII, de reformadores de la vida española: y añadamos que también continuaba (como ya se indicó) en la vía abierta por su propia generación, la de 1914. La intransigencia liberal venía a ser, pues, una fusión muy peculiarmente española del racionalismo dieciochista y del «energismo» de la generación orteguista de 1914. Pero, sobre todo, el liberal, según Azaña, había de defender denodadamente las libertades públicas, y en particular la libertad de expresión. El último artículo de Azaña en *España*, «Nuevos partidos, libertades viejas» (que había sido suprimido por la censura algunos meses antes), contiene quizá la mejor definición de los principios éticos y políticos en que se sustenta la intransigencia liberal:

La libertad es la condición de la ciudadanía; si la libertad se restringe, los hombres de más encandilado civismo podrán ser celosos administradores de un patrimonio, diligentes padres de familia, santos, artistas, lo que quieran; pero no ciudadanos... Las libertades públicas no son privilegios, ni gracias otorgadas; tienen una base indestructible: el hecho de la conciencia humana. Ninguna es, por tanto, menos necesaria, menos útil que otra: todas abren algún camino al desenvolvimiento cabal de la persona. La piedra de toque de la libertad es el respeto que se tenga a la conciencia de los disidentes... Donde la libertad ha zozobrado son muy poco libres los liberales... Lo primero que perezca, siempre, es la libertad de opinión; al fin es el baluarte de todas las demás...

Y Azaña añadía que la ausencia de la libertad de expresión favorecería a la larga a los partidos y tendencias de la reacción española: «Suprimir la libertad, cualquiera que sea el motivo, la ocasión y la manera

de suprimirla, favorece a los enemigos de la libertad.» Recordemos, como ya se indicó antes, que en los primeros meses de la dictadura de Primo de Rivera muchos españoles de los grupos liberales veían en el nuevo gobierno un justo instrumento de castigo para el régimen post-canovista y su oligarquía parlamentaria: mas Azaña interpretaba esa tranquila aquiescencia como una prueba más de la falta de capacidad crítica y de cultura política en los españoles.

Quizá el mejor escrito periodístico crítico de la dictadura sea el artículo de Azaña publicado en enero de 1924 en la revista argentina *Nosotros*, tras haber aparecido en versión francesa en noviembre de 1923 en *Europe* de París (su continuación, con el título «Cartas de España: la cuestión militar», se publicó también en *Nosotros*, en abril de 1924). Tanto en *Europe* como en *Nosotros*, el artículo aludido aparece sin firma, pero podemos atribuirlo a Azaña (así como el de abril de 1924) sin posible duda. Don Carlos Esplá nos ha relatado cómo cuando recogía por encargo de Blasco Ibáñez documentación para un folleto sobre la dictadura el corresponsal en Madrid del periódico parisino *Le Temps*, León Rollin, amigo y admirador de Azaña, le señaló el artículo de *Europe* y el nombre de su autor. Debo también añadir que en Buenos Aires, en 1965, me manifestó el doctor Roberto Giusti, uno de los directores de *Nosotros* en 1924, que recordaba perfectamente que los dos textos eran de la pluma de Azaña. Finalmente, la evidencia estilística es incontrovertible como lo podrá comprobar cualquier lector. Señalemos que es sin duda también un buen ejemplo de la «intransigencia liberal» de Azaña. Es una crítica, ante todo, de los gobernantes españoles entre 1817 y 1823: «Lo que más salta a la vista [en ellos] es la bajeza de las miras y la corrupción de los caracteres.» Describe luego la formación y la personalidad del monarca, en unos párrafos subtitulados «El rey neto», y tras hacer un breve análisis de las características del Ejército español (reiterando algunos de los conceptos expuestos en los artículos sobre el libro del general Berenguer) examina las condiciones peculiares de la situación social de Cataluña

antes del golpe de Estado de 1923. Azaña muestra que hay una lógica concatenación entre el lugar del pronunciamiento y el hecho mismo del pronunciamiento militar: Barcelona había visto un fenómeno relativamente singular en la historia social de Europa, el terrorismo burgués. Mas el «éxito» del golpe de Estado no se explica sólo estableciendo las conexiones entre la oligarquía industrial catalana y los militares. Lo grave, para Azaña, era cómo muchos españoles habían acogido «alborozados cualquier pretexto que les librara del trance de discurrir por cuenta propia». Y volvía a insistir en la falta de cultura política en España: «Con tal de que el tendero no defraude en el peso o de que los funcionarios vayan a la oficina, el hombre del café está contento y no le importa lo demás.» De ahí que no se pueda hablar verdaderamente en España de ningún «movimiento de izquierda» frente a la dictadura: la estructura social del país impide incluso que la clase trabajadora desempeñe un papel político importante. Sus conclusiones son harto desoladoras, aunque Azaña las atenúa al expresar su fe en un futuro liberal de España:

El pueblo español no escarmienta, no aprende nunca nada. Aunque es viejo y curtido por el infortunio, la discontinuidad de su cultura, que se presenta esporádicamente en grupos aislados, hace de él un pueblo sin experiencia. Deshabitado del esfuerzo propio es un pueblo mesianista... Nosotros creemos en la vitalidad del pueblo español y en sus futuros destinos, pero ha de buscarlos por rutas diametralmente opuestas a las que ahora sigue.

VIII

APELACIÓN A LA REPÚBLICA

Esas nuevas rutas políticas fueron señaladas por Azaña en un manifiesto que publicó en 1924 (según declara él mismo en el prólogo a *Una política*, Madrid, 1932, pág. 6) con el título *Apelación a la República*; mas ese pequeño folleto permanece todavía casi inédito, pues no hemos podido localizarlo. Sólo hemos obtenido un fragmento (reproducido en el primer volumen de las *Obras completas*) publicado en el folleto *El 11 de febrero de 1926*, editado por la entonces recién creada Alianza Republicana, para dejar constancia de los actos celebrados en conmemoración de la Primera República. En este folleto se alude a la agrupación política fundada por Azaña en 1925, dándole dos designaciones: «Acción Política» y «Acción Republicana». Al describir los propósitos de la Alianza Republicana y la posible función de los castellanos dentro de ella se menciona «el grupo de *Acción Política* que representa el señor Azaña» (pág. 143). Pocas páginas antes se encuentra otra alusión al mismo grupo: «Se ha convenido por ese núcleo de intelectuales que se llama de *Acción Política* abandonar el tema de la accidentalidad de las formas de gobierno» (pág. 139). Mas el nombre de Manuel Azaña aparece entre los firmantes del manifiesto de la Alianza Republicana en cuanto representante de *Acción Republicana*. De estos y otros datos se puede deducir que, al fundar en mayo de 1925 (como él mismo indica también en el prólogo de *Una política*, pág. 7) una nueva agrupación política explícitamente republicana —el manifiesto definidor reproducido por Azaña en *Una política* (págs. 7-9), declara que los firmantes se proponen «instaurar la República»—, la designación escogida por Azaña fue *Acción Política*, y muy poco después pasó a ser *Acción*

Republicana. Apuntemos que en esa nueva agrupación política se unieron Azaña y sus amigos con los republicanos reunidos en torno al catedrático universitario y farmacéutico don José Giral. El doctor Giral había fundado en Salamanca, en 1910, la que se llamó inicialmente «Agrupación republicana gubernamental». Los profesores que así se agrupaban aspiraban tanto a mantener vivo el legado del republicanismo histórico español como a marcar tajantemente su discrepancia ética respecto a los republicanos «radicales» de Alejandro Lerroux. Recordemos que los llamados «radicales» habían tenido actividades de dudosa moralidad en las campañas electorales y en los gobiernos municipales. Los republicanos de Salamanca dirigidos por el doctor Giral querían, pues, ofrecer una posibilidad de «política limpia» a los electores españoles de sus mismas ideas. Como sus propósitos eran bastante semejantes a los de Melquíades Álvarez dieron en 1910 su adhesión al Partido Reformista. Pero en 1913 se separaron del político asturiano al hacer suya éste la tesis de «la accidentalidad de las formas de gobierno» (propuesta por don Gumersindo de Azcárate y otros liberales muy ligados a la Institución Libre de Enseñanza) y mostrarse dispuestos los reformistas a colaborar con la monarquía.

El doctor Giral rehizo en 1913 su agrupación política dándole la nueva designación de «Unión Republicana Salmantina». Señalemos que Enrique Martí Jara, catedrático más tarde en Salamanca de Derecho Administrativo, se unió al grupo de Giral: y ya sugerimos que quizá Martí Jara conoció a Azaña en París en el otoño de 1912 cuando los dos disfrutaban allí becas de la Junta de Ampliación de Estudios. En 1921 el doctor Giral se trasladó a Madrid y poco después fundó con Martí Jara (que había pedido la excedencia y se había instalado en la capital española) y un republicano lerrouxista, Antonio Marsá Bragado, la llamada «Escuela Nueva». El propósito de esta pequeña institución docente de carácter «fabiano» era dual: por una parte buscaba orientar a algunos universitarios hacia tareas concretas de educación de los obreros

madrileños (una especie de extensión universitaria autónoma semejante, en sus métodos y finalidades, a la de la Universidad de Oviedo iniciada por don Rafael Altamira), y por otra parte trataba de tender puentes políticos entre los grupos intelectuales y el creciente Partido Socialista Obrero Español. La Alianza Republicana fue, además, el resultado de las gestiones conciliadoras de este grupo de la Escuela Nueva: de ésta partió justamente la iniciativa para celebrar el 11 de febrero de 1926 el aniversario de la Primera República con numerosas reuniones «silenciosas» (estaba prohibido pronunciar discursos políticos) en toda España. Observemos, de paso, que en la Alianza Republicana estaban juntos los dos extremos del republicanismo español: el «pulcro» del doctor Giral y el «turbio» de Alejandro Lerroux. Pero no podemos ahora historiar esta sorprendente, en apariencia, amalgama, dados los antecedentes de los dos políticos, y adelantemos la hipótesis que quizá la tragedia política de la Segunda República —y la enorme catástrofe de la guerra civil— se debió en gran medida a la disolución de la aludida amalgama en 1932-1933. Que Enrique Martí Jara viera en Azaña al hombre capaz de dar ampliación ideológica al grupo del doctor Giral se comprende; tras la defunción de la revista *España*, Azaña estaba en la dolorosa situación del político *con* ideas (y muy claras), pero *sin* correligionarios. Uno de los textos más reveladores de la personalidad de Azaña, el titulado «La Universidad y los colegios», publicado en 1924 en *España*, concluía así:

Es triste hallarse solo frente a la abrumadora mayoría de los hombres de su generación. No pasa más en España.

Dejemos ahora de lado la cuestión de si en la agudísima sensación de soledad actuante entonces (y en otros momentos de su vida) en Azaña se manifestaba una marcada disidencia o anomalía espiritual y psicológica; no hay duda que en muchos creadores, en las artes y en la acción, operan frecuentemente fuerzas de singularización anímica,

elementos psíquicos anómalos. La observación hecha por Azaña tiene, por otra parte, un significado muy concreto, situada en su lugar cronológico; ya hemos visto que Azaña condenaba la dictadura, mientras otros destacados españoles la aceptaban como un mal menor.

El 18 de agosto de 1931, primer aniversario de la muerte de Enrique Martí Jara, escribía Azaña en su *Diario*:

Yo estaba entonces [1925] muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera o la encontraba muy buena... De mi apartamiento huraño me sacaba Martí Jara, llevándome casi a empellones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución. Cuando había que destacar a alguien en algún puesto, me destacaba a mí, con la extrañeza de algunos o con desdén de otros... Por Martí Jara fue al comité ejecutivo de la Alianza y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián y que me incluyesen en el comité revolucionario, convertido después en gobierno de la República.

Apuntemos también que Martí Jara publicó en 1929 un libro, *El rey y el pueblo* (dedicado a la memoria de Francisco Giner de los Ríos) para mostrar que la posguerra europea marcaba «el triunfo del poder del pueblo sobre la realeza», y había llevado a «la exaltación de la forma republicana de gobierno». Afirmaba también que las democracias iban a dominar el futuro político de aquella Europa y esperaba que España supiera adaptarse a esos tiempos nuevos. Martí Jara era, sin duda, un republicano algo ingenuo y a veces harto «visionario» —Azaña recordaba que la noche de la llamada Sanjuanada se encontró a Martí Jara en el Ateneo y éste le «dijo, casi perdida la razón: "Valencia es nuestra..." Allí no se movió [nadie], pero él *veía* la revolución triunfante»—, mas gracias a la admiración y a la fe de aquel amigo se incorporó Azaña a la actividad

conspiratorial de los años finales de la monarquía alfonsina. ¿Y no cabría decir que la biografía de Azaña, y la historia misma de la España contemporánea, habría sido muy diferente de no mediar la acción persuasiva, y casi publicitaria, de un «creyente» impulsivo como Martí Jara? Con este breve inciso he querido rendir homenaje a aquel hombre ejemplarmente desinteresado, que murió joven antes del triunfo de los «suyos» (esos triunfos que él *veía*); pero he querido también apuntar la importancia en la historia española de tantas figuras «oscuras» o simplemente secundarias sin cuyo estudio quedan incompletas las biografías de las figuras principales. ¿No deberían los jóvenes historiadores españoles «salvar» muchas de esas vidas, enriqueciendo así «azorinescamente» el trasfondo de los acontecimientos y los hombres destacados? (España sigue sin disponer, en 1968, de un diccionario biográfico nacional.)

Volvamos al folleto *Apelación a la República* y al hilo cronológico de la trayectoria biográfica de Azaña. La tesis de Azaña en las pocas (y admirables) páginas que hemos encontrado es una condensación de las ideas políticas expuestas en sus artículos de *España*; se puede establecer una larga lista de justificados cargos contra el régimen parlamentario, pero es patente que la democracia no puede existir sin una institución semejante a las Cortes. Recordemos que el gran novelista Galdós ya se había planteado el problema de un locuaz e ineficaz parlamento y había concluido que «el silencio empeora siempre todos los asuntos». Azaña, que quizá conocía ese texto de Galdós, hubiera asentido, y añadamos nosotros que seguramente también asienten los españoles de nuestros días y los hombres de todo país privado de la posibilidad de debatir libremente los asuntos públicos. Para Azaña no hay duda, el liberalismo «reclama para existir la democracia». Y ésta sólo existe si funciona efectivamente un parlamento: «Lo provisional e interino, si se quiere prescindir del Parlamento defectuoso, se llama dictadura y tiranía.» Mas Azaña no se limitaba a sólo mostrar la necesidad de la institución parlamentaria como

garantía de la libertad; trataba, en *Apelación a la República*, otros aspectos del problema político de la España contemporánea, y esperemos que algún lector de estas páginas nos ayude a encontrar el perdido folletito. Señalemos que Azaña tenía listo para la imprenta en 1931 un volumen con el título *Apelación a la República* (había recogido todos los artículos de *España* y los dos de *Nosotros* a que nos hemos referido), pero al pasar a formar parte del Gobierno republicano estimó que no debía publicarlo, dado que aludía a personas y sucesos sometidos «las unas a [su] jurisdicción de ministro y todos al fallo de la justicia pública». (Azaña aludía así, sin duda, a sus juicios sobre el general Berenguer y sobre el mismo Alfonso XIII.)

El paréntesis de los ensayos valerianos (1926-1929)

Hemos señalado que en 1925 fundó Azaña una agrupación política y se difundió, al menos en Madrid y entre los intelectuales, su manifiesto *Apelación a la República*; mas ese año fue en su recuerdo posterior, según anotó en sus apuntes de las *Memorias*, «el más triste de [su] vida». Recordaba también Azaña que no frecuentaba tampoco el Ateneo, y añadía:

Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca. Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido...

Confiesa que entró entonces en «unos devaneos» que tuvieron resultado negativo: «¡Lo que me habría pesado después!», exclama Azaña. Todo ello le llevó a refugiarse de nuevo en las letras, concluyendo el *Jardín de los frailes* y comenzando los estudios sobre Valera. El primer resultado de este segundo trabajo fue el ensayo «Valera en Rusia», publicado en *Nosotros* en el número de enero-febrero de 1926, al cual siguieron los

restantes ensayos valerianos. Y se comprende que el interés de Azaña por Valera haya atraído la atención analítica de algún historiador: el mismo Azaña declaraba que Valera no era «[su] tipo ni en lo moral ni en lo literario». Parece haber tanta distancia entre el talante escépticamente cortesano de don Juan y las firmes intransigencias de Azaña que se puede incluso tender, como hizo Juan José Domenchina, a atenuar demasiado el papel del «valerismo» en la biografía intelectual de nuestro complutense. Según Domenchina (autor de excelentes ensayos sobre Azaña), Valera era sólo un pretexto para reconstruir su trasfondo histórico. Otro autor ya citado, el historiador socialista Ramos-Oliveira, ve, en cambio, en la relación Azaña-Valera la expresión de una patente afinidad electiva; serían dos españoles igualmente partidarios de una vida ordenada y regida por cánones estéticos. Mas sin negar la función de un cierto «clasicismo» en Azaña, creo que en este caso, como en tantos otros, la conexión del biógrafo con el biografiado muestra la presencia de un muy visible espejismo autobiográfico. Porque Azaña ve en la biografía intelectual de Valera dos temas centrales muy significativos dentro de su propia trayectoria vital: el «problema de la vocación» y «su aprendizaje secreto» de escritor. Citemos un texto de Azaña sobre el joven Valera, muy revelador del «espejismo» aludido:

... anduvo algunos años maltratando su vocación inequívoca, sin darle pasto ni ejercicio, antes oponiéndole obstáculos y diversiones donde perderse. Me aventuro a decir que... padecía, aunque no lo supiese, la medrosidad del orgullo aventajado, que desoye las llamadas incesantes de su inclinación más profunda y desvía los ojos de lo que en secreto y sin declarárselo a sí mismo espera ser... Ninguna diversión más peligrosa que sus escaramuzas en la política

¿No es acaso patente en este texto el tono intensamente autobiográfico, el mirar hacia atrás del Azaña de 1925, el Azaña que

consideraba casi totalmente vanos sus esfuerzos y años políticos?
Volvamos al texto de Azaña:

Que [la Valera] le convenía engrandecerse por las artes de la política fue opinión muy temprana, siendo él todavía mozo, de su propia familia y de los amigos que le querían bien... No es raro que un hombre se deje despistar por su propio talento.

Podrían citarse muchos textos más para mostrar cómo Valera, entre 1925 y 1929, fue para Azaña ocasión constante de proyección autobiográfica. Copiemos, para concluir estas breves consideraciones, el texto siguiente:

Su finura mental le impedía ser fanático; el señorío personal no le dejaba meterse entre la turba y abrirse camino a codazos... En los partidos no podía pasar de la condición secundaria reservada a los que brillan fuera de la política, temidos y en el fondo desagradables por su inteligencia, sospechosos a sus correligionarios...

¿No parecen estas palabras un resumen *a posteriori* de los sentimientos de Azaña tras su experiencia política dentro del Partido Reformista? Mas, por supuesto, el «valerismo» de Azaña no debe reducirse sin más a una especie de autobiografismo vicario; para los investigadores de la literatura española del siglo pasado, los trabajos de Azaña sobre Valera son prácticamente definitivos, particularmente en sus aspectos biográficos.

En el umbral de la historia (1930)

El 10 de enero de 1930 cumplió Manuel Azaña cincuenta años; al mes siguiente, en el día aniversario (11 de febrero) de la Primera República pronunció en el banquete de la Alianza Republicana en Madrid su primer

discurso político con trascendencia nacional. Se iniciaba así su ascenso visible hacia el centro del poder, hacia las altas funciones ejecutivas y parlamentarias de la España que venía; los casi veinte años que mediaban entre su conferencia de Alcalá (*El problema nacional*, 1911) y el discurso del 11 de febrero habían sido verdaderamente una esperanzada preparación —esa «larga esperanza» de que está hecha la historia, según decía Guizot— y un paulatino ascenso público (secretario del Ateneo, dirección de *España*). Sin duda, algún observador atento de los acontecimientos políticos de la España de 1930 predijo, al escuchar el aludido discurso (y los del otoño de ese mismo año que ahora mencionaremos) la importancia del papel futuro de Manuel Azaña, porque en ese texto se percibe ya «todo lo que para la construcción del nuevo Estado llevaba Manuel Azaña» (palabras de un artículo de 1935 de Luis de Zulueta referidas a uno de los discursos parlamentarios de Azaña en 1931). La llamada «revelación» de Azaña en 1931 fue, en verdad, la explayación pública —en el ámbito sumamente resonador de las Cortes Constituyentes— de las ideas y creencias políticas del Azaña de 1930. No, por otra parte, que Azaña las expusiera detalladamente en los aludidos discursos; se comprende así que un no muy sutil oyente, Alejandro Lerroux, expresara su sorpresa, entre temerosa y congratulatoria, en 1931 tras la primera gran intervención parlamentaria de Azaña («¿De modo que se tenía usted eso guardado?»). Mas si por «eso» se refería el cacique radical a la capacidad articuladora de Azaña, y no sólo al contenido de su discurso de 1931, no se justificaba la sorpresa, porque era manifiesto para un número no despreciable de españoles atentos que en Manuel Azaña se veía ya en 1930 una gran capacidad oratoria y ejecutiva. Quizá fue un poeta, como sucede con frecuencia en la historia, el primero en sentirlo y afirmarlo: de don Ramón del Valle-Inclán, supremo señor de la palabra hispánica, partió la iniciativa de proponer a Azaña para encabezar la candidatura de la nueva Junta de Gobierno del Ateneo madrileño. Uno de los candidatos más favorecidos entonces era el doctor Gregorio Marañón,

que había ya ocupado la presidencia del Ateneo y que había sido castigado por la Dictadura. Por eso se habló en 1931 de cómo la historia de la República y de España hubiera podido ser diferente de haber sido «proyectado» el doctor Marañón hacia el gobierno desde la presidencia del Ateneo. Pero, aunque este género de hipótesis no es nunca del todo gratuito en la consideración del suceder histórico —puesto que en el acontecer humano operan siempre muy diversos factores, y de la combinación de éstos dependen las vías del futuro—, creemos poder afirmar sin arbitrariedad que para el doctor Marañón no habría tenido apenas consecuencias personales profundas su reelección. Marañón era un hombre con personalidad ya muy perfilada y muy pública; su elevación a la presidencia del Ateneo habría sido un espaldarazo colectivo, casi redundante, que en sí mismo no implicaba ningún gesto político renovador. Con la elección de Azaña los ateneístas expresaban, en cambio, su apoyo a una aspiración política innovadora, y, sobre todo, ofrecían a Azaña el adecuado escenario para el primer despliegue de su papel histórico. En una entrevista oficial con el general Franco señalaba Azaña que un papel histórico dependía finalmente de los demás; la «máscara» del personaje podía ser trasunto fiel de la persona o «faz» ajena conllevada como penosa imposición pública. Diríamos que la elección de Manuel Azaña para la presidencia del Ateneo, el 18 de junio de 1930, fue justamente una perfecta adecuación entre hombre y cargo, entre «máscara» y persona. De ahí también que el Azaña de sus discursos del otoño de ese año fuera tan plenamente, casi me atrevería a decir que tan jovialmente, *él mismo*. Quedaban atrás los eclipses neuróticos, la sensación de aislamiento en el Madrid de la dictadura, y los fragmentos del propio pasado se articulaban en una imagen personal válida para sí mismo y utilizable para los demás. Azaña, que había aspirado a encontrarse «un día menos solo», se sentía, en aquellos meses otoñales de su vida y de 1930, refrendado en su vocación política y en su misma personalidad intelectual por sus contemporáneos españoles.

Volveremos a los discursos del 11 de febrero y del 29 de septiembre de 1930, mas quisiera hacer resaltar ahora un pasaje de manifiesta significación autobiográfica. El 11 de febrero, tras declarar que la política y el arte se parecen «en ser creación» —«Una creación que se plasma en formas sacadas de nuestra inspiración, de nuestra sensibilidad y logradas por nuestra energía»—, añadía:

La política es, pues, confianza en el esfuerzo, optimismo. No hay política de hombres desengañados, de hombres tristes...

¿No podrá mantenerse que Azaña, al expresarse en los términos citados, declaraba implícitamente que había salido de la que él llamaría más tarde (en sus apuntes diarios para las *Memorias*) «la antigua tristeza»? Entre sus oyentes estaban amigos fieles como Amós Salvador y Enrique Martí Jara, que recordaban evidentemente su tendencia al retraimiento (más emocional que político) durante la primera fase de la dictadura de Primo de Rivera; mostrarse ante ellos con ánimo resuelto era asumir con valentía su propio papel. Era, en suma, como todo creador estético, imitarse finalmente a sí mismo, al «yo» proyectado desde hacía años. Más adelante, en los primeros meses de la Segunda República, escribiría que le costaba mucho trabajo «convertirse en personaje histórico»; y sin duda Azaña aludía a cómo su sencillez y naturalidad rechazaban entonces los «oropeles» del rango gubernamental, pero no debe descontarse tampoco la resistencia de Azaña a desempeñar resueltamente su propio papel. En una de las anotaciones más reveladoras de su diario de 1931-1933 dirá que la política no le interesaba y que aspiraba a salir de ella como había entrado, «inopinadamente y sin ruido». Sin embargo, Manuel Azaña era, pese a sus propias negaciones, un hombre con clara vocación política. Que en él operara un cierto temor a verse dominado por los demás, por su «máscara», era hartamente comprensible, aunque no del todo

justificable; pero no debemos ahora examinar un problema humano sumamente complejo. Reiteremos aquí, de paso, que nuestra admiración por la figura liberal de Manuel Azaña no nos puede vedar el planteamiento de muy normales cuestiones biográficas e históricas. Ni tampoco debe frenar a los liberales la posible explotación por el adversario político de textos y datos que pertenecen a la historia universal: el más valioso legado de Azaña es su ejemplo de honradez intelectual. En su discurso del 30 de agosto de 1934, en Barcelona, declaraba que se le había censurado «como defecto del carácter el llevar dentro y no ocultarlo [un] riguroso antagonista». Añadiendo: «Ese es mi título al respeto de los demás.» Para Azaña, un político con sentido de la responsabilidad histórica (o sea, un «político que no sea un miserable ambicioso o un triste histrión») tiene, ante todo, el deber de ser sincero, «aunque sea un delito lo que se piense y jamás [debe] ocultar la sinceridad del corazón que uno pone al bien del servicio público».

Mencionamos antes que Azaña fue elegido presidente del Ateneo el 18 de junio de 1930. Desde hacía casi ocho años él no había frecuentado aquella institución, tan íntimamente ligada a su juventud, mas su «antigua experiencia de [casi] ocho años de secretario» le facilitó la tarea organizadora:

Pagué las ochenta mil pesetas de deudas que había dejado la junta ilegal impuesta por Primo de Rivera, hice obras por otras sesenta mil pesetas, dejando la casa renovada de mobiliario y decorado, y abrí instalaciones nuevas; creé una junta o comisión de responsabilidades que presidía yo y en la que estaban desde Ossorio y don Niceto hasta Besteiro; e intenté dar al Ateneo una vida y una orientación más acorde con los tiempos... El Ateneo tiene un prestigio que es muy superior a su utilidad y había que buscar el modo de que volviera a ser útil y cesara de cultivar la histeria, la

irresponsabilidad, la falsa preparación y el remedo del parlamentarismo.

A ese esfuerzo de reorientación del Ateneo correspondió muy particularmente su discurso inaugural del curso de 1930-31 («Tres generaciones del Ateneo») el 20 de noviembre de 1930. Azaña recuerda que entonces reunía «al comité revolucionario en una salita del Ateneo» e indica que en el discurso hay referencias implícitas a la situación política («cuando lo escribí estábamos esperando de un día para otro la sublevación que al fin estalló el 12 de diciembre»). Pero la significación de este discurso sobrepasa las circunstancias políticas del momento de su redacción: coincidiríamos con el juicio de un fiel amigo de Azaña, Enrique Díez-Canedo, que lo consideraba como uno de los textos más autobiográficos de su autor. Tengamos presente que, como él mismo lo indica, su biografía de ateneísta equivalía al tercio cronológico del Ateneo, fundado en 1835 (y cuyo primer socio fue Larra); al hablar, pues, de las sucesivas generaciones del Ateneo se sentía Azaña dentro del curso central de la historia intelectual y política de la España moderna. A pesar de referirse despectiva y humorísticamente al «morbo histórico» que ha impedido a «muchos revolucionarios» españoles «soltarse del pasado», Azaña se entusiasma ostensiblemente al evocar las características intelectuales y las modalidades expresivas de sus antecesores en la presidencia del Ateneo. Esa primera parte del discurso es muy claramente reveladora de uno de los dos aspectos principales del temperamento intelectual de Azaña: la simpatía por las figuras históricas del siglo XIX español, por el mundo de sus inmediatos antepasados, produce sus mejores páginas. Es más, yo diría que Azaña aspiraba (como Cánovas) —anotemos de paso que hay entre estos dos grandes españoles muy notables semejanzas: a Azaña se podrían también aplicar las palabras que él emplea para aludir a la «convicción [en Cánovas] de que su patria no le había merecido»— a «reanudar» la historia de España en aquel augural

atardecer del 20 de noviembre de 1930. Aunque, por supuesto, esa reanudación equivalía, según Azaña, a liberarse justamente del «morbo histórico», a saber asignar a la inteligencia su «función demoledora»: «En el estado presente de la sociedad española nada puede hacerse de útil y valedero sin emanciparnos de la historia.» Azaña vuelve así a reiterar su actitud política de los artículos de *España*, su acentuación de la intransigencia y de la voluntad como únicos medios de reforma política: «El porvenir será nuestro como obra del pensamiento, del trabajo, de la energía, no de la providencia ni de un vago destino, formado generalmente con la suma de los desmayos y menguas de la voluntad.» Puede, por tanto, decirse que Azaña en 1930 había encontrado finalmente el camino del equilibrio a que se había referido en sus años de mocedad: la historia de España vivida por él como algo propio, como algo profundamente personal, dejaba de ser un peso muerto y pasaba a ser una fuente de acción hacia el futuro. En 1930 Azaña se veía identificado con todo el proceso histórico de la España moderna y su concepto de la función de la inteligencia venía a ser finalmente el enlace renovador con el ímpetu de los liberales doceañistas, con la imagen y el ejemplo de aquella cabeza valiente que era su bisabuelo, Esteban Azaña Catarineu.

Paul Valéry decía un día a André Gide que él había tenido en su mocedad una concepción «estratégica» y no sólo «táctica» de su existencia individual: había así deliberadamente retrasado hasta la madurez, y la plena posesión de sí mismo, el despliegue de su capacidad creadora. En Manuel Azaña coincidieron también las horas otoñales y las del éxito público, y podríamos mantener que esta coincidencia fue en gran medida el resultado de un plan estratégico «a lo Valéry». En las apuntaciones para sus *Memorias* de 1931 decía, tras referirse a su elevación a la jefatura del Gobierno español de la Segunda República: «Lo que habíamos calculado tantas veces, y pensado preparar con prudencia y oportunidad, llegaba de improviso, en las peores condiciones posibles.» Negar, por tanto, como el mismo Azaña hizo, que actuara en él una marcada ambición política desde

sus años mozos sería rechazar arbitrariamente visibles evidencias; mas es igualmente patente que Azaña tendió con frecuencia al desánimo y a la inhibición. Aunque ya señalamos anteriormente que en la historia de muchas vocaciones se encuentran los paréntesis y las desganas a que aludía Mounier. Tampoco debemos soslayar el papel de sutil estratega que juega a veces la misma vida colectiva al combinar, en gradación desigual, obstáculos y apoyos para un proyecto de existencia individual. Diríamos así que Azaña encontró en la comunidad nacional española una eficaz colaboradora para su supuesto plan estratégico de aparición tardía en las «tablas» de la historia nacional: sus fracasos pre-electorales de 1913 y 1914, sus derrotas en las elecciones de 1918 y 1923 impidieron que se incorporara efectivamente a la oligarquía parlamentaria y llegara a ser prohombre de la monarquía. Porque, sin duda, Azaña aspiraba a poder encontrar en el Parlamento español el ámbito adecuado para sus facultades oratorias y su capacidad analítica; es igualmente manifiesto que Azaña se considerara «ministrable». De ahí que en los diversos momentos disyuntivos de su vida dejara de lado sus inclinaciones literarias y acentuara su orientación política, sin que, por otra parte, en esas alternativas quedara excluido el arte verbal. Porque para Azaña la política y la literatura compartían los dominios de la palabra. Cursar, en relativo secreto, su aprendizaje de escritor era (como ya se indicó) preparar las armas e instrumentos de la elocuencia parlamentaria.

No creemos, por tanto, que quepan dudas en cuanto a la vocación de Manuel Azaña; la suya era manifiestamente una vocación política. Se podría oponer a esta tajante afirmación textos del propio Azaña, pero los contrarrestarían hechos muy obvios y modalidades expresivas harto reveladoras. La literatura fue, en Azaña, el medio de hacerse a sí mismo pensando en las necesidades de España; como los hombres del siglo XVIII, Azaña sacrificaba deliberadamente las expansiones literarias que no le encaminaran hacia el servicio de sus prójimos españoles. Hablar, pues, como se ha hecho repetidamente, de Azaña como un escritor erróneamente

«metido» en política es un manifiesto error de apreciación histórica. Porque si bien Azaña era un «escritor de raza» (como he dicho yo mismo), no era un hombre *con* vocación literaria. El primer volumen de sus *Obras completas*, el de mayor contenido estrictamente literario, muestra cómo el desconocido Azaña de 1911 —el que pronuncia en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares la conferencia sobre «El problema nacional»— y el Azaña de 1931, «la revelación de la República», están dentro de una misma trayectoria y de un mismo sueño: recordemos aquí justamente que en las Cortes Constituyentes coincidieron como diputados Azaña y Antonio Fernández Quer, su amigo socialista del Alcalá de 1905 y 1911 (casi me atrevería a decir incluso que Azaña estaba más cerca de la consistencia ideológica y ética de Antonio Fernández Quer que de algunos notables intelectuales). El Azaña de 1931 realizó sus indudables sueños juveniles, y gracias al respaldo de los demás españoles fue fiel a su clara vocación política.

LA TRADICIÓN RETÓRICA PARLAMENTARIA

Se puede afirmar, sin arbitrariedad alguna, que Manuel Azaña fue el gran orador político de la Segunda República española, y quizá el más original de la historia parlamentaria de la España moderna. La llamada «revelación» de Azaña en las Cortes Constituyentes —dejando ahora de lado sus evidentes dotes de gobernante ejecutivo— fue justamente la manifestación de un nuevo estilo de oratoria política española. Y como toda originalidad humana, la oratoria de Azaña se sustenta en un legado tradicional y en un preciso ámbito generacional. Azaña está, ante todo, dentro de la tradición parlamentaria europea del siglo y medio 1789-1939. Hasta me atrevería a afirmar que Azaña es probablemente uno de los parlamentarios europeos más totalmente representativos de la aludida tradición. Pero Azaña es también un español de la generación intelectual de 1914, que se caracteriza justamente por su orientación oratoria, en contraste con la generación española anterior, la de 1898. Azaña está así en la conjunción de dos «retóricas», la tradicional parlamentaria y la innovadora de su propia generación. La primera es, evidentemente, más visible y actuante en la personalidad política de Azaña que la segunda; pero sin la referencia a la generación de 1914 —a su oposición a la acción política concreta y usual— sería inexplicable (o totalmente portentosa y «adánica») la originalidad de Azaña en la historia de la oratoria parlamentaria española. La hipótesis histórica que proponemos a la consideración del lector es la siguiente: Azaña fue a la vez una de las voces más puras de la tradición parlamentaria europea y la voz política más representativa de su propia generación peninsular.

La Europa parlamentaria

No se podría afirmar hoy, como se hizo en el siglo pasado, que las repúblicas modernas se gobiernan por la palabra. El historiador sabe que hay muchas fuerzas sociales y económicas, muy diversas tensiones de todo orden, que determinan el curso de los acontecimientos políticos de un país o de una época. Todos sabemos ya que no basta recurrir a los *Diarios de sesiones* de los Parlamentos europeos para trazar la verdadera historia de una crisis gubernamental o de una conmoción revolucionaria. Por otra parte, es también patente que el papel político de las oraciones parlamentarias es mucho mayor en épocas y naciones de vertebración social relativamente rudimentaria que en las complejísimas sociedades de la civilización industrial. Así resulta, por ejemplo, que Inglaterra —la «madre del Parlamento», al menos para los países de lengua inglesa— haya sido la primera nación en cuyo Parlamento la potencia oratoria nada cuenta si no la respalda el voto mecánicamente disciplinado de la mayoría. Esta aparente paradoja histórica se explica fácilmente; la civilización industrial lleva a la extensión del sufragio y a la aparición de vastas organizaciones electorales que modifican sustancialmente la dinámica parlamentaria. En ese sentido acertaba el apocalíptico historiador alemán Oswald Spengler al predecir que la institución parlamentaria estaba condenada por las ulteriores consecuencias de su expansión representativa: la presencia dentro del Parlamento de los partidos de masas equivaldría al predominio de la rama ejecutiva, ya que ésta tendría el respaldo automático de la mayoría. Sería cegarse ante lo palpable en la prensa diaria (o en algunos estudios políticos recientes) el negar a Spengler su mucho de razón: muchos Parlamentos actuales son simplemente la rama publicitaria y legislativa del poder ejecutivo. A ningún diputado, en sus cabales parlamentarios, se le ocurriría hoy disertar largamente contra una proposición gubernamental, a menos que fuera útil su esfuerzo oratorio para efectos de propaganda en su propia circunscripción electoral.

Pero en el Parlamento del siglo pasado la composición social e ideológica de las cámaras era más homogénea. Apenas había diputados que no pertenecieran a las llamadas «familias parlamentarias», si hacemos extensible a toda Europa la expresión oligárquica española. Y esa misma «homogeneidad» daba una relativa movilidad interna a los grupos e individuos de un Parlamento. Abundaban los cambiacasacas y los maleables de toda suerte, más también los hombres serios que sopesaban, antes de votar, las razones del orador: un discurso podía, por tanto, cambiar el rumbo de la historia de un país o de una época.

Hasta podría decirse que la actividad parlamentaria tenía mucho de continua competición deportiva, limpia o sucia, entre «caballeros» dispuestos a lucir sus galas oratorias y argumentativas. William Gerard Hamilton, el famoso «diputado del único discurso» (*Single-speech Hamilton*), pudo así redactar su, para algunos, casi luzbelina *Lógica parlamentaria* (ed. póstuma, Londres, 1808) que codificaba el arte de la maniobra oratoria, situándola en el dominio de las estrategias y ritos sociales de las clases dominantes en aquella Europa. En verdad, el Parlamento, en Inglaterra y en algunos países de la Europa continental y de la América Latina, venía a ser finalmente, en gran medida, un ruidoso campo de honor sin más derramamientos que los verbales. Este aspecto gratuito y deportivo de la actividad parlamentaria llevó a algunas instituciones docentes, sobre todo a las británicas, a fomentar el ejercicio de las artes oratorias en sus alumnos: así se constituyeron las sociedades estudiantiles de debates, que tanta importancia han tenido en las biografías de incontables políticos y estadistas ingleses. Recordemos, de paso, que en la Universidad agustina de El Escorial «María Cristina», donde cursó Manuel Azaña los estudios de la licenciatura en leyes, se habían «importado» (muy deliberadamente) las dos principales «amenidades» pedagógicas británicas, los deportes y el «debate». Téngase también presente el triunfo oratorio y dialéctico del jovencito Azaña relatado (sin fantasía alguna) en *El jardín de los frailes*. Añadamos que

los maestros agustinos se ufanaban de la presencia en las Cortes del Reino de la llamada «minoría escurialense», o sea, el grupo de graduados de aquella Universidad. Mas el Parlamento no era sólo floreteo y coto oratorio de las clases acomodadas. Fue, sobre todo, el instrumento institucional que atenuó política y paulatinamente las tajantes divisorias ideológicas, sociales y económicas. Diríase que el Parlamento fue un prolongado puente de transacciones que evitó en algunos países las revoluciones o las dictaduras. O dicho en términos redundantes, el Parlamento era un terreno y un medio de «parlamentar». La creencia política y social expresada implícitamente en la existencia del Parlamento es quizá muy antigua: la de que las gentes «hablando se entienden». De ahí que se haya definido frecuentemente el Parlamento como el régimen del gobierno por la palabra. O más exactamente el de la supervisión del gobierno por la palabra. Así el ideal parlamentario —que tan vacío pudo parecer a la generación europea de 1933— tendía finalmente a realzar su propia función mitigadora en un mundo ideológico y socialmente dividido. El Parlamento se esfuerza por negar el socorrido proverbio castellano, «A enemigo que huye puente de plata», porque quiere ser puente de tregua que retiene al adversario. Por eso, Cánovas del Castillo (y luego el mismo Azaña) consideraba que el tradicional «retraimiento» de un partido político era tan peligroso para la vida política española como un «pronunciamiento». Que Cánovas pudiera triunfar en su propósito de hacer del Parlamento un instrumento de mediación y que Manuel Azaña viera deshecha su muy similar aspiración (en cuanto a la función, no en la composición y estructura de la institución parlamentaria) tiene ante todo una explicación cronológica. El sueño político de Azaña tenía algo de «canto del cisne» de la Europa parlamentaria que empezó en 1789 y que terminó (en tantos aspectos) en 1939. No se olvide tampoco que dentro de la tradición parlamentaria general de Europa (y de algunos países de las Américas) se observan notables contrastes nacionales puesto que cada

institución parlamentaria es en gran medida un espejo fiel de la forma de vida del país correspondiente.

El orador parlamentario

Todos los tratadistas de la oratoria parlamentaria concuerdan, con total unanimidad, en afirmar que la capacidad improvisadora es la modalidad expresiva que define al orador verdaderamente parlamentario. Porque aunque se ha señalado que en las asambleas revolucionarias francesas (o en las de los independentistas norteamericanos), y en muchas posteriores de diversos países, gran número de discursos han sido redactados cuidadosamente (en algún caso, como el de Mirabeau, ni siquiera por sus pretendidos autores) y han sido leídos en la tribuna, se mantiene que lo específico de la oratoria parlamentaria es la intervención improvisada que recoge en su desarrollo interrupciones, comentarios y hasta gestos de los oyentes. Veremos inmediatamente que la supuesta «improvisación» no es tan exclusivamente espontánea como pudiera pensar algún novicio espectador en algún antiguo Parlamento. Se trata, por supuesto, de una técnica expresiva sumamente dificultosa cuyo dominio suele exigir larga práctica y experiencia. Algunos preceptistas de la oratoria parlamentaria señalan que dadas sus características sólo ciertas profesiones facilitan su ejercicio, y suelen limitarlas a la abogacía y la docencia. Uno de los más conocidos tratadistas del siglo pasado, Louis-Marie de Cormenin («Timón»: *Livre des orateurs*), incluye también dentro de la que podríamos llamar «potencialidad parlamentaria» a los militares: pero es manifiesto que *Timón* extendía a toda una carrera los pocos ejemplos por él conocidos de participación destacada en el Parlamento francés. Aunque algunos observadores de la vida parlamentaria inglesa han mostrado cómo la preparación forense no es el camino más conducente al éxito oratorio en la Cámara de los Comunes: Hazlitt llega incluso a afirmar que los peores oradores parlamentarios son los abogados. Aquí conviene marcar la

relación entre Parlamento y universidad, pues es obvio que la institución parlamentaria en el siglo pasado reclutaba preferentemente sus miembros entre los graduados de las universidades. Es lógico así que en los países de lengua inglesa dieran el tono parlamentario los *gentlemen* egresados de los *colleges* (instituciones de «educación general») y que en los países de la Europa latina descollaran los «licenciados» por antonomasia, los graduados de las facultades de leyes. Tengamos también presente que en los mismos países latinos el orador parlamentario se ha esforzado en apartarse del «estilo forense».

Volvamos a la capacidad improvisadora, rasgo central del orador parlamentario. Casi todos los teóricos —y también los parlamentarios que han escrito o hablado del asunto— concuerdan en advertir que estrictamente no existe la improvisación. El orador francés, y no muy simpático estadista, Thiers, decía que él sólo había conocido a tres «improvisadores», Lamartine, Guizot y él mismo. Añadía Thiers: *aucun de nous trois n'improvisait*. O sea que Thiers indicaba que la llamada «improvisación» —levantarse a contestar largamente, por ejemplo, a un diputado de la oposición que súbitamente ha hecho una interpelación peligrosa— sólo podía producirse en oradores tan notoriamente preparados en materias de gobierno e historia como los mencionados por él. Pero quizá sean don Antonio Maura y William Hazlitt quienes hayan analizado con mayor penetración, la mecánica de la improvisación oratoria. El discurso de ingreso en la Academia española, el 29 de noviembre de 1903, de don Antonio Maura, versa sobre la oratoria en general, aunque es manifiestamente el compendio de la experiencia parlamentaria de su autor. Para Maura la apariencia de improvisación es indispensable, pero todo buen discurso ha sido preparado de antemano: «preparado de prisa, más y mejor que otra persona lo dispondría en largas viglias». El poder «improvisar» en la forma indicada requiere mucha cultura, «pues poseyéndola tendrá andado lo más del camino para cada jornada». Hemos de volver a las múltiples y agudas observaciones de Maura sobre la

oratoria. Pasemos a lo señalado por Hazlitt en su muy importante ensayo «*On the difference between writing and speaking*» en su libro *The plain speaker*: el escritor inglés afirmaba que el orador que «se sabe» un buen discurso puede improvisar en otras ocasiones. Dispone ya de la arquitectura, díriase, de la expresión oratoria y cuenta también con párrafos hechos e imágenes que puede utilizar con leves variaciones en diversos momentos y temas. Un famoso orador inglés, posterior a Hazlitt, decía que él tenía un método infalible para componer rápidamente un discurso: disponía varias «isletas» verbales con ideas ya formuladas por él mismo y se lanzaba a hablar, cuidando de tender puentes firmes entre las «isletas».

Mas, ¿a qué se debe la importancia oratoria de esa aparente improvisación? (No tomamos ahora en cuenta, por supuesto, la efectividad de una respuesta rápida en algún crucial debate y otros aspectos de la polémica parlamentaria.) Anatole France ha dado la mejor respuesta: *il faut que le travail de la pensée reste sensible au milieu de l'action oratoire*. Don Antonio Maura corrobora: «Lo que al orador ha de importarle es que los oyentes discurren en su compañía, acaso más justos y pegados a él cuanto más callados.» Ahí está quizá la función más importante de la capacidad improvisadora, la de realizar esa comunidad «de muchas almas que deliberan o sienten de consuno», como dice también Maura. Es más, podría decirse, siguiendo igualmente a don Antonio, que la conexión o «nexo espiritual» con su auditorio es el principal objetivo «formal» del orador: éste debe «atenerse [sobre todo] a las circunstancias del instante de pronunciar [su discurso]».

La relación del orador con su auditorio parlamentario exige también otra modalidad expresiva aparentemente contraria a la capacidad improvisadora, a la soltura de la improvisación. Hazlitt, en un artículo de 1820 sobre la elocuencia parlamentaria británica, estima que el orador que aspire a descollar en los debates y a «hacerse dueño» de la Cámara ha de poseer una muy considerable presencia de ánimo. Para Joseph Reinach,

parlamentario e historiador de la oratoria francesa, esa indispensable presencia de ánimo se revela en la corrección idiomática, en la propiedad lingüística: se ve entonces a *un esprit maître de lui, une intelligence sûre d'elle-même*. Quizá los ingleses no aceptarían esta «versión» de la presencia de ánimo (*presence of mind*) de Reinach, mas para nuestro propósito conviene retenerla puesto que en la oratoria parlamentaria española cuenta en el mismo grado que en la francesa. Por otra parte, ninguno de los preceptistas de la oratoria da a la propiedad lingüística un papel predominante. Se aconseja más bien atenuarla y hasta incurrir en frecuentes y calculadas incorrecciones sintácticas, aunque no de léxico. Briand llega a afirmar que todos los auditorios políticos exigen lo que él llamaba (y practicaba) *un sale langage incoherent*, «una elocución incoherente y descosida». Esto es evidentemente una exageración, y quizá en el caso mismo de Briand un comentario de autodefensa, dado que en sus discursos no abunda la corrección lingüística. En suma, podríamos resumir lo apuntado cediendo de nuevo la palabra a don Antonio Maura: «El toque estará en pensar y sentir, diciendo con elegante ingenuidad lo que se piensa o se siente.»

El escritor y el orador parlamentario

Un error común, merecedor de la pluma debeladora del padre Feijoo, es la noción de que todo buen escritor puede ser un buen orador (e inversamente). Acudamos, para mostrar la disimilitud entre estas dos actividades verbales, a Hazlitt y a don Antonio Maura, cuyas páginas sobre el tema contienen varias observaciones importantes. Hazlitt inicia su comparación señalando cómo escritores y oradores difieren considerablemente en su motivación inicial y en la finalidad de su tarea. El orador quiere ser escuchado, y adquiere el hábito de ser escuchado, mientras que el escritor no necesita un «eco» para modelar su voz. Por otra parte, el orador suele fijar su pensamiento de antemano, diríase, y el

escritor, en cambio, está en constante movimiento interno intelectual. De ahí, según Hazlitt, que el escritor-orador resulte confuso con frecuencia y casi siempre excesivamente complejo y matizado para sus oyentes. Para Hazlitt la diferencia fundamental está justamente en la actitud ante la palabra: el escritor vive pendiente de las palabras y al hablar titubea porque cada palabra es sumamente importante. Las palabras son para el escritor el medio de captar el correr cotidiano y silencioso de las cosas y la vida del escritor *is one long labour* (Hazlitt utiliza aquí la doble acepción de *labour* en inglés: *trabajo y parto*). El orador dispone, en cambio, de frases hechas, de un léxico relativamente limitado (si quiere ser comprendido por su público) y hasta puede decirse que tiene una actitud vital invariable. Este aspecto del orador —la necesidad de tener una «máscara» fija— tiene una importancia considerable en el caso de Azaña, como hemos de ver más adelante. Repasemos ahora las agudas apuntaciones de don Antonio Maura. Para él la relación entre el sujeto creador y el público es el primer elemento de contraste entre escritores y oradores. El orador tiene un público «fijo», un auditorio no escogido por él, mientras que el escritor «forma y designa su público». En cambio, el orador debe ceñirse a lo que son y representan sus oyentes, ha de «laborar sobre ellos de viva voz»: en verdad, señala Maura, el orador no puede ser él mismo, ni propiamente existe, antes de entrar en relación oral con sus oyentes («el orador no puede serlo sin asociarse con su auditorio»). Mas esta proximidad de tribuno y oyentes, esta concatenación «existencial» no significa que el orador —también según Hazlitt, pues el ensayista inglés hace una observación similar— pueda ser verdaderamente él mismo. Le está vedado, dice Maura, «engolfarse en las intimidades de su propio espíritu», privilegio muy naturalmente gozado por el escritor. De ahí que el orador evite «las perplejidades de la duda» y «las penumbras de la generación mental». Asimismo el orador ha de eliminar «las indecisiones de la voluntad» y todos los titubeos: «el orador asume la dirección del auditorio», añade Maura. En cuanto a la forma oratoria Maura aconseja

desechar todo intento de lima o pulimento de la expresión, trabajo por otra parte obligado en el escritor. Mas sí debe el orador ofrecer a sus oyentes una «diversidad de tonos y matices» que, según Maura, no conviene al escritor. Porque el orador debe atender sobre todo a la relación con su auditorio y ha de dar más importancia en su discurso a «las circunstancias del instante de pronunciarlo» que a sus aspectos «formales». Maura no se opone, por supuesto, a la que podríamos llamar «voluntad estética» del orador: sólo que recomienda no ejercerla deliberadamente. El orador debe frecuentar los clásicos de su idioma —un famoso orador forense francés decía imperativamente a sus discípulos: *Lisez les poètes!*—, mas no para imitarlos conscientemente. «A medida que el gusto literario se educa (decía Maura), mejoran las espontáneas enunciaciones, congénitas del pensar.» Y añade: «Cuando el orador se prepara atendiendo a las ideas se apercibe al buen decir sin marchitar la preciosa frescura de la alocución.» ¿No es ésta una acertada fórmula para la aleación de soltura y propiedad lingüísticas a que antes nos hemos referido?

La razón apasionada del orador

Para don Antonio Maura el conjunto de características del orador se condensa en la expresión platónica, «razón apasionada». No sabemos si el patricio balear eludió deliberadamente la mención de su antecesor español en la utilización, para el mismo fin, de la expresión de Platón: don Salustiano de Olózaga. Quizá al intenso conservador que era don Antonio se le hacía muy penoso el nombrar —y en la Academia!— a un probado y vilipendiado liberal. Pero en el más elemental repaso de los preceptistas españoles de la oratoria parlamentaria es forzoso acudir tanto a Olózaga como a Maura. El discurso de don Salustiano, *De la elocuencia*, leído en la sesión inaugural del curso de la Academia de Jurisprudencia de Madrid el 10 de diciembre de 1863, puede incluso, ser considerado como una de las fuentes del de Maura. Luego hemos de volver al texto de Olózaga, muy

importante para nuestros propósitos: cerremos aquí ahora este breve inciso bibliográfico, algo «insidioso» dirán los mauristas. La «razón apasionada» del orador, según Maura, se manifiesta en los que él considera finalmente atributos supremos de la elocuencia, forense o parlamentaria: la lógica y la claridad. La exposición lógica marca para don Antonio no sólo el obligado camino dialéctico del orador. Es también un fundamental elemento estético: «Da nervio y varonil belleza a la oratoria.» Pero un espíritu esencialmente lógico puede querer imponer una armazón algo rígida e inflexible a su argumentación: don Antonio aconseja, en cambio, una «razonable y flexible ordenación». El orador debe tener siempre presente que su objetivo inmediato es mantener la comunicación, el puente oral, con su auditorio: y la «sequedad» lógica puede ser un obstáculo, incluso para la compañera de la exposición lógica, la claridad. Don Antonio Maura añade, por lo tanto, a las dos normas mencionadas, la austeridad y la sencillez verbales. Maura insiste en que el orador no debe olvidar que su función no es de histrión, ni la oratoria «pasatiempo de acústica recreativa». La tarea del orador es sumamente grave puesto que aspira nada menos que a saber expresar «las ideas silenciosas que en cada espíritu brotan».

La oratoria parlamentaria española

El 14 de septiembre de 1931, o sea un mes antes de hacer en las Cortes Constituyentes su primer gran discurso, había afirmado Azaña que no estaba «en la tradición clásica de la oratoria española». Azaña aludía manifiestamente, al calificarla de «clásica», a la oratoria post-castelarina de largos períodos, abundantes imágenes y, sobre todo, prolijamente difusa. Mas Azaña sabía evidentemente que la oratoria parlamentaria española no había sido siempre exclusivamente «castelarina»: Azaña, al manifestar su discrepancia respecto a la que él llamaba «tradición clásica» de la oratoria española, quería implícitamente enlazar su personalidad oratoria con otra

tradición española. Cabe incluso mantener que, en este aspecto oratorio «formal», también aspiraba Azaña a recobrar algunas de las características de los doceañistas, de los primeros liberales españoles. Sería, además, muy inverosímil que Azaña no conociera el discurso, aludido antes, de Salustiano de Olózaga sobre la elocuencia parlamentaria española. El discurso de don Salustiano fue pronunciado, como ya indicamos, en 1863, justamente en la Academia madrileña de Jurisprudencia donde leyó Azaña su primera conferencia en 1902. El texto de Olózaga es una breve historia de la elocuencia parlamentaria española, que cotejaremos luego con la única historia reciente de la oratoria española, la de don Niceto Alcalá Zamora. Para Olózaga la oratoria política española empieza con los trastornos de la guerra de Independencia y sobre todo en el Cádiz de las Cortes (1810-1812). Los discursos de las Cortes de los siglos anteriores eran simplemente exposiciones del poder real o consideraciones sin ninguna finalidad política de los representantes: «¿Han existido, puede haber oradores donde no se respeten los derechos de los hombres, donde no impere la ley, donde no hay libertad?» Olózaga participa, pues, de la creencia, muy de su siglo, de que la libertad y la oratoria son sinónimos políticos.

Olózaga estima, además, que las características «formales» de la oratoria parlamentaria española —no sólo la ideología liberal— nacieron también con el siglo. Muestra cómo en España no había hombres preparados para las tareas parlamentarias, puesto que las Cortes habían estado secularmente «mudas» («las Cortes llegaron a ser mudas para que el pueblo consintiese en ser esclavo»). Había dos posibles modelos de oratoria parlamentaria para los diputados de las Constituyentes de Cádiz, el inglés y el francés: el segundo parecía, sin embargo, teatral y exagerado. La costumbre francesa de hablar desde la tribuna llevaba a los oradores a preparar sus discursos como si fueran actores teatrales. La visibilidad y prominencia de la tribuna hacía, según Olózaga, que los oradores dieran mucha importancia a los gestos, a la llamada «acción oratoria». En cambio

el hábito inglés de hablar desde los escaños imponía forzosamente una norma de medida en la palabra y el gesto. Mas los ingleses pecaban, según Olózaga, de excesiva sobriedad, y su oratoria venía a ser «fría, aristocrática y desabrida»: Don Salustiano menciona que él había visto en el Parlamento inglés a algún Primer Ministro hablar sin sacarse las manos de los bolsillos del pantalón. Las preferencias de los doceañistas y del mismo Olózaga iban, sin embargo, hacia la medida de los parlamentarios británicos. En esta orientación intervino muy decisivamente, según Olózaga, la estancia en Londres, a finales del siglo XVIII, de don Agustín Argüelles: «Quiso la suerte que alguno se hubiese formado en la escuela inglesa y ese es el origen de nuestra oratoria parlamentaria.» Pero a la modalidad inglesa añadieron los españoles «la antigua y proverbial gravedad española»: o sea que la sencillez británica adquirió solemnidad, sin llegar a la teatralidad altisonante francesa. Olózaga señala que en este «agravamiento» expresivo ha operado, atenuándolo, «nuestro temperamento meridional».

Añade Olózaga que también en esa fusión oratoria se revelaba el afán de los doceañistas por ser a la vez innovadores y tradicionalistas, «europeizantes» y españolistas: eran «perfectos y respetables caballeros» que habían escogido llamarse (y tratarse) como «ciudadanos». Rechazaron los apasionamientos oratorios porque «se lo vedaba la antigua gravedad española que ellos conservaron intacta a pesar de su amor a las grandes innovaciones». Y leídos a distancia los *Diarios de sesiones* de aquellas Cortes muestran, dice Olózaga, «la templanza en las discusiones, la sencillez en la forma, la parsimonia en el uso de la retórica y la llaneza en el estilo». Olózaga no observa explícitamente (quizá porque no lo podía percibir) que la oratoria de los hombres de Cádiz respondía a su formación literaria «neoclásica», a su herencia antibarroca; pero don Salustiano sabe dar la clave de la actitud expresiva de sus admirados doceañistas: «No fueron retóricos porque desdeñaron todo lo que pudiera parecer artificio.» Añade: «[les parecía] presunción y como ofensa a los demás el usar un

lenguaje más culto o más escogido que el que todos empleaban». Concluye marcando el contraste con las modalidades más bien grandilocuentes de algunos oradores españoles de épocas posteriores: en su origen la oratoria parlamentaria española fue «sencilla y natural». Olózaga observa, quizá no del todo acertadamente, que en casi todos los inicios de los regímenes constitucionales europeos y americanos han prevalecido normas de sobriedad en la oratoria parlamentaria. Se ha señalado que hay una relación directa entre la economía verbal de la oratoria parlamentaria inglesa y su efectividad: y que a su vez en la historia francesa la teatralidad oratoria es frecuentemente un signo de impotencia parlamentaria. ¿Podría decirse que la sencillez originaria a que se refería Olózaga era la manifestación de una efectividad parlamentaria?

Es comprensible que, el otro preceptista de la elocuencia parlamentaria española, don Niceto Alcalá-Zamora, no comparta la estimativa de Olózaga: para el primer Presidente de la Segunda República, la gran oratoria española se inicia con Donoso Cortés, alcanza su cumbre en Castelar y vuelve a adquirir notable altura en Vázquez de Mella. «El triunvirato excelso de la escuela oratoria típicamente española», así define Alcalá-Zamora a los tres políticos mencionados. Sus características oratorias son muy distintas a las señaladas por Olózaga. Para don Niceto el aludido triunvirato se caracteriza por «la amplitud del párrafo, la elevación de las ideas, la obsesión de la belleza en el adorno, el arsenal histórico de los argumentos y las imágenes». Sin duda Manuel Azaña tenía presente esta modalidad expresiva al referirse a la tradición «clásica» de la oratoria española. Es también la oratoria criticada por la generación del 98 en sus comienzos literarios. Mas para Alcalá-Zamora hay también una escuela «clásica» —empleado este término por él como opuesto, suponemos, al «romanticismo» o «barroquismo» de la línea Donoso-Castelar-Mella— representada por Martos, uno de los grandes oradores de las Cortes de 1869, y por su «discípulo» Canalejas. Las características de la «escuela clásica», según Alcalá-Zamora, son semejantes a las señaladas

por Olózaga como propias de los doceañistas: añadiendo a la sencillez y llaneza el rigor de una apretada argumentación forense. Otro orador, cuya singularidad destaca Alcalá-Zamora y que tiene también particular importancia en relación con Azaña, es Cánovas del Castillo. Para Alcalá-Zamora el estadista malagueño había prácticamente creado un nuevo género de oratoria en España: «la oratoria adecuada a la cabecera del banco azul, como se ha llamado en España al asiento parlamentario del Gobierno». Los presidentes de los Gobiernos españoles, en particular de los monárquicos en el siglo pasado, «habían sido rara vez oradores», pues muchos de ellos, «con lamentable frecuencia y monotonía», eran jefes militares, «aquejados de incapacidad parlamentaria». Cánovas era un gran improvisador parlamentario —en el sentido antes precisado de la «improvisación»—; pero en él intervenía con frecuencia la tendencia del escritor a acumular «ideas accesorias» (como decía su amigo Arcadio Roda), que solían entorpecer la marcha del discurso. Recordemos que Cánovas, escritor sumamente trabajador y cuidadoso, se esforzaba continuamente por pulir su prosa, pero no prestaba gran atención a las versiones de sus discursos parlamentarios. «En esta materia de discursos parlamentarios —decía Cánovas con mucha sorna— contentóme, largos años ha, con pronunciarlos, y sabe Dios cómo andarán de errores involuntarios cometidos por oyentes e impresores.» Mas quizá el aspecto parlamentario más similar de Cánovas y Azaña era su insistencia en la necesidad de mantener la expresión oratoria parlamentaria en un alto nivel, muy alejado de los lugares y modos usuales de las conversaciones políticas. Cuando, el 15 de febrero de 1876, el ultraconservador Alejandro Pidal ataca violentamente a Cánovas, éste se defiende aludiendo a cómo su crítico ha recogido sus observaciones «en los corrillos de los cafés y en las calles públicas» y ha querido «arrojar lodo al aire a ver si cae sobre alguien»: «¿Qué importa mi biografía? ¿Qué importa mi vida pasada?», dice Cánovas y acusa, a su vez, a Alejandro Pidal de romper la dignidad parlamentaria al hacerse eco «de todas las indignas murmuraciones, de

todos los rumores que fraguan los descontentos, de todo lo que por ahí se dice en voz baja». Hay aquí un tono que podríamos denominar «preazañista». Su misma concepción de la función de las Cortes acerca históricamente a estos dos egregios españoles y «oradores de banco azul».

LA VOCACIÓN ORATORIA DE MANUEL AZAÑA

Pocos oradores habrá habido en los Parlamentos europeos del siglo y medio 1789-1939 que hayan sabido combinar, con tanta maestría como Manuel Azaña, la soltura de la improvisación con la corrección lingüística más acendrada, la presencia de ánimo con la «elegante ingenuidad» de que hablaba Maura. Azaña era manifiestamente un orador «nato»: mas sólo en las Cortes Constituyentes realizó verdaderamente por vez primera su vocación. Ya hemos visto cómo se ha mantenido que el orador no suele ser buen orador parlamentario: y sin embargo Azaña fue el más destacado orador parlamentario de su tiempo (el mismo don Niceto Alcalá-Zamora decía que no recordaba a otro orador parlamentario comparable a Azaña). No debe deducirse, por supuesto, del éxito parlamentario del orador Azaña, que era un escritor secundario. Podría señalarse que es raro encontrar profundidad en la oratoria: ésta sería incluso la expresión de un «yo» más superficial, si cabe, que el de la conversación a que se refería Proust. ¿Cómo puede, pues, decirse que un hombre de indudable profundidad intelectual como Azaña realiza su vocación en la práctica de un arte expresivo marcadamente superficial? Recordaríamos, para responder a la objeción, que se ha dicho que los grandes oradores lo han sido por saber «entregar su persona» al auditorio. Se ha observado también que ciertos oradores profesionales disponen de una «máscara» que hace el papel de fiel trasunto de su «yo profundo». Y, sin duda, al ofrecer su persona al auditorio, la generalidad de los oradores presenta una máscara compuesta teatralmente para el consumo público. En otros oradores, más bien excepciones, esa entrega de la persona es un proceso creador de ella

misma, es un *entregarse para ser*. Don Salustiano de Olózaga aconsejaba a los oradores invertir la máxima moral tradicional —«seamos lo que queremos parecer»— y tomar como suya la siguiente: «pareced lo que sois». El orador Manuel Azaña parecía, efectivamente, ser lo que era: un español que aspiraba a ser plenamente él mismo y que para ello, para desplegar toda su potencialidad humana, necesitaba que los demás españoles también quisieran ser ellos mismos, también aspiraran a la realización de sus potencialidades individuales y colectivas.

La «persona» de Azaña era, también, una máscara o norma política propuesta a los demás españoles. Podría decirse que Azaña mostraba a los españoles su propio «yo» y les pedía que lo imitaran. Quizá esto pueda parecer una especie de «egotismo», soberbio e ingenuo a la vez. Pero, como ha observado Gerald Brenan, la identificación de nación y «yo» era en Azaña totalmente sincera y muy probablemente (añadimos nosotros) bastante acertada. El orador de los discursos de «campo abierto» de 1935 era visto por los demás españoles como la pauta del futuro, como la mejor imagen de la nueva España. Esta admiración y este respaldo se debían justamente a la entrega misma de Azaña, a su negarse a distinguir entre lo que se dice en privado y lo que se declara en público: Azaña, en suma, «parecía lo que era».

Recordemos que Azaña había hablado ante muy diversos auditorios españoles, pero no en el Parlamento. Se mostró, sin embargo, en 1931, como un consumadísimo parlamentario, muy superior a los numerosos y aguerridos que estaban en esas Cortes. Es manifiesto que Azaña se había preparado lentamente para esa ocasión (que hubiera podido acaecer en 1918 o en 1923), y hasta las características acústicas del salón de sesiones del Palacio de las Cortes eran para él un factor no desdeñable. En la anotación de su *Diario*, correspondiente al 16 de septiembre de 1931, escribía, relatando una de sus primeras intervenciones parlamentarias:

Cuando inmediatamente me levanté a contestar, ya estaba yo seguro de la situación... Hablé con el salón de bote en bote, y en medio de un silencio sepulcral. No había en la sala los molestísimos ecos que advertí en otras dos veces que he hablado brevísimamente. Y el oírme bien, así como la expectación general, me pusieron en mi terreno. Me encontré tan dueño de mí y del auditorio como en el Ateneo. Hablé muy poco tiempo, con el asentimiento de todos, y desde el primer momento hallé el tono parlamentario y el aplomo y la tranquilidad que habían faltado durante la sesión.

Señalemos que Azaña al pronunciar el breve discurso aludido despierta en su auditorio parlamentario un respeto quizá único en aquellas Cortes: y conviene aquí mencionar un aspecto del orador sobre el cual hay prácticamente absoluta unanimidad entre los teóricos y «expertos». Por ejemplo, entre los españoles, tanto don Salustiano de Olózaga como don Antonio Maura coinciden en citar la expresión casi proverbial de Catón el antiguo: *vir bonus, dicendi peritus*. Olózaga la comenta así: «Si el orador no es un hombre honrado carecería de autoridad su palabra y se desconfiaría de los motivos que le impulsaron a hablar.» En el caso de Azaña puede afirmarse que el respeto de sus compañeros parlamentarios estaba ante todo fundado en su espléndido trabajo como Ministro de la Guerra: Azaña era el único gobernante republicano que había mostrado tener los necesarios rasgos ejecutivos. Añadiríamos también que había en algunos parlamentarios obvio respeto por su consistencia y continuidad políticas, puesto que recordaban sus artículos de la revista *España* en la fase de su propia dirección personal. De ahí también que Azaña estuviera tan bien preparado para la oratoria parlamentaria: en muchos discursos se encuentran largos párrafos que son una versión oral de textos procedentes de sus artículos de *España* o de los diversos periódicos madrileños donde colaboró. Es probable también que algunos discursos fueran «variaciones» muy ampliadas de su discurso

de 1911 (aún inédito, por así decir): recordemos lo señalado por Hazlitt respecto a la necesidad oratoria de «saberse» un buen discurso. Pero sobre todo me parece que podría afirmarse que Azaña estuvo preparando muchos de sus discursos en sus largos paseos nocturnos madrileños. Sainte-Beuve hablando del famoso orador francés Berryer, que nunca tomaba notas ni escribía sus discursos, decía: *il marche ses discours avant de les parler*. Don Manuel, en las caminatas de sus «soledades de español», antes de 1930, «anduvo» seguramente muchos de sus discursos parlamentarios de 1931-1933.

La generación oratoria de 1914

En esas andariegas «cavilaciones solitarias» (a que se referían algunos amigos en 1931) Azaña iba ya por el camino potencial de su estilo oratorio: y en él operaban forzosamente las orientaciones expresivas de su propia generación española. Esta generación, la de Ortega y Gasset, es justamente una generación que podríamos llamar «oratoria», en contraste muy tajante con la anterior, con la de 1898, que era una generación fieramente opuesta a la oratoria parlamentaria. Las características de la generación de 1914 en este aspecto se pueden fijar recurriendo al ensayo de Ortega (1911), *Vejamen del orador*. Al comentar un escrito de un periodista sobre los oradores políticos españoles —dedicado a atacar «la exaltación del charlatanismo»— y tras aludir a la «clásica rencilla» helénica entre el filósofo y el orador, escribe Ortega:

Porque el orador es siempre quien acierta a percatarse de las circunstancias. Mas, ¿qué son las circunstancias? ¿Son estas cien personas, estos cincuenta minutos, esta menuda cuestión? Toda circunstancia está encajada en otra más amplia... Yo no simpatizo con el loco y el místico: alcanza todo mi entusiasmo el hombre que se hace cargo de las circunstancias con tal que no se olvide de

ninguna. Y hay oradores que saben ampliar lo circunstancial hasta confundirlo con lo humano...

Es obvio que Ortega define en el texto citado su propia aspiración intelectual, la de ser el orador con objetivos que trascienden la circunstancia inmediata: pero que sobre ella, como el orador, labora «de viva voz» (Maura). No olvidemos también que la generación de 1914 quería cambiar la forma de vida nacional e intentaba acercarse a grupos sociales muy diversos. Esa generación sabía que sólo había en España dos medios de expansión intelectual, el periódico y la conferencia o discurso: y a los dos dedicará una gran parte de su tiempo y energía. Además, la generación de 1914 reacciona contra sus «mayores» intelectuales, contra la generación de 1898 y su desdén por el sonido de las palabras. Unamuno decía que Ortega escribía para «halagar» el oído castellano: y no se puede negar la exactitud de la caracterización. Pero, Ortega por supuesto no se limitaba al cultivo de una superficial sonoridad estilística. Sentía que las palabras (como decía Valle-Inclán) llegan «con las ondas de sus músicas» allí donde quizá no pudieran tener acceso mediante sus escuetos significados. La actitud ante la palabra de la generación de 1914 es así abiertamente «retórica» comparada con la de los noventayochistas: es más, yo diría que hay un descubrimiento gozoso de la palabra en todos sus esplendores. Habría que considerar, para precisar más esa actitud ante la palabra, el posible efecto en la generación de 1914 de la gran «explosión» verbal representada por Rubén Darío y el modernismo literario. Sin olvidar tampoco el factor educativo que ya mencionamos en páginas anteriores: la generación de 1914 estudió en colegios (y en alguna universidad) de religiosos, sobre todo de jesuitas y agustinos. En esos colegios (como se puede ver en *El jardín de los frailes*) tiene una particular importancia, en la formación humanística, el estudio y ejercicio de la oratoria y la argumentación. Jesuitas y agustinos (en particular los segundos en la Facultad de Derecho de la universidad escurialense) preparaban a sus

alumnos para el foro y para el Parlamento. La retórica oratoria volvía a ser, como en el Renacimiento, una vía de acceso al poder para los jóvenes. Hay también un cierto «barroquismo» de origen jesuita en el siglo xx, visible en autores como Pérez de Ayala, Miró y Ortega. Mencionemos finalmente el hecho, también muy decisivo en esta generación, de su vocación universitaria, aunque, por supuesto, no toda aspiración a la docencia implica una «vocación oratoria». Mas los jóvenes maestros de la generación de 1914 querían elevar el nivel de la universidad dándole también importancia a los modos expresivos. En suma, Manuel Azaña será en éste, como en otros rasgos de su personalidad intelectual y política, a la vez un espejo y un realizador de los designios vitales de su propia generación española.

Oradores de palabra moderna

Al planear su futuro oratorio Azaña —no olvidemos que estuvo relativamente cerca de la victoria electoral en 1918 y 1923— tenía forzosamente que «partir» del más alto nivel parlamentario del principio del siglo xx. En su libro de 1916, *Parlamentarismo español (1904-1916)*, Azorín mantenía que sólo había tres oradores de nuevo estilo («oradores de palabra moderna») en las Cortes de la monarquía: Maura, Canalejas y Melquíades Álvarez. En los dos primeros se observaba una común característica, aun siendo oradores de muy diferentes modalidades expresivas: «[son] los dos hombres que tienen más confianza en sí mismos y, gracias a esta confianza, han llegado a ser dos de las figuras más salientes en el Parlamento». Melquíades Álvarez y Maura comparten, por otra parte, la capacidad para expresarse en tono variable («irónico o enérgico, desdeñoso o solícito»). Habría que añadir otro orador a la lista de Azorín: Francisco Cambó, el comerciante y estadista catalán. Quizá la primacía oratoria que le otorga su biógrafo y conterráneo José Pla (*Francesc Cambó*, 3 vols., Barcelona, 1930) sea un buen ejemplo de la

exageración que Cambó consideraba propia de los poetas de su nación y habla (que suelen extremar, según él, las exageraciones de los historiadores). Mas, sin duda, Cambó constituye, con los tres ya mencionados, el que podríamos llamar nivel de partida» de la oratoria parlamentaria de Azaña. No podemos, ahora, por supuesto, entrar en el análisis, ni siquiera somero, de los rasgos estilísticos de cada uno de los oradores mencionados: sólo esbozaremos sus características más acusadas, dejando de lado además la oratoria de Melquíades Álvarez por ser muy tenue su influjo en Azaña no obstante la relación ideológica entre ellos durante una década.

Apuntemos, en primer lugar, que hay una semejanza evidente en la orientación expresiva de los tres oradores (Maura, Canalejas, Cambó) mencionados: se consideraban, empleando palabras de Cambó aplicadas a los regionalistas catalanes, «hombres de gobierno, nacidos para gobernar» y aspiraban a realizar sus programas. Diríamos que en ellos predominaba el ánimo resolutivo, y si no pudiera parecer un poco excesivo podría afirmarse que tenían temperamento «decretal». Quizá Maura haya sido el mejor exponente de esta orientación expresiva: «En los Parlamentos los hombres políticos no deben hablar, sino cuando esté la voluntad pronta para ponerse al lado de la palabra.» De ahí que hubiera en ellos, particularmente en Maura y Cambó, un total desprecio por lo que se solía llamar «lirismo», o sea confusas o vagorosas disquisiciones sin aspiración (o posibilidad) de ser efectivamente transformadas en disposiciones legales. Para Maura (pero no para Cambó, por motivos políticos muy conocidos) el ejemplo máximo del «lirismo» era el venerable patricio republicano don Nicolás Salmerón, que podía dirigirse a las Cortes como si estuviera hablando a «los metafísicos de Albacete». Además, en esos tres oradores operaba una decidida voluntad de estilo oratorio «antimeridional», diríase que anticastelarino. Cambó, en particular, se destacaba por la que Pla llamaba *oratòria de coses*, oratoria llena de datos concretos y hechos significativos. También puede hacerse extensible a Maura y Canalejas un

rasgo de la actitud política general— y raíz esencial de su proyección oratoria— de Cambó: su fe en el porvenir hispánico y su creencia en la necesidad de difundir y arraigar ideas dinámicas en la España de su tiempo. En este rasgo común hay sin embargo en Canalejas un muy diferente matiz en cuanto a la amplitud de su aplicación. Maura y Cambó eran partidarios de la actividad de propaganda ideológica fuera del Parlamento, pero consideraban que en el salón de sesiones sobraban las largas exposiciones doctrinales, sobre todo las que no llevaran a ulterior formulación en decretos gubernamentales. Canalejas creía, en cambio, que el orador parlamentario estaba en una cátedra: «El hombre público es un pedagogo.» O dicho en otros términos, Canalejas estimaba que la acción oratoria debía ser continua y no se debía distinguir entre los discursos ante los ateneos y las Cortes. Quizá esta actitud de Canalejas haya sido recordada implícitamente por don Álvaro de Albornoz al señalar que la figura de Azaña tenía su antecedente oratorio en la de aquel Primer Ministro del Reino. Pero, sin negar la visible conexión de Azaña con Canalejas, volvamos a afirmar que en don Manuel, como en toda gran originalidad, se integran varias filiaciones.

El lirismo ejecutivo de Azaña

Los discursos de Azaña del período 1930-1934 pueden dividirse en dos conjuntos muy diferentes por su tono y grado de perdurabilidad: los parlamentarios de carácter polémico y los de exposición doctrinal pronunciados tanto en las Cortes como ante diversos auditorios populares. En un discurso del 28 de marzo de 1932, en Madrid, en la asamblea de su partido, Acción Republicana, marcó Azaña el contraste entre los dos géneros de discursos suyos:

...procuraré huir en lo que yo diga, del hábito polémico que necesariamente se nos impone a los parlamentarios. En el

parlamento hay que sostener las posiciones políticas, y el espíritu y la palabra adquieren un hábito de esgrima, específico en las Cortes, que no suele ser adecuado a esta clase de reuniones, donde venimos no a reñir batalla, sino a pronunciar palabras de expansión confortativa y de esperanza en el régimen y en la Patria.

Observemos que, no obstante lo apuntado por Azaña, algunos importantes discursos parlamentarios carecen del «hábito de esgrima» y deben situarse dentro de la oratoria «de expansión confortativa y de esperanza en el régimen y la Patria». Mas es patente que los discursos más perdurables pertenecen a la segunda categoría señalada por el propio Azaña: el orador se sentía, manifiestamente voz de una España aún «inédita» y se producía entonces esa «entrega de la persona» al auditorio a que nos hemos referido anteriormente. Diríamos que el ámbito emocional de esos auditorios afines hacía que surgiera en Azaña su «verdadero yo», su «yo» profundo. En el discurso del 14 de noviembre de 1932, en Valladolid, Azaña declaraba que el contacto con las «asambleas populares» le salvaba periódicamente del peligro que siempre acecha al político, en particular cuando desempeña funciones gubernamentales: «dejarse absorber por la tarea cotidiana y encontrarse en tal situación espiritual como si la historia se le acabase cada día en los menesteres triviales de la artesanía política». Al encontrarse ante un auditorio como el de Valladolid (republicanos y socialistas) se «reverdece el espíritu del gobernante». Azaña se siente apoyado por su auditorio y deja correr su palabra al ritmo de los pensamientos que la presencia de los asistentes «vaya sugiriéndome» (dice en ese mismo discurso): llegando así a «*engolfarse* en las intimidades de su propio espíritu» (empleando las expresiones de don Antonio Maura).

Mas ese adentramiento y su consiguiente exteriorización —recuérdese que don Antonio Maura los vedaba al orador— no son en la oratoria de Azaña una valla hermética entre él y sus oyentes. Porque su lirismo es la manifestación verbal de un «yo» que aspira a realizarse con el

concurso de los oyentes: de ahí que el orador Azaña actúe también el impulso del creador literario. Aunque, por supuesto, él sabía que (como había indicado Thiers) el orador político fallaba en cuanto se dejaba llevar exclusivamente por la intención artística. Los pasajes de mayor altura estética en la oratoria de Azaña —los que corresponden al «lirismo» en su acepción de efusión de la sensibilidad ante las bellezas de la creación natural o humana— surgen como espontáneamente en el discurso: pero no son desviaciones ni apartes estáticos. La expansión lírica de Azaña suele ser una de esas pausas intensificadoras de la fuerza de la argumentación a que se refiere Azorín al comentar a un preceptista inglés de la oratoria (que las denomina *pauses of force*). Azaña centra de pronto la atención del oyente en un «cuadro lírico», mas con el propósito de acentuar la urgencia de alcanzar las metas políticas por él apuntadas. Uno de los mejores ejemplos del lirismo ejecutivo de Azaña se encuentra en el ya citado discurso del 14 de noviembre de 1932. Tras de declarar a sus oyentes que él tiene «el defecto terrible de ser sumamente curioso», relata cómo ha recorrido toda la tierra castellana en el espacio y en el tiempo («a solas en mi cuarto de trabajo»). Y luego de dar una definición de Castilla («un alma patética refrenada por el decoro») hace la siguiente descripción rememorativa:

Y hace unos meses, pasando yo por los caminos de la provincia de Valladolid una tarde de invierno, vi los surcos infinitos de vuestros campos rizados por la nieve y un horizonte cortado por la bruma y la silueta de un enorme castillo, ya desmoronado, en el horizonte, y unos pobres gañanes que montados a mujeriegas en las mulas, amparándose en el viejo sayal de las mantas, iban a todo el paso vivo de sus cabalgaduras a refugiarse no sé dónde contra el frío y la nevada... Me quedé mirando y me pregunté: Estas gentes, estos gañanes, estos pobres labradores, ¿adónde van?... Y entonces dije para mí: «Esta es la tierra eterna, la raza perdurable, que clama por la resurrección de España».

El lirismo de Azaña en este bello cuadro de invierno es sencillamente la expresión adecuada a la intensidad de su sentimiento de español patriota y de hombre afanoso de justicia social. Hay ahí «cosas» concretas y se está muy lejos evidentemente del «lirismo» salmeroniano para «metafísicos de Albacete». Obsérvese, por otra parte, cómo por su trasfondo literario este «paisaje» pertenece a la generación de 1914, el otro «nivel de partida» oratorio de Manuel Azaña. Aunque conviene señalar que hay también una notoria «discrepancia» respecto a la «retórica general» de su generación. Podría incluso decirse que Azaña fue tan excelso orador porque «se olvidaba» de la aludida retórica generacional: basta cotejar uno de los discursos parlamentarios de Ortega con cualquiera de los de Azaña para percibir de inmediato que en el filósofo madrileño actuaba constantemente la intención artística (con obvio olvido del hilo político de su discurso). Se nota la muy cuidada preparación de las frases y apenas hay «improvisación»: aunque no podemos, por supuesto, reprochar a un supremo artista de la palabra castellana que no pudiera salirse de sus usuales «casillas» oratorias y literarias. El «cuadro de invierno» antes citado tiene indudablemente una raíz noventayochista y otra orteguiana: mas en Azaña el melancólico y grandioso paisaje de Castilla se transformaba en alzaprima política. Una sensibilidad entre azoriniana y orteguiana fundida con el ánimo resolutivo de Maura, con la «pedagogía» de Canalejas y con la oratoria de «cosas» de Cambó: ¿sería esa la fórmula de la originalidad oratoria de Azaña?

Teoría del Parlamento

Louis-Marie Cormenin decía, en su *Livre des orateurs*, que la elocuencia parlamentaria estaba determinada por cuatro factores: el carácter nacional, *le génie de la langue*, las necesidades políticas y sociales de la época y la «fisionomía» del auditorio. Hemos visto cómo la oratoria de Azaña se apoyaba en «niveles de partida» de su lengua y cultura nacional: conviene ahora exponer cómo esa nueva oratoria reclamaba

implícitamente la existencia de un nuevo tipo de auditorio parlamentario español —lo cual equivalía, a su vez, a la emergencia de nuevas fuerzas políticas— y de un nuevo «modo» parlamentario. La primera condición fue realizada en las Cortes de 1931: y Azaña querrá hacer prevalecer en esas Cortes su teoría del Parlamento. Recordemos que, aunque harto hablaran de «revolución», los primeros dirigentes de la Segunda República aspiraban, ostensiblemente, a reanudar la historia parlamentaria de España: es más, podría decirse que no querían limitarse a recoger el hilo constitucional —quebrado en 1923 por la colusión de ejército y monarca—, sino que esperaba instaurar, por vez primera en la historia del país, un régimen genuina y totalmente representativo. Y, sin duda, las Cortes Constituyentes fueron a la vez enlace con las últimas ordinarias (baste recordar la presencia, en los escaños de 1931, del conde de Romanones, símbolo acabado del Congreso postcanovista de la monarquía) e innovador reflejo parlamentario de la pluralidad social y regional de España: las numerosas nuevas caras socialistas, ciertas destacadas cabezas universitarias, algunos eclesiásticos y los diputados de las tres regiones bilingües (la catalana, la gallega y la vascuence) atestiguaban implícitamente cómo aquellas Cortes eran —en contraste con las parcialmente «amañadas» de la monarquía— una fiel transposición de la realidad nacional.

Tengamos presente, por otra parte, que hacia 1931 estaba muy de moda entre muchos intelectuales europeos el despremiar las formas y el espíritu del régimen parlamentario. Hoy, gracias a la experiencia de las últimas tres décadas, sabemos que, como decía Churchill, «el régimen parlamentario es el peor de los imaginables y el menos malo de los existentes». En el siglo XIX muchos hombres serios se habían planteado el problema del parlamentarismo y sus posibles (a veces visibles) excesos. Por ejemplo, nuestro gran don Benito Pérez Galdós escribía en 1886 las siguientes palabras:

De grandes vicios adolece nuestro parlamentarismo, no siendo el menor la desmedida amplitud que se da a los debates; pero, a pesar de todo, es conveniente que se hable, aunque se hable con exceso, porque el silencio empeora siempre todos los asuntos.

Citemos también la siguiente observación de don Francisco Giner de los Ríos: «Quizá la obra menos estéril de nuestro Parlamento sea esa misma función oratoria de que tanto maldecimos» (*Pedagogía universitaria*). Por otra parte, Azaña estimaba (con harta razón) que apenas había habido gobiernos propiamente parlamentarios en la España del siglo XIX: «la autoridad militar era la única fuerza existente» frente a los «débiles gobiernos parlamentarios del siglo pasado». La Segunda República ofrecía, pues, en 1931, un hecho prácticamente nuevo en la historia hispánica: «un gobierno que gobierna con el Parlamento». Se trataba además de un Parlamento elegido mediante una consulta verdaderamente libre y «universal» a la nación española. El Parlamento, para ser él mismo, diríamos, había de ser la emanación directa del país. Esto, según Azaña, no había sucedido en España hasta 1931. La importancia y efectividad del poder parlamentario no equivalía, sin embargo (según Azaña), a la supremacía absoluta de las Cortes: admitirlo o fomentarlo sería (dice Azaña), a la vez, una tesis jacobina y una tesis ultrarreaccionaria. En el Parlamento debe gobernar la mayoría, pero en la España de 1931-1933 esa mayoría no correspondía a un solo partido. La Segunda República había de ser un régimen parlamentario, o sea un régimen nada «geométrico», que tuviera instrumentos adecuados para la transacción y el acuerdo entre grupos muy distintos u opuestos. Todo esto no es original, evidentemente: Azaña quería simplemente recalcar que la genuina vida parlamentaria española apenas si empezaba en 1931.

La teoría más original de Azaña, en cuanto a la función del Parlamento, podríamos resumirla diciendo que él hacía de las Cortes la institución de la *transparencia política*. Azaña sabía que en todos los Parlamentos hay varios ámbitos políticos que corresponden a diferentes «espacios» del edificio: el salón de sesiones, los pasillos y el conjunto de pequeñas salas de trabajo para los comités. El Parlamento de Azaña se limitaría a tener sólo dos ámbitos, el primero y el tercero, suprimiendo los pasillos (si arquitectónicamente y humanamente pudiera hacerse). Azaña

odia literalmente los pasillos —«los infectos pasillos parlamentarios»— porque cree que las maniobras realizadas en ellos falsifican o destruyen el «juego limpio» de las contiendas visibles en el salón de sesiones. Los pasillos pertenecen a ese dominio político que trasciende el edificio de las Cortes, y en él se acogen los también odiosos «comités» de los partidos. Todo lo que sucede en pasillos y comités es para Azaña una continuación de la política de la monarquía. Recordemos un dato ya mencionado que tiene una particular importancia en el caso de Azaña: diría que «comité» y «romanonismo» son sinónimos para Azaña (y por supuesto el lerrouxismo era un «romanonismo de izquierdas» o un «romanonismo a la izquierda del puro romanonismo»). Azaña conocía la política local de Alcalá de Henares y sabía cómo los comités organizaban victorias o derrotas electorales. Se había de cambiar el carácter mismo de la política española, y se debían llevar todos los asuntos al salón de sesiones. Quizá en esta actitud era Azaña, en cierta medida, un «seguidor» de don Antonio Maura, en cuanto partidario de un Parlamento «con luz y taquígrafos»: podría incluso mantenerse que el contraste, entre maurismo y romanonismo, correspondía a la «luz» de las cámaras y a la «sombra» de los pasillos del Congreso.

Azaña se siente identificado, dirá en el muy revelador discurso de agosto de 1934 en Barcelona, con una «política clara, razonable, justificable, responsable, en medio de la plaza pública, lejana de todas las combinaciones turbias de la política tradicional española». No podemos, ni debemos, entrar aquí en la consideración de este problema, muy importante en la actitud política de Azaña —su desprecio por todo lo que pasillos y comités representaban—, pero sí quisiéramos dejar anotado que es patente que Azaña no pudo comprender la necesidad de una serie de elementos permanentes en la mecánica de un régimen parlamentario. No frecuentar los pasillos puede ser el privilegio de un jefe político; pero pudiera también ser un error considerable si sus correligionarios o subordinados los evitan también. Tampoco podemos entrar a examinar

cómo el romanonismo y el lerrouxismo eran modos muy siglo XX de articular políticamente a ciertos estratos sociales urbanos. En cierta medida el desdén de Azaña por esos (obligados) instrumentos de organización política era una expresión de la actitud general de la generación española de 1914, y de su oposición a la «política vieja». En su concepto de la política y del Parlamento también Azaña era, en verdad, la voz más representativa de su generación. Podemos incluso mantener que Azaña mostraba su relativa falta de experiencia política al concebir que fuera posible en el salón de sesiones «decir las cosas tales como son y afrontar con nuestra responsabilidad inmediata y personal nuestras propias afirmaciones», porque es manifiesto que los debates parlamentarios pueden ser (como el muy triste de octubre de 1933 entre Lerroux y Azaña) armas muy serias de destrucción. Azaña sentía (como Cánovas) que en el Parlamento, en la sesión de las Cortes, no se puede admitir «la pasión alharaquenta y vocinglera». Mas, ¿es posible conseguirlo sin el trabajo de «pequeña política» de los pasillos y comités? Se ha dicho que el éxito político de Jaurès o de Briand (tan admirados por Azaña) se debía a que, no obstante su altura de miras políticas, habían aprendido a saber «manejar» a los múltiples y poderosos pequeños caciques parlamentarios (urbanos y regionales) que constituyen la «materia» de lo que los franceses llaman *la petite politique*. Mas Azaña no podía ser oportunista (como lo fueron Jaurès o Briand), y en la que podríamos llamar su «perspectiva parlamentaria» no podían entrar las componendas ni los amiguismos dúctiles. Olózaga decía que en la oratoria, como en cualquier otra rama de la creación artística o literaria, «no se llega a lo sublime, sino por medios que parecen muy pequeños y que suelen ser algo penosos». Diríamos que Azaña no podía ceder en su intento de hacer que el Parlamento español estuviera a la altura de su función nacional: para Azaña, el Parlamento y su persona misma eran parte de un mismo proceso histórico.

LOS DESIGNIOS ESPAÑOLES DE MANUEL AZAÑA

Manuel Azaña era probablemente, en 1931, el único ministro del nuevo Gobierno republicano que tenía un conjunto articulado de ideas precisas sobre las finalidades del nuevo régimen. No eran, además, ideas «inéditas»; ante los lectores de *España* (1923-1924), muchos ateneístas y otros oyentes de sus conferencias (1911, 1917, 1918, 1930), Azaña había expuesto su teoría de una nueva España. Algunos de sus amigos se referían, en 1931, a los años de sus «cavilaciones solitarias» y ya hemos indicado que Azaña había «andado» sus futuros discursos en sus «soledades de español», como él decía, durante largos años centrados en un proyecto de renovación de España. No era, tampoco, un proyecto completamente nuevo y «suyo»: como en la oratoria la originalidad de Azaña recogía también en este aspecto un legado tradicional y se sustentaba en la actitud de su propia generación ante el llamado «problema de España». La singularidad de Azaña, en cuanto a sus designios españoles, radica tanto en la constancia y firmeza de su adhesión a ellos —muy ligadas, esa constancia y esa firmeza, a su «yo profundo», a sus propios designios personales— como en el simple hecho de haber sido el único político español que intentó realizarlos. Veamos ahora en qué consistían— y señalemos, de paso, que con el imperfecto en este caso no les quitamos vigencia ni descartamos su realización futura— los designios españoles de Manuel Azaña.

El principal, y meta final de los demás, podría formularse así: España no ha llegado aún a ser ella misma, a realizar las potencialidades en ella contenidas. Los españoles, decía Azaña en su discurso de Valladolid, el 14 de noviembre de 1932, tienen la obligación de ser ellos

mismos. La República se proponía, decía en Madrid el 28 de marzo de 1932, «deshacer todos los lazos que oprimían la personalidad española». Esta es su «noble y gran ambición», la que condensándola en una expresión muy suya llamaba «esta gran labor de refacción de España».

Azaña y la tradición krausista

El origen de este designio de Azaña se encuentra en el pensamiento de Sanz del Río, el innovador intelectual más importante de la España liberal del siglo XIX. Sanz del Río, utilizando ideas de Krause y del romanticismo filosófico germánico, había resuelto el dilema paralizador de los liberales españoles «descendientes» del siglo de las luces —cómo ser a la vez «ciudadano del mundo» y patriota— mostrando que «la cultura, las costumbres y la historia de su pueblo son preciosas a los ojos [del buen ciudadano] como parte no indiferente de la cultura, las costumbres y la historia de toda la humanidad». Hacer que España cobrara conciencia de muchas de sus «peculiaridades» era enriquecerla y contribuir a realizar la diversidad potencial de la vida humana. Las características regionales dejaban de ser un peso diferenciador y se tornaban también en elementos constitutivos del ser nacional. Sanz del Río no llegó a hablar, como Unamuno, de la «españolización de España», pero la idea tras este lema era evidentemente de filiación krausista. Recordemos que Azaña estudió con Giner de los Ríos, a quien consideraba como uno de sus primeros orientadores intelectuales y políticos. Justamente uno de los mejores párrafos oratorios de Azaña, de su discurso del 14 de febrero de 1933 en el Frontón Central de Madrid, enlazó pública y explícitamente su aspiración a la «resurrección de España» con las enseñanzas y el ejemplo de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza:

... y entonces yo también hacía el viejo camino del Arcipreste [de Hita], y veía la tristeza de los ladrillos de mi país derrumbados por la

incuria de los siglos, y desde la tristeza toledana subíamos a la sierra con los maestros que nos enseñaron a amar la naturaleza española, y en aquella inmensa soledad... nos sentíamos unidos a toda la historia de España... Y, entonces, muchos de nosotros, contemporáneos míos, nos hicimos, quizá en el ánimo, aquel juramento inquebrantable de que nuestro país no salga de nuestras manos sino mejorado y después de recobrar las rutas históricas que nunca debió abandonar.

Señalemos que la referencia de Azaña a la común actitud de sus coetáneos («muchos de nosotros, contemporáneos míos») es particularmente significativa en este caso puesto que su designio españolizador revela también la aspiración de la generación de 1914. La «vertebración» de España reclamada por Ortega —la «potencia de nacionalización» a que se refiere en *España invertebrada*— estaba en la «línea» de Sanz del Río y de Unamuno, soslayando ahora, por supuesto, las muy considerables disimilitudes intelectuales de estos tres españoles. Del mismo modo que, al situar en la historia intelectual española el afán de «refacción de España», característico de Azaña, no queremos reducirlo a una repetición mimética de la ideología krausista. El gran designio español había de desglosarse en otros menores, pero aplicables a las concretas realidades políticas del país— y en ese desglose del designio aludido en sus componentes mediatos está justamente la originalidad de Manuel Azaña en cuanto político y gobernante de España.

Cuatro designios concretos apuntaban a facilitar la emergencia de las que podríamos llamar «Españas subyacentes»: la periférica, la obrera y campesina, la burguesa, la estatal y la escolar. Las reformas propuestas o realizadas por Azaña querían ser, sobre todo, vías de expansión de todas las Españas potenciales.

Las Españas potenciales

De tres de esas Españas potenciales —la periférica (sobre todo Cataluña), la obrera y la campesina— no es menester subrayar su condición «subyacente» antes de la Segunda República. Quizá resulten, en cambio, algo enigmáticas dos de las tres restantes: la burguesa y la estatal. La escolar, al corresponder a los años de infancia del español, está más obviamente dentro de la simple potencialidad. Y aunque la exposición de los designios españoles de Azaña debería hacerse muy detalladamente siguiendo el hilo cronológico y temático de sus discursos —y un breve esbozo de ese modo expositivo se intentará más adelante aquí—, adelantemos ya que, para él, la Segunda República ofrecía a la burguesía española la oportunidad de ser fiel por vez primera a sí misma, y ofrecía también al cuerpo estatal la posibilidad de elevarse a la altura de su función. Azaña creía que la burguesía española no se había atrevido, en el siglo anterior, a ser suficientemente «radical». O puesto en términos históricos de nuestros días, la burguesía española no había sabido tener conciencia burguesa, y había sido finalmente dominada por sus antiguos opresores (el triunvirato de Corte, Iglesia y Milicia). Con el advenimiento de la Segunda República la burguesía podía recuperar su papel histórico y hacerse oír con su voz explícitamente burguesa en el nuevo «concierto» nacional. El aburguesarse de la burguesía tendría también, para Azaña, consecuencias decisivas para el fortalecimiento del Estado español puesto que, en el siglo XIX, había sido «una bambalina pura» (discurso en las Cortes, 2 de junio de 1932). Azaña, como castellano, aun perteneciendo a una familia con propiedades agrícolas y alguna actividad industrial, veía en la burguesía española el vivero principal del personal estatal: «Nosotros los castellanos lo vemos todo en el Estado, y donde se nos acaba el Estado se nos acaba todo» (Cortes, 27 de mayo de 1932). La infidelidad de la burguesía respecto a sí misma en el siglo XIX había determinado forzosamente que el Estado fuera un cuerpo débil: y gracias «a la

República puede haber un Estado en España» (Valladolid, 14 de noviembre de 1932). Algún adversario político de Azaña se ha referido despectivamente a su «estatolatría» —y quizá haya una reiteración excesiva en sus discursos de las alusiones «estatales»: indiquemos, muy de paso, que en este aspecto hay también una conexión muy clara de Azaña con el pensamiento krausista español—, mas, al aspirar al fortalecimiento del cuerpo estatal, Azaña no quería establecer un inmenso y abstracto organismo burocrático. Para Azaña el Estado era, en primer lugar, como para Ortega y la generación de 1914, un punto de vista coordinador y director. En segundo lugar (no olvidemos su condición de alto funcionario de un cuerpo de gran prestigio técnico) el Estado era un conjunto de hombres que «saben hacer las cosas». Las reformas realizadas por Azaña en el Ejército son una clara ilustración de su designio estatal: se trataba de dar eficacia técnica al vetusto aparato militar español. En suma, Azaña estimaba que la «refacción de España» exigía muchas capacidades técnicas y éstas las proporcionaría el cuerpo estatal. También al Estado correspondía la vitalización de la España escolar: porque para Azaña la República había de ofrecer a todos los escolares españoles la vía de su realización individual sin presiones ni obstáculos de ninguna clase.

Que un burgués castellano tuviera los tres designios apuntados no sería marcadamente sorprendente: en las Cortes Constituyentes de 1931-1933 había seguramente bastantes burgueses castellanos que habrían hecho suyos (o hicieron) los designios de Azaña. Mas, que un español *burgués y castellano* expusiera —y luchara por su realización— los otros designios (la autonomía de las regiones bilingües, el mejoramiento social y económico de la clase obrera, la reforma de la propiedad rústica y la ayuda al trabajador campesino), era difícilmente comprensible para muchos de sus compatriotas. Ahí está, por supuesto, la singularidad histórica (y añadamos: la nobleza ética) de Manuel Azaña. No, por otra parte, que él se considerara como un burgués que no se atrevía a ser socialista o un castellano que estimara embarazosa la situación de Cataluña. Azaña no

era socialista, ni tenía afinidad alguna con el pensamiento marxista, ni siquiera en las versiones atenuadísimas del llamado «socialismo humanista». Su colaboración con los socialistas —que no puede verse como un hecho político aislado— respondía simplemente en él al afán por realizar su gran designio español: que la pluralidad humana de España estuviera fielmente representada en los órganos del poder político, y que fuera la savia viva de una España nuevamente y activamente presente en la cultura universal. Azaña era sencillamente un hombre intensamente español —«Nadie tiene en las venas un españolismo tan profundo, tan puro y ardiente como yo», decía el 17 de julio de 1931— que se esforzaba por hacer que todas las voces de los hombres de su patria fueran oídas y que todas las energías fueran utilizadas. Luis Araquistáin, en un resonante artículo, «La utopía de Azaña», publicado en *Leviatán*, en septiembre de 1934, decía:

Ese fue el noble error de Azaña, su bella utopía republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clases, y transformar una nación en que la idea de comunidad en las mejores tradiciones, como en el presente y en la proyección sobre un mismo destino, superase en todos los pechos la lucha de clases y el instinto de guerra social... Una República así, un Estado así, liberal y democrático, jurídico y legalista, tenía que fracasar... Yo espero que... [pronto] esté ya... Azaña... curado radicalmente de aquella hermosa República utópica que describe con tan vivos colores, con tanto amor y con tantas gracias del lenguaje en sus piezas oratorias, muchas de las cuales pasarán a las antologías literarias.

No vamos nosotros ahora a debatir la magna cuestión histórica implícita en el comentario de Araquistáin a dos volúmenes de los discursos de Azaña (*En el poder y en la oposición*, 1934). Aunque cabría

preguntarse: ¿eran, en verdad, tan utópicos los designios españoles de Azaña? La Segunda República y la vida de Azaña acabaron en dolor y muerte en una terrible hora de Europa. ¿Mas no dejó acaso Azaña en sus designios el legado más utilizable de la historia política española moderna? Tengamos en cuenta el consejo historiográfico de Machado: el ayer depende siempre de un mañana. Pero ahora volvemos otra vez la atención hacia el pretérito y vamos a considerar los designios españoles de Azaña expuestos en sus discursos y a ver cómo, a cada fase de la Segunda República, corresponde en él una relación pública diferente con lo que Araquistáin llamaba «la utopía de Azaña».

Cinco fases de una República

La década 1930-1940 de la historia española, última jornada de la trayectoria biográfica de Azaña, puede dividirse en cinco fases que son los cinco actos de la enorme tragedia final de la generación de 1914 y de la Segunda República. El primero empieza el 11 de febrero de 1930, con el banquete de la Alianza Republicana a que hemos hecho varias referencias, y concluye el 14 de abril de 1931: es la fase proyectiva de los republicanos españoles, ya cercanos al triunfo. El segundo, del 14 de abril de 1931 al 12 de septiembre de 1933, fecha inicial del primer Gobierno presidido por Alejandro Lerroux: comprende las Cortes Constituyentes (julio 1931-octubre 1933) y el llamado «bienio de Azaña» (octubre 1931-septiembre 1933). Es la fase ejecutiva de Azaña (está continuamente en el Gobierno desde el 14 de abril de 1931), cuando expone e intenta realizar sus designios españoles. Son los años, en la historia parlamentaria de Azaña, de su gran oratoria «de banco azul»: los discursos gubernamentales suyos de 1936 pertenecen a otro mundo histórico y no tienen el mismo tono de los del primer bienio republicano. La tercera fase empieza el 12 de octubre de 1933 y termina el 4 de octubre de 1934, al constituirse un nuevo Gobierno bajo la jefatura de Lerroux e iniciarse la rebelión asturiana y

catalana. Ese año fue quizá la encrucijada decisiva de la Segunda República; puede decirse que el curso irrevocable de los acontecimientos del lustro 1934-1939 tuvo su origen en la victoria, dentro del Partido Socialista Obrero Español, de los «duros» (Largo Caballero y sus consejeros) sobre los «moderados» (grupos afines a Prieto). Manuel Azaña se esfuerza, desde el principio de 1934 hasta el mismo octubre trágico, en persuadir a los partidarios de la violencia revolucionaria de que se encaminan (y encaminan a la República con ellos) hacia un predecible desastre político.

Por supuesto, Azaña señala cómo los Gobiernos, que se suceden en esos doce meses, son la negación misma de sus designios españoles. Es la fase a la vez agorera y redefinidora de sus designios. El cuarto acto de la tragedia española contemporánea empieza el 4 de octubre de 1934 y concluye el 17 de julio de 1936 con el alzamiento militar que inicia la guerra civil de 1936-1939: las crueles operaciones de sofoco de la rebelión minera de Asturias y el encarcelamiento ilegal de Manuel Azaña marcaron una honda divisoria entre los partidos republicanos y causaron (junto con el episodio del llamado «estraperlo» en el verano de 1935) el declive de los radicales. Manuel Azaña tomó la iniciativa en su propia defensa con su libro de 1935 *Mi rebelión en Barcelona* —que fue leído por millares de españoles— y poco después comenzó la campaña de sus discursos «en campo abierto» ante inmensas multitudes: puede así decirse que en 1935 ha iniciado su reascenso hacia el poder gubernamental y que ocupa, entonces, con su nuevo partido (Izquierda Republicana) el vacío «central» que han dejado las desprestigiadas fuerzas de Alejandro Lerroux. Mas Azaña teme, al acercarse las elecciones de febrero de 1936, que una considerable victoria de la nueva «conjunción» de las izquierdas contribuya a acentuar las fracturas de la convivencia española, y manifiesta entonces a un amigo que sólo desea una victoria «lúcida», pero de escaso margen mayoritario. El triunfo del Frente Popular confirma los temores de su propio jefe, y de febrero a julio de 1936, izquierdas y

derechas se encaminan ciegamente hacia la guerra civil. Esa fase cuarta, octubre 1934-julio 1936, representa en la trayectoria de Azaña simultáneamente un esfuerzo recuperador y amplificador de sus designios españoles y una creciente certeza de que la terrible división de su nación los relegará al dominio de las ensoñaciones políticas. Los discursos de Azaña en 1935, en la campaña preelectoral aludida, y los pronunciados por él nuevamente en el banco azul, en las Cortes de 1936, no tienen el vigor de 1931-1933, aunque conserven todavía la fe en la acción de la palabra, de las «razones». Tras julio de 1936 Azaña considera «amortizados» sus designios españoles y su personalidad política. Sus discursos de la guerra no son ya propiamente «acción oratoria». El presidente ha pasado a ser el gran testigo que se reserva la función política más desgarradora: la de preparar el testamento colectivo de una generación histórica para legar así, a sus compatriotas por venir, el fruto sombrío de las terribles luchas fratricidas.

Consideremos ahora los seis discursos principales del período 1931-1934: 13 de octubre de 1931 y 27 de mayo de 1932 en las Cortes Constituyentes, 14 de febrero de 1933 en el Frontón Central de Madrid, 16 de octubre de 1933 en la asamblea de Acción Republicana, 11 de febrero de 1934 en un teatro madrileño y el de 30 de agosto de 1934 en Barcelona.

El concepto moderno de la vida española

El discurso de Azaña el 13 de octubre en las Cortes Constituyentes es probablemente el mejor de los discursos parlamentarios suyos: fue también el más resonante y de mayores efectos políticos de toda la historia republicana prebélica. Debemos descontar, por supuesto, la versión usual del acontecimiento, según la cual Azaña «se ganó» la Presidencia del Gobierno republicano con este discurso. En diversas ocasiones, durante el verano de 1931, varios ministros y otros políticos republicanos manifestaron a Azaña que ansiaban su paso a la jefatura del Gabinete. El

pasaje que ya citamos, procedente de las *Memorias*, referente a este discurso, alude al silencio y a la expectación de la Cámara al disponerse Azaña a intervenir en el debate en torno del artículo 24 (finalmente 26) del proyecto constitucional. No podemos hoy atribuir esa actitud colectiva sólo al respeto indudable que merecía la figura del diestro gobernante que había mostrado ser el ministro de la Guerra. Numerosos diputados sabrían, puede suponerse que con harta verosimilitud, que se iba a producir ante ellos una prueba oratoria y política concluyente para el futuro de un hombre. Azaña (como ya se indicó, citando sus propias palabras) había hablado brevemente sólo dos veces en las Cortes y eran conocidas sus capacidades oratorias ante variados auditorios. Mas no había tenido aún ocasión de mostrar la destreza dialéctica y la soltura verbal requeridas por los modos oratorios parlamentarios. Por otra parte, Azaña había expuesto concisa, pero explícitamente, su posición respecto al llamado «problema religioso», o sea el de la relación entre las instituciones estatales y las eclesiásticas, en la parte final de su discurso del 17 de julio en la reunión en honor de los candidatos de Acción Republicana en las elecciones recién celebradas:

El problema religioso es un problema íntimo de la conciencia; pero no un problema político, y nosotros hablamos aquí como políticos y legisladores, pero no como creyentes... El que suele llamarse problema religioso se reduce a un problema de Gobierno... Y nosotros, a mi entender, eso lo tenemos resuelto; lo tenemos dicho cincuenta veces. No hay más que una manera de resolverlo... [Se trata de aplicar] aquellos principios de civilidad, de laicismo y de independencia del poder público, que son los postulados de toda nación bien gobernada.

Como él mismo declaraba, en el texto que acabamos de citar, su posición ante la cuestión debatida no ofrecía ninguna particular novedad

política. El auditorio parlamentario vio, sin embargo, que Azaña mostraba poseer ese atributo del gobernante que, según Churchill, distingue a los más notables de la historia moderna: el saber mirar hacia atrás para poder proyectar hacia el futuro. Azaña, en el discurso del 13 de octubre, dio sin tono profesoral una admirable y precisa lección de historia intelectual española, evitando también caer en los patetismos o las truculencias de algunos de los oradores que le antecedieron. La argumentación, fundada en el claro panorama histórico, era rigurosa y serenamente persuasiva: se ha de legislar para las realidades vitales de un país —y obsérvese cómo Azaña, en casi todos sus discursos, se opone al enfoque constitucional «abstracto»— y entre éstas se encuentra la de la condición espiritual de los españoles desde el siglo XVIII. Condición refleja de (o paralela a) la europea transpirenaica: «el pensamiento de Europa ha dejado de ser católico». Afirmación manifiestamente irrefutable en los términos, muy ceñidos a un trasfondo histórico, de la exposición parlamentaria de Azaña aquel 13 de octubre. De ahí se deduce que, al haber España «dejado de ser católica», no ha hecho sino seguir el curso normal de todo país europeo moderno. Conviene tener presente que Azaña no pedía, como habían hecho políticos e intelectuales españoles de principios del siglo, que se «descatolizara» a España. Porque esa posición implicaba que la realidad vital española era todavía en el fondo religiosa y que debía ser forzada a cambiar sustancialmente. Azaña era ajeno a esos radicalismos palabreros porque le parecían históricamente infundados: para Azaña el hecho fundamental de la transformación política e intelectual de España en el siglo que mediaba entre la muerte de Fernando VII y la Segunda República mostraba el cambio de la sociedad española. El problema, para él, era en consecuencia muy sencillo: había en España una falta de congruencia entre la realidad y la legislación de España. Azaña exponía claramente cómo esa congruencia se había originado en la incapacidad de la burguesía española en el siglo XIX de ser legislativamente fiel a su propia condición espiritual. Anotemos, de paso, que Azaña no atribuye en su discurso, a la madre de familia en la

burguesía española, el papel de agente eclesiástico que le asigna en escritos anteriores suyos. El instinto parlamentario de Azaña le hacía, en este caso como en muchos otros, podar sabiamente las ideas y datos accesorios. Para Azaña se trataba finalmente de facilitar a la burguesía española (al menos a una gran parte de ella) el tener la valentía de saber afirmar su autonomía espiritual. En ese discurso, de patente simbolismo autobiográfico, Azaña venía finalmente a reclamar que la legislación republicana realizara su primer designio español: que la personalidad individual pudiera desarrollarse con toda libertad. Hemos de añadir que, leído hoy, desde la perspectiva de nuestros días, el supuestamente belicoso discurso de Azaña nos parece merecedor de las palabras que don Salustiano de Olózaga (ya citadas antes) aplicaba, también desde su lejanía cronológica, a los oradores doceañistas, porque, sin duda alguna, hay ahí medida y contención.

Libertad para todos los hispánicos

El discurso del 27 de mayo de 1932, en el debate sobre el proyecto de régimen autonómico para Cataluña, es uno de los más totalmente expresivos de los designios españoles de Azaña. Corresponde a sus horas de indudable dominio gubernamental. Es probablemente el mejor de los discursos pronunciados por Azaña desde la cabecera del «banco azul». El 13 de octubre, fecha del discurso que acabamos de comentar, Azaña estaba en el susodicho «banco», pero no era aún jefe del Gobierno. Azaña se siente ahora seguro de su voz política y, además, como en el caso de Cánovas, su oratoria mejor es siempre la proyectiva o constructiva. Puede incluso decirse que este extenso discurso es el legado más importante y de mayor vigencia de toda la acción oratoria de Azaña. Igual que en el discurso del 13 de octubre, Azaña sustenta su posición en una clara visión de la historia liberal del siglo XIX español, y, también en este caso, propone tener el «arrojo para ensayar», del que habían carecido los liberales del

siglo anterior. Esta carencia se debía a su escaso número y a su dependencia de las instituciones monárquicas: «Los liberales fueron centralistas al ser pocos y apoyarse en la monarquía.» (Señalemos aquí que, quizá, los liberales eran mucho más *teóricamente* centralistas de lo que Azaña creía: el mundo legal de los fueros locales y regionales era, para el liberalismo, un residuo medieval a eliminar.) Y el otorgar la autonomía a Cataluña viene incluso a ser una realización de lo que los españoles «pedían a su rey en 1521»: Azaña, un poco como los doceañistas y los hombres del trienio liberal (1820-1823), se siente históricamente enlazado a los comuneros castellanos. Mas su propósito, al establecer las aludidas conexiones históricas, no es nada semejante al ingenuo afán de aquellos primeros liberales españoles por realzar sus raíces tradicionales: Azaña no es abstractamente ni «románticamente» liberal. A la cuestión catalana él aplica «la razón creadora» y no la «razón general».

Resultaría sobremanera iluminador el cotejo del discurso de Azaña con el anterior de don José Ortega y Gasset en este debate, porque se comprobaría que hasta cierto punto los papeles se habían invertido. Azaña es, en su argumentación, mucho más «orteguista» —nos referimos al Ortega de la «razón vital» y de la «razón histórica», como opuestas al racionalismo abstracto cartesiano —que el filósofo. Pero no queremos transgredir las normas de exposición histórica que nos hemos fijado: referirnos al discurso de Ortega, sin situarlo dentro de la totalidad del debate parlamentario sobre el Estatuto catalán, sería manifiestamente injusto para él y para otros eminentes participantes. Baste indicar, sin embargo, que Azaña se opone muy explícitamente a la posición más bien irresoluta de Ortega. Cataluña y los demás países españoles pueden solamente (decía Ortega) «conllevarse», mas no hay «solución» verdadera para el problema de sus relaciones. Azaña cree que la política inteligente puede forjar modos satisfactorios de convivencia nacional si se sabe utilizar a la vez la «tradición» y la «razón». Así llegaba Azaña a dar una fórmula, completamente «orteguista», en oposición a Ortega:

La política inteligente resulta de la tangencia de estas dos fuerzas [la de lo tradicional y la "fuerza de invención"] y la línea que traza en el espacio la posición de un hombre político se determina de esta manera: una tradición corregida por la razón. Y no hay otra manera de arrostrar esta clase de problemas.

Además, por fortuna, en el caso de las libertades regionales españolas, «la razón creadora, inventora, no está en desacuerdo con la tradición española». Puede incluso mantenerse, afirma Azaña, que la historia del fracaso liberal del siglo XIX y del fracaso monárquico contemporáneo muestra que «se ha abusado mucho en la organización del Estado español de la razón en general». Al iniciar su discurso había insistido Azaña en cómo la Constitución aprobada por las Cortes había aspirado a legislar «no sólo para el hombre» —Azaña había dicho, el 17 de julio de 1931, que él no podía admitir que hubiera «una oposición entre lo humano y lo español»—, sino igualmente para el español, «para un hombre cargado de historia y formado por ella». Esforzarse por conceder a Cataluña un régimen de autonomía era, ante todo, saber atender pragmáticamente a las urgencias concretas de la realidad política española.

Los horrores de una revolución social

A principios de 1933 las organizaciones anarquistas partidarias de la violencia incrementaron sus actividades, creando para el Gobierno republicano una situación particularmente dificultosa. El 11 de enero se inició el trágico episodio de Casas Viejas, cuyas consecuencias políticas fueron hábilmente explotadas por los grupos y partidos opuestos a la política de Manuel Azaña. En particular el Partido Radical y su jefe,

Alejandro Lerroux, pidieron ante las Cortes la renuncia del Gobierno presidido por Azaña. Fue, además, el momento inicial de la larga campaña de difamación contra Azaña emprendida por la derecha (y en la cual colaboró indirectamente la extrema izquierda). Los amigos socialistas de Azaña, y muy singularmente Indalecio Prieto, decidieron organizar una reunión de apoyo y homenaje en Madrid: así se celebró el banquete del Frontón Central, el 14 de febrero de 1933, con la asistencia de varios miles de admiradores de Azaña. El discurso, ante ese auditorio afín, tiene un tono muy diferente al de los dos comentados aquí de 1931 y 1933: es manifiesto que Azaña se siente ya herido —y podemos adelantar que quizá haya sido don Manuel la primera víctima de la guerra civil española, mucho antes de comenzar las hostilidades propiamente bélicas— y no actúa, sobre él, el incentivo de la polémica parlamentaria. Don Antonio Maura decía que el «hablar a convencidos significa consolidar, definir y hacer fecundo el común sentir y pensar». En cierta medida podría decirse que en este discurso Azaña consolida de nuevo la actitud de su generación, los móviles iniciales de su acción política. Recuerda que la Segunda República, al haberse instaurado «en un abrir y cerrar de ojos», no ha acabado de formar aún un espíritu político nuevo. De ahí que aconsejara a sus correligionarios y amigos socialistas que desalojaran de su espíritu todas las cosas que tradicionalmente se han ido depositando en el ámbito político de los españoles. Ya hemos comentado antes su teoría del Parlamento y cómo advertía que había de eliminarse el estilo político heredado de la monarquía. Ahora, sabiendo que se dirige a un número muy considerable de socialistas —y debe tenerse presente que el ala izquierda socialista había amenazado al Partido Radical con la posibilidad de un futuro levantamiento, caso de abandonarse la política inicial republicana—, Azaña insiste más bien en la necesidad de «combatir la anarquía mental» y de fortalecer «la disciplina social». Declara que una de las finalidades de su acción gubernamental es impedir la catástrofe de una revolución social mediante una nueva legislación que facilite la

transformación de la sociedad española. Azaña empieza así a acentuar su papel de mediador, su función de único puente político viable entre el pasado y el futuro de España: «La política sensata, prudente, de interés nacional, sin asomo de lucha de clases, sino mirando a un interés superior de porvenir del progreso social está en eso, en agotar todas las posibilidades de colaboración cordial de unos y otros.»

Azaña concluía afirmando —quizá con un leve dejo melancólico— que, frente a las acusaciones de ser su Gobierno «autoritario, despótico y cruel», él podía mantener que le había guiado «un criterio de benignidad y de clemencia». Y se enorgullecía del «sentido humanitario, benigno y razonable de la República». Mas Azaña presentía, sin duda, que sus designios españoles iban a encontrar obstáculos crecientes, tanto en la derecha como en la izquierda.

Un país de hombres civilizados

A principios de septiembre de 1933, Azaña abandona la jefatura del Gobierno republicano al serle retirada la confianza del presidente de la Segunda República. Recuérdese que el nuevo régimen español había continuado la prerrogativa real de la doble «confianza»: un Gobierno podía serlo por tenerla otorgada por una mayoría parlamentaria (tácitamente refrendada por el presidente) o por contar con el apoyo personal del Jefe del Estado. Azaña tenía la requerida confianza de la mayoría parlamentaria, pero Alcalá-Zamora le mostró su deseo de «abrir consultas» para ratificar o rectificar la decisión de las Cortes. Se constituyó así el primer Gobierno presidido por Alejandro Lerroux, el 12 de septiembre, cuya presentación a las Cortes fue retrasada hasta el 2 de octubre. Ese día se inició el llamado «debate de los enojos» entre el nuevo y el antiguo presidente del Consejo de Ministros; y al día siguiente, el 3 de octubre, se celebró la última sesión de las Cortes Constituyentes, que fueron disueltas por un nuevo Gobierno encabezado por Diego Martínez Barrio (con la

autorización, por supuesto, del presidente de la República) pocos días más tarde. En esos días, tras la renuncia de Lerroux al constatar la evidente hostilidad de la mayoría parlamentaria, algunos políticos destacados hicieron un último esfuerzo para reunir de nuevo las fuerzas políticas republicanas, y, sin duda, el momento más dramático, en el transcurso de esas gestiones, fue el de la visita nocturna de Azaña a Lerroux, el 8 de octubre de 1933. Tras el penoso debate que les enfrentó en las últimas sesiones de las Cortes Constituyentes, era poco verosímil que hubieran de colaborar o siquiera de conversar cordialmente los dos políticos republicanos. El mismo Lerroux manifestó a Azaña, la noche aludida, que él no habría hecho el gesto de don Manuel. Mas fue finalmente imposible llegar a un claro acuerdo transaccional entre radicales y socialistas, y todos los partidos se aprestaron a la preparación de la lucha electoral.

El discurso de Azaña del 16 de octubre de 1933, en la sesión de clausura de la asamblea nacional preelectoral de Acción Republicana, en Madrid, fue el primero de los suyos tras su salida del Gobierno, y es, en parte, un «examen de conciencia» del ex presidente del Consejo. Hace frente, en primer lugar, a las críticas de los amigos que le reprochaban haber concedido «demasiado a la inteligencia, al conocimiento, a la comprensión de las cosas» por parte de la generalidad de los políticos y de los demás españoles. Contestaba Azaña, a esos reproches, declarando que él gobernaba «un país de hombres civilizados» y que no podía esperarse de él otro estilo ejecutivo o parlamentario.

Añadía:

Y existen los otros, los que echan la mano por el hombro, confidencial y amistosamente, y dicen al oído: "¿Te dejas corromper?" Con ninguna de estas dos castas de españoles tenemos nosotros nada que hacer en la República... y no me arrepiento ni me enmiendo... Nosotros no podemos concebir la política más que como

una emoción del bien público regida con lucidez. Lo demás es chabacanería.

A Azaña le indignaba particularmente la primera de la «casta de españoles» aludida en el texto citado, la de los que «no se sienten gobernados si el que manda no les manda a puntapiés». Consideraba también Azaña las advertencias de muchos amigos y particularmente de algunos observadores de otros países sobre el relativo anacronismo que era la Segunda República española: una república burguesa y parlamentaria, en la Europa de 1933, donde empezaban a dominar las siniestras fuerzas del nazismo y del fascismo. Azaña decía que había contestado en los siguientes términos, a los amigos mencionados:

¿Conocen ustedes esta transformación moral, este nuevo rumbo del espíritu español, despertado a la esperanza por la República, que al pensarse libre se ha dado el régimen donde él puede vivir anchamente y satisfacer las ansias que antes no podía satisfacer?... ¿Estamos, por ventura, obligados a ensayar las pautas extranjeras en vez de poner en juego la originalidad española? ¿Es que, después de haberlo ensayado aquí todo, los regímenes de fuerza, los regímenes monárquicos, todos los sistemas... no ha llegado el momento de dejar correr la originalidad española y dejar que los españoles crezcan, prosperen, trabajen, disputen entre sí, presididos por un régimen que gira entre dos polos bien claros y definidos: el poder y la libertad?

Al tocar este tema Azaña encuentra uno de sus mejores y más emocionantes momentos oratorios que hacen, de este discurso, una de las más hermosas formulaciones de sus designios españoles. Azaña hace notar que él menciona frecuentemente «la nación y lo nacional», y que quizá esto pueda sorprender a algún oyente. Señala que, para él, esto es una consecuencia lógica de estarse ocupando y hablando de política. La

política se orienta a una comunidad humana, y ésta se suele dar en forma de nación. Un pueblo, en verdad, no lo es propiamente si no tiene el espíritu nacional «imbuido hasta lo más íntimo del alma». Marquemos, de paso, nuevamente, la raigambre krausista de esta idea de «pueblo». Y puede también decirse que, en su concepto de lo nacional y de la relación del individuo español con su patria, Azaña «ilustra», en este discurso, la famosa formulación («yo soy yo y mi circunstancia») de Ortega, «jefe» intelectual de su generación. Véase el texto «orteguiano» (o si se prefiere «generación de 1914») de Azaña:

...la primera evidencia que yo encuentro, lo que me da en los ojos del alma, lo que me rodea y circunda, lo que me sumerge, es lo español...

Hay gentes que preferirían, probablemente, haber nacido en otros países más propicios para ciertas actividades humanas; pero él no se considera ni se ve más que como español. En su entusiasmo Azaña pronuncia uno de sus más bellos y reveladores párrafos:

¡República española, régimen nacional; nación, ser de la civilización española, tabla a la que uno está adherido para salvarse en la vida humana, para salvarse en el paso por la tierra donde uno ha nacido, afán de que vuelva a surcar el cielo de la historia un rayo de la civilización española, pasión de mi alma que no me da vergüenza confesar ante vosotros!

Al aire libre de la política

La derrota de los partidos representados en el último Gobierno de Azaña, en las elecciones de noviembre de 1933, determinó que se empezara a hablar de organizar una federación o alianza de los partidos de

la izquierda republicana. El 11 de febrero de 1934 se celebró una gran asamblea de dichos partidos, en el cine Pardiñas, de Madrid, ante la cual pronunció Azaña el discurso principal del acto. Hacía exactamente cuatro años que había pronunciado, también en Madrid, su primer discurso de alcance nacional, y era por ello también lógico que Azaña se considerara obligado a «rendir una cuenta personal, una cuenta política» de su actuación hasta entonces. No vamos a resumir ahora este extenso discurso porque Azaña reiteró ideas y formulaciones ya comentadas o mencionadas por nosotros —recordemos que Azaña sabía, como buen orador, que las multitudes son olvidadizas: su repetición de algunos temas estaba así muy justificada—; pero sí conviene fijar la atención en la posición de Azaña ante sus propios designios españoles. Era entonces evidente que los radicales tenían que apoyarse en las fuerzas de derecha para poder dominar en el Parlamento, y esa extraña conjunción iba forzosamente a tratar de deshacer la obra realizada por Azaña y las Cortes Constituyentes. Los temores de Azaña de que Lerroux iba a hacer imposible la realización de sus designios españoles, se confirmaban día a día. De ahí que algunos políticos de la izquierda republicana pidieran a Azaña que actuara muy continuamente en las tareas de organización de un vasto conglomerado de los partidos derrotados. Pero Azaña se negó a aceptar tanto el concepto de una federación de partidos más o menos autónomos —y su oposición será un factor esencial en la constitución, en abril de 1934, del nuevo partido de Izquierda Republicana— como el hacer ninguna tarea organizadora. Recordemos que, como ya se indicó anteriormente, la entidad política llamada «comité» despertaba en Azaña una considerable hostilidad, diríamos que una verdadera cólera: a su conocimiento de la actividad de los «comités liberales» manejados por el conde de Romanones en la política municipal de Madrid debe añadirse su propia experiencia en relación con los comités electorales complutenses. Todo lo deleznable para él de la «vieja política» se cifraba en el vocablo «comité»: y esta actitud era compartida por gran número de integrantes de

su generación intelectual. Al plantearse, pues, el modo de recuperar los electores perdidos por los republicanos —y de recuperar en cierta medida la República misma—, Azaña no tiene dudas: rechaza tajantemente la vía de los comités. Así decía el 11 de febrero de 1934:

... en los partidos vale más la democracia directa y la comparecencia personal de cada uno delante de sus masas que no el anquilosamiento en organizaciones estatutarias... El partido republicano es más que un comité y que todos los comités habidos y por haber... La opinión no se tiene ni se conquista, ni se conseguirá por desparramar sobre el país una red de comités más o menos auténticos; lo que menos importa son los comités, sino los republicanos puestos en pie.

Recordaba entonces a su auditorio que al salir del Gobierno había declarado «que era nada más que un hombre libre dedicado a la propaganda de la República» y que no pensaba tener más actividad política que la de «propagar la República». Para él, esa tarea de difusión, de prédica republicana, sólo se podía hacer «al aire libre de la política» y no en la atmósfera perniciosa de los «casinos». Al decir «política» Azaña se refiere, pues, a las grandes asambleas, al contacto directo con grandes multitudes. Un mes antes había hablado en la plaza de toros de Barcelona, y precisamente a ese género de acción política piensa dedicar su energía:

necesito saber [si los españoles comparten su idea de la República] de una manera directa, inmediata, de contacto con la multitud, no a través de otra cosa, y así como he ido a Barcelona..., lo mismo tengo que hacer con toda la democracia republicana de España.

Esa campaña oratoria la emprenderá Azaña, sobre todo, al año siguiente, en los discursos de «campo abierto» de 1935, y sin duda puede decirse que consiguió entonces sus propósitos. El «azañismo» de un

número muy cuantioso de españoles tuvo su origen ideológico en los discursos de Azaña. Añadamos que también tuvieron el mismo efecto los volúmenes impresos de sus discursos, publicados en 1932 y 1934. La acción oratoria de Azaña tuvo un alcance espiritual semejante al logrado en los Estados Unidos por los discursos de Adlai Stevenson: muchos hombres y mujeres, a quienes les repelían los modos habituales de los políticos «profesionales» (Lerroux y los radicales en el caso español), decidieron participar en la política nacional. Es más, podría decirse que los discursos de Azaña (como los de Stevenson) fueron simiente perdurable.

Integrar los factores discordes

El discurso de Azaña en Barcelona, el 30 de agosto de 1934, es probablemente el más logrado —y el más dramático, si se proyecta sobre su trasfondo histórico— de toda su acción oratoria «al aire libre». Recordemos que, en esos meses, se habla crecientemente de preparativos tanto de la derecha para dar un golpe de Estado como de la izquierda socialista para alzarse en algunas de las zonas de fuerte población obrera. Azaña, como muchos políticos republicanos, estaba particularmente pendiente del violento debate, dentro del Partido Socialista Obrero Español, entre los «caballeristas» (partidarios de Largo Caballero y de su continuada evolución hacia la violencia revolucionaria) y los «prietistas» (seguidores de Indalecio Prieto, favorable al respeto a las instituciones republicanas y a los procesos de cambio pacífico). Azaña trataba de persuadir a sus amigos del bando «caballerista» que pensarán en las consecuencias desastrosas para España y la República de un levantamiento armado obrero. La respuesta del socialismo «caballerista» se encuentra en el artículo de Luis Araquistáin, ya mencionado, de *Leviatán*. Azaña era visto, en 1934, por esos socialistas como un símbolo excesivamente «burgués». Este trasfondo, posterior al discurso de agosto, conviene, sin embargo, tenerlo presente para percibir claramente el estado

de ánimo de Azaña al pronunciarlo. Tras reiterar su oposición a la política de viejo estilo— «a nadie hago confidencias porque siempre hablo en la plaza pública, delante de miles de espectadores»—, se plantea la siguiente pregunta: «¿Qué es la República para nosotros?» Para Azaña la cuestión es clara: España es una sociedad en crisis de transformación, y en ésta, como en toda crisis, actúan factores políticos, sociales y económicos muy diversos, muchos de ellos muy contrarios unos a otros. Un revolucionario de izquierda o de derecha podría sugerir una fórmula violenta, una fórmula de eliminación de algunos de esos factores. Azaña ve, en cambio, su misión y la de la República como una tarea integradora:

El deber del político... es tratar de integrar en una fórmula de gobierno, en una fórmula de acción, en una hechura política, los más de los factores discordes, contrapuestos, que abocan a una crisis la vida de la sociedad... [esto] es ya encaminar la crisis a una solución, que a lo mejor no consiste en resolver un problema, sino en descomponerlo en otros muchos, como sucede en otras esferas de aplicación de la inteligencia humana.

Había, por tanto, que esforzarse por determinar cuáles eran los elementos «en lucha de la sociedad española e integrarlos en una fórmula de gobierno, en una hechura de gobierno». Si esta integración no se realiza—y Azaña declara que hacia ella dirigía sus energías creadoras cuando estaba en el poder gubernamental—, el porvenir de España ofrecerá algún atroz episodio. De ahí que Azaña insistiera en afirmar que, pese a apariencias engañosas, su política representaba un intento de atenuación y de «freno» dentro de la izquierda española. Quizá, añade Azaña, en el futuro «lo más cerril del espíritu español» tenderá la mirada tristemente hacia los dos años de su Gobierno, «el bienio funesto», en la terminología de la derecha. No ha sido, evidentemente, así; aunque sí habrán mirado, hacia el símbolo que era Azaña, los hombres de la

izquierda que en el otoño de 1934 iban a «lanzarse por caminos que nosotros —decía Azaña en ese discurso— no hemos aconsejado, pensando en la desventura de nuestros semejantes y en la desventura de nuestro pobre país». Empezó entonces, en la historia de la España contemporánea, el que podríamos llamar «lustró del sino», denominándolo así tanto por el carácter de los actos colectivos nacionales como por lo que implica de incoercibles factores internacionales.

Quedan las palabras

En los tres primeros años de la Segunda República española, 1931-1934, muchos españoles se esforzaron por conservar los modos de la convivencia política, y aunque quizá se habló demasiado, se pronunció un número excesivo de discursos, conviene no olvidar que, como decía Galdós, «el silencio empeora siempre todos los asuntos». Recurrir a las palabras es con frecuencia el único medio de evitar el recurrir a las armas. Y de todas esas palabras, quizá las de Azaña sean las aún vigentes, como ya indicamos al referirnos a su actitud ante el problema de las autonomías de las zonas bilingües de España. Mas, incluso si su vigencia fuera hoy escasa, las palabras de Azaña —los designios españoles de aquel castellano— están ahí, están *aquí*, como un testimonio permanente del sueño político de una generación histórica española. La historia es siempre un proceso de destrucción y construcción simultánea: el hombre sueña y las fuerzas del mal (o del bien) disponen. Aquellos españoles de la generación de 1914 soñaron una España democrática que potenciara al máximo todos los recursos humanos de su patria: su gesto puede ahora parecer haberse quedado en el aire, en el dominio de los sueños políticos. Mas quizá en la historia sean siempre las palabras del sueño lo que queda en el alma de los hombres, lo que es simiente perdurable de un nuevo soñar. Por eso puede decirse que la oratoria política de Manuel Azaña fue historia e *hizo* historia.

LA RECUPERACIÓN DEL IDEAL REPUBLICANO

La quinta y última jornada de la trayectoria biográfica de Manuel Azaña (1930-1940) se divide en dos etapas muy desiguales: la primera (1930-1934) corresponde a las tres fases iniciales de la historia de la Segunda República española y la segunda comprende las fases finales de aquel régimen (1934-1936, 1936-1939) y el año postrero de la vida de don Manuel. La primera etapa, como ya señalamos, se desenvuelve exclusivamente en la capital de España, en ese Madrid «donde nunca había pasado nada» (como decía Azaña en su discurso del 21 de enero de 1937), con su trasfondo de edificios e instituciones estatales y con un contado número de personajes principales: la política española conservaba todavía su tono casi anacrónico de actividad y espectáculo nacional centrado en las Cortes. En el lustro siguiente, 1934-1939, la historia española adquiere densidad universal y se multiplican las acciones, los personajes y los escenarios. Y aunque en el mismo Madrid «pasa lo más grande de la historia contemporánea de España» (discurso del 21 de enero de 1937), será, en cambio, Barcelona el escenario de las acciones más reveladoras del desgarramiento interno de la Europa liberal.

Barcelona: ciudad universal

Es así históricamente lógico que a sucesos de la capital catalana dedicara Manuel Azaña dos libros, *Mi rebelión en Barcelona* y *La velada en Benicarló*, ya que Barcelona era la ciudad europea con mayor concentración de «actores» y «coros» propios de la tragedia de la Europa del

siglo y medio 1789-1939: burguesía industrial, masas obreras anarcosindicalistas, católicos catalanistas, mesocracia «radical» españolista, marxistas ortodoxos (unificados finalmente dentro del comunismo) y disidentes (partidarios de Trotsky y afines), izquierda separatista, conservadores de toda laya y un sinfín más de tendencias ideológicas. En suma, en Barcelona se daban todas las tensiones sociales y políticas de las grandes urbes transpirenaicas, pero dentro de un ámbito histórico provinciano, por carecer de instituciones centrales de poder gubernamental: de ahí el aire aparentemente marginal y, sobre todo, la desnuda intensidad de sus luchas al no contar con los frenos de la responsabilidad estatal de las capitales oficiales. Desde 1923 Azaña veía en Barcelona a la vez la clave política de la España republicana posible y su más violenta amenaza potencial (y no es de extrañar que en la capital catalana se encontraran algunos de los más apasionados admiradores de Manuel Azaña y sus más hostiles críticos). Azaña estimaba acertadamente que en Barcelona las ideologías políticas eran la expresión de fuerzas económicas y posiciones sociales muy reales, en contraste con el carácter «ateneísta» de los grupos madrileños (exceptuados los socialistas).

Mas Barcelona, «la ciudad de las bombas», había sido desde principios del siglo la sede de una gran turbiedad política —que Azaña veía encarnada en la importancia de Alejandro Lerroux—, motivada por el predominio del interés material en la burguesía catalana. No podemos ahora entrar en el examen de este problema fundamental de la historia española contemporánea, mas baste recordar sucintamente (apoyándonos en el excelente libro de Josep Benet, *Maragall y la semana trágica*, trad. castellana del original catalán del mismo título, Ediciones Península, Madrid, 1966) que el lerrouxismo era una reacción de la pequeña clase media y de los «murcianos» no anarquistas contra la gran burguesía catalanista conservadora, contribuyendo «a aumentar la confusión y la tensión del clima político del principado» (Benet, *ob. cit.*, 25). Todos esos factores (causantes de la llamada semana trágica de 1909 y del terrorismo

anarquista y su contrapartida el terrorismo burgués, como lo llamaba el propio Azaña) hacían de Barcelona «la ciudad de las bombas», expresión que en realidad equivalía históricamente a la irrupción de los problemas sociales y políticos característicos de la crisis histórica de la Europa liberal. En su famoso artículo de octubre de 1909 («¡Ah!, Barcelona...») Joan Maragall —al preguntarse: «¿Cómo es que ésta y otras cosas que pasan en Barcelona no pasan en igual medida en ninguna otra parte?»— mostraba implícitamente la sorpresa de encontrarse ante un «hecho diferencial catalán» que trascendía considerablemente las fronteras del dominio lingüístico y cultural: Barcelona era, en verdad, más que «la ciudad de las bombas» —y sin llegar a ser la soñada «ciudad del perdón» maragalliana—, la ciudad de la historia universal contemporánea con todas sus contradicciones y toda su violencia.

Advertimiento a los socialistas

Los dos años y medio transcurridos entre su salida del poder (septiembre de 1933) y su vuelta a la jefatura gubernamental (febrero de 1936) fueron a la vez una etapa de retorno a sus gustos y trabajos literarios y una ampliación muy considerable de sus actividades políticas. En su *Diario* de 1937 escribía Azaña el 4 de julio recordando los meses últimos de 1933 y los primeros de 1934:

...recobré el trato con mis libros y papeles. Me di un hartazgo de lectura colosal. Sed atrasada. Régimen correctivo de una deformación peligrosa. Porque nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginación y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno... Hallé entre mis papeles algunos trabajos míos, sin concluir... y me puse a continuarlos con el mejor humor del mundo. Tales eran mis preocupaciones y afanes desde noviembre del 33 y durante la mayor parte de 1934.

Fruto de esa labor de revisión de sus estudios de historia literaria fue la publicación en 1934 de su libro *La invención del Quijote y otros ensayos*. Mas también Azaña, como acabamos de indicar, se mantenía en actividad política, esforzándose por orientar a los demócratas españoles hacia una empresa de recuperación del ideal republicano. Recuperación que implicaba forzosamente el establecer acuerdos de unidad táctica con los socialistas: porque Azaña sabía que encontraría más obstáculos para una acción conjunta por parte de la izquierda socialista —crecientemente dominada por dirigentes como Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo, que veían en los sucesos de Alemania y Austria malos signos agoreros para la Segunda República española— y desde enero de 1934 trataba de hacer ver directa o indirectamente a los jefes del Partido Socialista Obrero Español que debían rechazar el empleo de la violencia. Y aunque sus consejos fueron desoídos, tanto por los hombres del P.S.O.E. como por las autoridades de la Generalidad catalana, podemos afirmar que sin duda alguna fue Manuel Azaña el español que en 1934 trabajó más por impedir que se abriera el camino hacia la catástrofe.

El drama se inicia el 2 de enero de 1934 en una conversación con Fernando de los Ríos, el destacado universitario socialista, en Madrid, estando presente Amós Salvador. Azaña sabía que los socialistas estaban preparando «la revolución», fundados en que «en la República no había sitio para los proletarios». Esta actitud era, para Azaña, un error gravísimo (además de estar condenada al fracaso) porque significaba que los socialistas envolvían «a todos los republicanos y singularmente a las instituciones del régimen en igual aversión que al gobierno actual (presidido por Alejandro Lerroux) y su mayoría parlamentaria».

Al contestarle Fernando de los Ríos —que desempeñó un papel central en el drama de Azaña y los socialistas— que las masas dominaban a los jefes, Azaña expresa su muy constante y firme creencia: «Los sentimientos de las masas pueden ser cambiados o encauzados.» Advierte que el preparar una insurrección armada es invitar al ejército a intervenir

en la política española, añadiendo: «El ejército se lanzará gustoso a una represión contra los proletarios.» Fernando de los Ríos accedió gustoso a transmitir a los dirigentes socialistas la súplica de Azaña, pero poco después percibió éste en un discurso de Largo Caballero muy claras alusiones negativas a su posición. Mas no dejó, por ello, de proseguir sus esfuerzos, y en ese mismo mes de enero con motivo de un viaje a Cataluña para participar en un mitin en la Plaza Monumental de Barcelona (organizado para ayudar a las izquierdas catalanas en las elecciones municipales) expuso de nuevo a los socialistas sus temores. Indalecio Prieto, presente en la comida en el restaurante «La Font del Lleó» que reunió a políticos visitantes y catalanes, «pronosticaba sin alegría que el año iba a ser muy duro por la tensión en que estaban los dos bandos españoles más encrespados, los proletarios de un lado, las derechas de otro». Recordemos además que el 24 de enero de 1934 triunfó en la reunión del Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español la tesis «caballerista»: victoria de la izquierda «violenta» que determinó inmediatamente la dimisión de Julián Besteiro, Andrés Saborit y Trifón Gómez. Quedó entonces constituida la llamada Comisión Prerrevolucionaria y pocos días más tarde (el 31 de enero) Largo Caballero habló ante la Agrupación Socialista de Madrid reafirmando tajantemente su creencia en la necesidad de preparar un levantamiento proletario. No olvidemos tampoco que el mismo Indalecio Prieto hubo de contestar a ciertas alusiones, del jefe de la derecha Gil Robles (que había hecho declaraciones desdeñosas para la institución parlamentaria), el 19 de marzo de 1934 en las Cortes con palabras de tono y contenido prácticamente *caballeristas*: «Decimos desde aquí al país entero que el Partido Socialista [contrae] el compromiso de desencadenar en este caso [la amenaza de un golpe de estado] la revolución.»

También Azaña se esforzó en los primeros meses de 1934 por frenar los impulsos violentos de los grupos y partidos catalanistas de izquierda. Al abandonar Barcelona en enero, tras el discurso electoral ya

mencionado, tuvo una conversación con Companys, el sucesor de Maciá en la jefatura del Gobierno catalán, iniciándose así otro hilo de la trama trágica de 1934: el político catalán representó en los esfuerzos moderadores de Azaña un papel semejante al de Fernando de los Ríos. En enero Companys parecía estar dispuesto a secundar la política de Azaña: «Usted me manda, don Manuel, usted es mi jefe.» Pero cuando, a finales de marzo, Companys y Azaña se reunieron en Madrid —para tratar del problema creado por «el desequilibrio existente entre la significación política del Gobierno catalán y la del Gobierno de la República»— el gobernante catalán tenía una actitud política muy distinta a la del mes de enero («Hallé a Companys muy cambiado», recordará Azaña en sus *Memorias*). Companys expuso entonces, por vez primera ante Azaña, «un concepto político bastante extraño», lo que él llamaba «la democracia expeditiva». Y afirmaba que las masas populares estaban impacientes y pedían «realizaciones». Tras esta conversación, Azaña se sentía apesadumbrado al notar que «todos los partidos (menos los republicanos) iban entrando en ese peligroso y estúpido juego»: el organizar grupos de jóvenes armados. «A unos y otros— recuerda el Azaña de 1937— ya les ardía en la sangre la guerra civil.»

Apología de la política

En los últimos días del invierno de 1933-1934 tuvo Azaña la satisfacción de conseguir la unidad de los partidos específicamente republicanos que habían colaborado más estrechamente en el bienio de su Gobierno: el de Acción Republicana, el Radical Socialista y los republicanos gallegos (O.R.G.A.). El 2 de abril firmaron el acuerdo que establecía un nuevo partido, Izquierda Republicana, bajo la presidencia de Azaña: éste hizo entonces que sus correligionarios afirmaran que eran «republicanos de la Constitución» sin temer a los que menospreciaban entonces a todos los políticos «que resistían el contagio de la violencia».

El 2 de abril de 1934 pronunció Manuel Azaña en la sociedad bilbaína de vieja historia liberal, «El Sitio», sus conferencias «Grandezas y miserias de la política». Es manifiesto que Azaña se encontraba entonces en una de sus etapas características de vaivén interno entre la voluntad de participación y el deseo de abstención. En el *Diario* de 1937 llegó incluso a declarar que la disposición de su ánimo en aquellos meses iniciales de 1934 «venía a ser un anhelo más o menos discernido de hacerle una jugarreta al destino». Su conferencia bilbaína fue así un comprometerse consigo mismo, un reafirmarse de su vocación política. No debe descontarse, además, la importancia simbólica del lugar del discurso que ahora nos ocupa: aquella sociedad bilbaína representaba el espíritu del mejor liberalismo español y determinaba seguramente en el orador un sentimiento fortalecedor de su responsabilidad nacional. Por otra parte, es también muy probable que algunos amigos le aconsejaran abandonar la política y dedicarse exclusivamente a las letras, siguiendo así a Ortega y otros intelectuales en su «retirada». Sin olvidar tampoco que, como él mismo señalaba en esa conferencia, en la historia española habían abundado los políticos que no querían aparecer como entregados profesionalmente a su actividad pública más notoria. Todo ello llevó a Azaña a hacer una explícita apología de la política:

Porque la política es la aplicación más amplia, más profunda, más formal y completa de las capacidades de un espíritu, donde juegan más las dotes del ser humano, y donde no juegan sólo cualidades del entendimiento, sino... principalmente cualidades del carácter.

La política es así, para Azaña, equiparable a la tarea del creador artístico: la materia, la «arcilla» con la cual el estadista debe trabajar, es el pueblo. Mas éste no es simplemente una masa inerte y de ahí procede el gran drama de la política: ¿cómo puede el político dirigir a una muchedumbre? Tema que a su vez implica el de la naturaleza misma de la

muchedumbre: y aquí resalta la extraordinaria continuidad del pensamiento de Manuel Azaña, ya que su memoria doctoral de 1900 había versado sobre *la responsabilidad de las multitudes*.

La primera característica de una muchedumbre, según dice Azaña en la conferencia de abril de 1934, es más bien negativa: «es un tema conocido de la psicología colectiva que las muchedumbres más pronto se unen por sus defectos que por sus cualidades». Si cotejamos esa definición con la memoria doctoral comprobamos inmediatamente que Azaña reitera en Bilbao los conceptos expuesto en 1900: «los agregados de hombres que estudia la psicología colectiva son *heterogéneos e inorgánicos* y en ninguno se encuentran estos caracteres tan claramente determinados como en las multitudes». Por otra parte, señalaba Azaña que las multitudes «una vez exaltados los ánimos, llegan al delito cometiendo las atrocidades más horribles, los crímenes más sangrientos que se recuerdan por los hombres» (*Memoria doctoral*). El primer factor determinante de ese género de acción multitudinaria es evidente: «a cada uno de los individuos que forman la multitud no se le hubieran ocurrido [los actos violentos] obrando aisladamente». Estas características de la muchedumbre tienen graves consecuencias para la democracia porque aquélla, dice Azaña en Bilbao en 1934, «es la sangre del sistema». O sea que si el político es democrático ha de saber dirigir a la muchedumbre sin quedar nunca dominado por ésta: aquí está, según Azaña (1934), el mayor peligro para el político o gobernante de ideas liberales. La muchedumbre «ejerce sobre el político una acción deformante, fatal, nefasta», sobre todo si «lo ensalza, lo quiere y lo populariza». Porque entonces la muchedumbre ofrece al político «la imagen de su persona absolutamente desfigurada». Y si el político accede a ponerse esa máscara de sí mismo quedan falsificadas su obra y su personalidad. Azaña señala, también en Bilbao que la muchedumbre tiende a borrar los matices de una «faz» política y a caricaturizarla (no peyorativamente): de ahí que el político propenda «a exagerar o las cualidades o los defectos que la muchedumbre en su simplicidad le

presta». El político excepcional —y aquí Azaña se describe evidentemente a sí mismo— se resiste a esa relación con la muchedumbre.

...la prueba esencial de la independencia de espíritu de un hombre es conservar su primera ingenuidad, abandonándose al trato con la muchedumbre con la misma espontaneidad del día de su primer contacto con ella.

Ahí reside otro aspecto de la tragedia que es la política porque el político parece defraudar entonces a la «arcilla» de su creación, al pueblo: el político puede sin duda justificarse ante sí mismo y ante la historia, pero es mucho más difícil o casi imposible justificarse ante la masa que le sigue. Sus palabras adquirirían de nuevo patente aire de confesión pública:

...la muchedumbre que cree en mí... no conoce los motivos de mi justificación [íntima]... y haciendo lo contrario de lo que me propongo hacer derruiría el alcázar mismo que la muchedumbre me ha confiado para su custodia.

Que Azaña estaba dirigiéndose a los socialistas y a los catalanistas como Companys nos parece evidente: unos y otros se referían al imperativo de las demandas de las masas, y en la conferencia bilbaína Azaña les advertía de nuevo que podían llegar a falsificarse completamente a sí mismos. De ahí que la conferencia de «El Sitio» fuera también un gesto de reafirmación política por parte de Azaña. Aunque también se observa una nota de tristeza: «si el político se siente alicortado y atado por su país, por muchas alas que tenga, dará de bruces en el suelo». Dadas todas estas características del sistema democrático, ¿no sería entonces mejor para España haber creado un tipo de república menos expuesta a las «incertidumbres» señaladas? Azaña contesta que aunque esa solución hubiera sido buena para el gobernante —pues se hubiera evitado así el

drama de su relación con la muchedumbre— habría sido en cambio dañina para España porque la verdadera aspiración del liberal español consistía en esforzarse por «elevar a este pueblo» y para conseguirlo era preciso que la práctica de la democracia ayudara a «alumbrar las aguas vivas que corren sepultadas todavía en lo profundo del pueblo español». Así, además, se facilitaría también la creación de una minoría directora, cuadros de mando, esa «aristocracia mudable, criticable y responsable que una sociedad necesita para existir». Azaña estimaba que la ausencia de este grupo director de la democracia española era el obstáculo principal para el buen funcionamiento del régimen.

Viaje veraniego a Cataluña

El 25 de junio de 1934 Azaña intervino en las Cortes para hacer ver al Gobierno cuán peligrosa era su política respecto a Cataluña. En esos mismos días redactó un manifiesto a la nación que no llegó a hacer público: Azaña advertía que «la política imperante ha consistido y consiste en un mal disimulado rendimiento ante los enemigos de la República». Concluía:

Nosotros en cuantas ocasiones se nos han brindado, y en las que ha podido suscitar nuestra iniciativa, no hemos recatado nuestra alarma. Ante lo que puede ocurrir en España, y considerando el trance en que tal vez va a hallarse la República, descartamos nuestra responsabilidad por el único medio que está hoy a nuestro alcance: declararlo así solemnemente ante la opinión pública.

Azaña, muy verosímilmente, decidió que la publicación del manifiesto citado podía situarle dentro del campo «alarmista» de la izquierda, contribuyendo así a acentuar la separación entre las fuerzas políticas españolas: creía además que sus esfuerzos deberían centrarse en

persuadir a los socialistas, pues sabía que entre éstos aumentaba visiblemente la importancia de los «violentos». Movidó por esa preocupación se reunió el 14 de julio de 1934 en la casa de José Salmerón, secretario de la Izquierda Republicana de Madrid, con Francisco Largo Caballero y con un representante de la izquierda catalana, Juan Lluhí Vallescá. El jefe socialista declaró que había accedido a reunirse con Azaña por «deferencia personal», pero que con toda sinceridad no podía estimar que tuviera ninguna utilidad para su partido: «Si entrásemos en tratos con los republicanos nosotros los socialistas quedaríamos disminuidos moral y materialmente ante nuestras masas.»

Parecía, pues, cerrarse definitivamente la posibilidad persuasiva y Azaña se trasladó al interior de Cataluña para descansar hacia finales de julio. Así describe en *Mi rebelión en Barcelona* su propósito veraniego:

Por vez primera desde la instauración de la República se me había logrado venir a Cataluña bajo el posible incógnito, lisonjeándome la esperanza de esquivar los estrepitosos cortejos del político en acción... Me traje los libros más pesados de leer y el fajo de cuartillas que va uno a emborronar un año de éstos para serle infiel —talió merecido— a la política.

El aislamiento del lugar y el paisaje se mostraban propicios para el descanso. Añadía Azaña: «Para quien gusta de poner a salvo sus soledades perder el incógnito es muy cruda intemperie.» A los pocos días de su llegada se iniciaron las visitas de cientos de personas que acudían a rendirle homenaje. También decidió recorrer las comarcas de Barcelona y Gerona para conocer directamente «las obras de una democracia potente y desahogada»: Cataluña era «la estofa más tupida que puede tejerse sobre la urdimbre republicana». Allí la democracia encontraba su apoyo en «hechos del carácter y de la economía, el nivel de las clases, la fuerza de su civilización urbana y las condiciones en que trabaja la población rural». En ese recorrido por tierras catalanas pronunció Azaña muchos discursos

breves con el propósito de ayudar al mutuo entendimiento de la España central y de los catalanes. Porque Azaña era sin duda el español de su tiempo con mayor conciencia de «la desastrosa pertinencia con que ambas capitales (Madrid y Barcelona) se desconocen»: y quería aprovechar esa estancia en el antiguo Principado para fortalecer el puente moral y político que había empezado a tender en 1930 en ocasión de la visita de los intelectuales castellanos a Barcelona. Aspiraba también a determinar el grado de exactitud de sus ideas acerca del catalanismo y de los catalanes. Así comprobó que en Cataluña todos sus moradores de lengua catalana, sin distinción de grupos políticos, tenían una común creencia:

Habrà pocos catalanes que no sean catalanizantes o si se quiere catalanistas en una acepción general del vocablo cuando significa la persuasión de la valiosa originalidad de su pueblo entre todos los pueblos españoles y el hábito... de abundar en esa originalidad... [de mantener] viva la creencia de su especial modo de ser...

Mas también continuó Azaña su tarea de impedir la marcha hacia el desastre republicano. Y así aprovechando una visita de cortesía del entonces Presidente de la Generalidad catalana, Companys vuelve a tratar el tema de su conversación con éste en Madrid. Sus temores crecieron considerablemente tras escuchar al gobernante catalán y los transmitió a Madrid en una larga carta a un ex ministro republicano: «Era forzoso poner en relación el ánimo levantisco dominante en la Generalidad con la doctrina de la democracia expeditiva y la táctica de acción directa filofascista de Dencás.» (*Diario*, 1937.) Pronunció en Barcelona el 30 de agosto un importante discurso y expresó en patentes alusiones sus advertencias a los políticos catalanes, por lo cual «no debió gustar en las altas esferas barcelonesas» (*Diario*, 1937). Al regresar Azaña a Madrid a principios de septiembre de 1934 sentía que el llamado «problema catalán» había llegado a un peligroso estado de violencia ya levemente contenida.

XIII

EL TRÁNSITO DE UN MUNDO HISTÓRICO

El 27 de septiembre de 1934 murió el ex ministro Jaime Carner, y Azaña con otros destacados republicanos fue a Barcelona para asistir al entierro. El presidente del Parlamento catalán congregó en el mismo restaurante que en el mes de enero anterior a los comensales de entonces. Azaña aprovechó la presencia entre éstos de Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto para insistir en la urgencia de un pacto entre republicanos y socialistas que permitiera «equilibrar la República»: «Los republicanos y los socialistas necesitamos unos de otros» (*Diario*, 1937, volumen IV). Su tesis era muy sencilla: «los socialistas no pueden ir a ninguna parte sin los republicanos porque no se puede pensar que la República va a ser socialista» (*ibid.*). Mas su sorpresa y dolor fueron grandes al contestarle Fernando de los Ríos: «Por eso, cuando se trata de hacer una revolución, se prescindir de los republicanos, de importantes que son...» (*ibid.*). Azaña veía que el drama se acercaba a su desenlace pues era manifiesto que un hombre como Fernando de los Ríos (perteneciente a la «derecha» del socialismo) se había situado también en la posición «violenta». Recordemos que en esos días había publicado Araquistáin su artículo «La utopía de Azaña» en la revista socialista *Leviatán*. El antiguo director de España (que había hablado del futuro político de Azaña cuando éste era apenas conocido fuera de los grupos ateneístas madrileños) se dirigía a Azaña en términos tajantes, expresando la actitud intransigente que había triunfado en el campo socialista:

El dilema se presenta con meridiana claridad: o se renuncia a la revolución, y entonces, amigo Azaña, nos dedicamos a la literatura, o se

renuncia a la ley, y entonces los pactos legales no tienen objeto.

Era, pues, la clara llamada al empleo de la fuerza: así se inició el que hemos denominado «lustró de la sangre» (1934-1939). Ossorio y Gallardo, en su autobiografía *La España de mi vida*, recuerda cómo en 1934 «el acoso gubernamental y derechista contra los socialistas fue terrible» (p. 130). Y éstos, que creían poder triunfar sin la ayuda de otros partidos, «respondieron con [un] gravísimo error, el de apartarse de los republicanos como malditos burgueses y entregarse a una acción revolucionaria» (*ibid.*).

La revuelta asturiana y la insurrección catalana sucedieron pocos días más tarde del viaje de Azaña a Barcelona, y allí quedó detenido por orden gubernamental. El lector encontrará en *Mi rebelión en Barcelona* el relato de esos días y del encarcelamiento de Azaña en un barco surto en el puerto de la capital catalana: y a las consecuencias políticas de los sucesos de octubre de 1934 —la irrupción de la violencia en la historia española contemporánea— habría que añadir el efecto psíquico que tuvieron en Manuel Azaña. Porque, sin duda alguna, la herida moral fue profunda y nunca cicatrizó enteramente. Que Azaña se había opuesto clara y constantemente a la violencia era casi del dominio público: y sin embargo se le acusaba de haberla fomentado. Por otra parte, los socialistas y los catalanes habían desechado todos sus consejos y advertencias: sus esperanzas de ser el mediador entre los dos extremos de la Segunda República yacían por tierra. Mas, al terminar el sombrío otoño de 1934, era ya patente que Azaña iba a salir de su prisión con un inmenso prestigio nacional. Hasta algunos socialistas de la extrema izquierda en sus meditaciones de los meses de cárcel veían también en Azaña la única posibilidad de llevar a cabo la que ellos llamaban «revolución democrática»: aunque, por supuesto, con finalidades no muy similares a las de Azaña. Así Antonio Ramos-Oliveira, en su libro escrito en la cárcel de Madrid ese otoño (*La revolución española de octubre*, Madrid, 1935), decía:

La batalla de los republicanos para salvar la República tiene que ser en España una repetición de la de México... Pero, ¿dónde está nuestro Calles? Pudiera serlo Azaña en un nuevo avatar. Un Calles... literato, sin la voluntad testaruda y enérgica, campesina, del otro. Pero, ¿la hora de los republicanos, será la hora de Azaña? Tal vez no. Al echarse sobre él para destrozar al político, la reacción supo lo que hacía. Si lo ha conseguido o no, es algo que aún hemos de ver. En todo caso, parece comprobado que en el republicanismo español sólo un hombre podría afrontar la dirección de la revolución democrática: Manuel Azaña.

De este texto (que es muy útil para comprender el ánimo de los socialistas de izquierda un año más tarde al iniciarse las conversaciones que llevarían a la formación del Frente Popular) conviene retener la observación de Ramos-Oliveira respecto al efecto en Azaña del odio hacia él fomentado por las fuerzas reaccionarias: porque, efectivamente, Azaña había sufrido intensamente al verse atacado y perseguido. Mas al notar cómo su prisión se tornaba forzoso punto de arranque para un nuevo esfuerzo recuperador de la República, Azaña empezó el año 1935 con la certidumbre de su próxima victoria política.

La apoteosis de 1935

En verdad 1935 inauguraba un nuevo drama político para Azaña, del género tan bien conocido por él y al cual hicimos referencia al comentar su conferencia de «El Sitio» bilbaíno: la relación entre el indiscutible «jefe» y la muchedumbre que le sigue y admira. Desde enero declaraba a Indalecio Prieto (que se encontraba en París, escapado de España) que había en España «un movimiento de optimismo y de esperanza» motivado fundamentalmente por el hecho mismo de su salida del barco-cárcel. Mas volvía a reiterar que ese entusiasmo debía canalizarse hacia un entendimiento entre los republicanos y los socialistas:

Todo esto es muy bueno, pero insuficiente si los organismos y las cabezas directoras no aceptan la disciplina y la unidad de táctica que desgraciadamente se rompió hace tiempo, sin culpar personalmente a nadie.

O sea que Azaña reiteraba de nuevo que la República sólo podía mantenerse si se reconstituía la alianza política de los gobiernos de 1931-1933. Ese posible pacto vendría a ser un acuerdo semejante en cierta medida al llamado Pacto del Pardo entre Cánovas del Castillo y los liberales que dio estabilidad a la Restauración monárquica del siglo XIX. Aquí ha de señalarse que don Diego Martínez Barrio se equivocaba al indicar en su librito *Orígenes del Frente Popular Español* (Buenos Aires, 1943) que Manuel Azaña comprendió «tardíamente» —al escribir *La velada en Benicarló*— cuán necesaria era en 1935 una tregua entre los partidos de la derecha y de la izquierda republicana: es decir, en esencia entre Azaña de un lado y Lerroux y Alcalá-Zamora del otro. Mas en *La velada en Benicarló* Azaña se refería a la necesidad de un pacto exclusivamente entre republicanos y socialistas, pues él veía a Alcalá-Zamora y a Lerroux como residuos de la monarquía que no podían ser utilizados en el mantenimiento de la República.

Por otra parte, es también cierto que Martínez Barrio aludía a la situación creada en la primavera de 1935 por el visible desmoronamiento del Partido Radical y a ciertos gestos hacia Azaña de la derecha republicana para intentar establecer un gobierno semejante a los llamados «de gestión» en la fase predictatorial de la monarquía (1914-1923). En una carta a Prieto del 4 de marzo de 1935 decía: «no sé cuándo van a convencerse todos de que yo no soy político y de que no me da la gana de continuar la tradición de los partidos dinásticos». Ni tampoco quería prestarse a hacer de Niceto Alcalá-Zamora y Alejandro Lerroux los «blancos» de su ataque:

...no quiero ser el «antiNiceto» ni el «antiLerroux» Hay que mirar con mucho cuidado a qué se opone uno, sobre todo desde mi posición, que no es la de ustedes [los socialistas], representantes de un partido de clase...

Porque Azaña había pasado a ser entonces, en los mismos meses de 1935, una figura de enorme proyección nacional: y el «azañismo» era una fuerza política real y concreta, en contraste con 1931-1933. Esa posición política, sustentada en realidades humanas, le llevaba a reafirmar su deseo de moderación y de esfuerzo persuasivo. Así en su discurso del 20 de marzo de 1935 en las Cortes al defenderse de las acusaciones del Gobierno declaraba: «Eliminados nosotros, no tendría nadie autoridad ni medios de ejercer la función moderadora, parlamentaria y gubernamental, que corresponde a los republicanos de izquierda». En 1936 decía humorísticamente a un destacado político de la derecha católica: «Tienen ustedes que convencerse que la derecha de la República soy yo y ustedes unos aprendices extraviados.»

Hacia el fortalecimiento de los grupos republicanos de la izquierda moderada orientó sus esfuerzos políticos en abril de 1935 consiguiendo que tres partidos, la Izquierda Republicana (representada por Azaña), el Nacional Republicano de Felipe Sánchez Román, y la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, publicaran el 12 de ese mes un importante manifiesto de conjunción política. Esta coalición pasó además entonces a organizar una extensa campaña de propaganda, asignándose a Azaña los discursos y lugares más importantes: tal fue el origen de los discursos «en campo abierto» ante inmensas multitudes en Valencia, Bilbao y Madrid. En el mismo mes de abril, una vez organizada la coalición política mencionada, y tras un acuerdo personal entre Indalecio Prieto (figura prominente de la «derecha» socialista) y Felipe Sánchez Román, Azaña vio que dos fuerzas muy opuestas en su carácter y en su importancia entonces, los radicales «blasquistas» de Valencia y el Partido Comunista

querían adherirse a su posición de acción conjunta. A los primeros, acaudillados por el hijo de su «fundador», Sigfrido Blasco, los rechaza tajantemente, según relató a Indalecio Prieto:

Sigfrido me ha enviado un emisario explorador para saber si yo estaría dispuesto a conferenciar con él y a entendernos, ofreciéndome todo lo que tiene en Valencia... Me he negado, naturalmente, porque por grande que sea mi transigencia y por muchos sapos que yo deba tragarme, como usted dice, no llego a tanto.

Luego veremos cómo Azaña justifica ese rechazo en su discurso de Mestalla, el primero de la campaña «en campo abierto». En cuanto a los comunistas, advierte a Prieto que tienen poca importancia numérica y que además «espantarían a los electores y desnaturalizarían en perjuicio nuestro el carácter de la coalición [posible con los socialistas]». Añadía: «¿A dónde podemos ir nosotros, ni ustedes, con los comunistas?» Señalamos que Felipe Sánchez Román adoptará esta misma actitud al no querer participar en el llamado Frente Popular de 1936.

Los dos discursos de mayo de 1935 y de junio de 1936, en Valencia y Bilbao respectivamente, mostraron cómo para grandes masas populares Manuel Azaña era, sin posible duda, la esperanza más firme de la recuperación *republicana* de la República española. En el primero, reiteró su tesis de unidad con los socialistas, pero sobre todo (dado que hablaba en Valencia) su rechazo de todo compromiso con sectores del viejo radicalismo: «La coalición electoral de izquierdas no es lo mismo que la cantilena de la unión de los republicanos.» Había que «ensanchar la base de la República», pero sin entrar en *componendas* («con nuestra firmeza, con nuestra limpieza y transparencia de diamante o desaparecer»). Mas todo dependía de la muchedumbre —aquí volverá Azaña al tema de su memoria doctoral de 1900, *La responsabilidad de las multitudes*—, ya que sin su disciplina la República no podrá ser «restaurada». En el discurso de

Bilbao (o más exactamente Baracaldo, el 14 de junio de 1935), dando por conocidos sus conceptos de Valencia el mes anterior, y hablando a un auditorio mayoritariamente socialista, apunta sus palabras contra los extremistas de la izquierda: no puede haber «otro Pacto del Pardo» (y de esta alusión procedió sin duda la confusión de Martínez Barrio), mas ha de abandonarse toda «política de exasperación». En el mundo había, observaba Azaña, un comienzo de proceso revolucionario de carácter social, pero la República española debía situarse en el terreno de la «revolución pacífica».

La autobiografía como forma de acción

En el verano de 1935 Manuel Azaña acabó de escribir su libro *Mi rebelión en Barcelona*, que salió a la luz pública a mediados de agosto. Durante algún tiempo, antes de su publicación, tuvo dudas acerca de la conveniencia de darlo a conocer, «temiendo que lo utilizaran para atacar al régimen» (*Diario*, 1937). Mas estimó «preferible decir la verdad». Fue también un acierto político, a pesar de los temores que expresó en una carta a Indalecio Prieto —«Supongo que con esta obra acabaré de cerrarme... los «camino del poder», que no sería mala jugada tal como van las cosas»—, pues alcanzó cifras de venta extraordinarias (25.000 ejemplares en pocas semanas) para España. Fue, además, un libro de múltiples resonancias, ya que gustó tanto a los literatos como a los políticos. Uno de los libros más originales de toda la historia política y literaria de España, era manifiestamente el más adecuado por su materia a todos los talentos de Azaña: un memorial equiparable a los grandes clásicos del idioma que él tanto admiraba, Melo y su *Guerra de Cataluña* en particular. La materia era historia vivida por el autor y éste sabía narrarla, en contraste con lo que él mismo señalaba al comentar un libro del general Berenguer. Por otra parte, los gobernantes objeto de su

abrumadora acusación apenas son nombrados, quedando como disueltos y achicados por el desdén sereno de su antigua víctima. Mas este libro —que tiene sin duda algunas de las mejores páginas de la prosa de Azaña— debía su efectividad a la presencia de una personalidad total y no al de su carácter satírico o agorero. Porque junto a un relato que ponía en pie los fantasmas del pasado inquisitorial español, aparecen descripciones de paisajes donde se vierte toda la sensibilidad estética de Azaña y semblanzas humanas (como la de Carner) sin igual en las letras modernas españolas. Se fundían así armoniosamente todas las plumas de Manuel Azaña: la satírica-quevedesca, la del rigor lógico, la de la ironía medida, la paisajista «a lo Miró», la del retratista admirador y la del gobernante con capacidad ejecutiva. En suma, en este libro Azaña era finalmente él *mismo*. Más enteramente que en ninguno otro anterior (o añadamos posterior): y la decisión de publicarlo fue también un comprometerse ante sí mismo y ante los demás, un obligarse a ser el que siempre había querido ser, un político dedicado al bien de España. Que en los lectores —aún aquellos, seguramente bastante numerosos, a quienes resultara demasiado «culto» la prosa de Azaña —aumenta la admiración por las dotes gubernamentales del autor del libro no cabe dudarlo: es manifiesto que el Azaña que se desprende de las páginas de *Mi rebelión en Barcelona*, es un hombre en plena posesión de todos los recursos intelectuales necesarios para el gobierno. El libro ofrecía justamente una teoría del hombre de mando, que correspondía a la imagen de sí mismo que quería realizar Azaña.

Hombre formado para el gobierno

El capítulo IV contiene ese «autorretrato teórico» de Azaña, al señalar las visibles carencias de grandes políticos en la España moderna. Para Azaña la «virtud cardinal de la vida pública es la presencia de espíritu». Y ésta es el resultado de una «imaginación vigilante e instruida» que sabe «representarse de antemano el curso verosímil de los acontecimientos».

Para esta capacidad para la hipótesis se requiere también el saber aprovechar «los datos de la experimentación política, ajena y propia». ¿Y no está aquí, tras las palabras de Azaña, su constante interés, desde joven, en la historia política de otros países, y en particular de Francia, como depósitos, diríase, de saber político? Por otra parte, el problema del gobernante es el que señalaba en su conferencia bilbaína: [la] «parte principal de la acción política es transformar la muchedumbre en organismo». Aquí volvía también a la memoria doctoral de 1900, confirmándose el dicho de Briand (tan admirado por Azaña) acerca de cómo los grandes políticos realizan finalmente su «imagen primera» y retornan siempre a ese primer impulso. Citemos para comprobarlo dos textos, el primero de *Mi rebelión en Barcelona*:

Una muchedumbre se organiza con utilidad para sus propios fines cuando se revela a sí misma y se reconoce reflexivamente en el entendimiento de sus conductores. Quizás lo más arduo en el papel de conductor sea la obligación de realizar por cuenta de todos, pero arriesgándose él solo al fracaso, aquel esforzado discernimiento.

De la memoria doctoral de 1900 procede la siguiente observación sobre el carácter de las muchedumbres:

...no hay nada más fecundo en sorpresas para el ánimo del hombre de ciencia que el examen detenido del modo de ser de las muchedumbres... Notándose en ellas esas vacilaciones propias del que carece de un fin y objeto propios, [esa] facilidad de arrastrarlas en determinado sentido con una estratagema, con un desplante o con una frase de efecto...

Sin duda Azaña, al escribir las palabras recién citadas, tenía presente los episodios alcalaínos narrados en *Fresdeval* (su novela inacabada) y cómo en uno de aquéllos, su abuelo había podido dominar a

un grupo de liberales prestos a usar sus armas con una sola palabra («¡Firmes, milicianos!»). También recordaría el gesto de su antepasado y sus propios escritos la noche del 19 de febrero de 1936 cuando hubo de salir al balcón del Ministerio de Gobernación para calmar a la multitud congregada en la Puerta del Sol madrileña. En el *Diario* de 1936 escribía:

Santiago [el director de Seguridad en el Gobierno saliente] quería sacar la fuerza otra vez para despejar la plaza. Le dije que no. «Ya verá usted cómo se van tranquilamente», le dije. En efecto, a la una, como arreciaban los clamores salí al balcón... Conseguí con el ademán que se callaran. Llevándome un dedo a los labios les hice guardar silencio... No se oía una voz, no se movía nadie... Les dije unas cuantas palabras y les invité a disolverse pacíficamente... Media hora después no quedaba en la Puerta del Sol más que la circulación normal a tales horas.

Todos los textos citados muestran cómo Azaña operaba un conjunto de claros y arraigados conceptos de gobierno no exclusivamente fundados en una experiencia «libresca»: y esa garantía de hombre de «buen seso, formado para el gobierno» (como él decía de Carner) es la que ofrecía su libro *Mi rebelión en Barcelona*.

El temor a la victoria electoral

Tras el discurso de Azaña el 20 de octubre de 1935 en el campo de Comillas cercano a Madrid, los partidos republicanos de la oposición empiezan a prepararse para la contienda electoral que ya dan por cierta. En noviembre de ese otoño se constituyó el Frente Republicano por los tres partidos firmantes del manifiesto del 12 de abril anterior: Unión Republicana (Martínez Barrio), Partido Nacional Republicano (Sánchez Román) e Izquierda Republicana (Azaña). Al mes siguiente, el Partido Socialista decidió unirse a la nueva coalición y a principios de enero se

iniciaron las conversaciones para agrupar todas las fuerzas de la «izquierda» en una sola alianza con vistas a las elecciones para diputados a Cortes convocadas para el día 16 de febrero de 1936. El 15 de enero se firmó el acuerdo que unía a todos los partidos aludidos, excepto el de Sánchez Román, pues éste se negó a participar en una coalición electoral con los comunistas: el gran jurista reiteraba el punto de vista de Azaña en las cartas a Prieto antes mencionadas. Por otra parte, en el manifiesto del Frente Popular, los partidos republicanos dejaban constancia de sus marcadas diferencias en cuestiones de política económica y social con los partidos obreros: fue así un muy singular documento político, muy revelador de la trágica situación de la burguesía liberal europea ante las dos amenazas, la fascista y la comunista. Azaña y Martínez Barrio temían las consecuencias de una victoria abrumadora —bastante predecible semanas antes de las elecciones—, pues sabían que se producirían actos violentos en reacción contra las persecuciones del año anterior, en particular en las poblaciones y lugares donde los Ayuntamientos legítimos habían sido destituidos por el Gobierno. Azaña confesó entonces a Ossorio Gallardo sus temores (Ángel Ossorio, *Mis memorias*, Buenos Aires, 1946, p. 215):

Con toda mi alma quisiera tener una votación lucidísima, pero no ganar las elecciones de ninguna manera. De todas las soluciones que se pueden esperar, la del triunfo es la que más me aterra.

Recordemos que en *Mi rebelión en Barcelona*, Azaña, al relatar su dramática conversación con Lluhí el 6 de octubre de 1934, expone una creencia muy firme en él sobre las consecuencias de una victoria: «una de las cosas más arduas que hay en el mundo es administrar una victoria política». Los acontecimientos de febrero de 1936 dificultaron más de lo usual la administración de una victoria ya que el jefe del Gobierno saliente, Portela Valladares, no tuvo más pensamiento que abandonar el

poder rápidamente. Así el 19 de febrero de 1936 escribía Azaña en su *Diario*:

Ya tenemos ahí el poder para esta misma tarde. Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde... La gente quiere que gobierne yo. Y los que tal vez podían gobernar se quitan de delante. Conocen lo mismo que yo las dificultades de la situación y, otra vez, como en 1931, me tocará afrontar lo que a todos asusta.

Los temores de los hombres del Frente Republicano se habían verificado: «el acoso a los gobernantes republicanos —escribía Martínez Barrio en su librito de 1943 ya citado— fue la dificultad mayor con que se tropezó después de la victoria electoral de 1936». El ala izquierda del Partido Socialista, que podía frenar la impaciencia popular en muchas zonas de España se abstenía de hacerlo, esperando así facilitar el paso hacia una situación de mayor violencia: y ninguna moderación oían los afiliados a las organizaciones anarquistas. Azaña trataba de «calmar el desordenado empuje del Frente Popular», pero empezaba a sentir que sus esfuerzos serían inútiles. Trató de apelar nuevamente a la cordura de los políticos españoles en sus discursos del 3 y del 15 de abril en las Cortes, reafirmando su voluntad de esforzarse por establecer normas liberales de gobierno que permitieran hacer compatible la autoridad y la libertad. Azaña señalaba a los demás miembros del Congreso republicano —en un tono muy semejante ya al de los discursos de la guerra— que «había que condenar el desmán, la violencia, el terrorismo» practicados por unos y otros.

La postrera coyuntura de la paz

En su discurso del 3 de abril expresaba así su dolor al constatar que unos españoles deseaban diariamente la muerte de sus adversarios políticos:

...esto es indicio de una perturbación gravísima en el espíritu español, de una pérdida del sentido moral envenenado por las contiendas políticas... esa aberración del espíritu español que consiste en un eclipse total del sentimiento de la justicia y del sentimiento de la piedad.

Azaña se dirigía, al hablar en los términos citados, quizá más al lado conservador de las Cortes que a la izquierda. Cabría, incluso, preguntarse si esos dos discursos suyos en abril de 1936 no eran una petición de apoyo a sus mismos adversarios para tratar de contener el impulso de la izquierda revolucionaria. Azaña pedía a la burguesía española que supiera sacrificarse para evitar la violencia destructora:

Naturalmente, yo no voy a incurrir en el candor de aconsejar ni de esperar que una clase social se suicide, no; ninguna clase social se ha suicidado jamás. Pero es preciso también tener en cuenta que ninguna clase social jamás se ha dejado perecer en la desesperación y se presentará para los privilegiados de España la opción entre acceder al sacrificio o afrontar los efectos de la desesperación.

Azaña señalaba también en ese discurso cómo ya no había más posibilidad de cambios pacíficos sociales y económicos que los ofrecidos por su Gobierno liberal y parlamentario. Sus palabras de entonces vinieron a ser literalmente una profecía realizada:

Me permito observar que ésta es quizá la postrera coyuntura que tenemos no sólo del desenvolvimiento pacífico y normal de la política republicana y del asentamiento definitivo del régimen republicano en España, sino

también en el régimen parlamentario... Trabajemos por descifrar el destino de la República y sepamos leer que es paz y justicia social y pacificación moral del país y contienda civil con toda la acritud y violencia que las pasiones y los intereses quieran desencadenar entre nosotros, pero bajo la égida nacional española republicana, bajo la ley republicana.

Mas las palabras de Azaña no fueron escuchadas por ninguno de los bandos extremos. En su discurso del 15 de abril es manifiesto que Azaña veía ya muy cercano el comienzo de la catástrofe, pues la situación de España empeoraba diariamente. Así expresaba su aspiración a hacer todo lo posible por desterrar de la vida española el empleo de la violencia:

Lo que nosotros quisiéramos es que nuestra obra... [contribuyera] lo suficiente para que se desarraigara de entre nosotros la apelación cotidiana a la violencia física. Ya sé que estando arraigada como está en el carácter español la violencia no se puede proscribir por decreto; pero es conforme a nuestros sentimientos más íntimos el desear que haya sonado la hora en que los españoles dejen de fusilarse los unos a los otros.

Afirmaba que él no estaba dispuesto a «presidir una guerra civil», sino todo lo contrario: «más bien hemos venido con la intención de evitarlo». Motivado por esa aspiración prácticamente quijotesca, entonces Azaña aceptó la propuesta de su candidatura para la Presidencia de la República al quedar ésta vacante por la decisión de las Cortes de aplicar a Niceto Alcalá-Zamora una cláusula de la Constitución de 1931 que preveía la destitución del primer magistrado si éste ejercía con exceso su privilegio de disolución del cuerpo legislativo de la nación.

En el alcázar de la presidencia

Aquí entramos, por supuesto, en una debatida cuestión histórica: ¿fue Azaña el que tomó la iniciativa para pasar a la Jefatura del Estado,

esperando así tener más autoridad mediadora para impedir el desencadenamiento de la guerra civil? ¿O fue simplemente la víctima de una siniestra maniobra del ala izquierda del Partido Socialista con el fin de relegarlo a las «alturas» presidenciales carentes de función ejecutiva? Como Azaña, al parecer, no dejó ningún testimonio sobre esos meses —su *Diario* de 1936 sólo relata los sucesos del 19 y 20 de febrero— no podemos ofrecer una fidedigna versión «desde dentro» de ese trascendental cambio en su papel gubernamental. Tiendo, sin embargo, a dar considerable peso de verdad al siguiente relato que me hizo don Luis Araquistáin, poco antes de su muerte, en París. Según Araquistáin, el grupo extremista del Partido Socialista —en el cual él mismo era la cabeza más «pensante»— quería eliminar a Azaña de toda posición gubernamental de carácter ejecutivo, y de impedir asimismo que Prieto fuera nombrado primer ministro. De ese modo el Gobierno estaría en manos sobradamente incapaces para frenar a las masas o para calmar a las derechas y se precipitaría el paso a un Gobierno francamente revolucionario. La maniobra, según Araquistáin, fue muy sencilla de realizar: se «empujó» a Azaña hacia la Presidencia de la República, y cuando éste (como era de esperar) pensó en Prieto para sustituirle a la cabeza del Gobierno, se encontró con un veto absoluto de su propio partido, el Socialista. «Así los inutilizamos a los dos», me dijo el antiguo dirigente socialista, añadiendo: «¿No le parece a usted que fuimos unos bárbaros?» Debo también indicar que en 1960 repetí a Indalecio Prieto, en la ciudad de México, el relato de Araquistáin y su comentario fue el siguiente: «Algo de eso me sospechaba yo, pero nunca pensé que fueran tan maquiavélicos mis adversarios del Partido.»

Podría decirse ahora que, dada la situación actual de España, no deberían removerse esas viejas heridas y cuestiones, pero estimo que la historia y el futuro de la democracia española imponen un mismo imperativo de verdad. Por supuesto, muchísimos lectores dirán que no es suficientemente válido el testimonio oral de Araquistáin: ni aceptarán probablemente como cierto mi resumen de sus palabras. Señalo, sin

embargo, a unos y otros el texto que antes cité, procedente del artículo «La utopía de Azaña»: aquel consejo público a Azaña pidiéndole que se apartara de la política si no quería ser revolucionario da un cierto grado de verosimilitud a la maniobra que he relatado. He de añadir que Araquistáin y los extremos «caballeristas» de 1936 no creían, al actuar en los términos dichos, que iban a precipitar el comienzo de una guerra civil. Tenían absoluta fe en su capacidad para ocupar violentamente, pero rápida y victoriosamente, el poder gubernamental. Que Azaña no sospechó ninguna de estas sutiles y brutales maniobras es indudable: el 10 de mayo juró el cargo de jefe del Estado español creyendo todavía que había una esperanza de concordia antes del despeño hacia los desastres de una guerra civil.

Debo hacer ahora un breve inciso para recordar un hecho de sobra conocido: desde la victoria del Frente Popular grupos políticos muy diversos orientaron sus esfuerzos hacia la destrucción institucional de la Segunda República. Sobre esto no hay duda alguna: los testimonios de los conspiradores abundan y dan todos los detalles que necesita el historiador. Pero para el esbozo de biografía política de Azaña «desde dentro», que hacemos aquí, no es necesario tomar en cuenta los hechos aludidos porque eran desconocidos para él. Muchos lectores dirán que Azaña fue excesivamente ingenuo al no dar importancia a los informes que algunos amigos le facilitaron en esa terrible primavera de 1936: mas esos datos no desempeñaron un papel equiparable al de las acciones y actitudes de la extrema izquierda en la preocupación agónica de Manuel Azaña. Debemos añadir también que para precisar el drama de Azaña durante la guerra civil ha de tenerse presente su relación con la izquierda revolucionaria en la primavera de 1936: sobre los «otros» no podía tener efecto su actitud. Azaña sentía justamente que su función de verdadera «derecha de la República» había sido rechazada por los hombres que prepararon el rompimiento bélico de julio de 1936. Al empezar la guerra vio que su única posibilidad de acción era la muy limitada de constituir un

freno simbólico para la violencia revolucionaria. Veremos ahora cómo Azaña interpretó su papel en la gran tragedia española de 1936-1939.

LOS ESPAÑOLES EN GUERRA

Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria, mas pues que la fortuna me ha traído a referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin, una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavía yo procuraré contar a la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con toda claridad, cuidado y observación..., aunque la materia sea triste.

FRANCISCO MANUEL DE MELO, *Guerra de Cataluña* (1645).

Pocos hombres de Estado en la historia moderna euro-americana habrán legado a sus compatriotas una variedad de testimonios sobre un suceso capital de su nación como Manuel Azaña: porque contamos con cuatro géneros de escritos suyos sobre la guerra civil española. Y aunque todos concuerdan esencialmente en reiterar una misma tesis, reflejan también muy directamente las distintas fases de la guerra y de la tragedia personal de Azaña: la alocución del 23 de julio de 1936, al cual sigue el discurso del 21 de enero de 1937 y a éste *La velada en Benicarló*, escrita en abril de ese año. Tras esta obra se inicia el llamado *Cuaderno de La Pobleta* (diario y memorias, de mayo a diciembre de 1937). Los discursos de julio en Valencia y de noviembre en Madrid deben intercalarse, diríamos, dentro de ese relato continuo que es el *Cuaderno de La Pobleta*. Del mismo modo, el discurso de julio de 1938 ha de leerse en relación con el llamado *Cuaderno*

de Pedralbes (Barcelona), redactado entre el 22 de abril de 1938 y el 19 de enero de 1939. Finalmente, las cartas de 1939-40 constituyen otra clase de testimonio, junto con los artículos de la contemplación a *posteriori* de la guerra, sus causas, desarrollo y desenlace. Hay un hueco considerable en los textos del diario de Azaña entre febrero de 1936 y enero de 1937, y puede suponerse que apenas escribiera en el transcurso del año más trágico de su vida: al menos nada relativo a todos esos meses ha sido hallado entre los papeles y documentos conservados por su familia.

Contad conmigo para lo que es la ley

Desde el principio de la guerra civil Manuel Azaña consideraba que la República, tal como él la concebía, había fracasado; porque el régimen republicano representaba, como había dicho en sus últimos discursos ante el Parlamento, la única posibilidad de convivencia pacífica de los españoles. El 19 de julio de 1936 Azaña pidió a Martínez Barrio que constituyera un Gobierno que intentara negociar ese mismo día: más el Gobierno de Martínez Barrio —tras el rechazo por parte del general Mola de todo intento de reconciliación— fue sustituido por el presidido por el profesor José Giral, de Izquierda Republicana, hombre de probada integridad política y de ánimo resolutivo. El nuevo Gobierno facilitó inmediatamente armamento a las organizaciones políticas y sindicales de Madrid y de las demás capitales leales a la República y empezó a organizar la resistencia. Se dirigió también al Gobierno francés solicitando el cumplimiento de una cláusula (relativa a la obligación española de adquirir material de guerra en Francia) del tratado comercial existente entre las dos naciones vecinas, y envió a don Fernando de los Ríos a entrevistarse con León Blum y otros gobernantes franceses. Puede decirse que entre el 23 de julio —cuando Blum y su ministro de Relaciones Exteriores, Yvon Delbos, fueron a Londres a examinar con el Gobierno inglés y con representantes de Bélgica la situación creada por la violación

nazi de los Tratados de Versalles y de Locarno (ocupación militar de la Renania)— y la reunión del Consejo de Ministros francés el 25 de julio a las cuatro de la tarde (Fernando de los Ríos conversó largamente con Blum antes de la reunión ministerial) se decidió en gran medida el destino de la República española: Francia se negaba a ayudar explícita y rápidamente al Gobierno republicano. La alocución de Azaña, pronunciada a la medianoche del día 23 ante los micrófonos de Radio Nacional, apuntaba sin duda a la opinión internacional y aspiraba a reforzar los argumentos de Fernando de los Ríos en París. Indicó que, no obstante su obligación presidencial de guardar silencio —«... el mutismo y la reserva a que me obliga mi función presidencial...»—, quería dirigir sólo unas palabras de aliento y gratitud a los defensores de la legalidad republicana. Azaña esperaba todavía que los Gobiernos de los países democráticos (Francia e Inglaterra en particular) facilitaran a la República española los elementos necesarios para su defensa. Pero hacia finales de julio era ya patente que iban a prevalecer los esfuerzos de los partidarios de la política de no intervención. El 1 de agosto el Gobierno francés envió a Londres el proyecto de acuerdo internacional para no intervenir en la guerra de España. El 6 de agosto hizo publicar Azaña en el diario de la capital francesa, *Paris-Soir*, una declaración suya —el periódico parisino reprodujo el texto manuscrito del propio Azaña para realzar su autenticidad— apelando implícitamente a las naciones democráticas:

Pero el 9 de agosto el Gobierno francés decretó el embargo de todo el armamento comprado por España. Para Azaña apenas quedaba ya esperanza de victoria republicana: la guerra sólo podía concluir favorablemente a la República si contaba con la ayuda de los países democráticos.

La noche triste de agosto

Para el presidente la continuación de la guerra era además el retorno a la

tradicional violencia fratricida de los españoles, al odio destructor de sí mismos y de sus hermanos de nación. En uno y otro lado se asesinaba noche tras noche a miles de personas. El vocablo tan español de paseo adquirió de pronto el mismo significado que en el mundo de los *gangsters* norteamericanos: éstos, en la década de sus guerras intestinas (1923-1933) y de sus mutuas ejecuciones, dieron una nueva y siniestra acepción a la palabra *ride* («paseo en automóvil»), difundida luego por las películas. En las regiones de la España republicana, en los meses iniciales de la guerra, el Gobierno presidido por el doctor Giral trató con los escasos medios de autoridad disponibles de impedir los «paseos». Azaña apoyaba al jefe del Gobierno en todos sus esfuerzos para salvar vidas; así salvó, por ejemplo, a agustinos de El Escorial, algunos de los cuales fueron trasladados a Francia por el Gobierno republicano.

El momento más terrible de ese verano de 1936 —y una de las heridas psíquicas más profundas de toda la vida de Azaña— corresponde a los asesinatos de la Cárcel Modelo de Madrid a mediados de agosto de 1936. Recordemos que, al conocerse en Madrid las ejecuciones en masa de Badajoz —y sufrir los barrios populares de Madrid uno de los primeros bombardeos aéreos—, grupos de milicianos penetraron en la Cárcel Modelo y asesinaron en condiciones particularmente horribles a numerosos hombres destacados de los partidos conservadores, entre ellos Melquíades Álvarez, el antiguo jefe del Partido Reformista (el partido de Azaña hasta 1923). Recordando ese terrible suceso —que tuvo consecuencias muy perjudiciales para la República española fuera de la Península— escribía en su *Diario* casi dos años más tarde:

Primeras noticias del suceso: mazazo. La noche triste: problema, en busca de mi deber. Desolación... Insondable tristeza. Por la tarde lágrimas del presidente del Consejo [Giral].

El antiguo tema suyo de la relación entre la muchedumbre y el político volvía a tener vigencia, ahora trágica. Tengamos también presente que el tema de su memoria doctoral era precisamente el de la «multitud delincuente». ¿Y no recordaría en esa noche triste algunas de sus propias palabras en *La responsabilidad de las multitudes*?:

La historia está llena de ejemplos que demuestran que, cuando un pueblo indignado por alguna acción injusta ha acudido a pedir su reparación, ha bastado la prudencia de una persona de prestigio, la simple promesa de acceder a lo pedido para pacificar a las turbas. Ahora bien, ¿a quién se le hubiera ocurrido calmar con discursos y buenas palabras a los degolladores de 1834 [en Madrid] ya citados? Los asesinos e incendiarios de 1870 en París, entregados con furor salvaje a su obra de destrucción, ¿podían ser obligados a cambiar su conducta por otro procedimiento que el de la fuerza?

Azaña pensó entonces que su deber moral era presentar su renuncia y abandonar el territorio nacional. El Gobierno inglés decretaba además, el 19 de agosto, la prohibición de vender armas a los españoles de uno y otro campo: para Azaña esa decisión hacía ya totalmente imposible la victoria republicana.

En esas circunstancias algunos amigos llamaron a Ángel Ossorio y Gallardo, amigo probado del presidente y hombre de gran expansividad jovial, para tratar de persuadir a Azaña que permaneciera en su puesto. Su argumentación fue muy sencilla e irrefutable: «En el otro lado mueren muchos fusilados con el nombre del presidente en los labios.» Desde ese momento Azaña sabe que está prisionero de su misma condición de símbolo republicano. Recordemos que en su conferencia de Bilbao (1934) y en declaraciones posteriores había indicado cómo el peligro mayor que acecha al político es dejarse tentar por la «máscara» de sí mismo que le ofrecen sus seguidores. Decía que éstos tienden a «caricaturizar»

(positivamente) al político y que se produce así una simplificación de un hombre y de una obra. Ahora, en esa noche triste de 1936, tras las palabras de Ossorio, Azaña veía probablemente en un lejano horizonte su figura resumida en el postrer «¡Viva Azaña!» de un republicano que caía para siempre ante el pelotón homicida: ya no era una «caricatura» lo que le ofrecía la muchedumbre, era un grito último de adhesión definitiva, un querer dar sentido a una inicua muerte. De ahí que permaneciera en su puesto, obligado a no defraudar en las noches de sus muertes a los hombres que le habían seguido y en él habían creído.

Podría decirse, como se ha hecho, que la posición de Azaña durante la guerra —y esas mismas dudas de agosto de 1936— eran en sustancia semejantes a las de los intelectuales que habían emigrado al iniciarse la guerra y que constituían la llamada «tercera España», puesto que rechazaban la violencia y se apartaban del conflicto español. Pero es manifiesto que Azaña sentía un marcado desprecio por los hombres de esa «tercera España» (incluyendo también a los que se habían situado públicamente en el lado republicano, pero que habían abandonado el territorio nacional), porque veía en ellos a los desertores de la causa que ellos mismos habían fomentado con sus prédicas. Yo me arriesgaría incluso a resumir en los siguientes términos la argumentación condenatoria de esos intelectuales: la guerra de España tenía su origen inmediato en la sublevación militar, pero la resistencia popular tenía su principio moral en las lecciones de dignidad humana que aquellos maestros habían dado a su pueblo y nación. En el siglo XIX no puede producirse un gesto de defensa semejante al del pueblo español de 1936 porque no había habido preparación ideológica de las masas populares. En suma, muchos de los hombres que habían «despertado» al pueblo español habían literalmente huido al iniciarse la guerra: aunque es probable que en muchos casos estuvieran en situación de peligro, dada la carencia de elementos de autoridad en el Gobierno republicano. Tampoco debe olvidarse que los intelectuales suelen «espantarse» cuando ven la violencia

popular (incluso si ellos mismos la han fomentado); ni podemos igualmente soslayar el hecho muy sencillo de la cobardía física, quizá «deformación profesional», de muchos hombres de letras. Todo ello hace resaltar más la figura de dos intelectuales que, sintiéndose en marcada soledad en la España republicana, optaron por padecer el común destino: Julián Besteiro y Manuel Azaña. A los dos se les puede reprochar esta o la otra falla política, mas sin duda salvaron el prestigio moral de su generación, la de 1914, la que un día soñara con la gobernación intelectual de España.

No hay dos modos de organizar un ejército

El 4 de septiembre de 1936, tras la ocupación de Talavera, renunció el doctor Giral a la Jefatura del Gobierno republicano y fue sustituido por Francisco Largo Caballero: frente a la oposición de Azaña, que quería mantener un Gobierno exclusivamente republicano, se incorporaron dos ministros comunistas. El 9 de septiembre se reunía en Londres el Comité de No-Intervención y el día anterior quedó prohibido en Francia el paso de armas hacia España. Azaña siente entonces que la guerra está perdida para la República, pues el llamado «Gobierno de la victoria» había definitivamente «asustado» a las potencias de la Europa occidental: y carecía además de un presidente verdaderamente capaz de dirigir una empresa de tal magnitud política y militar. Un amigo que le visita entonces encuentra a Azaña «tan consternado como revejido y abatido» (Juan José Domenchina, antiguo secretario particular suyo). El 28 de septiembre Toledo fue ocupado y a mediados de octubre Azaña se trasladó a Barcelona. Allí le fue notificada la modificación ministerial del 4 de noviembre de 1936, que daba entrada en el Gobierno republicano a los representantes de las organizaciones anarco-sindicalistas: Azaña juzgó que era un error muy considerable y dejó constancia de su protesta «más

airada». En esos días se inició el ataque a Madrid y poco después el Gobierno republicano se estableció en Valencia.

En enero de 1937 el presidente se trasladó a la nueva capital republicana para pronunciar el primero de sus grandes discursos de la guerra. Recordemos que Azaña habló pocos días antes de la caída de Málaga (8 de febrero) y del comienzo de la ofensiva del adversario en el Jarama (6 de febrero). La primera era una prueba de la incapacidad de las milicias de partidos para la guerra prolongada, la segunda iba a mostrar cómo el nuevo ejército republicano, con disciplina y organización jerárquica de los mandos, podía actuar en grandes batallas. El discurso de Azaña, pronunciado antes de los dos episodios militares mencionados, fue un llamamiento a hacer de la disciplina militar uno de los objetivos fundamentales del Gobierno republicano: su posición era, en verdad, idéntica a la de los comunistas que, frente a la identificación anarquista de guerra y revolución, habían pedido desde el verano de 1936 el concentrarse en los métodos militares que permitieran hacer frente al ejército profesional del enemigo. «No hay dos modos de organizar un ejército», decía Azaña. Su crítica de la actitud y de los modos de acción de los anarquistas fue más directa al referirse a la necesidad de acabar con «la sinrazón de la ametralladora y la dictadura de la pistola». Para Azaña era menester eliminar los que él llamaba «nuevos caciques»:

... hay que guardarse de que reaparezcan en tiempos de perturbación y de creación como los actuales los vicios más repugnantes y desacreditados de nuestra vieja política. Yo he visto por ahí que renacen los caciques... En vez de llevar en el bolsillo una carta de recomendación, lo que hacen es llevar un fusil al hombro; pero que no son más valientes por muchos fusiles que lleven. Eso es una especie de caciquismo e indisciplina en cuya extirpación hay que ayudar al Gobierno de la República.

Al referirse así a la posible victoria y al temor de verse la República dominada por los nuevos jefes militares, apuntó Azaña de nuevo implícitamente su palabra crítica hacia los partidarios del «estilo miliciano» de hacer la guerra:

No íbamos a sustituir el antiguo militarismo oligárquico y autoritario por un militarismo demagógico y tumultuario más funesto que el otro y más eficaz todavía en el orden profesional.

Era lógico que Azaña adoptara la misma política —en cuanto a la conducción misma de la guerra— que los comunistas y que el grupo socialista de Prieto y Negrín. Es más, puede decirse, con toda objetividad, que todos los hombres con cordura habían forzosamente de reclamar ante todo una política de guerra, y, por mucho que los defensores de la posición anarquista puedan argüir, era evidente que el prestigio creciente del Partido Comunista a partir de septiembre de 1936 se debía a que la gran mayoría de los españoles de la zona republicana veía en su disciplina y su eficacia una garantía de orden y de seguridad.

Mas entre la posición de Azaña y la de los comunistas, no obstante su identidad en cuanto a afirmar la primacía del «orden», mediaba una considerable distancia: porque para los comunistas se trataba de «hacer la guerra» y para Azaña se aspiraba a obtener lo antes posible la paz en España. El presidente no podía pensar en una victoria sobre sus compatriotas enemigos:

... cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma no se triunfa personalmente contra compatriotas... Cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España.

¿Recordaría Azaña, gran lector de clásicos españoles, la siguiente sentencia de Pedro de Espinosa, en su *Pronóstico judicial* (1627): «En la guerra civil todas las cosas serán desdichadas, mas ninguna tanto como la victoria»? ¿Había contradicción, por otra parte, en apoyar la posición de los comunistas y del grupo Prieto-Negrín y esperar una posibilidad de paz negociada? Sin duda esta contradicción llevó a la ruptura de Azaña con los comunistas y particularmente con Negrín en 1938, como hemos de ver a continuación; pero en los primeros meses de 1937 —recordemos que en el mes de marzo sufren los llamados voluntarios italianos el enorme descalabro de Guadalajara— Azaña sentía que la posición militar de la República permitía concebir esperanzas de un acuerdo internacional que facilitara la terminación de la guerra.

Los diálogos de Benicarló

Azaña regresó a Barcelona tras su discurso de enero en Valencia y en los últimos días de abril concluyó *La velada en Benicarló*, publicada en Buenos Aires en 1939 y en versión francesa en París ese mismo año. Conviene ahora situar esta originalísima obra dentro de la cronología de los textos de Azaña referentes a la guerra de España. Señalemos que el título de *La velada en Benicarló* fue sugerido sin duda a Azaña por el palacio de Benicarló en Valencia (el antiguo palacio de los Borja, luego propiedad del marqués de Benicarló y sede de la Presidencia del Consejo durante la estancia del Gobierno en Valencia) y por la pequeña ciudad costera del norte de la provincia de Castellón de la Plana, donde solía entrevistarse con el jefe del Gobierno en el Parador Nacional de Turismo desde el principio del invierno de 1936-1937. El libro fue escrito en Barcelona tras una larga estancia de Azaña en la capital catalana (desde octubre de 1936) en una situación de poca comunicación con las autoridades del Gobierno catalán. Añadamos que, como ya indicamos antes, Barcelona era la tradicional «ciudad de las bombas» y el baluarte

fundamental del anarquismo ibérico; en ese sentido era el lugar menos adecuado para Azaña, pues para él la perspectiva que podía ofrecer Barcelona era, por así decirlo, totalmente desanimadora. Un hombre con mejor salud y más energía psíquica —y recordemos que Azaña tenía entonces cincuenta y siete años y poca salud— hubiera sufrido al ver cómo la gran capital catalana había quedado prácticamente paralizada por la tensión entre anarquistas y comunistas. De ahí que convenga recalcar que *La velada de Benicarló* es un documento parcial de una fase de la guerra de España, de la fase que concluye justamente con la insurrección anarquista de los primeros días de mayo de 1937. No es estrictamente un documento histórico, sino el testimonio de un espectador angustiado ante el terrible drama de España. El novelista alemán Ernst Jünger ha dicho que a veces una novela es más importante que una batalla para la historia de un pueblo, y, sin duda, *La velada de Benicarló* permanecerá en la historia de España cuando se hayan olvidado todas las batallas de la guerra de España. En primer lugar, porque es el único libro español, con altura literaria y, por lo tanto, de nivel universal, equiparable a esos libros de nuestro tiempo que han dejado constancia de la violencia de las revoluciones y de la gran amargura del siglo XX. Para fijar su originalidad, tanto literaria como histórica, habría que situarlo en ese conjunto que forman Martín Luis Guzmán (gran amigo de Azaña), André Malraux y Arthur Koestler, entre otros. Azaña escribe con el mismo propósito que muchos de ellos. Puesto que vivimos en el siglo de la mentira, de las grandes mentiras y del engaño cotidiano del hombre por los Gobiernos de aquí y de allá, el escritor sólo tiene una posibilidad de acción: decir, gritar la verdad, salvar la verdad. Por eso puede decirse con Aldo Garosci que *La velada en Benicarló* es a la vez un acto de desesperación y un acto de fe. En contraste con *Mi rebelión en Barcelona* —que era un libro orientado hacia la acción—, este «diálogo» es una «memoria de ultratumba», sentado ya su autor sobre su propio féretro: Azaña sabía que su vida propiamente

política había terminado y quería sobre todo apuntar a los españoles del futuro.

La hora de Juan Negrín

El 3 de mayo de 1937 se inició en Barcelona la lucha armada entre anarquistas (apoyados por los trotskistas y grupos afines) y comunistas, que tanta importancia tendría en el curso de la contienda española y de tan variadas repercusiones internacionales más adelante. Manuel Azaña se encontraba en Barcelona. El día 7 fue rescatado el presidente por las fuerzas del Gobierno enviadas a Barcelona y esa misma mañana llegó al aeropuerto de Valencia. Allí le esperaba el Gobierno, coincidiendo además con Julián Besteiro, que iba a emprender vuelo hacia Londres. Antes de abandonar el aeropuerto (mientras el Gobierno le esperaba), el presidente de la República sostuvo una larga conversación privada con Besteiro, reiterándole su deseo de que hiciera gestiones en Inglaterra para facilitar algún género de negociación con los adversarios. Al instalarse luego en Valencia recibió en seguida muchas visitas, encontrándose de nuevo en el centro mismo de la vida política de la España republicana. Resumía así, en el *Cuaderno de La Pobleta*, sus impresiones de ese día:

Lo averiguado en tantos coloquios era esto: republicanos, socialistas y comunistas estaban convencidos de que la situación [política] no podía prolongarse. Los comunistas iban a darle la batalla a Largo Caballero... Disentían de su política de guerra y de su política de orden público... Los sucesos de Barcelona habían colmado la alarma de estos partidos [socialistas, comunistas y republicanos]. Era el camino de la catástrofe. Los comunistas, y sobre todo los socialistas, insistían en el fracaso de las sindicales medidas a gobernar.

Azaña veía, por lo tanto, confirmadas sus advertencias del verano anterior, y en particular las de septiembre de 1936, cuando se había esforzado por cerrar el paso al acceso al poder de Largo Caballero.

Por otra parte, volver a la capital administrativa de la España republicana fue para Azaña un recobrar confianza en su propia significación y en su propio juicio: «Al cabo de los meses quienes levantaron a Largo Caballero y admitieron a la F.A.I. no pueden soportarlos y acuden a mí para que resuelva la dificultad.» También ese mismo 7 de mayo acudió a ver al presidente el jefe del Gobierno, Francisco Largo Caballero, que, a su vez, expuso sus propias dificultades con los comunistas, mostrando tajantemente su desdén y temor hacia ellos. Pocos días más tarde, el 13, a las diez y media de la noche, Largo Caballero pidió ver con urgencia al presidente. Fue inmediatamente recibido y, tras relatar el desenlace del violentísimo Consejo de Ministros recién celebrado —la ya famosa salida del salón ministerial de los ministros comunistas—, el político socialista presentó su dimisión. Azaña no la aceptó de momento y escribió en su *Diario*, para explicar el anticomunismo del que había sido llamado no hacía mucho «Lenin español»:

Se desató contra los comunistas. La razón de su hostilidad era que Largo Caballero se había negado a disolver el P.O.U.M., como ellos pedían, después de los disturbios de Barcelona.

Azaña se esforzó por conseguir que Largo Caballero siguiera en el poder para preservar la continuidad republicana, pero el día 15 era ya evidente que la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista no apoyaba al gobernante dimisionario. Dos días más tarde Azaña dio el encargo de formar nuevo Gobierno al doctor Juan Negrín. Así explicó en el citado *Cuaderno de La Pobleta* su decisión:

Decidí encargar del Gobierno al ministro de Hacienda don Juan Negrín. El público esperaba que fuese designado Prieto. Juzgué que Prieto estaría mejor al frente de todos los ministerios militares reunidos en su mano para los que fuera de él no había candidato posible. Teniendo Prieto una función importantísima que cumplir, adecuada a su talento y a su representación política, me pareció más útil aprovechar en la Presidencia las cualidades de Negrín.

El doctor Negrín era, como es muy sabido, el candidato de la Unión Soviética y de los comunistas: mas no puede afirmarse que Azaña estuviera simplemente plegándose a la voluntad ruso-comunista (¡ni tampoco, añadamos, el doctor Negrín!). Pensar en Juan Negrín como el hombre más capaz para la enorme empresa de la Jefatura gubernamental republicana era —tanto para Manuel Azaña como para numerosísimos españoles republicanos con cargos de responsabilidad estatal— la consecuencia más lógica del cotejo de nombres y capacidades disponibles para tal cargo en aquella España: que los comunistas hicieran de Negrín, en 1937, el paladín de la nueva política de guerra y de eficacia gubernamental no añadía ni quitaba peso histórico a la patente evidencia de 1937. Esa evidencia fue reconocida por el presidente Azaña al solicitar de Negrín que constituyera un nuevo Gobierno a mediados de mayo de aquel año: de ahí que el Gobierno presidido por Negrín fuese acogido «con satisfacción general», como anotaba Azaña en su diario.

La gente ha hecho ¡uf! Se espera de él energía, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales en la vida pública, apabullamiento de la indisciplina... El Gobierno arreglará pronto el desbarajuste de la retaguardia. Es lo más doloroso, lo más urgente.

Empezó así con los mejores auspicios la primera fase de un nuevo drama, el de la relación entre el jefe del Estado republicano y el nuevo presidente del Consejo de Ministros. Los dos eran hombres de rigurosa

formación profesional —aunque los estudios legales de Azaña y los de fisiología de Negrín representaban en muchos aspectos dos polos casi opuestos de la cultura occidental; recordemos también que Azaña había hecho estudios pos-graduados en Francia y Negrín, en cambio, era graduado de una universidad alemana —y en ambos prevalecían los móviles del patriotismo sobre toda inclinación política partidista.

Sin embargo, estos dos grandes españoles, de cuya colaboración tanto podía esperarse, no acertaron a comprenderse. Baste señalar ahora muy rápidamente las dos fases del aludido drama Azaña-Negrín. La primera corresponde a los siete meses que mediaron entre el acceso al poder gubernamental de Juan Negrín (15 de mayo de 1937, con Indalecio Prieto a la cabeza del ministerio director de las actividades bélicas) y el 15 de diciembre del mismo año, cuando se inició la ofensiva contra Teruel (que al ser ocupado por el ejército republicano se tornó símbolo victorioso para Prieto). Son meses de confianza política para Azaña, no obstante su convencimiento de la imposibilidad de una solución militar favorable a la República: sus dos discursos de ese período (el del 18 de julio en Valencia y el del 13 de noviembre en Madrid) contrastan notablemente con el tono del primero de 1937 y del único de 1938. Diríase incluso que fueron discursos «ministeriales», como él mismo dijo a Negrín tras pronunciar el de noviembre en Madrid: «Esta tarde he hecho el discurso ministerial que otros no hacen.» El de julio en Valencia correspondía al impulso definidor del Gobierno de Negrín en política interior, al afán por acabar con todos los restos de la ineficacia y del predominio «revolucionario» de «caballeristas» y anarquistas. Así Azaña insistía en la necesidad de eliminar la «espontaneidad» y de hacer de la disciplina y el cuidado técnico los instrumentos primeros del Estado republicano —«nadie puede fiar nada a la improvisación... No se logra nada con algarabías ni gritos, sino con esfuerzo silencioso, unas veces muscular y otras mental, y siempre de tensión moral»—, añadiendo el siguiente comentario admonitorio, de tono muy similar al del Azaña de la preguerra:

...no exageraré nada si digo que todavía quedan demasiadas ranas parlantes en los charcos de la retaguardia y yo concibo que más útil que suprimir a las ranas es suprimir los charcos con lo que las ranas no tendrán donde vivir... [Hay todavía] demostraciones de frivolidad o de vanidad que, si quedase un adarme de sentido y de responsabilidad en algunas cabezas, les haría sonrojarse de vergüenza... Todo esto debe desaparecer y ser corregido...

Azaña se sentía entonces respaldado por el Gobierno en su insistencia en hacer que funcionaran normalmente las instituciones estatales —«Nadie es más sensible que yo al desbarajuste, a la indisciplina..., al incumplimiento de las obligaciones», decía en el discurso de Madrid el 13 de noviembre de 1937—, y sentía que la República volvía hacia sus cauces políticos de la preguerra:

Hay otra vez una República, una República con sus tres colores y ninguno más. Y mientras la República la presida un demócrata y un republicano no habrá otra cosa en la República.

Pocas semanas después del discurso citado se inició la ofensiva del frente de Teruel (15 de diciembre de 1937): todo parecía indicar que la capacidad ejecutiva de Indalecio Prieto había hecho del ejército republicano un verdadero instrumento bélico moderno. Un antiguo amigo y muy cercano colaborador del presidente Azaña, el general Hernández Saravia, mandaba los cuerpos de ejército encargados de la ofensiva principal: podía, pues, decirse que el éxito de las operaciones militares y de los jefes republicanos confirmaban las advertencias de Azaña al principio de la guerra. Mas la batalla de Teruel cambió de signo a mediados de enero de 1938 y en la primera semana de febrero se transformó en una gran derrota con pérdidas muy cuantiosas para el ejército republicano. Los comunistas iniciaron entonces su campaña contra Indalecio Prieto —apro-

vechando sin duda la pérdida de prestigio del gobernante socialista tras el fracaso de Teruel y el desastre militar subsiguiente en Aragón y en la costa levantina—, que culminó el 5 de abril al reorganizarse el Gobierno, quedando en manos de Negrín el ministerio de Defensa.

Paz, piedad y perdón

Desde la salida de Prieto del Gobierno hasta su paso a Francia el 5 de febrero de 1939 el presidente Azaña (que se había trasladado a Barcelona en los primeros días de diciembre de 1937, siguiendo al Gobierno instalado allí desde el mes anterior) consideraba que era prácticamente un prisionero del doctor Negrín. En el *Cuaderno de Pedralbes* narra una de sus conversaciones con el jefe del Gobierno el 22 de abril de 1938:

Desde el 18 de julio del 36 soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36 un presidente desposeído. Cuando usted formó Gobierno creí respirar y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme... Me aguanto por el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable. Lo demás, vale poco.

A partir del 2 de mayo las anotaciones de Azaña en su *Diario* son mucho más breves que las de meses y años anteriores y muestran su temor al jefe del Gobierno: el doctor Negrín quería, según creía Azaña, «aislarme, quedarse solo como único presidente posible, encerrarme». Sin embargo, en el verano, el 18 de julio de 1938, pronunció uno de los discursos más notables de toda la historia política española moderna. Azaña sabía, sin duda, que hablaba para la posteridad y que había de dejar en las palabras de ese día una lección utilizable en un mañana quizá no muy lejano de su patria. Mas es también patente que pensaba en los hombres del «lado» opuesto esperando despertar un sentimiento de compasión hacia los que iban a ser derrotados. Así lo declaró a Roberto

Escribano en una carta del 25 de enero de 1940: «La segunda parte de este discurso [18 de julio de 1938], aunque dirigida a los enemigos, no dejaba de comprender también a los amigos.» El mensaje de Azaña —paz, piedad, perdón— correspondía enteramente a todos sus esfuerzos desde principios de 1934 y cerraba con perenne patetismo el ciclo de su oratoria política: el presidente reflejaba perfilada para siempre la imagen de su dolor ante la guerra. Parecía incluso que en aquella hora histórica, casi final de su trayectoria biográfica, Manuel Azaña —mostrándose la extraordinaria continuidad de su pensamiento político— resumiera en tres palabras de paz la conclusión de su tesis doctoral del año 1900, cuando acaba de cumplir veinte años:

Los fusilamientos en masa al ahogar en sangre los crímenes de las muchedumbres no producen más efecto que un terror malsano que a la postre se convierte en odio hacia los que lo han causado, y el pueblo, lejos de ver en el poder que le gobierna un guía y su defensa natural, ve sólo en tales casos un delincuente más que a mansalva se entretiene en causar tremendos e irreparables daños.

LA PRESENCIA REAL DE ESPAÑA

Sopla en toda la Tierra
el mismo viento que se llevó tu casa
LEÓN FELIPE (1939)

El décimo y postrer sexenio de la vida de Manuel Azaña (1934-1940) coincidió exactamente con la etapa final de uno de los más coherentes «mundos históricos» de la humanidad: el siglo y medio entre la Revolución francesa (1789) y la iniciación de la Segunda Guerra Mundial (1939). Entre esas dos fechas habían dominado en la Europa continental el conjunto de principios de convivencia humana que se suelen condensar en la expresión «civilización liberal». No mantenemos, por supuesto, que en esos ciento cincuenta años estuvieran ausentes de la tierra europea la violencia y la opresión —baste recordar cómo fueron masacrados los *communards* parisinos en 1871—, mas es patente que las actitudes humanas más representativas de ese «mundo histórico» se cifraban finalmente en la creencia (en su sentido orteguiano de sustentación psíquica cotidiana de ideas y actos) en la fuerza del progreso histórico y en la desaparición del Sino y del Mal. Quienes aludieran a fatalidades incoercibles o a presencias demoníacas —ya fuera en el París de la *belle époque* o en el Madrid de Cánovas del Castillo— eran manifiestamente gentes de poca ilustración o de proclividades arcaizantes. La historia estaba totalmente dentro de la jurisdicción dinámica del hombre, seguro «novelista de sí mismo», y todo lo demás era simplemente tema para las risibles consejas de los

reaccionarios (a veces excomulgables) descendientes de Joseph de Maistre y del extremoso marqués de Valdegamas.

Pero ese mundo histórico empezó a derrumbarse en el terrible verano de 1934; para ser precisos, entre el 30 de junio y el 25 de julio. En la primera fecha numerosos dirigentes del Partido Nazi fueron asesinados por orden de su propio jefe político, y en la segunda cayó también víctima de la misma vesania el canciller de Austria, Engelbert Dollfus. Se vio entonces que la violencia en toda su desnudez y el terror sistemático entraban en acción en la política de la Europa occidental; porque tras el verano de 1934 —el 2 de agosto falleció el general Paul von Hindenburg, presidente de la llamada República de Weimar, y el día 19 de ese mismo mes se inauguró el régimen totalitario alemán al asumir Adolfo Hitler la jefatura de todos los organismos gubernamentales— ya no podía caber duda que nuevas fuerzas hostiles a las normas liberales de convivencia humana se aprestaban a destruirlas con todos los medios a su alcance. Y cuando el 22 de junio de 1940 los representantes del derrotado Gobierno de Francia firmaron el acta de rendición de su Ejército llegó a su término un mundo histórico, el del aludido siglo y medio liberal 1789-1939. Lo que siguió —el inimaginable holocausto de millones de seres humanos— de todos es conocido: los nuevos bárbaros mostraron cómo las potencias del Mal podían triunfar en el corazón mismo de la Europa heredera del racionalismo dieciochista.

En la trayectoria biográfica de Manuel Azaña esos dos años ominosos de 1934 y 1940 fueron fiel y doloroso espejo del desastre de aquella Europa: en el otoño del primero se vio Manuel Azaña encarcelado por el Gobierno de la Segunda República española y en el del segundo, tras escapar a la amenaza nazi, cesó su vida en la Francia batida. Este paralelo del tránsito de un mundo histórico y del declinar de uno de sus hombres más representativos ha de tenerse muy presente, porque pocas biografías de españoles o de europeos transpirenaicos revelan tan claramente como la de Azaña el desgarramiento interno de la Europa

liberal y la iniciación de aquel terrible «nocturno europeo», como lo llamara en 1934 el entonces joven escritor argentino Eduardo Mallea. Manuel Azaña, el liberal enemigo por definición política de la violencia —«Es que no quiero fusilar a nadie», decía en 1932 a su amigo Ossorio y Gallardo, añadiendo: «Alguien ha de empezar aquí a no fusilar a troche y moche»—, se encontraba en un mundo que era regido por la violencia más desenfrenada. Podríamos incluso decir que el drama de Azaña se reducía finalmente a la confrontación de la «historia» (que suele ser violencia y, por lo tanto, fusilamiento) y del ideal liberal que se opone a la violencia y a todo fusilamiento. Algún lector podría señalar que Azaña tenía una salida muy fácil, la que siempre se ofrece a los enemigos de la violencia: apartarse de la política y de la violencia, cejar en sus esfuerzos por hacer de la historia un dominio de paz humana. Pero Azaña no podía abandonar sin más la historia de su país —porque la *historia* es también la *acción* y, como tal, la única vía posible para la transformación de esa misma «historia-violencia»—, aunque estimó finalmente que su deber político español consistía en reiterar doloridamente el testimonio de su protesta y de su rechazo de todas las violencias. Añadamos que, si Azaña dejó ese precioso legado, otros hombres de su tiempo, españoles y europeos transpirenaicos, no supieron, en cambio, estar a la altura de esa terrible confrontación: el interés prevalecía en aquella triste Europa de 1934-1939, y todos sabemos que el interés es el peor consejero para las acciones salvadoras de hombres y naciones.

La universalidad española

En ese siglo y medio, 1789-1939, se observan en España cinco períodos de igual extensión cronológica y similares desenlaces: 1808-1814, 1833-1839, 1868-1874, 1917-1923 y 1933-1939. Corresponde el primero a los años de la resistencia española frente a los ejércitos napoleónicos, constituye el segundo la primera de las guerras fratricidas españolas del siglo y medio

aludido, transcurre el tercero entre la «Gloriosa Revolución» liberal de septiembre de 1868 y la restauración borbónica, empieza el cuarto con la huelga general de julio de 1917 concluyendo en septiembre de 1923 al proclamarse dictador el general Primo de Rivera, y pertenecen al quinto los seis años que median entre el apogeo gubernamental de Azaña en la primavera de 1933 y el fin de la Segunda República. Parecen tender en sus comienzos esos sexenios hacia sendos futuros de transformación nacional, mas todos acaban en un episodio de retroceso: la vuelta de Fernando VII y de los viejos modos de opresión en 1814, el incremento de las fuerzas conservadoras en 1839, el regreso de Alfonso XII en 1874, la reaparición de los espadones en 1923 y las características «vetustas» de los vencedores de 1939. Podrían señalarse adicionales rasgos paralelos, pero nuestro propósito ahora es apuntar la atención del lector hacia el contraste entre los cuatro primeros sexenios españoles y el último; porque, sin duda posible, el sexenio 1933-1939 es a la vez el más trágico y el de mayor significado universal.

Los sucesos peninsulares de 1814, 1839, 1874 y 1923 son desenlaces provincianos de enredos más o menos anacrónicos: *están* dentro de la historia general de la Europa moderna, pero carecen, evidentemente, de alcance transpirenaico. En cambio, el sexenio 1933-1939 es historia universal: diríase que los españoles de 1933-1939 se vieron obligados a representar su contienda fratricida en las tablas centrales de la historia universal coetánea y que la sangre así vertida no fue ya el excluyente sino ibérico del siglo pasado. Gestos y palabras, acciones y sueños, alcanzaron de pronto resonancia de tragedia universal sin dejar de ser historia «al hispánico modo»: todos los antagonismos de un siglo y medio de historia euro-americana parecieron darse cita en la tierra de España como si fuera el apartado rincón de la historia más adecuado para el ineludible duelo a muerte. Mas los españoles de 1936-1939 —remisos por aislamiento provinciano en los hábitos de la responsabilidad histórica— no supieron percatarse del cambio sustancial en sus vidas y en

sus muertes: ni siquiera los sacrificados que en uno y otro bando dejaron el ejemplo de su clara hombría postrera ayudan a dibujar la trama de la tragedia española. El tono justo sólo se encuentra en el hombre oscuro que en su simplicidad de analfabeto se siente personaje de proyección planetaria —«Sabes, luchamos por la libertad del mundo», decía en la Valencia de 1937 un campesino extremeño, herido de guerra, a un muchachito estudiante de bachillerato— o en el alto nivel de Manuel Azaña, presidente de la Segunda República; porque en él, tan alejado precisamente de la entrega entera de aquel héroe rural, la lucidez desempeñó la función «clásica» de la protesta trágica. Azaña sabía, por supuesto, que al esforzarse por preservar su ánimo lúcido cercenaba automáticamente las intensas y valiosas experiencias humanas que la guerra ofrecía a muchos españoles: pero el presidente también sabía que la herida de su lucidez era el precio que como primer magistrado de la nación le tocaba pagar. No pretendemos, por supuesto, sostener que sólo mediante la lucidez se accede a la «verdadera historia» de un país o de un hombre: mas la lucidez es indispensable para poder emitir un juicio en nombre de los principios morales de la razón universal. El presidente, como liberal de linaje y corazón, tenía que juzgar la guerra española desde el alto nivel de esa «Razón Universal» y su juicio había de ser forzosamente adverso. Aunque en esa condenación de la violencia y de la destrucción fratricida Azaña dejaba a los españoles y a todos los hombres de este y otros siglos su mejor legado, su última apelación a la cordura. En su cuaderno de apuntes de 1912, cuando se hallaba en París, el joven Manuel Azaña, al plantearse el problema del juicio histórico —mostrándose de nuevo la marcada consistencia de su personalidad intelectual—, escribía las siguientes palabras que pueden hoy aplicarse plenamente a su juicio adverso sobre la guerra de España:

Hay dos maneras de considerar los sucesos de la historia en cada pueblo. Uno consiste en confrontar los sucesos mismos, esto es, sus causas y los

móviles de quienes los provocaron con los principios de justicia eterna que nos dicta la razón. Otro consiste en comparar los fastos de un país con los de otras naciones, en situaciones análogas. El primer modo obliga a cada Estado y a la humanidad en masa a comparecer ante un juez demasiado severo. Vistos a esta luz los hombres y las naciones pierden en nuestra consideración. El fallo es casi siempre adverso, pero este fallo, en cuanto se pronuncia, es un fermento de progreso.

Decía Paul Valéry que el crítico literario debería limitarse a formular una sola pregunta enjuiciadora ante la obra de un creador artístico: «¿Ha sabido ser fiel a sus intenciones, anunciadas o implícitas?» No cabría, en cambio, hacer una pregunta similar al creador político, porque si bien la consecución de los designios del artista está casi exclusivamente (o al menos «solitariamente») en sus manos, la de los designios políticos depende siempre de multitud de factores ajenos y hasta contrarios a la voluntad propugnadora. Podría así mantenerse que la interrogación del crítico ante la obra política debería apuntar más bien a los designios que a las realidades. ¿No querría reclamar ese privilegio de interrogado el «viejo tigre» Clemenceau al afirmar desafiadamente que los grandes creadores políticos resaltan, sobre todo por sus gestos proyectivos individuales (*Il faut faire de la politique pour soi*)? Manuel Azaña queda en la historia también como el político de un gran sueño patriótico nada quijotesco: aquel sueño se derrumbó trágicamente en 1936, pero no cayó nunca Manuel Azaña en la tan (desgraciadamente) española sima del nihilismo nacional. Azaña se sentía «indiviso» al considerar la función de España en su personalidad y en su trayectoria biográfica: se había esforzado por elaborar un nuevo estilo de integración nacional porque no concebía la posibilidad de una vocación personal desligada de España. Así escribía, en los cuadernos de apuntes para sus *Memorias*, las siguientes palabras de patética y noble despedida:

La presencia real de España en mi ánimo ha influido de muy diversas maneras: a veces freno, a veces motor. Es sin duda la entidad más cuantiosa de mi vida moral, capítulo predominante en mi educación estética, hilación con el pasado, proyección sobre el futuro. Me siento vivir en ella, expresado por ella, y si puedo decirlo así, indiviso. No soy indulgente con sus defectos (como tampoco con los míos): con su locura, su violencia, su desidia, su atraso, su envidia. Pero no son razón para volverle la espalda ni despegarse, ni para subirse al trípode de hombre superior. Al contrario, su destino trágico me avasalla... Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales. Cuando el azar, el destino o lo que fuere, me llevó a la política activa, he procurado razonar y convencer. Ningún político español de estos tiempos ha razonado y demostrado tanto como yo, parezcan bien mis tesis o parezcan mal. Quería dirigir el país, en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos... Al hablar de paz, de libertad, de independencia del espíritu, etc., yo no recitaba textos librescos ni mociones de congresos, sino la traducción política de observaciones españolas, con expresión plástica inmediata en la vida cotidiana de nuestro país. Todas impregnadas de olores y sabores terrícolas, lo mismo del Madrid vocinglero de mis andanzas juveniles que de la ciudad embalsamada en el sudario de historias podridas, que del pueblecito pastor o de la calma fría de la Morcuera. Esta presencia real, nunca promulgada, subsiste con su doble acción de freno y motor...